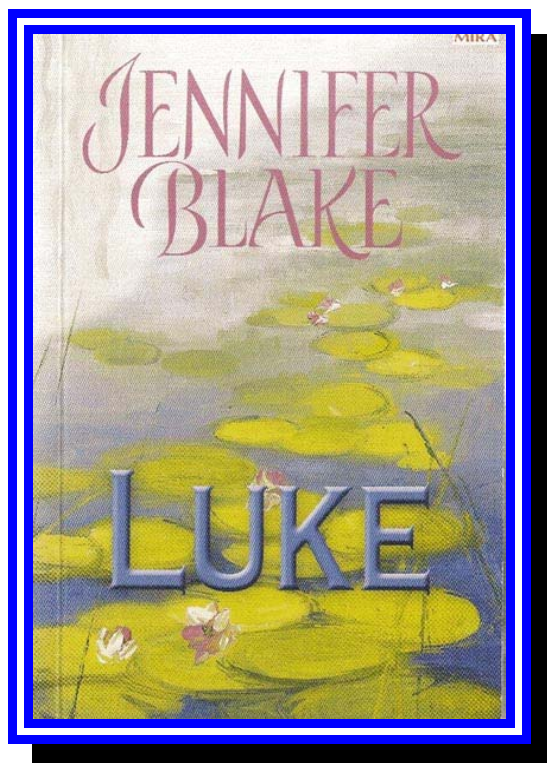


Luke
Jennifer Blake
2º Caballeros de Luisiana



Luke. (1999)

Título Original: **Luke**

Serie: **2º Caballeros de Luisiana**

Editorial: **Harelquín Iberica, S.A.**

Sello / Colección: **Mira 163**

Género: **Contemporáneo**

Protagonistas: **April Halstead y Luke Benedict**

Argumento:

Luke Benedict sabía que era el único que podía salvar a la novelista April Halstead de que aquella terrible venganza cayera sobre ella. Pero para ayudarla, iba a necesitar que cooperara un poco. Años atrás, Luke había defraudado enormemente a April y ella no lo había perdonado ni quería tener nada que ver con el hombre al que tanto había amado.

Pero eso no iba a detener a Luke. Jamás le había dado la espalda a un amigo, y menos a uno que estuviera en peligro. Si para mantenerla a salvo tenía que secuestrar a la mujer que tanto lo despreciaba, lo haría

Capítulo 1

April Halstead agarró el teléfono con tanta fuerza que le dolieron los nudillos. Con una expresión de profunda incredulidad, los ojos del color del azúcar tostado observaron las paredes tapizadas de libros de su despacho. Las palabras que le llegaban a través del hilo telefónico eran sucias y vulgares. Además, el hecho de que provinieran del estudio de una emisora de radio parecía magnificar la obscena amenaza que contenían.

Algo así no debía ocurrir nunca, y mucho menos en una entrevista de radio en directo que estaban escuchando cientos de miles de oyentes. Era como si la hubieran asaltado en público.

El corazón de April latía presa del pánico y de la náusea mientras ella se oponía a la necesidad de colgar el teléfono. No podía hacerlo. Era la invitada especial en aquel programa de radio, un programa que se escuchaba en gran parte del sur y del centro de Luisiana. Sabía que debía decir algo, lo que fuera, para detener aquella oleada de palabras, pero la mente se le había quedado en blanco.

Se escuchó un repentino clic cuando el presentador, desde el estudio situado a kilómetros de distancia de allí, cortó la comunicación.

—Le pido perdón por este incidente, señorita Halstead —dijo, con un tono de voz bien modulado y muy profesional—. Resulta muy difícil que una llamada pase nuestros filtros, pero, en ocasiones, lo consigue algún tarado. Ése es uno de los peligros de un programa en directo. Tengo que admitir que me ha sorprendido por completo. No es la clase de reacción que se espera durante un programa que trata sobre el amor y el romance con la participación de una de las escritoras de novelas románticas más conocidas de Luisiana. Ciertamente, no es lo que un lector buscaría en uno de sus libros. ¿Me equivoco?

—En absoluto —respondió April. Durante un segundo, se preguntó si el presentador habría dejado que la llamada se prolongara durante unos segundos de más para poder realizar esa pregunta. Aquel pensamiento le provocó un cierto sentimiento de enojo que la ayudó a tranquilizar los nervios—. Yo prefiero concentrarme en la dinámica de las relaciones entre hombres y mujeres, la más importante de las que existen entre los seres humanos.

—Interesante —comentó el presentador—. Entonces, ¿cómo se empieza una novela romántica? ¿De dónde saca las ideas?

—De todas partes. De recortes de periódicos, de artículos de revistas... Algunas veces, sólo hace falta un comentario que escucho en un supermercado...

April dio el resto de la respuesta que había utilizado ya en miles de ocasiones durante los nueve años que llevaba dando entrevistas, desde que su primer libro llegó a las listas de éxitos. El sentimiento que solía experimentar ante aquel tipo de preguntas era el de resignación, pero en aquellos momentos le alegró poder proporcionar una respuesta que no requería agilidad mental. La conversación prosiguió con la jocosidad algo avergonzada del presentador por la naturaleza íntima de las novelas románticas y con la admiración algo reacia por una autora que había conseguido vender varios millones de libros. Afortunadamente, no se produjeron más sorpresas.

Minutos más tarde, April dio las gracias como de costumbre por el interés mostrado por el programa y colgó el teléfono. Colocó las manos entrelazadas sobre el escritorio y las apretó con fuerza para tratar de evitar que siguieran temblando. Cerró los ojos con fuerza y respiró profundamente para tratar de recuperar la compostura. Apenas recordaba nada de la entrevista, a excepción de un par de preguntas. Desconocía si había ido bien o había sido un completo fracaso.

La presión que notaba en el interior de la cabeza le provocaba náuseas. La necesidad de ponerse de pie y empezar a maldecir y a gritar mientras andaba por la estancia era tan fuerte que casi no pudo reprimirla. Fue el miedo de no poder detenerse una vez que empezara lo que la ayudó a conseguirlo.

No le gustaban las entrevistas telefónicas, aunque se realizaran desde la comodidad de su propia casa mientras iba ataviada con unos cómodos vaqueros y una sudadera. Resultaban demasiado impersonales y resultaba difícil juzgar el propósito y la dirección de las preguntas sin tener pistas visuales. Además, los programas de radio en los que los oyentes efectuaban llamadas eran los peores, dado que resultaba imposible adivinar cómo eran aquellas personas o lo que podrían decir. Sin embargo, April jamás había tenido que enfrentarse a una llamada obscena mientras estaba en el aire. El hecho de que se hubiera producido en la intimidad de su casa, con la mitad del estado escuchando, resultaba mucho más enojoso.

En general, la promoción de sus libros le desquiciaba los nervios. No podía comprender por qué se suponía que los escritores debían hacerlo con tanta brillantez. La mayoría de ellos eran introvertidos por naturaleza. April había empezado a escribir hacía años, en parte al menos porque escribir le resultaba más fácil que hablar. Había aprendido a realizar entrevistas en los medios de comunicación porque eran parte de su trabajo, pero prepararse mentalmente para ellas siempre le suponía un gran esfuerzo. Le sorprendía mucho cuando alguien le decía que se le daba bien promocionar su trabajo.

Llevaba algún tiempo esperando que alguien dijera de ella que era un fraude. Tal vez ese día había llegado. Sería lo justo. En aquellos momentos, nada en su vida iba como debía.

El timbre de la puerta resonó con fuerza. April se sobresaltó y respiró profundamente. Antes de que pudiera obligarse a moverse, volvió a sonar de nuevo. Una llamada impaciente del antiguo tirador de latón que tenía junto a la puerta principal de su vieja mansión de Luisiana. Se levantó de su butaca y fue a ver quién iba a visitarla a aquella hora tan temprana.

En el porche, había un hombre con las manos en las caderas y un gesto de enojo en el rostro. Mientras April miraba a través de las cortinas de encaje, que cubrían la cristalera que había junto a la puerta, observó el cabello negro que relucía de puro lustre, al igual que ocurría con los ojos de azabache. Los rasgos cobrizos de su rostro podrían haber sido sacados del retrato de un noble indio de los Estados Unidos. Era alto, aunque algo desgarrado, y muy guapo, algo a lo que parecía prestarle muy poca atención.

Luke Benedict.

Algunos lo llamaban Luke de la Nuit. Luke de la noche. Con toda seguridad, era el hombre más irritante de toda la ciudad de Turn Coupe, e incluso de todo Túnic-

Parish, y tenía la habilidad de presentarse cuando menos se le necesitaba. Como en aquellos momentos.

April recostó la cabeza contra los gruesos tablones de roble de la vieja puerta y cerró los ojos. Aquello era demasiado. Tenía un maníaco telefónico entre manos y Martin, su ex esposo, estaba tratando por todos los medios posibles de volver junto a ella. Su último libro había recibido una crítica demoledora, lo que le había producido un bloqueo mental en el trabajo del libro que estaba escribiendo en aquellos momentos. Además de todo esto, aquella enorme casa necesitaba una reforma. Lo último que necesitaba era tener que ocuparse de Luke Benedict.

Los nudillos de Luke golpearon la puerta por el otro lado, justo por encima de la cabeza de April.

Ella suspiró y, tras pasarse los dedos por los mechones de color castaño dorado de su cabello, abrió la puerta.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Luke—. Estaba escuchando la entrevista en la radio del Jeep cuando escuché a ese lunático.

“Por supuesto que tenía que haber estado escuchando”, pensó April, con exasperación. No podía haber sido de otro modo.

—Estoy bien —dijo ella, tratando de quitarle importancia al asunto con un gesto de la mano—. Puedes seguir con tus asuntos.

Luke ignoró la pregunta como si ella no hubiera hablado.

—¿Conoces a ese hombre? ¿Te resultó familiar la voz?

—La respuesta es no a ambas preguntas.

Aquella no era la verdad, pero no estaba dispuesta a darle a Luke algo que él pudiera utilizar como excusa para inmiscuirse en sus asuntos. Alguien con una voz muy parecida había llamado hacía una semana, despertándola a las tres de la mañana. Le parecía que la voz era similar, aunque, en aquella ocasión, había hablado muy poco. Todo el mundo daba por sentado que los que realizan aquella clase de llamadas telefónicas no suelen ser peligrosos... ¿o sí lo son?

—¿Tienes alguna idea de lo que lo empujó a llamar?

—No. De verdad, no tiene importancia.

Luke la miró atentamente, como si hubiera notado la palidez de su rostro y las líneas de tensión que tenía alrededor de los ojos.

—Muy bien. Sé que las emisoras de radio tienen un retraso de un par de segundos en la emisión para que puedan interrumpir llamas de ese tipo antes de que se vaya demasiado lejos. Tú probablemente escuchaste más de lo que salió en antena. ¿No escuchaste nada que te pudiera dar una pista del lugar desde el que llamaba?

—Creo que era un teléfono móvil. Mira...

—Deberías llamar a Roan.

Roan era el sheriff de Túnica-Parish y también miembro de todopoderoso clan de los Benedict, que dominaba el enclave de Horseshoe Lake, donde estaba situada la casa de April. Allí, todo el mundo llamaba a Roan.

—¿Y qué va a poder hacer él? No tengo ningún dato que pueda darle. Ni nombre, ni descripción, ni motivo. Nada.

—La emisora debió de obtener algunos datos de ese tipo antes de lo que dejaran salir en antena.

—Sin duda, pero ¿qué posibilidades crees que hay de que esa información sea veraz?

Luke se quedó en silencio durante un momento, observándola mientras un músculo se le tensaba en la mandíbula. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz áspera.

—Ese hombre te amenazó... Aunque yo no escuchara todas las palabras, lo comprendí. Eso es algo que debería denunciarse. Llama a Roan.

—¡No puedo perder el tiempo quejándome sobre algo que no se puede arreglar! Tengo que escribir un libro y una fecha límite que cumplir. Además, estás exagerando demasiado todo esto. Sea quien sea ese tipo, simplemente se limitó a disfrutar de la situación. Si no me preocupa a mí, no sé por qué debería preocuparte a ti.

—¿No te preocupa?

April negó con la cabeza mientras le dedicaba una tensa sonrisa.

—Ni lo más mínimo.

—No tiene nada de importancia, ¿no?

—Eso es —afirmó ella, negándose a echarse atrás a pesar del sarcasmo que notaba en la voz de Luke.

—Entonces —dijo, dando un paso al frente y tomando las manos de April entre las suyas—, ¿por qué tienes los dedos como el hielo y los labios tan pálidos, tanto que deberías estar en la cama?

—Supongo que con alguien que me calentara.

April tiró para intentar soltarse. El calor que sentía en las manos de Luke, la fuerza que él le transmitía y el sentimiento de poder que irradiaba de él hicieron que, de repente, ella se sintiera muy débil. Tuvo que luchar contra el impulso de refugiarse, aunque sólo fuera por un instante, en la protección que él le ofrecía y la seguridad que representaba.

—Yo no he dicho eso —respondió él, con una lenta sonrisa curvándole la boca—, pero si estás buscando un voluntario...

—¡No!

Luke la soltó de repente. Su buen humor pareció desvanecerse.

—Ya me había parecido. Sin embargo, no intentes hacerme creer que no tienes miedo. Estás muerta del susto por lo que no entiendo que no quieras admitirlo.

Aquella descripción le llegó muy dentro, tal vez porque era completamente exacta. Instintivamente, buscó la única arma defensiva que le quedaba: las palabras, ácidas y letales.

—¿Acaso quieres que me retuerza las manos y que lllore míseramente mientras te suplico que me salves? Tal vez eso resulte muy femenino, pero también es inútil y pasado de moda. Además, me parece recordar que lo de salvarme no era tu punto fuerte.

—Dios, April...

La incredulidad que acompañó a aquel susurro resultó tan nítida como el dolor que se le reflejó en los ojos. Dio un paso atrás mientras el rubor le teñía la piel.

April se arrepintió del golpe que le había propinado con su afilada lengua. No se había dado cuenta de que Luke pudiera sentirse tan herido por aquella referencia a acontecimientos pasados. Al mismo tiempo, había abierto una herida compartida que jamás se había mencionado en los últimos trece años. No obstante, reconocer el error daría a aquel lejano incidente más importancia de la que tenía. April lo miró fijamente sin responder.

Él tensó el rostro.

— Está bien, pero si la memoria no te falla, nena, recordarás que yo no me he ofrecido a ir en tu rescate. Esa tarea le corresponde a Roan.

April se dio cuenta de que tenía razón. Se sentía tan turbada por la llamada que había recibido y por el hombre que tenía frente a ella que lo había convertido en otra cosa, en algo muy personal. Eso había sido una grave equivocación. Aunque se conocían hacía mucho tiempo, no había nada personal entre Luke y ella.

Durante un breve segundo, recordó la puesta de sol de un cálido día de verano, en el que los tonos rosados y malva del atardecer se derramaban como si de una acuarela se tratara por la tranquilidad del lago. El susurro de una brisa rizaba la inmóvil superficie del lago. Dos jóvenes cuerpos se entrelazaban, cálidos y sin aliento, en un viaje de descubrimiento sobre un arrugado edredón al lado de los restos de un picnic. En un radiocasete portátil resonaban las notas de "Preludio a la siesta de un fauno".

Hasta el momento, no podía soportar escuchar a Debussy, como tampoco pensar en ello.

Se agarró a la puerta, preparándose para cerrarla. A pesar de que ansiaba hacerlo, las normas de hospitalidad que le habían enseñado durante la infancia le decían que, por lo menos, se debía invitar a pasar a una persona que había ido a ofrecer ayuda y consuelo.

— No necesito la ayuda de nadie — dijo, con la voz tan firme como pudo.

Luke extendió la mano para mantener la puerta abierta.

— Eso ya me lo has dicho. Preferirías que te violara cualquier tarado antes de permitir que yo pusiera el pie en tu casa, y mucho menos en tu vida. Lo he entendido. No me necesitas, ni a mí ni a nadie más. Sin embargo, ¿qué diablos vas a hacer tú sola en esta casa si alguien viene a por ti? Podría entrar un ejército entero por la puerta trasera sin que tú te enteraras. ¿Tienes al menos una pistola en la casa?

— ¿Para qué? ¿Para hacer prácticas de tiro con una cucaracha descarriada? Prefiero métodos de fumigación más silenciosos.

Luke la miró durante un instante. Inmediatamente, la expresión del rostro le cambió cuando se le reflejó un gesto de comprensión en el rostro.

— Un arma es sólo un arma. No mata por si sola -dijo.

No había muchas personas que pudieran seguir el errático modo de pensar de April o captar las extrañas referencias de sus pensamientos. El hecho de que Luke pudiera hacerlo, cuando se esforzaba en ello, había sido uno de los puntos fuertes de su relación hacía muchos años. April lo había olvidado. El modo en el que sus pensamientos se relacionaban establecía un turbador sentimiento de intimidad. Cuando ella volvió a tomar la palabra, su voz reflejó su malestar por ello.

— Recordaré que tú me lo dijiste así, la próxima vez que ponga flores sobre la tumba de mi madre.

— ¿Y qué recordarás cuando alguien te ponga una navaja en la garganta?

April se llevó una mano al cuello. Entonces, la dejó caer con un abrupto movimiento.

— ¿Qué te gustaría que pensara? ¿Que tú me lo habías advertido?

— Lo que me gustaría es saber que estás a salvo. Me gustaría saber que nada de lo que hice hace mil años te ha convertido en la ermitaña que se esconde en una

mansión decrepita y que se muere en un charco de su propia sangre porque tiene demasiado miedo de que alguien se le acerque lo suficiente como para poder ayudar. Aquellas palabras eran como cuchillos y April sintió el filo de cada una de ellas. Con una triste sonrisa, dijo:

– Te das demasiado crédito. Mi ex marido se merece la mayor parte de eso, por no mencionar a un antiguo editor y a un par de críticos.

– Al menos, admites la posibilidad. Eso ya es algo.

– ¿Tú crees? Evitar el dolor puede ser una decisión muy inteligente.

– Es esconderse – afirmó él –. Estar vivo puede resultar muy doloroso, pero la alternativa no resulta demasiado excitante.

– Yo no necesito excitación alguna.

Un pícaro brillo se reflejó en las oscuras profundidades de los ojos de Luke.

– Pues no sabes lo que te estás perdiendo.

Claro que lo sabía. Estaba allí, en la atractiva curva de los labios de Luke, en la fuerza latente de sus fuertes y competentes manos.

– ¿Eso es lo que tú llamas vivir? ¿Una nueva mujer cada semana, riendo, bebiendo y retozando unos minutos en una cama desconocida? Por lo que a mí me parece, es más bien otro modo de evitar la verdadera realidad de la vida.

– Algo que tú, una mujer de la clase sensible y artística, que vive sólo de lo que tiene en el pensamiento y en las fantasías sobre las que escribe, conoce perfectamente.

– Así es – afirmó ella.

– Entonces, ¿por qué no tienes un hombre permanentemente a tu lado y una casa llena de niños?

Las palabras de Luke demostraban que él también lo sabía. April respiró profundamente ante aquella repentina respuesta o puede que fuera por el aguijonazo de los viejos sueños, dado que ella había pensado en una ocasión que los hijos que tuviera se parecerían al hombre que tenía frente a ella.

– Lo intenté – respondió ella, con voz serena –. ¿Puedes decir tú lo mismo?

– Todo menos legalizar la situación.

– Ya me lo imagino – dijo April, con cierta ironía. Al mismo tiempo, recordó que Luke había tenido una relación muy seria con una chica hacía unos años. Cuando todo se quedó en nada, se imaginó que había sido un rumor.

– Lo dudo – replicó él –. La dama odiaba la vida del campo en general y Turn-Coupe en particular. Ella esperaba que yo vendiera Chemin-a-Haut y me mudara a Nueva Orleáns.

– ¿Que vendieras una propiedad que lleva casi doscientos años perteneciendo a tu familia? ¿De verdad creyó que serías capaz? ¡Qué joya!

– Muy brillante y seguramente igual de dura. Le habría dejado que se quedara con el anillo de compromiso de no haber sido porque ella me lo tiró a la cabeza.

– ¿Llegaste a pensar en boda sin tener ni idea de lo que a ella le gustaba ni de lo que quería?

Luke se metió las manos en los bolsillos y apartó la mirada para seguir el vuelo de un pájaro.

– Me distrajeron otras cosas.

– ¿De verdad?

Aquel comentario estaba destinado a reconocer la fuerza que empujaba la mayoría de las relaciones de Luke, la de la pura atracción sexual. Sin embargo, el tono con el que pronunció las palabras fue de amargura.

—Ella me recordaba demasiado a ti —replicó, dándose la vuelta al mismo tiempo para mirarla. Su rostro carecía de expresión, pero algo oscuro y turbador yacía en la profundidad líquida de sus ojos.

—Supongo que entonces te escapaste por los pelos...

April no comprendía cómo habían empezado a hablar del tema de la vida amorosa de Luke. No era algo de lo que ella quisiera tener noticias detalladas... o de cualquier clase.

—¿Es así como consideras tu divorcio, como una salvación?

—Mi divorcio es algo sobre lo que prefiero no hablar.

—Lo he notado. ¿Tan malo fue?

—De eso ya hace mucho tiempo. Luke...

—Sí, sí. Quieres que me vaya. Bien —dijo él. Se dio la vuelta para luego girarse de nuevo y mirarla—. Sin embargo, si ese tarado vuelve a llamarte, dímelo a mí o díselo a Roan, ¿de acuerdo? Tal vez no sea nada, pero nunca se sabe.

—Lo tendré en cuenta —respondió ella, concediéndole aquel deseo aunque sólo fuera para que se marchara.

Luke se dio la vuelta y descendió las escaleras del porche. Movía las largas piernas con la fluidez atlética que proporciona un excelente estado de los músculos. Tenía unos hombros anchos y fuertes que se estrechaban en las esbeltas líneas de la cintura y caderas. Como un animal de los bosques, se mostraba cómodo con su cuerpo y con el innato poder y la gracia que emanaban de él.

April se preguntó por qué sería que algunos hombres tienen tan buen aspecto cuando se marchaban como cara a cara. Por supuesto, lo miraba simplemente con el propósito de investigar para su trabajo. Tenía que tomar datos para la próxima vez que describiera cómo andaba el protagonista de la novela que estaba escribiendo.

De repente, Luke se dio la vuelta. Desanduvo un par de pasos y miró al tejado de la casa. Entonces, frunció el ceño.

—Has perdido unas cuantas tejas, seguramente por la tormenta de la otra noche. Me di cuenta cuando venía para acá, dado que yo también he tenido que reponer algunas en Chemin-a-Haut. ¿Tienes goteras?

April tenía una pequeña en el rellano de la escalera y otra más drástica en uno de los dormitorios. No obstante, al igual que el resto de su vida, no eran asunto de Luke Benedict.

—Nada de lo que yo no me pueda ocupar.

—Podría ocuparme yo. Los albañiles cobran un ojo de la cara por echarles un remiendo a estas viejas casas, ya lo sabes. Se ponen muy nerviosos cuando tienen que subirse a unos metros por encima del suelo.

—Y supongo que tú no.

—Estoy acostumbrado, dado que llevo subiéndome toda la vida al tejado de Chemin-a-Haut.

La tentación de aceptar aquel ofrecimiento era muy fuerte. Se había desvelado varias noches pensando en a quién podría llamar para realizar el trabajo y en cómo iba a

poder pagarlo. No obstante, implicarse con Luke no sería, de modo alguno, una situación muy inteligente.

–Estoy segura de que tienes cosas mucho mejores que hacer –dijo, a modo de rechazo.

–No importa. Somos vecinos y por aquí los vecinos se ayudan los unos a los otros. Ha sido así desde siempre, desde los viejos tiempos.

–Ahora no estamos en los viejos tiempos. Puedo arreglármelas.

Luke lanzó un gruñido y frunció el ceño.

–Deberías hacer que alguien viniera también a comprobar cómo tienes las ventanas para que te asegure que se ajustan bien.

–¿Acaso te parece que tengo un problema de seguridad? –le preguntó April. Entonces, salió de la casa y se reunió con él frente al porche. Examinó la elegante fachada de la casa, las columnas que soportaban la galería superior, el suave color del que estaba pintada y los arcos que acogían las ventanas y las puertas.

–Dudo que la mayoría de las cerraduras de tus ventanas pudiera burlar a un niño de dos años – respondió él.

–Supongo que dices eso tan sólo para asustarme.

–¿Es eso lo que crees? ¿Quieres volver al interior para cerrarlas con llave y ver cuánto tiempo tardo en entrar?

–No, gracias.

April no pudo evitar que se le pusiera la piel de gallina. Efectivamente, ahora que se paraba a pensarlo, a algunas de las cerraduras les vendrían muy bien algunos tornillos nuevos.

Luke la miró muy atentamente.

–Admite que tienes miedo.

Ella negó con la cabeza, pero no pudo hacerlo de un modo completamente convincente.

–Yo podría quedarme por aquí, al menos hasta que estés segura de que ese tipo que te llama no va a venir a hacerte una visita. Ni siquiera tendría que entrar en la casa, dado que hay mucho que hacer en el exterior. No te resultaría difícil olvidar que yo estoy por aquí.

¿Olvidarse de que Luke estaba allí? Imposible.

April separó los labios para responder, pero entonces escuchó un sonido que provenía de la parte posterior de la casa. De repente, el sonido se detuvo.

Con la velocidad del rayo, Luke la agarró del brazo y la colocó detrás de él. Se volvió hacia la dirección de la que había provenido el ruido. Durante unos instantes, nada se movió. El único sonido que se escuchaba era el de la brisa del lago entre los árboles y el de los cánticos de los pájaros que disfrutaban el cálido sol de la mañana.

De repente, se volvió a escuchar el sonido. Aquella vez estaba más cerca. Luke se tensó. Entonces, de la parte trasera de la casa, salió un elegante gato negro. El pelo le brillaba como la seda y, en la boca, llevaba un camaleón que no dejaba de moverse.

April dejó escapar una seca carcajada sin poder evitarlo. Luke susurró algo con lo que pareció maldecir a todos los felinos. El gato le dedicó una mirada de desdén antes de acercarse para depositar su presa a los pies de April. El camaleón, al sentirse libre, salió disparado, pero el gato volvió a atraparlo con rapidez. April se agachó y

tomó a su mascota en brazos antes de que pudiera infligir más daño y lo acarició. Su cabello relucía como el oro sobre el de su mascota.

– Buen chico, Medianoche – susurró, acariciando al animal contra su pecho—. Eres un buen gato y un fantástico cazador de dragones. Estoy orgullosa de ti.

– Yo diría más bien que es un fastidio – replicó él, mirando con disgusto al animal que April tenía en brazos.

– Veo que no te gustan mucho los gatos – comentó ella, mientras se frotaba la mejilla contra la piel del gato.

– Así es. Prefiero a los perros.

– No importa, ¿verdad, Medianoche? – murmuró ella—. Simplemente, no te conoce. No tiene ni idea de que eres un excelente gato de guardia.

– Gato de guardia – repitió Luke, con un gesto de desaprobación.

– Duerme a los pies de mi cama y lanza un potente aullido cuando algo lo molesta.

– ¿De verdad? ¿Y qué le parece eso de compartir la cama con una tercera parte?

– Dado que la situación no ha surgido, no lo sé – repuso ella, con voz fría—. En cualquier caso, él es la única protección que necesito.

– Claro. Ya veo que estarás muy segura... si es una lagartija lo que se presenta en medio de la noche. Yo diría que un gato no es sustituto en la cama para un hombre, pero estoy seguro de que estaría desperdiciando saliva.

– Y mi tiempo, aunque supongo que esa clase de preocupación es normal para un hombre que ha estado en las camas de todas las mujeres de Túnica Parish.

– Excepto en la tuya, pero ¿a quién le importa? Además, ¿por qué ibas a darte tú cuenta de ese detalle, querida mía, y mucho menos que pudiera importarte?

– Por supuesto que no. Simplemente creo que es algo adolescente, egocéntrico y mucho más peligroso hoy en día que el hecho de recibir una llamada anónima por teléfono.

– Así podría ser, si me mereciera la mitad del crédito que me da la gente – dijo él, frunciendo el ceño.

– Pobre e incomprendido Luke de la Nuit. Supongo que todas las mujeres que afirman que eres más ardiente que las especias cajún están simplemente aumentando tu reputación para darse importancia.

– Podría ser – respondió él—. ¿Acaso no te gustaría saberlo?

April respiró profundamente mientras trataba de encontrar una respuesta. Antes de que pudiera hacerlo, Luke se dio la vuelta y se dirigió hacia su Jeep.

– Claro que lo sé – le gritó ella—. ¿O es que se te ha olvidado?

Con la mano en la puerta del vehículo, Luke se dio la vuelta para mirarla. Los ojos le ardían y su piel cetrina se había teñido de un cierto color.

– De eso hace ya mucho tiempo – le dijo—. Las cosas cambian. Y las personas también.

Con eso, se montó en el todoterreno y arrancó. A continuación, se alejó sin mirar atrás.

April lo observó mientras la ira se apoderaba de ella. ¡Qué arrogante y presuntuoso sabelotodo! Prefería morir antes de consentir que él tocara una tabla o un cristal de Mulberry Point. Ni necesitaba a Luke Benedict, ni lo deseaba, ni le importaba un comino su bien ganada reputación. Jamás se había parado a pensar lo bueno que podría ser en la cama.

Bueno, tal vez lo había pensado un poco cuando describía una escena de cama, pero eso era diferente. Formaba parte de su trabajo.

No. Ni deseaba ni necesitaba de sus servicios. Lo único que quería era que la dejaran en paz en su casa, con su gato y sus relatos. Al diablo con aquel hombre.

A pesar de todo, con aquella visita había averiguado algo que se había estado preguntando durante mucho tiempo. La respuesta era muy interesante y, por mucho que le costara admitirlo, hasta satisfactoria.

Luke se acordaba.

Capítulo 2

Luke estaba a varios kilómetros de distancia de Mulberry Point antes de que consiguiera sentirse más tranquilo. No debía consentir que las cosas que April dijera lo enfadaran, pero no podía evitarlo. Ella conocía muy bien sus puntos débiles y algunas de las puyas que le había lanzado habían sido como mordeduras de serpiente. Sentía el aguijonazo cuando le hundía los dientes en la carne, pero el verdadero veneno tardaba varios minutos en llegarle al corazón.

Sabía que ella no tenía intención de que fuera así. April desconocía lo mucho que le afectaban las cosas en aquellos momentos. De hecho, no lo sabía nadie y así lo prefería Luke.

No había visto a April desde que ella había regresado hacía un año para comprar la casa del viejo Tully. El hecho de que ella se hubiera presentado en el día de puertas abiertas de su casa a principios de verano había sido una casualidad, o al menos eso era lo que él había pensado. Ella había ido con Kane, el primo de Luke, para darle apoyo moral cuando él había tenido problemas con su novia Regina, una pelirroja del norte. Kane y Regina habían conseguido por fin solucionar sus problemas. Luke se preguntó qué opinión tendría April al respecto, dado que Kane y ella habían sido muy amigos durante el instituto y aún compartían una dulce amistad. Sabía que April iba a asistir a la boda, dado que Regina le había pedido que fuera una de sus damas de honor. La cosa podría ponerse interesante, dado que Luke iba a ser el padrino de Kane.

No obstante, había estado a punto de perder los nervios cuando escuchó a aquel tarado diciéndole vulgaridades a April por teléfono. Odiaba aquel tipo de cosas y sólo pensar que April era la víctima le enojaba mucho. A ella no le había gustado que se presentara en su casa por la llamada, pero él se alegraba de haberlo hecho. Así se había enterado de lo disgustaba que se encontraba ella.

Tal vez podría conseguir que la emisora le diera una grabación del programa. Roan tenía un equipo muy sofisticado que podría utilizar para analizar la voz del que llamaba o aislar cualquier ruido de fondo lo suficiente como para poder identificarlo. De todos modos, como sheriff, Roan debía saber lo ocurrido y Luke tenía la intención de que así fuera. Seguramente April no le daría las gracias por ello, pero conseguiría superarlo. Hacía mucho tiempo que había dejado de esperar cosa alguna por parte de April.

Volvió a pasar por delante de su casa, dado que la de April estaba a sólo unos pocos kilómetros por la misma carretera. Luke se dirigía a la ciudad cuando había escuchado la entrevista por la radio y se había dado la vuelta para ver cómo se encontraba ella. Siguió su camino hacia la ciudad.

La visión de sus campos verdes, extendiéndose hasta el horizonte jamás dejaba de animarlo. Le gustaba el trabajo del campo, disfrutaba con el olor y el tacto de la tierra. El duro trabajo bajo el sol y la lluvia no lo molestaba. Además, disfrutaba con el desafío. No había lugar en el mundo entero en el que prefiriera vivir. Aquella moderna plantación, con el lago a espaldas de la casa era su vida. Además, Turn-Coupe estaba cerca. Era lo suficientemente grande como para satisfacer sus necesidades, pero no lo suficiente como para que la gente no se reconociera ni se

saludara cuando se encontraban. Tenía la intención de vivir allí durante el resto de su vida. Sin embargo, seguía sorprendiéndolo que April hubiera decidido lo mismo. Ella había mencionado el accidente. Eso lo había sorprendido. En realidad, no lo había hecho con palabras, pero la sutil alusión al tema había estado presente todo el tiempo. El metal retorcido, el fuego, los gritos... Todo había estado tan presente que, durante un segundo, él lo había visto todo reflejado en los ojos de April. Deseó saber lo que significaba después de todos aquellos años. Comprenderlo podría haber hecho que mereciera la pena volver a enfrentarse a ello.

La necesidad de preguntarle a April al respecto había sido tan fuerte que casi había podido saborearla. Lo que se lo había impedido había sido lo mismo que entonces: el orgullo. Se aferraba a ello como último refugio, dado que era lo único que le quedaba.

Ciertamente, April no lo había perdonado más de lo que él se había perdonado a sí mismo. De eso estaba seguro.

Poco después, Luke aparcó su vehículo frente a los juzgados. La oficina del sheriff estaba situada en la parte baja del antiguo edificio.

Encontró a su primo en su despacho.

– Buenos días, Luke. ¿Te apetece un café?

– Solo, fuerte, dulce como un ángel y caliente como el infierno.

– ¿Acaso puede ser de otra manera? – replicó Roan, poniéndose de pie con un ágil movimiento y acercándose a la cafetera que siempre estaba en funcionamiento en uno de los rincones. Mientras tomaban la primera taza de café charlaron sobre el River Pirate Revel, el festival que se iba a celebrar en la ciudad a finales de mes. Intercambiaron planes, puntos de vista y un par de historias divertidas para la organización del evento. Hablaron sobre el precio del algodón, una preocupación para Luke dado que él se ganaba la vida cultivando algodón y soja. A continuación, charlaron sobre una pasión que ambos compartían: la pesca. Roan miró a su primo en varias ocasiones como si sospechara que ocurría algo, pero no le preguntó nada.

Por fin, cuando los dos estaban tomando la segunda taza de café, el sheriff se reclinó sobre su silla y colocó una bota sobre la rodilla de la otra pierna.

– Bueno, ¿has venido de visita o te preocupa algo? le preguntó.

– Las dos cosas – respondió Luke, con una sonrisa.

– Tú dirás.

Luke le contó lo que le había ocurrido a April durante el programa de radio y el hecho de que él había ido a visitarla para ver cómo estaba. Añadió además que sospechaba que ella había recibido antes aquella clase de llamadas. Cuando terminó, dio un sorbo a su café y esperó.

– ¿Te ha dicho April que ha tenido otras llamadas?

– No con tantas palabras. Ha sido más lo que no me ha dicho, si sabes a lo que me refiero.

– ¿Te ha dicho lo que pensaba al respecto, si podría haber alguna razón para aquellas llamadas?

– A mí no me dice nunca demasiado ni en las mejores ocasiones. Tal vez si fueras a verla conseguirías sacarle algo.

Roan asintió.

– ¿Se te ocurre qué tipo de preguntas podrías hacerle? – añadió secamente.

—Sí —respondió Roan—. Le preguntaría sobre su ex, si ha hecho enemigos o si ha tenido contacto alguno en las últimas semanas con alguien que le resultara extraño. También le preguntaría si tiene algún hombre en su vida y cómo lo conoció, si ha recibido alguna visita que le resultara llamativa o si ha notado alguna actividad que le haya parecido poco usual alrededor de su casa. Cosas de ese tipo.

Luke asintió. No sabía de qué podría servir, pero conseguir respuestas sería un principio.

—Sobre lo que de verdad me estaba preguntando es sobre ese libro en el que se supone que está trabajando —añadió Roan, con gesto pensativo—. Eso del ángulo local, ya sabes.

—¿De qué ángulo local estás hablando?

—Sobre los Benedict. Está utilizando la historia familiar para una serie de relatos, según se dice por ahí. Parece que habló con la tía Vivian la semana pasada, lo que es como proclamar la noticia a los cuatro vientos. No me digas que no te has enterado.

—Yo no estoy metido en todo como tú —replicó Luke—, pero ¿por qué diablos querría escribir sobre nosotros?

—Sobre nosotros no, sino sobre nuestros antepasados. Resultaban bastante pintorescos.

—No más que los que hay ahora por aquí. ¿Por qué no ha escogido a su familia?

—Supongo que le resulta demasiado cercano. Además, eso podría darle publicidad a lo de sus padres, y eso es lo último que ella desea.

—¿Se te ha ocurrido investigar todo eso desde que te eligieron como sheriff? —preguntó Luke, mientras pasaba suavemente el dedo por el borde de la taza—. Sé que hace mucho tiempo de todo eso y que no hay razón para removerlo, pero siempre me he preguntado si todo ocurrió tal y como dijo la gente. ¿De verdad disparó el padre de April a su madre mientras ella estaba presente?

—Y luego se disparó a sí mismo. Al menos, eso fue lo que leí la única vez que examiné el expediente. Si quieres puedes comprobarlo tú mismo.

Luke asintió.

—¿Y cuántos años tenía ella? ¿Cinco o seis?

—Cinco. No testificó en el juicio. De hecho, no dijo ni una sola palabra en casi seis meses. Según el informe médico, sufría trauma mental. Está todo en ese expediente.

Luke sintió una profunda pena, unida a la rabia de que nadie hubiera estado al lado de April entonces y de que él no hubiera podido hacer nada al respecto.

—Creo que eso aún la persigue.

—No me sorprendería. Según el médico, ella se retiró a un mundo de fantasía en el que todo era seguro y de color de rosa. Podría ser que aún sigue viviendo allí.

—No me refería al hecho de que no pueda funcionar como una persona normal ni a nada por el estilo. Aparentemente se encuentra bien, pero me parece que ese hecho aún sigue afectándola a ella y a todo lo que hace. Le da una perspectiva muy diferente sobre la gente.

—Estás pensando en ese asunto del accidente, cuando resultó muerta esa chica —sugirió Roan.

—Sí.

—No fue lo mismo.

— ¿No? — preguntó Luke, levantando la mirada —. Mary Ellen Randall dejó de existir una bonita noche de verano hace trece años y yo soy responsable.

— Tú no la mataste.

— Ella estaba en mi coche cuando no debería haberlo estado. Se salió de la carretera. Murió gritando mientras yo permanecía de pie sin hacer nada.

Roan dejó la taza y se inclinó sobre el escritorio con las manos entrelazadas.

— No había nada que pudieras hacer. Déjalo estar.

— Sí... — susurró Luke. Sabía que discutir no iba a servir de nada. Algunas cosas no se podían comprender sin estar presentes. Ni siquiera se podían compartir —. Bueno — añadió, después de un momento —, para regresar a lo que hablábamos antes, hay Benedict a los que podría no gustarles que se sacudiera demasiado el árbol familiar.

— ¿Como quién? — preguntó Roan, aliviado de poder regresar a un tema más neutral.

— A la abuela May, por ejemplo. Tal vez a mí me parezca fenomenal que su abuelo se ganara el dinero para comprarse su primer coche vendiéndoles alcohol de contrabando a la mitad de los políticos de la ciudad, pero ella aún se pone roja como un tomate cuando alguien se lo menciona. También le gustaría olvidar a la mujer india que forma parte de nuestro árbol familiar, por no mencionar a la tía abuela que abandonó a su esposo y a sus tres hijos para convertirse en... ¿cómo lo llama la abuela May? ¿una mujer de la vida?

Roan sonrió.

— Deberías tener un predicador ambulante en un lado de la familia, un devoto baptista que se dedicaba a salvar almas y que, casualmente, tenía tres esposas en el mismo número de estados. Tu abuela no sabría si sentirse avergonzada u orgullosa.

— Ése fue tu bisabuelo, ¿verdad? Se me había olvidado.

— Sin embargo, era un santo comparado con alguno de los restantes. Sin embargo, me estaba preguntando si tal vez alguien de los del lago podría ser quien está molestando a April.

Luke negó con la cabeza.

— Son todos unas buenas piezas, pero eso no significa que les importe un comino que les saquen en una novela. De hecho, a la mayoría de ellos tal vez les gustara.

— No tiene por qué ser un hombre.

— ¿No? No sabía que a las mujeres les gustara realizar llamadas obscenas.

— Ocorre.

— ¿Con voz de hombre?

— ¿Has oído alguna vez hablar de teléfonos que camuflan las voces? Muchas mujeres que viven solas los utilizan para que parezca que hay un hombre en la casa.

Luke le dedicó una mirada de reproche.

— ¿Estás sugiriendo que mi querida abuela sabe algo sobre la clase de sugerencias que se le hicieron a April por teléfono?

— Tienes razón — respondió Roan, con una carcajada —. Investigaré un poco, pero no hay mucho que pueda hacer sin la colaboración de April. Aunque consiga averiguar de quién se trata, lo único que podré hacer será amonestarle hasta que haga algo más que hablar.

— Podrías amonestarle lo suficiente para que se marchara del país.

— Supongo que podría hacerlo, pero eso depende.

— ¿De qué?

– De quién sea, de si está fichado o de qué clase de amenaza parezca ser. Mientras tanto, creo que alguien debería vigilar a April. No me gusta que ese tipo haya decidido actuar en público. Es una clase de comportamiento que se sale de la norma.

– Yo ya me he ofrecido, pero ella me ha rechazado.

– Entonces, no se lo digas.

– Buena idea. ¿Y quién va a responder por mí cuando ella haga que me arresten por merodear su casa y otros delitos varios?

– Yo... mientras esos delitos no se cometan.

– Mira, Ron, me insultas. ¿Crees que yo sería capaz de hacer algo así?

– En un abrir y cerrar de ojos, si te provocaran.

– Entonces, tendremos que esperar que April no se ponga provocativa, ¿no? Bueno

– comentó Luke, con una sonrisa, mientras se reclinaba sobre su asiento –. ¿Dónde me presento voluntario?

– No estoy bromeando – le advirtió Roan.

– Ni yo tampoco – replicó Luke, mirándolo a los ojos.

– Mientras nos entendamos. Bueno, ¿y qué me dices de Nueva Orleans?

– ¿Nueva Orleans? – preguntó Luke, sin comprender la conexión

Roan tomó una hoja de papel de color crema que había encima de los cajones de un archivador. Con un giro de muñeca, la dio la vuelta para mostrársela a Luke. Él comprobó que se trataba de una carta de April. Había una foto de ella en la página. Durante un segundo, toda la atención de Luke se centró en las misteriosas profundidades de los ojos de ella, en las intrigantes sombras que se le formaban bajo las mejillas, en la sensual curva de los labios y la bonita nariz respingona. Tragó saliva antes de volver a levantar la mirada.

– ¿Qué es esto?

– Es la página de noticias de April. Envía una cada trimestre. No me digas que no lo sabías.

– ¿Y cómo es que tú recibes una y yo no?

– Yo no recibo nada. Es de mi secretaria. Blenda es fan de April. Yo le echo un vistazo cuando tengo tiempo. Esta corresponde al verano. Llegó la semana pasada. Dice que April estará en Nueva Orleans este fin de semana para hablar en una conferencia.

– ¿Y eso es bueno o malo?

– Resulta difícil decirlo. Si su problema es local, es bueno. Si no...

– Entonces, no hay forma de decir cuántas personas lo saben, no sólo a través de su página de noticias sino también de la publicidad que se haya enviado por la conferencia. Si realmente está en peligro, será un blanco fácil.

– Exactamente – dijo Roan –. Su ex, Martin Tinsley, sigue viviendo en Nueva Orleans.

Luke lanzó una maldición.

– ¿Qué clase de seguridad utilizan en estas conferencias?

– Me imagino que no mucha. Ella es tan sólo una escritora, no una estrella del rock. Las personas que asistirán a la conferencia serán escritoras y otras personas que desean serlo, la mayoría mujeres. En circunstancias normales, los problemas deberían ser inexistentes.

—¿Pero son las circunstancias normales o no? —preguntó Luke, sin dejar de mirar los detalles de la conferencia. Vio que era el sábado por la mañana bastante temprano. Tal vez April decidiría marcharse aquella misma noche.

—¿Quién sabe? Sólo nos podemos guiar del instinto. ¿Qué te dice el tuyo?

—Que es mejor que prepare una bolsa de viaje y que le eche gasolina al Jeep — contestó Luke, poniéndose de pie. Tras dejar la taza encima de la mesa, se dirigió hacia la puerta.

—¿Primo?

Luke se detuvo y se dio la vuelta, aunque había algo en la voz de Roan que le decía que sería mejor que se marchara.

Roan se levantó, sacó un expediente y se lo entregó. Cuando Luke agarró la carpeta, que decía Halstead, Roan la sujetó durante un instante. Al final preguntó:

—¿Porqué?

—¿Por qué, qué? —replicó Luke, aunque sabía a qué se refería su primo.

—¿A qué viene este repentino interés por April?

—¿Y qué tiene de repentino? April siempre me ha interesado. Hace una vida que la conozco. Que la conocemos.

—Ya sabes adonde quiero ir a parar, así que no te hagas el tonto. ¿Vas a ir a Nueva Orleans porque te importa lo que le pueda ocurrir o porque, a la larga, podría ser el modo de conseguirla?

—¡Pues vaya cosa que me dices! —exclamó Luke, algo enojado.

—Bueno, April y tú habéis andado a la greña durante años. De hecho, no creo que os hayáis dirigido dos palabras en un tono de voz civilizado desde que ella llegó aquí. ¿Por qué tengo que crearme de repente que estás dispuesto a cuidar de ella tan sólo por la bondad de tu corazón?

—¿Acaso no crees que hablo en serio cuando te digo que quiero protegerla?

—Claro que me lo creo, pero me parece más bien que lo haces por algo dentro de ti que te dice que este mundo no valdría ni dos centavos sin ella. ¿O acaso es porque se trata de la única que se te ha escapado, de la única mujer de Turn-Coupe que se ha resistido a los encantos de Luke de la Nuit sin dificultad alguna?

Luke se echó a reír.

—Tú más que nadie deberías saber que eso es una tontería, dado que no hay nada que ocurra en esta ciudad de lo que tú no te enteres de un modo u otro. Además, si me hubiera acostado con todas las mujeres que todo el mundo dice, estaría tan cansado que ni siquiera podría andar.

—Sin duda, pero también se dice que no hay humo sin fuego. Te has divertido con muchas mujeres.

—Y viceversa. Te aseguro que no fue sólo cosa de uno.

—Te recuerdo que aún no has respondido a mi pregunta.

—¿Por qué te interesan tanto los motivos? ¿No será porque tú le has echado el ojo a April?

—Es una mujer especial y no sólo porque es escritora. Ve cosas que otros pasan por alto. Es capaz de sentir lo que otros no sienten. No quiero que le pase nada.

Luke comprendió la intencionalidad de aquel comentario. Se preguntó qué habría detrás de tantos elogios a April y también cuánto tiempo llevaba su primo fijándose tanto en ella.

– ¿De verdad crees que le haría daño?

– No lo sé. Por eso te lo pregunto.

Luke respiró profundamente y suspiró suavemente. Entonces, miró directamente a su primo.

– No sé qué decirte. Cuidarla en estos momentos es simplemente algo que tengo que hacer por qué no podría soportar que le ocurriera algo. ¿Te basta con eso?

Roan lo observó durante un largo instante antes de asentir lentamente. Luke le correspondió con un gesto idéntico y luego se dio la vuelta y se marchó. Cuando salió del edificio del juzgado se detuvo en seco. Casi inmediatamente, se dio cuenta de lo que le estaba molestando. Ni su primo ni él habían respondido de verdad sobre el interés que tenían cada uno de ellos sobre April. Se preguntó si Roan también se había dado cuenta.

Cuando, más tarde, llegó a Chemin-a-Haut, la abuela May estaba ocupada en la cocina. La anciana no vivía con él, pero tenía una pequeña casita carretera abajo que había heredado de sus padres. Ella se había mudado allí tras la muerte del abuelo de Luke, para hacer sitio, según había dicho, a la futura esposa de su nieto. A pesar de todo, le gustaba ir a ver cómo estaba Luke un par de veces a la semana y solía prepararle una enorme cazuela de judías pintas y arroz o algo similar.

Como no le gustaba que la molestaran cuando estaba cocinando, Luke se dirigió a su dormitorio, sacó una bolsa de viaje del armario y empezó a meter cosas dentro. Casi había terminado de prepararla cuando su abuela apareció en el umbral de la puerta.

– ¿Vas a algún sitio en particular? – le preguntó la anciana.

Luke se lo contó todo brevemente mientras sacaba un par de pares de calcetines de un cajón.

– No me vengas con ésas – le dijo ella –. A esa muchacha le habría gustado matarte la última vez.

– No fue tanto como dices – replicó él, dándose la vuelta –. Sólo estás enfadada con ella porque va a escribir sobre la familia – añadió, mientras se dirigía al cuarto de baño que tenía dentro de la habitación para recoger sus cosas de afeitado.

– ¿Y qué? Esa mujer no tiene ningún derecho.

– Ni tampoco lo tenemos nosotros – respondió Luke, mientras salía del cuarto de baño.

– Podríamos demandarla.

Luke echó todas las cosas que llevaba en las manos a la bolsa y cerró la cremallera antes de volverse para hablar con su abuela.

– Pensé que estabas completamente en contra de todos los asuntos de juzgados.

– Esto va mucho más allá – repuso la anciana –. Deberíamos poder acusarla de hablar mal de nosotros o de algo así.

– Se dice calumnias. Sin embargo, ¿por qué importa tanto? ¿Qué es lo que te tiene tan inquieta?

La mujer lo observó durante un momento y, entonces, apartó la mirada.

– Eso es asunto mío. Tú tendrás que aceptar mi palabra. No quieres que esa mujer revuelva el pasado de nuestra familia más que yo. Después de todo, tú eres el Benedict. Yo sólo lo soy por matrimonio, aunque hace ya tanto tiempo que me siento más Benedict que Setos, que era mi apellido de soltera.

– Abuela...

– Además, la ropa sucia no se lava en público.

– ¿De qué ropa sucia estás hablando? – le preguntó Luke. La anciana apretó obstinadamente los labios—. Si no me das una buena razón, me marchó inmediatamente a Nueva Orleans – se produjo una guerra de poder mientras los dos se miraban fijamente. Al final, ella giró la cabeza—. Bien. Supongo que eso significa que quieres que me marche.

– ¡Oh, está bien! – exclamó la anciana, muy airada—. De eso hace mucho tiempo, cuando los cuatro hermanos Benedict llegaron aquí por primera vez. Había una mujer con ellos, ya sabes, una mujer a la que todos pretendían. Algunos dicen que los cuatro vinieron aquí por ella.

– Y esa mujer era una india. ¿Qué tiene eso de malo?

– Nada... si es ésa la verdadera historia.

Luke la miró fijamente, dándose cuenta de que el rostro de la anciana se había llenado de dudas. De repente, comprendió algo.

– Y tú no lo crees. Tú crees que...

– No lo sé, pero no tengo la intención de permitir que alguien empiece a revolver para descubrir exactamente cómo fue todo.

– Eso es una locura. No hay razón para creer tales cosas, especialmente porque nadie se molestó en comprobar la historia.

– Ni lo harán, si yo puedo impedirlo. Eso sólo podrá ocurrir cuando yo esté muerta y enterrada.

– Yo podría pagar a alguien para comprobarlo. Lo podríamos averiguar de una vez por todas. ¿No sería mejor eso que vivir con el miedo de que alguien vaya a descubrirlo todo cuando menos nos lo esperamos?

– No, no, no – dijo la anciana, alzando la voz con cada monosílabo—. ¿Acaso no te he criado, muchacho? ¿No he sabido yo siempre lo que era lo mejor? ¿No te mostré cómo caminar por las zonas pantanosas, qué plantas se podían recoger y cómo pescar y poner trampas? Ahora, quiero que me escuches. Mantente alejado de esa chica.

– Ya no es una chica, abuela May. Es una mujer.

– Razón de más. Esa mujer sabe lo que quiere o lo sabrá tan pronto como lo descubra todo. Te sacará todo lo que tú sabes sobre la familia. Cuando haya terminado, sabrá todo lo que tiene que saber sobre nosotros. Y, entonces, se publicará por todo el país.

– Yo ya no soy un niño, abuela. Te aseguro que a nuestra dulce April no le va a resultar tan fácil.

La abuela May inclinó la cabeza hacia un lado, como si estuviera escuchando algo que él no le había dicho.

– ¿Qué es lo que estás tramando ahora?

– Podría ser que ella tuviera algo más en qué pensar que en escribir historias – comentó él.

– ¿Crees que podrás impedirle que lo haga?

– Puedo intentarlo.

La anciana lo miró durante un instante, como si estuviera examinándolo para algo fuera de lo normal.

– Tal vez, tal vez... Sin embargo, tendrás que tener cuidado.

– Lo tendré.

– No quiero que te vuelva a ocurrir.

– No. Te aseguro que es lo último que deseo.

– Tienes un as guardado en la manga, ¿verdad? Hay algo que quieres de ella que no tiene nada que ver conmigo. Me pregunto cómo...

Luke recogió su bolsa y se dirigió a la puerta. La anciana echó a andar tras él. Ya en el pasillo, Luke se volvió para contestar.

– April y yo tenemos un asunto sin terminar – dijo.

– Así es – dijo ella, asintiendo lentamente –. Sin embargo, asegúrate esta vez de que no termina contigo.

– No lo hará – afirmó Luke, con más confianza de la que sentía. Antes de marcharse, le dio a su abuela un fuerte abrazo. A continuación, siguió con su camino.

– Toca madera – le gritó la anciana, acercándose a la pared para tocarla y así mantener alejados todos los peligros.

Luke no respondió. Sin embargo, mientras bajaba rápidamente por la escalera, golpeó dos veces la barandilla de madera con los nudillos.

Capítulo 3

April se registró en el Windsor Court Hotel poco después de mediodía. Había tratado de trabajar un poco después de la llamada de teléfono, pero no lo había conseguido. Su estado mental, añadido a la distracción que proporcionaba aquella conferencia, era imposible de controlar. Además, estaba deseando llegar a Nueva Orleans. Le gustaba tanto aquella ciudad y se sentía tan cómoda en ella que a menudo se preguntaba si, en otra vida, habría residido allí. Sólo el profundo cariño que sentía por Turn-Coupe le había impedido quedarse en Nueva Orleans tras su divorcio.

El Windsor Court era uno de sus hoteles favoritos. Apreciaba la sutil elegancia y las vistas del río que se dominaban desde la suite de esquina que solía ocupar. En ella, se sentía como en su casa.

Como era su costumbre, se dirigió a uno de los salones para tomar el té. Tomó asiento en una de las butacas y notó que se relajaba inmediatamente bajo la influencia de la delicada porcelana, el discreto servicio y las suaves notas de una pieza de Mozart que un músico tocaba al arpa junto a la ventana. Con su té favorito, el Earl Gray, y una bandeja que contenía sándwiches de pepino, bollos calientes con crema y mermelada, fresas mojadas en chocolate y trufas, empezó a pensar que el fin de semana podría no estar tan mal.

Después, llamó a una amiga a la que visitaba siempre que acudía a la ciudad. Julianne Cazenave estaba en casa y se mostró encantada de que April la hubiera llamado. Prometió tenerle preparado un cóctel en el patio cuando April llegara a su casa.

Las notas de jazz flotaban en el ambiente mientras April cruzaba Canal Street y se internaba en el Barrio Francés. Parecía emerger de las profundidades oscuras y alcoholizadas de un bar. La canción, que era una versión de un éxito de Satchmo Armstrong, parecía perseguirla mientras avanzaba. Allí, April se sentía completamente anónima entre las hordas de turistas, a los que los vecinos del barrio estaban ya tan acostumbrados que no les prestaban atención alguna. Pocas personas sabían dónde estaba y lo que estaba haciendo en aquellos momentos, lo que incluía a la persona que había llamado a la radio con las hormonas algo alteradas. Aquello la animó un poco más.

Sólo había una persona que podría tener idea de dónde estaba. Luke había llamado justo antes de que ella se marchara y le había dicho que debería quedarse en casa, donde él podría vigilarla. Por supuesto, April se había negado. No estaba dispuesta a vivir su vida según los dictados de Luke Benedict. Le había informado que la seguridad del Windsor Court era inmejorable. Estaban acostumbrados a alojar a cabezas de estado, por lo que estaba segura de que harían lo mismo con ella. No podía vivir con el miedo en el cuerpo.

El apartamento de Julianne estaba muy cerca de uno de los más famosos restaurantes del barrio. Abrió la puerta y entró, avanzando por el pasillo que llevaba a un patio interior, bañado por una suave luz y un verdor casi tropical.

— ¡Aquí arriba, chére!

April levantó la cabeza y localizó el balcón donde estaba su amiga. La saludó con la mano y se dispuso a subir las escaleras que conducían al apartamento.

— Hace demasiado calor para que nos sentemos en el patio. Espero que no te importe — dijo Julianne mientras la hacía pasar.

— En absoluto.

April tomó el cóctel que su amiga le ofreció y dio un buen trago. El calor de las calles era feroz. Se dio cuenta del calor que tenía al notar el frescor del aire acondicionado del apartamento.

— Me alegro mucho de verte — comentó Julianne—. Entra al salón y dime por qué estás en la ciudad.

— Por la conferencia, como deberías saber. ¿Acaso no perteneces al club de escritoras románticas?

— Jamás voy a las reuniones. Siempre quieren que me presente a presidenta, pero yo ni siquiera soy lo suficientemente organizada como para saber lo que hacer conmigo y mucho menos podría serlo con otras personas.

— ¿Estamos hablando de la misma mujer que siempre tiene tres proyectos de novela a la vez? Tu problema es que no tienes sentimiento de obligación para con tus compañeras escritoras.

— Yo publicaba libros ya antes de que ese club existiera en la imaginación de las señoras que lo crearon. Por cierto, no te he visto a ti en el consejo de dirección.

— Touché... aunque tengo el pequeño asunto de las fechas límite.

— Todo el mundo tiene fechas límite. Tú eres tan egoísta como yo, April. Bueno, ¿qué has estado haciendo últimamente?

— ¿Estás segura de que quieres saberlo? — le preguntó April.

— ¿Tan malo es? — quiso saber su amiga, con una alegre carcajada—. En ese caso, ¡por supuesto que sí! Detalles, dame detalles.

April acompañó a su amiga a un salón. Jamás se le había ocurrido preguntarle cuántos años tenía. Tenía el rostro largo y delgado, adornado por una sonrisa casi constante, ojos azules, el cabello negro y teñido ya de plata recogido en una trenza que le caía por la espalda y un cuerpo bien formado. Por su aspecto, podría tener cualquier edad de entre cuarenta y setenta años. Era una mujer cálida y sincera, con mucha experiencia. También era una de las escritoras de novelas románticas más admiradas.

Julianne no descansó hasta que April le hubo dado todos los detalles de lo ocurrido con la llamada de teléfono.

— ¿Qué te parece? — le preguntó April—. ¿Has oído algo así antes?

— Personalmente nunca me ha ocurrido, pero una vez me dijeron que una escritora había sido atacada en la habitación de su hotel. Posiblemente la eligieron porque era atractiva y viajaba sola, más que por quién era y a lo que se dedicaba. No se parece en nada a lo que te ha pasado a ti.

— Tienes razón. Creo que lo peor fue que me llamó por mi nombre. También parecía conocer muy bien mi trabajo, dado que mencionó un par de títulos cuando entró en el programa.

— ¿Crees que lee tus libros?

— Tal vez. Supongo que también podría estar casado con una admiradora.

- Podría ser. Bueno, ahora háblame sobre ese Galahad que se ha apresurado a acudir a tu lado para protegerte. ¿En dónde encaja él en todo esto?
- En ninguna parte. Simplemente se trata de un metomentodo.
- Me parece haber escuchado su nombre antes. ¿No es el mismo que...?
- Sí – admitió April, recordando una noche de hacía algunos años, cuando se había tomado demasiados cócteles y había terminado contándole a Julianne todo lo que había que saber sobre su aventura adolescente con Luke Benedict.
- Parece que sigue interesado.
- Se siente responsable, lo que es algo completamente diferente.
- No creo que, dadas las circunstancias, eso sea malo. ¿No podrías decirle que se quedara a tu lado durante un tiempo?
- No lo creo.
- ¿Y por qué no? Es decir, si él no significa nada para ti, ¿qué tiene de malo emplear sus músculos para tu protección?
- Tú no conoces a Luke. Si le das la mano, se toma el brazo entero... o, más probablemente, aparca las botas bajo la cama de una mujer en un tiempo récord.
- Mi tipo de hombre – afirmó Julianne, con una sonrisa –. Si estás segura de que no lo quieres, ¿no podrías enviármelo a mí?
- A Luke no se le envía a ninguna parte. Va él solito adonde quiere.
- ¿Y no hay nadie de quien estés enamorada en estos momentos?
- Amor – dijo April, con una sonrisa lacónica –. Creo que ya no sé lo que es eso. Julianne extendió la mano para colocársela encima del brazo a su amiga.
- Oh, chére...
- A decir verdad, no estoy segura de haberlo sabido nunca. ¿Te sientes alguna vez así?
- En realidad, no. Estuve casada treinta años con un hombre maravilloso, por lo que supongo que podríamos decir que escribo de los recuerdos. ¿Cómo lo consigues tú?
- ¿Quién sabe? Tal vez por mis fantasías sobre lo que debería ser el amor. Trato de no analizar demasiado el proceso por miedo a que éste desaparezca. De todos modos, en estos momentos mi libro no va nada bien. Sólo quedan dos meses para la fecha límite de entrega y no creo que vaya a poder conseguirlo.
- Hay una angustia por eso de las fechas límite. Algunos de nosotros estamos cansados después de años de fechas límites. Algunos tienen otros problemas. ¿Qué es lo que te pasa de verdad? ¿El divorcio? ¿Problemas con tu ex? ¿O es simplemente este asunto de las llamadas?
- Por todo lo que has dicho – respondió April, con una triste sonrisa –. He estado pensando mucho en el pasado desde que regresé a Turn-Coupe.
- ¿El pasado significa Luke?
- El es una gran parte de mi pasado – admitió ella, con un suspiro –. Esa chica no debería haber estado en su coche aquella noche. Tan sólo nos faltaba estar prometidos. Habíamos estado en el cine y él me había llevado a mi casa. ¿Por qué salió luego con otra chica? Jamás me lo ha dicho. Por supuesto, supongo que no tenía por qué tener una razón. Es cosa de hombres, como lo de mi padre y sus mujeres.
- No todos los hombres son unos adúlteros empedernidos como tu padre, chére.
- No, a algunos les gusta controlarlo y manipularlo todo... Bueno, no importa.

—¿Estás hablando de tu ex? Has tenido muy poca suerte con los hombres que ha habido en tu vida, ¿verdad? Sin embargo, eso no significa que no haya algunos buenos. Simplemente hay que seleccionar un poco.

—Creo que he perdido las ganas, igual que he perdido la idea de lo que es verdaderamente el amor. Está afectando a mi trabajo... y a las críticas que recibo.

—Vi la crítica que recibiste en el periódico local. Te aseguro que me sentí muy enojada. No podía creer que alguien hubiera escrito tanta basura sobre tu trabajo. Llamé y pregunté el nombre del periodista. No me lo pude creer cuando me lo dijeron. Muriel Potts, ni más ni menos.

April miró a Julianne durante un largo instante.

Las dos sabían por qué Muriel podría tener razones para escribir una crítica tan poco positiva.

—Te agradezco que te tomaras esa molestia — comentó April, tratando de sonreír —, pero no importa. Yo misma sé que el libro no era tan bueno como algunos de los otros.

—¡Era un libro maravilloso! Jamás creas a la prensa, April. Es fatal, tanto si lo que dicen es bueno o malo, justo o injusto.

—No sé, Julianne... Me siento tan vacía... Creo que he perdido la habilidad para conseguir que un lector crea en algo y mucho menos en la atracción sexual alocada y apasionada por un hombre. ¿Cómo voy a poder hacerlo, cuando ni siquiera creo en ello yo misma?

—Sí, claro —dijo Julianne, secamente—. Dime que no sentías nada por ese Adonis del pantano que fue a llamar a tu puerta. Dime que no te hizo hervir la sangre al menos un poquito.

April le lanzó una mirada de desaprobación.

—Eso es diferente. Estaba enfadada con él.

—Sí, pero sentiste algo. Y creo que podrías sentir más, si te dieran la oportunidad.

—No lo creo.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo tener una agradable aventura con un hombre dispuesto, especialmente si se trata de alguien como Luke de la Nuit? Te podría venir muy bien.

—¡Y también podría ser un desastre!

—¿Cómo? Si te enamoras de él, volverás a saber lo que es el amor. El desamor es un sentimiento que necesita sentirse para poder escribir convincentemente sobre ello. Al menos, así no volverías a sentirte vacía.

—No. Estaría destrozada.

—¿Lo estás ahora? —le preguntó Julianne, mirándola atentamente a los ojos.

—No me refería a esto. Si tengo una aventura y sigo sin sentir nada, simplemente conseguiré demostrar que lo he perdido todo. El sexo como imán para una aventura o un matrimonio no dura mucho. Lo descubrí con Martin.

—Ese hombre tenía la sensibilidad de un trozo de barro. Olvídate de él.

—Me gustaría, pero creo que él quiere que volvamos juntos.

—Espero que no tengas la intención de consentírselo — comentó Julianne.

—Ni hablar. Ni siquiera aunque se pusiera de rodillas y empezara a suplicar.

—Bueno. ¿Está suplicando ya?

—Más o menos. También me ha prometido que me será fiel para siempre y que estaremos muy bien juntos, sea lo que sea lo que eso significa —comentó April. Entonces, lanzó una carcajada—. En realidad, creo que se está quedando sin dinero y que quiere volver a meterle mano a mis derechos de autor.

—¿No tuviste que pagarle ninguna pensión?

—No, aunque se quedó, con la mitad de mi plan de pensiones. Le gustaba mucho poder redactar cheques con mi cuenta bancada, casi tanto como le gustan los juguetes como barcos y coches. Además, siempre tuvo la extraña noción de que los adelantos que me daban por mis libros era mi sueldo, mientras que los derechos de autor eran algo extra, algo que me daban por no hacer nada. Se convenció a sí mismo sin mucho esfuerzo de que él se merecía ese dinero tanto como yo.

—¿Por qué? —preguntó Julianne, llena de sorpresa.

—Por sus esfuerzos en la promoción de mis libros, por supuesto. Por hablar de ellos en el bar durante las ruedas de prensa. Se le daba muy bien. Sólo espero que no se presente a la conferencia de este fin de semana para seguir con la costumbre.

Julianne musitó algo muy poco halagüeño sobre los poderes mentales de los esposos en general y los de Martin en particular. Entonces, añadió:

—Por eso ten esa aventura. Así convencerás a Martin de que no te interesa. Además, con un poco de suerte, podrías sacar mucha información de ella. ¿Qué tienes que perder?

April miró a su amiga durante un instante. Entonces, cuando vio el brillo que había en los ojos de Julianne, se echó a reír.

—Eres imposible. La gente no tiene aventuras sólo para mejorar su estilo a la hora de escribir.

—Lo que es una pena. Conseguir inspiración para las escenas románticas sería mucho más fácil así.

—Hay mucho más que escenas románticas en el amor —dijo April con cierta aspereza.

—Es cierto. Me preguntaba si se te había olvidado.

—No del todo.

—Por otro lado —prosiguió Julianne con una deslumbrante sonrisa—, hay que decir mucho sobre el sexo. Algunas aventuras que han empezado con una fuerte atracción física se han convertido en otra cosa.

—Así es al menos como ocurre en nuestros libros —repuso April, con sequedad.

La tarde fue avanzando a medida que hablaban. Las suaves luces del atardecer empezaron a dar al ambiente del barrio un aire de melancolía. De repente, la luz desapareció y se hizo de noche.

Julianne insistió en que April se quedara a cenar, diciéndole que no le representaba ningún problema dado que sólo iba a preparar una tortilla. Las dos empezaron a trabajar en la cocina, pelando y picando cebollas, troceando champiñones y jamón y rallando queso. El resultado, servido con un crujiente pan y un maravilloso Chardonnay, fue delicioso. No obstante, fue la conversación lo que lo hizo verdaderamente memorable.

Después, April se marchó enseguida, dado que tenía que repasar sus notas para la charla que iba a dar a la mañana siguiente muy temprano. Como le pareció que regresar andando al hotel no sería buena idea, Julianne llamó a un taxi y la

acompañó a la calle. Allí le dio un abrazo y le prometió estar presente en la conferencia del día siguiente. Cuando April llegó al hotel, estaba bostezando a causa de los cócteles, el vino, la buena comida y la buena conversación que la habían ayudado a librarse de su tensión.

Una hora más tarde, ya había tomado un baño y se había envuelto en el grueso albornoz que era cortesía del hotel. Fue entonces cuando se dio cuenta de que la luz que indicaba que tenía un mensaje estaba encendida en el teléfono de su dormitorio. Tomó el auricular para ver de qué se trataba. Había recibido un centro de flores durante su ausencia, que le llevarían en cuando le fuera conveniente.

A April le pareció que el hecho de enviarle flores era un gesto muy amable por parte de los organizadores de la conferencia. Pidió que se las llevaran inmediatamente para saber qué decir cuando se encontrara con el organizador de la conferencia al día siguiente por la mañana. Pensó en vestirse, pero, como el albornoz era completamente respetable y, además, temía que el botones la sorprendiera a medio vestir, decidió no hacerlo.

El ramo era muy elegante. April le dio una propina al botones y cerró la puerta. A continuación, llevó las flores a su dormitorio, donde las puso encima de una mesa. Estaba aún buscando una tarjeta entre las hojas cuando el timbre de la suite volvió a sonar.

Más flores. Un gran centro de gladiolos y margaritas que tapaban el rostro del botones cuando ella miró a través de la mirilla para ver de quién se trataba.

—Creo que ha cometido un error —le dijo a través de la puerta—. Acaban de traerme más flores.

—Siento volver a molestarla, señorita Halstead —replicó el botones—. No me di cuenta de que tenía más flores para usted en el carrito.

A April le pareció un error de lo más natural. Abrió la puerta. Cuando el hombre franqueó el umbral, se colocó delante de él con la intención de ir a buscar más dinero para darle otra propina. El botones dejó las flores sobre la consola y, a continuación, se dio la vuelta y cerró la puerta.

April se dio la vuelta sintiendo que el corazón empezaba a latirle a toda velocidad. El botones, que era alto y de cabello oscuro, no se parecía en nada al primero. En aquellos momentos, la estaba observando con una descarada sonrisa en el rostro y una mirada de satisfacción en los ojos. La ira se apoderó de April.

—¡Maldito seas, Luke Benedict! Has estado a punto de provocarme un ataque al corazón.

Él se apoyó contra la puerta y se cruzó los brazos por encima del pecho.

—Me alegra ver que tienes el suficiente sentido común como para tener miedo.

—¿De verdad? Tal vez no te alegres tanto cuando esto haya terminado. ¿Qué te crees que estás haciendo?

—Demostrarte lo fácil que es llegar hasta ti, estés donde estés —respondió él, con sequedad.

—Lo que me estás demostrando es que eres un grandísimo...

—Cuidado —dijo él, en tono burlón—. Las heroínas de las novelas románticas no deberían maldecir.

—Yo soy la autora, no la heroína —replicó April, entornando la mirada—. Además, algunas situaciones piden a gritos una maldición o dos.

- Adelante, en ese caso. Puedo soportarlo.
- Pensándolo bien, preferiría no desperdiciar ni las energías ni el tiempo. No te des con la puerta cuando te marches.
- No me voy a marchar a ninguna parte – repuso él, muy lentamente.
- Te equivocas – le espetó ella.
- No puedo hacerlo.
- Claro que puedes. Sólo tienes que poner un pie delante del otro.
- Entonces, ¿quién te va a proteger del siguiente loco que se te presente?
- Yo no necesito protección. Lo que necesito es paz y tranquilidad... y que te vayas.
- ¡Qué raro! Me parece haber escuchado todo esto antes.
- Exactamente. Podría llamar ahora mismo a la seguridad del hotel y hacer que te echen de aquí. ¿Qué te parece eso?
- Yo no lo haría.

April se dio la vuelta tan rápidamente que el pesado albornoz se le abrió para dejarle al descubierto las piernas muy por encima de la rodilla. A ella le pareció que Luke se había dado cuenta, pero estaba tan furiosa que no le importó. Se dirigió hacia la mesa del teléfono y tomó el auricular.

– De acuerdo, de acuerdo – dijo él, rápidamente –. Supongo que esto significa que no puedo quedarme a pasar la noche.

La mirada que April le dedicó podría muy bien haberlo convertido en un bloque de hielo.

- Ni lo pienses.
- No puedo evitarlo. El sofá parece bastante cómodo. Yo podría acostarme ahí.
- Creo que no.
- ¿Me estás ofreciendo acaso que comparta contigo la cama? – preguntó él, frotándose la mandíbula –. No sé, podría ser peligroso...
- No te estoy ofreciendo nada, tal y como tú sabes muy bien.
- Sé razonable, April. Estoy aquí. ¿Por qué no dejas que me quede?
- ¿Cómo me puedes pedir algo así? – preguntó ella, completamente atónita.
- Esto no tiene que ver contigo y conmigo ni con ninguna especie de atracción entre nosotros – dijo él, frunciendo el ceño –. Sólo quiero que estés a salvo.
- Y lo estaré. En cuanto te marches.
- ¡Oh, por el amor de Dios! No voy a atacarte. No es mi estilo, te lo aseguro. Prefiero que las mujeres se muestren dispuestas e incluso ansiosas ante mí.

April se sonrojó y levantó la barbilla.

- Ya me lo imagino.
- Bien. Imagínate todo lo que quieras. Debería dársete muy bien. Mientras tanto, los dos somos adultos y nadie está mirando. ¿Quién va a tomar fotos si salimos juntos de esta habitación mañana por la mañana?
- ¿Es eso lo que te preocupa cuando pasas la noche con una mujer? ¿Que alguien vaya a tomar fotos? Resulta extraño, pero yo habría dicho que tendrías otras cosas en mente.
- Lo que tengo en mente cuando paso la noche con una mujer no es... Dios Santo, April. ¿Por qué tienes que ser tan picajosa? Esto no es tan importante. Créeme.
- Para mí sí lo es – respondió ella, con voz tranquila –. No quiero que estés aquí. No quiero siquiera que estés cerca de mí.

— Eso es algo que me has dejado muy claro, tanto ahora como hace trece años. Lo que me gustaría saber es de qué tienes miedo. ¿De mí o de ti misma?

April lo miró fijamente, incapaz de encontrar las palabras necesarias para contestar. Por su parte, Luke la observaba con mirada intensa. De repente, alguien llamó a la puerta. April se sobresaltó y apretó los puños. Luke se dio la vuelta rápidamente y se asomó por la mirilla. Una expresión de ira y de resignación se le reflejó en los fuertes rasgos. Entonces, se volvió y la indicó a ella que abriera la puerta.

— ¿Sí? — preguntó April, antes de abrir.

— Seguridad, señorita Halstead. Nos han informado de que han visto a un miembro de personal no autorizado frente a la puerta de su suite. Sólo queríamos saber que se encontraba usted bien.

April hizo girar el pomo y abrió la puerta.

— Muchas gracias por su preocupación — dijo —. Ha sido sólo una broma, alguien a quien yo conozco que se le ha ocurrido vestirse de botones. Ya se marcha.

— Sí, señorita — dijo el hombre. Entonces, miró a Luke —. ¿Me acompaña, señor?

La ira que se reflejó en los ojos de Luke Benedict hizo que el corazón de April se le encogiera en el pecho. No obstante, se limitó a apartarse para que él pudiera salir. Al llegar al pasillo, Luke se dio la vuelta.

— Creo que tu conferencia es en un hotel en Veteran's Drive, ¿no? Vendré a recogerte mañana por la mañana muy temprano.

¿Cómo lo sabía? Además, ¿por qué se había tomado las molestias de averiguarlo? April desconocía la respuesta y tampoco tenía tiempo de averiguarlo en aquellos momentos.

— No te molestes — dijo, con gesto despectivo —. Puedo arreglármelas.

— No es molestia alguna — replicó él —. Voy a ir de todas maneras. ¿Te parece bien a las ocho?

Discutir delante del oficial de seguridad resultaría sospechoso y vergonzoso. Además, con un poco de suerte, ella ya se habría marchando para cuando Luke llegara allí. Sin mucho entusiasmo, respondió:

— Muy bien.

Luke asintió y sonrió. Entonces, le deseó buenas noches y se marchó en compañía del encargado de seguridad. April no consiguió deshacerse fácilmente del recuerdo de aquella sonrisa. Había notado algo en ella que no le había gustado. Nada en absoluto.

Capítulo 4

Luke se aseguró de estar frente al Windsor Court, apoyado contra el capó de su vehículo, cuando April salió a la mañana siguiente. Ella iba sonriendo mientras le devolvía el saludo al portero. Entonces, vio el Jeep de Luke.

La hostilidad que se le reflejó en los ojos fue como un golpe en el estómago. Luke no dejó que eso lo desanimara. Se acercó a ella con tranquilidad y la agarró por el codo.

—Ésta es la señorita de la que le había hablado —le dijo al portero—. Ahora ya me ocupo yo.

El portero pareció no saber si debía intervenir o no, lo que resultó algo sorprendente, dado que uno de los famosos que solían alojarse en el hotel estaba tratando de zafarse de él. Luke se inclinó sobre April y le acercó los labios a la mejilla con gesto amoroso.

—No montes una escena o te tomaré en brazos y te meteré a la fuerza en el vehículo. El resentimiento y la promesa de venganza se reflejaron en la mirada que April le dedicó. Sin embargo, tras mirarlo atentamente durante un segundo, permitió que él la acompañara al vehículo. Luke lanzó un suspiro de alivio cuando le cerró la puerta y se dirigió a la del conductor.

—¿Qué le dijiste al portero? —le preguntó ella, en el momento en el que Luke tomó asiento.

Luke arrancó el vehículo y echó a andar.

—Le dije que era tu actual amante, pero que habíamos tenido una discusión... en la que tú me dijiste que te compraba el anillo o me largaba. Le confesé que esta mañana me decidí por el anillo.

—¿Cómo?

—Me pareció mejor que decirle que te estabas desmoronando por la presión de la fecha límite de entrega de tu novela y que yo era la persona que había venido a recogerte para acompañarte a la conferencia.

—Como que se lo iba a haber creído —replicó ella, con desprecio.

—¿No te parece que yo tenga el aspecto suficientemente profesional?

April lo miró. Observó que llevaba unos elegantes pantalones oscuros y una camisa gris perla. Luke se sintió mucho mejor al ver que ella lo miraba con cierto desprecio... aunque éste sólo durara dos segundos.

—¿Adonde vas? —le preguntó ella dulcemente—. ¿A un entierro?

—Voy contigo.

Luke se preparó para otra explosión de ira, que no se produjo. En vez de eso, April lo miró atentamente.

—¿Acaso sabes a qué clase de reunión me dirijo? —le preguntó.

—Claro, al igual que el resto de la población de Nueva Orleans —afirmó él—, dado que aparece en el periódico de esta mañana.

—Sin embargo, no creo que fuera allí donde tú lo hayas descubierto.

—No —admitió él, algo molesto por el desdén que notaba en la voz de April—. Lo leí en tu hoja informativa.

—No sabía que te importara lo que ocurriera más allá de Túnica Parish, especialmente algo que es tan femenino.

- Hay muchas cosas sobre mí que tú desconoces.
- ¿Por qué estás haciendo esto? – le preguntó ella, bruscamente.
- Por diversión – respondió él. Era cierto, aunque no fuera la única razón.
- ¿De verdad vas a acompañarme a una conferencia en la que tú serás uno de los pocos hombres entre docenas de mujeres?
- Es la clase de reunión que más me gusta – dijo él, arqueando una ceja.
- No sabes en lo que te estás metiendo.
- Ya lo descubriré, ¿no te parece?
- Por supuesto que sí – respondió ella, muy secamente –. Por supuesto que sí.

La conferencia parecía contar con un buen número de asistentes, al menos desde el punto de vista de Luke. Había mujeres por todas partes, armadas con bolsos y con bolsas de libros que portaban el logotipo de los organizadores de la conferencia. La mayoría de aquellas mujeres parecía conocer a April. Las que no le daban un fuerte abrazo o la saludaban con la mano, la observaban con sonrisas de reconocimiento e interés en el rostro. A Luke le pareció que ella lo tomaba muy bien, aunque no estaba seguro de si la mitad de las veces ella recordaba a las mujeres que se le acercaban o sólo fingía hacerlo por cortesía.

Luke se sentía fascinado y nervioso a la vez por poder ver cómo era la otra vida de April. Ella tenía un aspecto muy elegante con su traje azul y el cabello recogido en lo alto de la cabeza. Contaba con tal aura de éxito a su alrededor que parecía otra persona. En cierto modo, parecía que todas aquellas mujeres la conocían mejor que él. Se preguntó si sería porque todo el mundo parecía haber leído sus libros.

April le permitió que le llevara el maletín y que permaneciera a su lado, pero no lo presentó a nadie a pesar de que resultaba evidente la curiosidad de todos los presentes. No obstante, ella no parecía prestar atención alguna a la especulación, igual que a la propia presencia de Luke. Aquello lo enfadó mucho, hasta el punto que deseó hacer algo escandaloso para que ella tuviera que reconocer su presencia. Afortunadamente, una señora regordeta, con el cabello blanco y ojos brillantes, se lo impidió.

– No nos tengas con el suspense, querida mía. Dinos quién es este hombre tan guapo que te acompaña – le preguntó –. No te habrás casado sin decir nada a nadie, ¿verdad?

– Por el amor de Dios, claro que no – respondió April –. Es Luke y se trata simplemente del modelo para la portada de mi próximo libro. ¿No te parece que representa la imagen perfecta del hombre guapo, misterioso y arriesgado?

Luke la miró completamente atónito. Ella le devolvió la mirada con un gesto completamente inocente. Luke comprendió que ella iba a hacérselo pagar caro, avergonzándolo lo suficiente si era necesario para que tuviera que salir corriendo.

– ¡Vaya! – exclamó la mujer, extendiendo la mano para tocar el brazo de Luke. Entonces, respiró profundamente, haciendo que el pecho se le hinchiera hasta alcanzar proporciones más que notables –. ¡Por supuesto que sí! Su imagen hace pedazos a la de Fabio y al hombre de Topaz.

Luke no tenía ni idea de a quién se refería aquella mujer, pero le divirtió su adulación. Al mismo tiempo, comprendió que seguirle el juego a April era la mejor manera de devolverle la jugada.

Tomó la mano de la señora y se la llevó a los labios. Entonces, con el tono de voz más seductor que pudo conjurar, dijo:

– Gracias, señora. Es usted demasiado amable.

– Ni la mitad de lo que podría haber sido hace ya algún tiempo – susurró la mujer, inclinándose sobre él con una chispa picante en los ojos.

Luke se echó a reír. De repente, sintió que controlaba más la situación. Deshacerse de él le iba a costar a April más de lo que había creído. Con un poco de suerte, todo terminaría saliendo bien. Se acercó un poco más a la audaz mujer y musitó:

– Si yo hubiera estado cerca de usted entonces, le habría estado extremadamente agradecido por... el favor.

– Querrás decir favores... o al menos eso espero – replicó ella, en tono muy coqueto.

– Por supuesto que sí – afirmó él, realizando una profunda reverencia.

La mujer se echó a reír. Las cabezas de todos los presentes se volvieron en su dirección con una sonrisa en los labios. Sin embargo, a April no le parecía que aquello fuera nada divertido. Al ver cómo se daba la vuelta y se marchaba, Luke no pudo reprimir una sonrisa.

No obstante, más tarde, cuando April se subió al estrado para pronunciar su discurso, fue el ánimo de Luke el que se tornó sombrío. April estaba fantástica. Sus comentarios a lo largo del discurso arrancaron en varias ocasiones los aplausos de los asistentes. Cuando dio por terminada su exposición y se apartó del micrófono, la ovación que recibió pareció sorprenderla tanto como la estaba agradando.

Luke se levantó también, dándole a April el aplauso que se merecía. Efectivamente, era una mujer muy especial. En eso, Roan había estado en lo cierto. La suave voz que había resonado en los altavoces de la sala parecía haberle prendido una llama en la sangre. Aunque no parecía haber nada más, esa llama también había provocado que se sintiera muy protector hacia ella.

En aquel momento, mientras la observaba, Luke realizó un voto solemne. No consentiría que le ocurriera nada malo o doloroso. Ni en aquellos momentos ni nunca. Él se encargaría de ello, fuera lo que fuera lo que tuviera que hacer para impedirlo.

La conferencia incluía una serie de talleres. April estaba a cargo de uno de ellos, por lo que Luke la siguió a la sala en la que se iba a celebrar. Cuando la sesión terminó, él tenía una idea mucho más clara de cómo pasaba April su tiempo, además de la dedicación que había necesitado para llegar a su situación actual y lo duro que tenía que trabajar.

Muchos de los asistentes se le acercaron para realizar diferentes comentarios y preguntas. Ella los respondió todos con paciencia y humor, incluso los de una mujer de aspecto desesperado. Tenía el cabello negro y muy largo, hasta casi la cintura, las manos muy delgadas y un manuscrito en los brazos. Intentaba constantemente que April lo agarrara, como si esperara que ella lo leyera.

Luke estaba pensando en intervenir cuando April, mirando por encima de la mujer, tocó de repente el brazo de una joven.

– Aquí hay alguien que puede ayudarla – dijo amablemente –. Es una editora que trabaja por libre para una editorial que ayuda a jóvenes escritores a abrirse camino – añadió. Entonces, levantó la voz un poco más –. Oh, Muriel, aquí hay alguien que necesita de tus servicios.

La persona a la que April se dirigía se dio la vuelta lentamente para mirarla.

— ¿Estás hablando conmigo?

Mientras Luke observaba, April le explicó a Muriel la situación de la otra mujer. La editora no pareció muy contenta ante la perspectiva de tener un nuevo cliente.

— Nuestra querida April debería haberte dicho que también dirijo seminarios para aprender a escribir. Tal vez te gustaría apuntarte a uno.

— Oh, yo no lo necesito — replicó la mujer, agarrándose con fuerza al brazo de la editora —, pero si me dedicara algunos minutos, estoy segura de que podría convencerla para que publicara mi libro.

— La editorial para la que yo trabajo no publica novelas románticas — le espetó la tal Muriel.

— ¡Yo puedo escribir lo que quiera!

— ¿Historia local?

— Por supuesto.

La respuesta fue tan rápida que, hasta para Luke, resultó evidente que la joven habría contestado lo mismo aunque la editora le hubiera pedido un tratado sobre la fauna y la flora de la cuenca del Amazonas. Entonces, él miró a April para ver lo que ella pensaba de todo lo que estaba ocurriendo y vio que ella tenía una sonrisa que trataba desesperadamente de ocultar. En el momento en el que ella se percató de que Luke se había dado cuenta, se ruborizó y apartó la mirada. Un segundo después salió de la sala como si la persiguiera el diablo

Luke aún la estaba mirando fijamente cuando escuchó una profunda carcajada a su lado. Al mirar, la mujer que estaba junto a él asintió amistosamente.

— Una jugada con picardía y muy efectiva — dijo, en voz muy baja —. ¿No le parece?

— ¿Cómo dice?

— Oh, perdone. Algo en la expresión de su rostro me hizo... Bueno, pensé que sabía lo que estaba pasando.

— No, pero me gustaría saberlo — respondió él, con franqueza —. Si usted tuviera la amabilidad de contármelo...

La mujer, que iba ataviada con un vestido morado, lo observó atentamente durante unos segundos. Entonces, lo agarró del brazo.

— ¿Me acompaña al siguiente taller?

Luke la acompañó, impulsado por su propia curiosidad y también por la fuerza de la mujer. Ella lo condujo hacia la puerta por la que había desaparecido April.

— Usted no sabe quién soy yo, ¿verdad? — le dijo por fin la mujer, cuando estuvieron en el pasillo —. Me llamo Julianne Cazenave, otra escritora. Sospecho que usted es el hombre que le está quitando el sueño a April.

— Lo dudo. Simplemente estoy cuidando de ella.

— Eso ya lo sé, chéri. Todo el mundo lo sabe desde el momento en el que entró por la puerta. Podríamos decir que usted es un punto de mucho interés en el radar de esta conferencia. Estoy segura de que, antes de que termine el día, April se lamentará de haberle permitido que la acompañe. Por cierto, ¿por qué lo hizo?

— Porque yo quería venir y no se le ocurrió modo alguno de impedírmelo.

— ¿De verdad? Yo estaba en lo cierto. Usted es Luke Benedict, ¿verdad?

— ¿Cómo lo ha...?

— Conozco a April desde hace mucho tiempo. Qué... intrigante.

—Si no recuerdo mal —comentó Luke, que no estaba dispuesto a caer en la trampa de la mujer para que le diera más información—, usted estaba a punto de explicarme por qué creía que April se había comportado con picardía.

—Porque así fue, cher. Muriel Potts no es sólo editora, sino que también se gana la vida haciendo críticas para el periódico de la ciudad. Ella vapuleó sin piedad el último libro de April. Dijo que era muy poco realista, que carecía de profundidad psicológica y que las escenas de acción carecían de credibilidad desde el punto de vista de una ex oficial del ejército, que era la profesión de Muriel antes de dedicarse a la literatura. Y eso era sólo el principio.

—¿Y no era cierto?

—Por supuesto que no.

—Dios Santo.

—Exactamente. El estilo de April podría parecer algo florido si se es admirador de Hemingway. Sin embargo, el estilo minimalista de este escritor resultaría completamente equivocado para una novela romántica. Los libros tienen un lenguaje propio, uno mucho más sensual y emocional, más al gusto de las mujeres.

—Acepto su palabra al respecto —comentó Luke, con una sonrisa—. Entonces, usted cree que April se estaba vengando de esa Muriel echándola en brazos de esa autora tan ansiosa, ¿no?

—Eso me parece a mí. Por supuesto, April es humana. Tiene su mal genio y se defiende cuando le hacen daño, pero jamás ha sido vengativa. No tiene ni un ápice de maldad en todo su cuerpo.

—Veo que la conoce muy bien.

—Como he dicho, desde hace mucho tiempo. Juntas hemos capeado muchos cambios en la industria de la novela romántica.

De repente, Luke recordó haber visto el nombre de Julianne Cazenave en las portadas de muchos libros en el aeropuerto internacional de Nueva Orleans. También recordaba haber visto una película en televisión. Sin preámbulo alguno, le dijo:

—Usted es famosa, ¿verdad?

Julianne se echó a reír.

—Eso podríamos decir —comentó—. De hecho, mi nombre es casi de la casa, pero regresemos al asunto de April. Creo que podría tener problemas.

Luke la estudió atentamente y trató de decidir si lo estaba poniendo a prueba. Ella le devolvió la mirada sin apartar los ojos. Después de un momento, él le preguntó:

—De verdad lo cree, ¿no es así?

—Es posible. De todos momentos, le recomiendo que no la obligue demasiado. A ella se le puede guiar, pero no empujar. April y usted estuvieron juntos en el pasado, ¿no?

—¿Se lo contó ella?

—Entre otras cosas. ¿Qué ocurrió para estropear eso? Es decir, desde su punto de vista.

—Yo la defraudé —respondió él. Entonces, se preguntó qué tendría aquella escritora que le había empujado a responderle tan francamente algo tan personal.

—Creo que hubo un accidente. April creía que usted sentía algo por ella, pero descubrió que no era así cuando tuvo un accidente y la chica que estaba con usted resultó muerta.

—No fue como suena —afirmó Luke.

—Entonces, ¿cómo fue?

Se habían detenido delante de otra sala. El cartel que había en la puerta anunciaba que Julianne Cazenave iba a dar la charla. Ya llevaba cinco minutos de retraso con respecto a la hora que se anunciaba en la puerta. Luke decidió que aquél no era el lugar para dar detalles, aunque se sintiera inclinado a hacerlo.

—Fue un error —dijo—. Un error del que me arrepentiré toda la vida. Por muchas razones.

Julianne asintió y miró hacia el interior de la sala. Estrecho la mano de Luke y le dedicó una ligera sonrisa.

—Me gustaría saber más. Por si acaso no tenemos oportunidad hoy, ¿qué le parece si viene a verme la próxima vez que esté en Nueva Orleans?

—Será un placer —afirmó Luke, con sinceridad.

El resto del día pasó muy rápidamente. Recorrió todas las salas buscando a April, pero ella no parecía estar por ninguna parte. Por fin, una mujer que formaba parte de la organización le dijo que ella estaba en una reunión. Luke se retiró a la sala de espera que había delante del lugar donde April estaba reunida.

Muy pronto, se vio rodeado de un montón de jóvenes escritoras, que, además de saber mucho sobre su profesión, parecían muy divertidas. Mientras escuchaba su conversación, Luke aprendió algunas cosas sobre la vida literaria que podría utilizar en futuras conversaciones con April. Sin embargo, se excusó enseguida al ver que ella salía por fin en compañía de Julianne Cazenave y de otras cuatro mujeres.

Estaban tratando de organizar una cena en un restaurante en el Barrio Francés cuando Luke se les acercó. Se incluyó rápidamente en la conversación antes de que April pudiera impedirlo. Cuando le preguntaron su opinión al respecto, él sugirió que fueran a Bacco's, un restaurante italiano en Chartres Street. La sugerencia se aceptó de buena gana.

El dueño de Bacco's, que era famoso por su buen vino y su ambiente distendido, era Ralph Brennan, miembro de una de las familias de restauradores más famosas de Nueva Orleans. El local merecía su popularidad por la mezcla de la cocina italiana con las influencias criollas de la zona, rodeado todo de una mezcla de comodidad y sofisticación. El restaurante se estaba empezando a llenar cuando llegaron, pero no importó, dado que Luke había reservado una mesa.

Pidieron dos botellas de vino, una de blanco y otra de tinto, y seleccionaron calamares y canelones, de entrantes. Después, como las damas no parecían dispuestas a tomar nada pesado, se decidieron por algo que todos pudieran compartir. La elección fue la especialidad de la casa, las pizzas preparadas en horno de leña de gambas a la plancha, colas de pescado y salami de Calabria.

Cuando tomaron la segunda copa de vino, las damas empezaron a soltarse. Flirtearon con el camarero y con el encargado de los vinos, además de contar chistes algo picantes sin reparo alguno. Luke podría haber sospechado que, al ser el único hombre, lo estaban poniendo a prueba. No obstante, ninguna de ellas parecía avergonzada en lo más mínimo. Se le ocurrió más bien que todas ellas habían

perdido sus inhibiciones durante el proceso de escribir sobre el amor y la atracción física, aunque también podría ser que escribieran sobre aquellas cosas simplemente porque no les producían rubor alguno. Fuera lo que fuera, tenían una apreciación abierta y natural por la dinámica del sexo, combinada con una tolerancia muy poco usual por la mayoría de los temas. A Luke le pareció que podría acostumbrarse sin demasiado esfuerzo a aquella actitud. De hecho, no recordaba cuándo se había divertido tanto con un puñado de mujeres.

April también participaba de la conversación, aunque no se mostraba tan bulliciosa. Luke estaba sentado frente a ella en el centro de la larga mesa, por lo que tuvo oportunidad de escuchar lo que ella decía. Brevemente, se preguntó sobre sus más íntimas inhibiciones, o más bien sobre la falta de ellas. En el pasado había sido un poco tímida, pero había respondido a sus avances con una naturalidad que a él le dolía recordar.

Mientras se encontraba perdido en estos pensamientos, no pudo evitar observar cómo la luz de las velas se le reflejaba en el cabello. Se fijó en la suavidad de su boca y en la calidez con la que miraba a todos los presentes con excepción de a él. Sin que pudiera evitarlo, se despertó dentro de él una profunda necesidad de estar a solas con ella. Aquel sentimiento fue tan fuerte que se sintió casi febril.

Afortunadamente, la atención de todas las mujeres se volvió hacia él.

—Entonces, tú eres el protagonista de la próxima novela de April —comentó una pelirroja muy mona—. ¿Qué hiciste para merecer el papel?

—Dios, vaya pregunta —dijo otra antes de que Luke tuviera oportunidad de responder—. ¡Míralo! ¡Esos hombros, esas piernas tan largas, el cabello oscuro, los ojos...!

—Lo sé —comentó la primera, con un suspiro—. Hasta tiene los dientes blancos y el rostro bronceado. ¿Dónde diablos lo encontraste, April?

—Me limité a mirar a mi alrededor y allí estaba —contestó April, muy secamente.

—Pues te aseguro que yo no veo nunca a nadie así cuando miro a mi alrededor —repuso una atractiva mujer de cabello plateado.

—Yo nunca dije que estuviera justo al lado —protestó April, sonriendo— Simplemente necesitaba a alguien misterioso y atractivo y él es mi vecino.

—¿Qué conveniente! —exclamó la pelirroja—. ¿A que sí? —replicó April.

Luke se reclinó sobre el asiento y se cruzó los brazos por delante del pecho. Decidió dejar que fuera April la que respondiera, en vez de hacerlo por sí mismo.

—¿Encaja él con el resto del molde? —preguntó Julianne, mirando a Luke—. Es decir, ¿tiene todas las cualidades que normalmente atribuyes a tus protagonistas masculinos?

—La mayoría —comentó April—. Evidentemente, es fuerte. Tiene inteligencia, humor y encanto. Además, se mueve con la típica facilidad atlética...

—De hecho, es perfecto —concluyó la del cabello blanco.

—No del todo.

—Dios, April. ¿Qué es lo que le falta?

—Sacrificio. Dedicación a una causa —respondió ella—. ¡Ah! Y una cosa más.

Luke tensó los músculos del estómago inconscientemente para prepararse para el golpe que, sin duda, iba a recibir. April jamás diría algo así sobre él si no fuera para colocarlo en una situación de compromiso.

— ¿De qué se trata? — preguntó Julianne, al ver que April no decía nada más.

Ella miró a Luke por encima de la mesa.

— Le falta la cualidad más importante que puede tener el protagonista de una novela romántica. No tiene honor.

El dolor que Luke experimentó fue casi insoportable. Creía que hacía mucho tiempo que había dejado de importarle la opinión que April Halstead pudiera tener de él. Aquél no era el mejor momento para descubrir que se había equivocado.

Al mismo tiempo, comprendió lo que ella estaba tratando de hacer. Quería provocarlo para que se marchara antes de que llegara el momento de regresar al hotel, aunque, por supuesto, eso no suponía que dijera en broma todas las palabras que estaba pronunciando.

— Bueno — dijo la pelirroja —. Yo creo que podría prescindir de algo así sólo por el bien del resto de sus cualidades. Además, a mí me gustan los hombres que saben lo que quieren...

— Te aseguro que Luke lo sabe perfectamente — respondió April, con una fría sonrisa —. Además, como todo buen personaje, tiene su apodo. Ni siquiera tuve que inventarme uno.

Luke cerró los ojos mientras ella pronunciaba el nombre con gran placer. Luke despreciaba aquel apelativo y ella lo sabía. Sin embargo, no iba a consentir que April se saliera con la suya. Conseguir que él se marchara le iba a resultar más difícil de lo que había pensado.

— Luke de la noche — dijo Julianne, traduciendo el apelativo para un par de mujeres que parecían algo desconcertadas —. ¿Va a aparecer él por casualidad en ese libro que estás escribiendo sobre esa familia del lago en el que vives? ¿Cuál era el título?

— No lo creo — afirmó April, cortando así la disertación de Julianne.

— Luke de la noche — comentó una de las mujeres —. Me pregunto qué haría para merecerse ese apodo.

— La cuestión se trata más bien de qué no ha hecho — contestó April —. La respuesta es que no mucho.

— ¿De verdad? — musitó él

April ignoró aquel comentario y sonrió a las mujeres.

— Nuestro Luke es un hombre de amplia experiencia. Al contrario del pobre Freud, él sabe perfectamente lo que quieren las mujeres.

— ¿Y cómo lo sabes tú? — le espetó él.

— Por lo que dice todo el mundo — repuso, aunque no sin cierta trepidación.

— ¿De verdad es así como me ves?

Ella inclinó la cabeza, como si estuviera tratando de enfocarlo.

— No exactamente. Para mí, tú eres un pirata que roba lo que quiere y se marcha en su barco sin preocuparse de las pobres mujeres que se quedan en tierra.

— Yo creía que los piratas se llevaban a sus cautivas en vez de abandonarlas — comentó él.

— Tú no. Eres un pirata de río. Ésos no toman prisioneras.

A Luke no le gustó la comparación.

— Eso depende de la prisionera — replicó, arqueando una ceja —. Y de si quiere que el pirata la secuestre.

— ¡Vaya! — dijo la pelirroja, fingiendo abanicarse con la mano.

– Tiene razón, chére – le dijo Julianne a April sin poder ocultar una sonrisa.

– Lo que este hombre tiene es una opinión muy alta de sí mismo – afirmó April, mirándolo con desaprobación –. Y vosotras no lo ayudáis al respecto.

Luke estuvo de acuerdo, aunque estaba seguro de no necesitar ayuda.

– Tal vez yo no sea el típico héroe de novela romántica – dijo –, pero sí la razón de que tú seas escritora.

– ¿Cómo dices? – replicó ella, mirándolo muy asombrada.

– Admítelo – dijo él –. Si yo hubiera sido diferente, ¿dónde estarías tú ahora? Una mujer casada que no ha hecho nada de relevancia en una década y que no tiene nada más que una casa algo destartada y media docena de niños agarrándote de las faldas.

La pelirroja apartó la pizza y los miró a ambos con abierta curiosidad.

– Un momento. Yo creía que los dos os habíais conocido hacía poco. ¿De verdad llega vuestra relación tan atrás?

– Mucho más que eso – afirmó Luke, sonriendo.

April respiró profundamente.

– ¡Qué visión tan conmovedora, en especial la de tener un amante esposo a mi lado! Sin embargo, como ese sueño tan hermoso fracasó, me aferré a otro. Fue una cuestión de supervivencia, no de elección.

El triunfo que Luke había sentido se desvaneció como si jamás hubiera existido. Decidió que, después de todo, le vendría bien toda la ayuda de la que pudiera disponer.

Capítulo 5

La cena terminó por fin. Todas las mujeres se despidieron y prometieron volverse a reunir muy pronto. Después, cada una se fue por su camino. April caminó al lado de Luke hasta el aparcamiento donde él había dejado su Jeep. "Sólo unos minutos más", se decía ella. Dentro de poco, estaría en la bendita intimidad de la suite de su hotel.

Tenía que reconocer que el día no había sido tan desastroso como había esperado, Luke se había comportado aceptablemente durante la mayor parte del día, sin entrometerse en lo que ella tenía que hacer ni impedirle sus actividades normales. De hecho, su presencia la había ayudado mucho en un par de ocasiones. No obstante, el alivio que sentía al saber que muy pronto estaría libre de él le provocaba prácticamente un sentimiento de euforia.

– Ha sido un día muy agradable – comentó él.

Durante un momento, April se sintió como si le hubiera leído el pensamiento. Lo miró con una cierta sospecha y vio que él llevaba un porte relajado, como si no se diera cuenta de lo que estaba pasando entre ellos. A April le pareció injusto.

– Supongo que hablarás por ti – le contestó ella, sin expresión alguna en el rostro.

– Me pareció que te comportabas con mucho estilo. De hecho, ni siquiera atacaste a la mujer que había realizado una mala crítica de tu libro.

– ¿Y cómo sabes tú eso? – le preguntó April, muy sorprendida.

– Lo he oído por ahí.

– Estoy segura de ello.

– No deberías consentir que ese tipo de cosas te afectaran. La opinión de una persona no importa.

– No si es sincera.

– ¿Qué significa eso?

– Yo no soy la persona que más aprecia Muriel Potts.

– ¿Y tiene razón para ello?

– Me envió un manuscrito de su primer libro cuando lo publicó hace unos años y me pidió una cita.

– ¿Una cita?

– Unas cuantas frases que describan el libro con términos muy halagüeños. Son frases destinadas a imprimirse en las cubiertas de los libros cuando se publican.

– Entiendo. ¿Y lo que le escribiste fue negativo?

– No del todo. La novela era muy poco realista. Yo no veía cómo podía alabarla y seguir teniendo credibilidad con las lectoras. Dado que en aquellos momentos estaba batallando con la fecha de entrega de una novela, archivé el manuscrito mientras trataba de pensar lo que podía decirle. De algún modo, me olvidé del tema hasta que el libro salió publicado. A ella no le hizo mucha gracia.

– ¿Tanta importancia tenía?

– Para ella sí. Las cifras de ventas del libro fueron muy bajas, por lo que su editorial no ejerció el derecho de comprarle el siguiente. Desde entonces, Muriel no ha publicado nada, lo que, por supuesto, es totalmente culpa mía.

– Ella te convirtió en el chivo expiatorio. Podrías tomar eso como el reconocimiento de tu poder en la industria.

Un grupo de chicos avanzaba hacia ellos. Como parecían ocupar toda la acera, Luke rodeó la cintura de April con el brazo para apartarla hasta que los muchachos hubieran pasado. April notó que cada punto de contacto de los largos dedos de Luke le dejaba una marca de calor sobre la piel. Se apartó tan pronto como pudo, respondiendo a aquel comentario casi al azar.

—No lo creo. Los editores parecen creer que las citas ayudan, pero yo jamás he comprado un libro basándome en lo que otro autor dijera al respecto.

—Tú tienes una perspectiva diferente —dijo él, notando inmediatamente la distancia que April había colocado entre ellos—. Aparentemente, las recomendaciones de otros autores hacen maravillas entre las personas normales. Debe de ser así, por qué si no, no habría tantos rostros famosos mostrando su apoyo a todo, desde tarjetas de crédito a aderezos para ensalada.

—Sea como sea, es normal que los escritores se vean afectados por las críticas. Para ser escritor, hay que ser en primer lugar una persona muy sensible por lo que es natural que los comentarios negativos produzcan un efecto devastador. Por cierto —comentó ella, mirándolo con curiosidad—, ¿cómo puedes tú saber tanto sobre esto? Tú jamás has leído mis libros.

—No —admitió él—, pero tal vez debería hacerlo.

Resultaba extraño que aquellas palabras, en labios de Luke, sonaran más bien como una amenaza.

Juntos siguieron caminando por las tranquilas aceras del Barrio Francés. El silencio se veía roto tan sólo por el ruido del agua de una manguera con la que el dueño de una de las tiendas regaba la acera. De repente, justo cuando pasaban por uno de los muchos clubes nocturnos que plagaban la zona, April captó un movimiento en su línea de visión, como si alguien arrojara algo a la calle.

Luke lanzó una maldición y tiró de ella para colocarla al borde de la acera. Casi inmediatamente, la estrechó entre sus brazos para protegerla. Casi simultáneamente, April sintió que algo húmedo le salpicaba los pies. El líquido parecía despedir un hedor sulfuroso y lanzaba pequeñas nubes de vapor.

Luke la agarró con más fuerza. April oyó que él contenía una exclamación de dolor. Durante un instante, los dos se quedaron completamente inmóviles.

En aquel momento, alguien gritó. Entonces, se produjo una fuerte algarabía y la gente empezó a correr en todas direcciones. April y Luke se quedaron solos en la acera.

—¿Qué ha ocurrido? —gritó ella, al tiempo que se liberaba del abrazo de Luke y se volvía para mirarlo.

—Ácido —respondió él, apretando los dientes—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió, a pesar de que sentía una sensación en un tobillo y sobre la parte superior del otro pie—, pero tú no. ¿Dónde estás herido?

Luke no respondió, sino que se dio la vuelta para regresar en la dirección de la que habían venido. Se dirigió directamente a la tienda y le arrebató la manguera al sorprendido tendero. Sin detenerse, la levantó y dejó que el agua le cayera por el hombro izquierdo y por la espalda.

April lo miró atónita. Bajo el agua, se podía ver claramente la piel enrojecida a través de los agujeros que el ácido le había hecho en la camisa. Se acercó un poco más y, con las dos manos, lo ayudó a extender el agua por toda la zona afectada.

— ¡No hagas eso! —le ordenó él—. ¡Te vas a quemar las manos!

— ¿Y qué importa? —le espetó ella.

Le levantó la camisa y consiguió que el agua cubriera por fin todas las zonas a las que no había podido llegar. El agua que le cayó por los pies hizo que las pequeñas quemaduras que tenía se refrescaran tanto que le hizo comprender mejor el alivio que él estaba sintiendo.

— April...

De repente, Luke se quedó en silencio. Bajo las manos, ella notó que se echaba a temblar. Cuando levantó la mirada, se vio apresada por el misterio de los ojos de Luke, atrapada también por la intimidad de sentir la firme musculatura de la espalda contra los dedos. Inmediatamente, notó que las manos se le echaban a temblar.

— ¿Qué diablos ha pasado aquí? —preguntó el dueño de la tienda—. ¿Qué era eso?

— Ácido sulfúrico —respondió Luke, con voz sombría. Entonces, miró a April rápidamente.

Ella sacudió la cabeza. No había podido distinguir a nadie, tan sólo un vago movimiento de entre todas las personas que estaban en el club. El responsable debía de haber salido corriendo con todos los demás.

— Es increíble lo que la gente es capaz de hacer hoy en día —comentó el tendero, con un movimiento de cabeza—. No sé adonde vamos a ir a parar.

— Sí...

Por la seriedad que Luke tenía en el rostro, April estaba segura de que él pensaba que el ataque había sido intencionado. Le habría gustado contradecirle, pero no podía.

Si estaba en lo cierto, lo habían quemado por su culpa. Comprender aquel detalle le provocó un dolor casi físico, como si fuera su propia piel la que estaba sufriendo. Al mismo tiempo, se sintió también muy avergonzada de lo mucho que había protestado cuando él se presentó en Nueva Orleans. ¿Dónde estaría ella ahora si él no la hubiera acompañado? Podría ser que el ácido le hubiera acertado plenamente en el rostro. Estaba en deuda con él, cuando jamás le había gustado estarlo con nadie y mucho menos con Luke Benedict.

A sus espaldas, empezó a escucharse la sirena de un coche de policía. El vehículo se detuvo muy cerca de ellos con las luces encendidas y un par de policías descendieron del coche patrulla. Aparentemente, alguien había telefoneado para informar del incidente por medio de un teléfono móvil.

El interrogatorio oficial no duró mucho. Había pocos testigos, dado que la mayoría de los que habían estado presentes habían salido huyendo. El oficial a cargo de la investigación anotó todos los datos, pero se mostró pesimista de que pudieran encontrar al que había cometido aquel delito. A pesar de que April se lo había imaginado, le seguía pareciendo deprimente.

Los policías se ofrecieron para llevar a Luke al hospital, pero él rechazó el favor. Afirmó que se encontraba bien y que dejaría que fuera su médico de cabecera quien se ocupara de las quemaduras cuando regresara a su casa al día siguiente. April y él firmaron la declaración oficial, recorrieron la corta distancia que los separaba del aparcamiento y, tras montarse en el Jeep, se dirigieron al hotel.

Al llegar a la entrada, April dijo:

— Yo siempre viajo con un botiquín de emergencia. Si subes a mi habitación, te pondré algo en la espalda.

– Gracias, pero no tienes por qué molestarte – comentó él, con una sombría sonrisa.
– Te aseguro que no es ninguna molestia.
– Entonces, ¿por qué te muestras tan solícita de repente?
– Me siento... – susurró ella, apartando la mirada – ... no sé. Me parece que es lo menos que puedo hacer.

Luke guardó silencio durante unos minutos, como si estuviera evaluando los motivos que la empujaban a mostrarse amable con él.

– Muy bien – dijo de repente-. ¿Por qué no?

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que April entró en la habitación de un hotel con un hombre, dado que, la última vez, había sido con Martin. Se sintió algo incómoda al atravesar el vestíbulo con Luke a su lado.

El recepcionista les sonrió y les deseó buenas noches, pero no mostró curiosidad alguna. Momentos después, estaban en el interior de uno de los ascensores, subiendo hacia la planta en la que se encontraba la suite de April. Unos segundos después, estaban en el interior de la habitación.

Al escuchar el sonido tan definitivo con el que se cerraba la puerta, April sintió que el pánico se apoderaba de ella. Se había pasado meses, años, tratando de evitar estar a solas con Luke. En aquellos momentos, no sólo le había franqueado la entrada a su habitación, sino que también había insistido en ello.

Se apartó de él y se quitó el pequeño bolso que llevaba colgado del hombro. Entonces, se dirigió al salón para encender una de las lámparas. Metódicamente, fue encendiendo todas las luces. Cuando salió del vestidor, se encontró a Luke en la puerta que se paraba la habitación del salón.

– ¿Es que tienes miedo de la oscuridad? – le preguntó –. ¿O acaso es de mí?

– De ninguna de las dos cosas – repuso ella –. Simplemente me gusta ver lo que hago.

Luke la miró atentamente durante varios segundos. Entonces, se llevó las manos a los botones de la camisa y los desabrochó muy lentamente.

– Muy bien. En ese caso, espero que no te importe que me dé una ducha rápida.

– Por supuesto que no – dijo ella, indicando la puerta del cuarto de baño –. Hay un albornoz colgado allí, cortesía del hotel, Luke le dio las gracias con cierto laconismo. Segundos más tarde, la puerta del cuarto de baño se cerró a sus espaldas.

April soltó por fin el aliento y se sentó en el borde de la cama. Al oír que, el agua de la ducha empezaba a caer, volvió a levantarse de un salto. Decidió que no tenía tiempo para dudas ni recriminaciones. Tenía que prepararse para cuidar de Luke tal y como le había prometido.

Cuando él salió del cuarto de baño, ya le estaba esperando.

April le miró brevemente las suaves ondas que le hacía el húmedo cabello y las gotas que se le aferraban desesperadamente al oscuro vello de los brazos. Los músculos se le tensaron durante un instante y, entonces, se obligó a relajarse.

– Venga, tumbate en la cama.

– Lo que tú digas – dijo él, con la mirada teñida de una cierta picardía. Empezó a sacar un brazo del albornoz, pero los rasgos se le tensaron y se quedó completamente inmóvil.

– Deja que te ayude...

-¡No!

—No te pongas así —replicó ella, enojada por aquel comportamiento—. No voy a hacerte daño. Jamás lo haría.

Tras echarle una mano, ella se volvió para buscar en el botiquín que tenía sobre la mesilla de noche. Cuando encontró el frasco que estaba buscando, sacó una de las pastillas y, con ella en la mano, se dirigió a la bandeja sobre la que había un cubo de hielo. Tras llenar un vaso de agua helada, se lo entregó a Luke y le ofreció la pastilla.

—¿Qué es eso?

—Percocet. Mi médico me las recetó para las migrañas que tengo de vez en cuando.

—No lo sabía —comentó, mientras aceptaba el medicamento.

—Hay muchas cosas que no sabes sobre mí — repuso ella, sonriendo con cierta ironía al reconocer las palabras que ya había pronunciado anteriormente.

Luke abrió la boca para responder, pero la volvió a cerrar. Entonces, miró la pastilla que tenía en la mano.

—¿Son muy fuertes?

—No lo suficientes como para afectar tu capacidad de conducción, si es eso a lo que te refieres.

Luke lanzó un bufido que no significaba nada. Entonces, se encogió de hombros y se metió la pastilla en la boca. A continuación, tomó un trago de agua. April lo observó atentamente, completamente hipnotizada por el movimiento de los músculos de su fuerte garganta. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se dio la vuelta y se ocupó en rebuscar en el botiquín.

Cuando volvió a mirarlo, Luke estaba tumbado boca abajo sobre la toalla de baño que ella había extendido por encima del colchón. Tenía el rostro girado hacia el lado contrario del que se encontraba April y tenía los ojos cerrados. El albornoz le caía por los flancos, por lo que estaba completamente desnudo hasta la cintura.

Durante un segundo, tuvo que preguntarse si él de verdad llevaba algo debajo de aquel albornoz.

Por supuesto, no le importaba en absoluto fuera lo que fuera. Apartó la idea con determinación y tomó el tubo de pomada antiséptica.

Al tacto, la piel de Luke estaba muy caliente. No le parecía que tuviera fiebre, al menos por el momento. Más bien, era el calor natural que desprendía su cuerpo, como si el ruego de la vida que ardía dentro de él fuera más intenso en él que en el resto de las personas.

Tenía la piel del centro de la espalda enrojecida e inflamada. Le tocó aquella parte ligeramente y, al notar que él se estremecía, apartó la mano inmediatamente.

—¿Estás seguro de que no sería mejor que te viera un médico?

—Sí. Sigue.

April se mordió el labio inferior y, tras verterse una generosa porción de pomada en los dedos, la extendió tan cuidadosamente como pudo, casi sin tocarlo.

Él permaneció sin moverse, sin mostrar indicación alguna de que le dolía lo que April estaba haciendo.

—Siento que te hayan herido por mi culpa — dijo April, después de un momento.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Parece más probable que el hecho de que tú fueras el blanco del ataque, ¿no te parece? Además, si tú no te hubieras colocado delante de mí, habría sido yo la que...

—Ni siquiera lo pienses. Eso no ocurrió.

—No, pero...

—¿Por qué iba a querer alguien hacerte daño?

—¿Y cómo quieres que lo sepa? Por la misma razón que quieren llamar a mi casa y acosarme, supongo.

—Supongo que te refieres a lo de llamar a la emisora, ¿no? —comentó él, volviendo la cara ligeramente para poder escuchar mejor la respuesta que ella le daba.

—¿Cómo?

—Has dicho que llamaron a tu casa pero supongo que te referías a la emisora, ¿no?

—Sí... sí, claro.

April lo observó atentamente. La expresión del rostro de Luke no revelaba nada. April finalizó la zona más quemada de la espalda y se concentró en las más pequeñas y menos dolorosas.

Luke estuvo en silencio durante largo rato. Por fin, tomó la palabra.

—¿Crees que todo esto podría tener algo que ver con lo que estás escribiendo?

—La novela en la que estoy trabajando es histórica. ¿Qué vínculo podría haber?

—Es sobre el clan de los Benedict.

—¿Y qué si lo es? —repuso ella, recordando que antes, cuando Julianne había mencionado la novela en la que ella estaba trabajando, Luke no había mostrado curiosidad alguna. Tendría que haberse imaginado que aquello se debía a que ya lo sabía.

—Hay personas a las que no les gusta la idea

—¿A tí, por ejemplo? —preguntó, a la defensiva.

—Podríamos decir que sí, aunque no soy el único.

Durante un instante, April se preguntó si Luke podría estar detrás de las amenazas. Después de todo, se había presentado de repente, justo cuando éstas empeoraban. Además, estaba en Nueva Orleans al mismo tiempo que ella. ¿Y si lo único que quería era evitar que ella escribiera aquel libro? ¿Y si tenía la intención de empezar una relación con ella tan sólo con el propósito de convencerla para que dejara la novela?

No, era imposible. La había protegido del ácido, ¿no? Eso demostraba con toda seguridad que no estaba implicado. ¿O no? También podría ser que, como conocía tan bien a las mujeres, había llegado a la conclusión que salvarla de la agresión sería el modo perfecto de redimirse. Sin embargo, ¿cómo podía compensarle por el dolor que estaba sufriendo el hecho de que ella no escribiera aquella novela?

—Has dicho que hay otros —comentó ella, con voz tensa—. ¿Quién más?

—Principalmente mi abuela, aunque también hay una rama de la familia Benedict que podrían enojarse si los presentas bajo un enfoque desfavorable. O incluso si piensan que eso sería lo que podría suceder.

—Eso es ridículo.

—Para Roan no. La teoría es suya.

Aquel comentario le daba al asunto un enfoque muy diferente. April recordó a qué rama de la familia Benedict se refería Luke. Era un grupo algo salvaje que vivía en las zonas pantanosas del lago Horseshoe. Se cuidaban los unos a los otros y, si uno de ellos tenía problemas, sólo hacía falta un silbido para que el resto del grupo fuera en su ayuda.

—No menciono nombre alguno —dijo April, a la defensiva—. Tan sólo utilizo un poco de la historia. Los Benedict forman parte de la historia de esta zona. Te aseguro que no tengo la intención de difamar a nadie.

—Eso no lo saben y les gusta mucho su intimidad. Además, desde su punto de vista, no hay mucha diferencia entre difamación y ridículo.

Por mucho que le costara admitirlo, sabía que Luke tenía razón. Antes de hablar, frunció el ceño.

—Trataré de evitar cualquiera de las dos cosas, pero con todo eso de la corrección política que es tan común hoy en día, cada vez resulta más difícil encontrar un malo decente para una historia.

—Todos tenemos nuestros problemas —comentó él, con cierta simpatía.

Ella le lanzó una mirada de desaprobación, pero no le sirvió de nada, dado que Luke aún tenía los ojos cerrados. Cuando terminó de aplicarle el ungüento, cerró el tubo y se puso a cortar varios trozos de venda. Mientras se los colocaba cuidadosamente, le preguntó:

—¿Cómo sabes que era ácido sulfúrico?

—Tom, el de la ferretería, me vendió una vez un frasco que estaba mal etiquetado en lugar del ácido muriático que yo le había pedido.

—¿Y para qué lo querías?

—¿El muriático? Se utiliza para limpiar ladrillos. Quería retirar el musgo de los escalones de la entrada de mi casa. ¿Por qué me lo preguntas?

—Sólo me preguntaba dónde se puede comprar el ácido sulfúrico.

—No resulta nada difícil. Es uno de los productos químicos más comunes del mundo. Se utiliza para todo, desde fertilizantes, detergentes y medicinas. También en las baterías de los coches. Si alguien quisiera comprarlo, sólo tendrían que ir al desguace más cercano...

—¿Dónde aprendiste todo eso?

—En una enciclopedia cuando estaba tratando de averiguar qué podía hacer con un litro de ese producto... Dios, April, no estarás pensando que yo...

—Por supuesto que no. Bueno, ya está. Ahora, creo que voy a darme una ducha yo también para poder aplicarme un poco de ese ungüento en mis propias quemaduras.

—¿Estás herida? —preguntó él, muy sorprendido. Inmediatamente, estuvo a punto de ponerse de pie—. Yo creía que...

—¡No te muevas! —le advirtió ella, empujándolo para que volviera a tumbarse—. Debes permanecer tumbado durante un rato hasta que la pastilla te haga efecto. Las quemaduras que yo tengo no tienen importancia alguna.

—¿Estás segura? —preguntó él, con los rasgos ensombrecidos por la ansiedad.

—Por supuesto que sí. Primero, te traeré tu ropa para que te la puedas poner cuando te sientas mejor.

Luke no respondió. Simplemente se limitó a mirarla mientras ella se daba la vuelta y desaparecía en el vestidor.

Cuando April regresó con su ropa, Luke tenía los ojos cerrados y había apoyado la cabeza sobre una de las almohadas. Parecía estar más cómodo que antes, como si el dolor se hubiera aliviado. No quiso despertarlo, aunque tendría que marcharse muy pronto para poder llegar a su hotel.

Verlo tumbado así sobre la cama tenía un aspecto turbadoramente sensual. Su piel cetrina contrastaba profundamente con la blancura de la toalla de baño. Las espesas pestañas creaban una sombra como la de una cimitarra por encima de la fuerte línea de la nariz. April vio que le había empezado a nacer la barba y notó que, sobre una de las cejas, tenía una cicatriz que le daba un aspecto algo irregular. El pulso le latía suavemente en la base de la garganta. La curva de la boca indicaba pasión y risas al mismo tiempo.

¿Qué estaba haciendo? Estar allí de pie, admirando a Luke Benedict era casi tan estúpido como haberlo invitado a su suite. Lo último que necesitaba era que él abriera los ojos y la sorprendiera allí.

Se apartó de él, tomó el tubo de crema antiséptica y sacó el camisón de la maleta. A continuación, se dirigió hacia el cuarto de baño. Cuando estuvo dentro, cerró la puerta con llave.

Decidió tomar un baño en vez de darse una dacha. Se pasó varios minutos relajándose en la aromática agua. Después, tras su ritual habitual de cremas y cepillado de cabello, se aplicó el ungüento y se puso un par de vendas adhesivas. No se dio prisa alguna, ya que quería asegurarse de que Luke tenía tiempo de sobra para vestirse y marcharse. Pasó algo más de media hora hasta que se puso por fin la bata y regresó al dormitorio.

Luke no se había movido de donde estaba. El tranquilo ritmo de su respiración demostraba claramente que estaba dormido.

April se acercó a la cama y le colocó la mano en el hombro bueno.

— ¿Luke? — dijo, zarandeándolo suavemente.

No ocurrió nada.

— Luke, despiértate — insistió, zarandeándolo de nuevo.

Él no se movió. No iba a hacerlo. Estaba completamente dormido y había sido culpa suya por haberle dado aquella medicación. Debería haberle dejado con los dolores.

Lo miró atentamente. Decidió que no debía sorprenderse. Aquél era exactamente el tipo de incidente que les solía ocurrir a las protagonistas de sus novelas.

¿Qué podía hacer?

Era su suite y estaba agotada. Por el momento, ya había tenido más que suficiente. Se iba a acostar. Estaba harta de sentirse acosada y amenazada. Sobre aquel tema, había tomado una decisión de “bañera”. En la relajación del baño era cuando veía más claramente las cosas y, a menudo, se le ocurrían las mejores ideas. Si Luke Benedict tenía algo que ver en lo que le estaba ocurriendo, iba a tener que descubrirlo. Si eso significaba investigar más profundamente en la historia de su familia o pasar más tiempo en su compañía, lo haría.

La investigación era su fuerte. Relacionar retazos de muchas fuentes para llegar a una conclusión basada en la lógica y en la intuición era lo que hacía para ganarse la vida. ¿Qué diferencia podría haber entre eso y tratar de descubrir quién quería hacerle daño, tanto si se trataba de Luke como si no?

Tenía que haber alguna explicación. No se trataba de un acoso al azar. Los acontecimientos de los últimos días lo demostraban. Cuando tuviera el motivo, tendría el responsable. Cuando eso ocurriera, el culpable iba a darse cuenta de que ella no era una víctima indefensa. April se encargaría de ello, costara lo que costara.

Había una cosa más. Sí Luke Benedict pensaba que pasarse una noche completamente desnudo lo iba a cambiar todo, estaba muy equivocado. Él mismo lo comprendería antes de que pasara un día más. April iba a encargarse también de eso.

Capítulo 6

Cuando se apagaron las luces de la suite, Luke permaneció completamente inmóvil y se permitió unos segundos de regocijo. Estaba dentro. Lo había conseguido. Iba a pasar la noche con April. Había pensado en aquella posibilidad mientras se dirigía a Nueva Orleáns el día de antes, pero jamás había esperado que se materializara. ¿Quién lo habría pensado?

Por supuesto, él no podría afirmar que había dormido con ella exactamente. April había quitado el edredón de la cama y se lo había llevado al sofá del salón. Al menos, eso era lo que él creía. Lo había comprobado cuando estuvo seguro de que no corría ningún peligro abriendo los ojos,

April había tenido el detalle de tapanlo con una manta antes de marcharse. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso tenía que significar algo más allá de la simple consideración por otro? No le importaba. De todos modos le estaba muy agradecido.

Por supuesto, las quemaduras que le había producido el ácido no eran tan serias como la había empujado a creer. No eran muy cómodas, pero había sufrido lesiones peores. El hecho de que April cuidara de él le había resultado tan novedoso que no había podido resistirse a representar el papel de soldado herido. También había sentido una gran curiosidad por ver hasta dónde iba la preocupación que ella sentía. Ya lo sabía.

Había esperado que ella le levantara de la cama y lo echara de la suite en cuanto saliera del cuarto de baño. Eso no lo habría sorprendido. La gratitud era una cosa, pero lo que sentía era algo completamente diferente...

¿De verdad lo era? Tal vez tan sólo quería pensarlo. Sí, tal vez la gratitud era un pobre sustituto a lo que tenía en mente. Se preguntó qué haría April si él se levantaba de la cama, se arrodillaba al lado del sofá y...

Era un idiota tan sólo por pensarlo. Había conseguido llegar hasta allí, ¿no? Lo último que necesitaba era asustarla. Con un gruñido, se esforzó por controlar sus desbocadas hormonas.

El analgésico que ella le había dado era más fuerte de lo esperado. Ciertamente podía sentir sus efectos. Tal vez podría superarlo, pero sabía que no había necesidad dada la eficaz seguridad del hotel. Además, sabía que April había echado el cerrojo de la puerta porque la había oído hacerlo. A pesar de todo, decidió que se levantaría pasados unos minutos para comprobar puertas y ventanas. Entonces, se permitiría un par de horas de relajación.

Su plan era bueno e incluso lo cumplió hasta cierto punto. Sin embargo, después de la segunda patrulla, que llevó a cabo al alba, cayó presa de un profundo sueño del que no salió hasta media mañana.

April estaba desperezándose un poco, pero aún no estaba de verdad despierta. Luke se levantó y se vistió con mucho cuidado en el cuarto de baño. Al ver el estado en el que se encontraba la camisa y lo mucho que aún olía a ácido, decidió no ponérsela hasta el último minuto. Aunque preferiría echarla a la basura, decidió que no podía atravesar el vestíbulo del hotel medio desnudo.

En la cocina, descubrió una cafetera y algunos suministros. Preparó café y, con una taza en la mano, fue a sentarse al lado del sofá.

April Halstead durmiendo era algo digno de verse. La había visto durmiendo en los viejos tiempos, durante la siesta de un picnic o en los viajes escolares en autobús. Entonces, la había observado completamente absorto, tal y como lo estaba haciendo en aquellos momentos. Sus labios tenían un aspecto muy suave y dulce, con sus curvas y suaves pliegues. La necesidad de saborearlos estuvo a punto de volverlo loco. El resto de su cuerpo parecía igual de atractivo. Estaba tumbada boca arriba, con una mano por encima de la cabeza, lo que le permitía gozar de una estupenda visión de las tiernas curvas de sus senos bajo la bata.

Respiró profundamente y apartó la vista durante un instante. Entonces, utilizó la mano que le quedaba libre para que el aroma del café se le dirigiera a la cara. Después de unos segundos, April parpadeó y abrió los ojos.

— Buenos días — dijo él, con una alegría cuidadosamente controlada—. ¿Qué te parece una ofrenda de paz dado que anoche te quité la cama?

Ella lo observó durante largos segundos. Su mirada era suave y vulnerable. Entonces, volvió a cerrar los ojos y, tras cubrirse un poco más con el edredón, se dio la vuelta.

— Vete — murmuró, de espaldas a él.

Luke sacudió suavemente la cabeza y se llevó el café a los labios. Volvían a estar en la casilla de salida. Tendría que haberse imaginado que la tregua de la noche anterior era demasiado endeble como para que durara.

Cuando, los dos salieron de la suite, era casi la hora límite. Mientras April se ocupaba de las formalidades, Luke salió para ver si les habían llevado ya sus respectivos vehículos a la puerta de entrada. Como habían realizado una llamada desde la suite, efectivamente los coches ya los estaban esperando. Después de recoger las llaves de ambos y de darle una propina al aparcacoches, regresó al interior.

En aquellos momentos, April se dirigía ya hacia la salida. Aquella mañana, se había convertido en una doncella de hielo. El recogido de su cabello y su maquillaje eran impecables, al igual que el traje pantalón de seda azul. Luke creía que tanta perfección era como una máscara tras la que ocultarse, pero no tenía modo de saber si estaba en lo cierto.

De repente, un hombre que había sentado en un salón cercano se levantó y se dirigió hacia ella. Luke apretó el paso para interponerse entre April y aquella nueva amenaza. Tras indicarla a ella que se detuviera, se dio la vuelta para enfrentarse al hombre.

— ¡April! — gritó el desconocido—. Sabía que te presentarías si esperaba lo suficiente, ¿Te puedes creer que no han querido darme el número de tu suite, aunque les dije que era tu esposo?

— Ex esposo — le recordó ella.

Era Martin Tinsley, el microbio con el que se había casado llevada por la desesperación de abandonar Turn-Coupe. Luke había clasificado a aquel hombre como un canalla la primera vez que lo vio y no tenía motivo alguno para cambiar de opinión. Era un hombre de mediana altura, con cabello oscuro y ojos castaños e impecablemente vestido y arreglado. Tenía el aspecto elegante y cuidado que vuelve locas a las mujeres más impresionables. Resultaba muy gratificante para Luke ver que cuando April hablaba con Martin utilizaba un tono aún más gélido que el que le dedicaba a él.

—Sí, bueno, ex esposo —dijo Tinsley, con una pegajosa sonrisa—, pero eso puede cambiar en cuanto tú quieras.

Cuando Tinsley trató de esquivar a Luke, éste volvió a interceptarlo. April le dedicó una mirada de desaprobación, pero Luke no le hizo caso. Además, le pareció muy interesante que aquel tipo no estuviera contento con su divorcio.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó April a su ex con cierta impaciencia.

—Podrías ponerte un poco más contenta de verme — se quejó Tinsley—. He venido al centro en coche tan sólo para verte.

—Prefiero esperar hasta que sepa por qué te has molestado.

Luke se estaba haciendo la misma pregunta. Además, le habría gustado saber qué había estado Tinsley haciendo la noche anterior y si se habría presentado a ver a April con la esperanza de encontrarla lo suficientemente nerviosa como para que aceptara su compañía.

—Me enteré de que estabas en la ciudad y pensé, ¿por qué no? —comentó Tinsley, con un gesto de las manos con el que parecía indicar que era todo de April. Sin embargo, su predisposición no parecía sincera. De hecho, parecía estar evaluando cuidadosamente las reacciones de April y de Luke.

—Te habrías podido ahorrar el paseo si me hubieras llamado primero —respondió ella.

—Precisamente por eso no lo hice. ¿Has desayunado ya o lo que sea?

—Sí, Luke y yo ya hemos desayunado.

Aquello era mentira. April no había probado bocado del desayuno que Luke había pedido para ambos y que había pagado de su propio bolsillo. Al menos, eso demostraba lo poco que le apetecía estar en compañía de Tinsley.

—Vaya, Benedict —dijo Tinsley, extendiendo la mano—. Había reconocido la cara, pero no me acordaba del nombre.

—Nos conocimos en la boda —replicó Luke, manteniendo al mínimo el contacto a pesar de que Tinsley pareció querer convertir el saludo en una competición de romper huesos al contrario.

—Supongo que, ese día, yo estaba demasiado distraído con la novia —comentó Tinsley—. No podía pensar en nada más que en la noche de bodas. Ya sabes...

Las ganas que Luke experimentó de darle un puñetazo a aquel tipo fueron tan fuertes que Luke tuvo que apretar los dientes para no dejarse llevar.

Dado que era imposible responder con las mandíbulas apretadas, no se molestó.

—Entonces, ¿estáis juntos? —añadió el ex de April—. Qué raro, dado que, según me parece recordar, los dos no os llevabais muy bien.

—Pues ahora sí —respondió Luke.

—Y así sigue siendo —dijo April al mismo tiempo.

Tinsley inclinó la cabeza hacia un lado y se metió un pulgar en el cinturón.

—Bueno, ¿a quién debo creer?

Luke no respondió, sino que se volvió hacia April. Ella no quería mirarlo. La expresión de su rostro era distante, como si hubiera sido capaz de dar cualquier cosa para alejarse de los dos hombres.

Si eso era lo que quería, estaba bien. A Luke no le importaba hacerse cargo de la situación.

—Las cosas cambian —le dijo a Tinsley—. Da la casualidad de que April necesita a alguien a su lado por varias razones. Ahora, si no te importa, tenemos que marcharnos. ¿Estás lista? —le preguntó a April.

Ella asintió antes de dirigirse hacia la salida con él.

—Eh, esperad un minuto...

Tinsley interrumpió lo que estaba a punto de decir cuando los vio de espaldas. Entonces, exclamó:

—Dios Santo, hombre, ¿qué te ha pasado? Parece que has estado en una pelea de gatos.

La burla que Tinsley había inyectado al comentario fue el colmo para Luke. Se volvió para mirar muy lentamente a aquel tipo. Entonces, le dijo:

—Algo parecido. Las uñas pueden resultar muy afiladas depende de en qué momento. Ya sabes...

Tinsley se sonrojó y lo miró como si estuviera a punto de asesinarlo allí mismo. April contuvo la respiración durante un instante, pero a Luke no le importaba lo que pensaran ninguno de los dos. Agarró a April por el brazo y la llevó hasta la puerta sin mirar atrás.

A pesar de que esperaba una reacción muy violenta por parte de April, ésta no se produjo. Ella se limitó a tomar las llaves y a dirigirse hacia el lugar en el que tenía aparcado el vehículo. Luke dudó durante un instante y luego la siguió.

—Sobre lo que ha ocurrido ahí dentro... —dijo, algo incómodo.

—No ha ocurrido nada. Olvídalo —repuso ella. Entonces, abrió la puerta del vehículo y entró.

—Me gustaría creerlo, de verdad, pero no me parece posible. ¿En qué situación se encuentra Tinsley?

—En ninguna. Igual que tú —le espetó ella.

Cuando April se disponía a cerrar la puerta del coche, él se lo impidió.

—Lo que te estaba preguntando es en qué situación legal se encuentra después del divorcio. ¿Es el divorcio ya definitivo? ¿Tenías un testamento en el que lo nombrabas tu heredero y que aún no haya sido cancelado? ¿Y los seguros? En otras palabras, ¿podría él beneficiarse de modo alguno si te ocurriera algo?

—Hablas como si pensaras que alguien está tratando de matarme.

—Efectivamente, alguien está tramando algo y no creo que lo estén haciendo para ganarse el Premio al Escritor del Año.

—Bueno, pues te aseguro que Martin no está detrás de todo esto, así que olvídate de él. Está demasiado seguro de poder recuperarme como para recurrir a tácticas más violentas.

—¿Piensas que podría utilizarlas para hacerte creer que lo necesitas?

—Lo dudo, ya que mostrarse protector no fue nunca su fuerte. Por otro lado, eso es precisamente lo que yo había pensado sobre ti.

—¿De verdad? —preguntó él, algo molesto—. ¿Y qué fue lo que decidiste?

—Que todo es posible. Ahora, ¿te importaría soltar la puerta de mi coche para que yo pueda marcharme?

Luke ni siquiera se movió.

—¿De verdad crees que yo pude tener algo que ver con lo que ocurrió anoche?

—No sé lo que creer. Ya no te conozco. Algunas veces, creo que no te conocí jamás.

– Yo soy el mismo de siempre. Siempre lo he sido.

– ¡Pues yo no! No soy la misma estúpida, inocente y confiada de entonces. Músculos fuertes, una descarada sonrisa y mis propios impulsos amorosos ya no tienen influencia alguna sobre mí. No necesito que nadie me proteja y, ciertamente, no te necesito a ti. Ahora, apártate de mi camino o te atropellaré sin volverme a mirar atrás.

Luke estaba seguro de que lo decía en serio. Aquél no era el momento de presionarla.

– Como tú digas –le dijo, apartándose para que pudiera cerrar la puerta—. Conduce con cuidado. Yo iré detrás de ti.

– Pues mejor que te des prisa porque si no, lo único que vas a ver va a ser polvo.

Luke observó cómo arrancaba el coche y se alejaba del hotel. Al mismo tiempo, algunas de las cosas que ella le había dicho le resonaron en la cabeza.

Efectivamente, no era la misma. Tenía una gruesa armadura y las palabras afiladas como cuchillas que utilizaba eran letales. Se había convertido en una hermosa mujer, con una formidable inteligencia e incontables capas de protección. Volver a tener que ver algo con ella podría ser peligroso para el corazón de Luke y para su ego.

De todos modos, estaba dispuesto a intentarlo. Tenía que hacerlo. Tenía que utilizar toda su experiencia para volver a tenerla entre sus brazos, aún sabiendo que el tiro podía salirle por la culata.

Se había fijado en los músculos, ¿no? Al menos tenía eso a su favor. También había sentido impulsos amorosos. Interesante. Especialmente si estaban, o podían estar, dirigidos a él.

Sacudió la cabeza y sonrió.

– Oh, April, tesoro. Claro que me daré prisa. Me pegaré tanto a ti que me convertiré en tu sombra. Cada vez que levantes la vista, estaré allí. Por muy rápido que corras, no podrás escapar de mí. Nunca.

Capítulo 7

Medianoche había desaparecido. Era un gato macho, por lo que tenía cierta tendencia a escaparse, especialmente cuando April lo dejaba solo en Mulberry Point. Tenía una gatera en la puerta trasera y April siempre le dejaba comida y agua en cantidad, además de que un vecino pasaba de vez en cuando a ver cómo estaba. Cuando ella regresaba, el gato mostraba su enojo con una actitud distante, aunque jamás fallaba a la hora de salir a recibirla cuando oía el coche.

Aquella vez, sin embargo, el gato no apareció cuando April lo llamó ni estaba en ninguno de sus lugares favoritos. Ni siquiera el hecho de que April le sirviera en un plato su comida favorita lo hizo aparecer.

Cabía la posibilidad de que hubiera encontrado una nueva compañera durante la ausencia de April. Ella nunca había tenido corazón para castrarlo, aunque sabía que era la opción más responsable. Seguramente su último romance duraría poco. Entonces, regresaría cubierto de heridas, agotado y buscando consuelo. April decidió no preocuparse, al menos durante un par de días.

No obstante, estaba muy preocupada y lo echaba mucho de menos. No podía dejar de imaginarse todo lo que podría haberle ocurrido. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de lo mucho que quería a aquel gato. La casa estaba muy vacía sin él.

No podía entretenerse con nada ni centrarse en su trabajo. No hacía más que pensar en los intentos que alguien había realizado para hacerle daño, preguntándose constantemente de quién podía tratarse y por qué. April había comenzado su carrera como escritora con una columna de consejos a los adolescentes en el periódico del instituto porque se sentía fascinada sobre por qué hacía la gente ciertas cosas. No había perdido el hábito de analizar las aptitudes y la situación de todos los que conocía. Por ello, le resultaba doblemente frustrante no poder encontrar el motivo que justificara lo que le estaba ocurriendo en aquellos momentos.

Se pasaba mucho tiempo en la galería trasera de su casa, sentada frente a una mesa de hierro forjado mientras miraba el lago. Parecía que todos y todo por lo que sentía aprecio la abandonaban. Su padre, que había preferido emborracharse a estar con su familia, que había mandado a la madre de April y a sí mismo al más allá con una bala. Su abuela, que había sucumbido al cáncer mientras ella estaba en la universidad. Luke, que había decidido marcharse con otra chica, la que había muerto por culpa de él.

Por supuesto, ella misma se había deshecho de Martin. En realidad, no le había importado mucho. Estar con su egoísta esposo había sido lo más parecido a estar sola.

La muerte y la soledad parecían seguirla por todas partes. La idea resultaba aterradora, aunque no resultaba una novedad. Su espectro la había acompañado durante años, desde mucho antes de que se marchara de Turn-Coupe. Tampoco parecía más fuerte desde que había regresado. Era simplemente que los recuerdos constantes del pasado así lo hacían parecer.

Sin embargo, no por eso había renunciado a la aparición de Medianoche. Sin duda, el gato regresaría tarde o temprano. Tenía que hacerlo.

Con frecuencia, su mente regresaba a Nueva Orleans y a todo lo que había ocurrido allí. Comparado con Luke, Martin le había parecido un caparazón, atractivo en el exterior, pero vacío por dentro. Las sonrisas y los gestos de Martin le habían resultado calculados contrapuestos al encanto natural de la abierta personalidad de Luke. El contraste entre ambos la había dejado tan sorprendida que casi no se había dado cuenta de lo que se decían el uno al otro.

Hasta el comentario final, por supuesto, cuando Luke había sugerido que ella le había desgarrado la camisa con las uñas. Como si ella tuviera tan poco autocontrol como para hacer algo así. Por otro lado, la expresión que se había dibujado en el rostro de Martin no había tenido precio. No podía evitar sonreír al recordarlo, aunque no por ello había perdonado a Luke. Tal vez él tuviera más personalidad que Martin, pero era demasiado guapo.

El poder y el calor del cuerpo de Luke, por no hablar de sus sonrisas, no la habían dejado impasible. Él la excitaba, así de sencillo. April se había creído inmune a esa clase de deseo. Se lamentaba de haber descubierto que no era así, aunque tenía la intención de evitar a toda costa al hombre que le provocaba aquellas sensaciones.

Sin embargo, evitar pensar en él podría ser un asunto completamente diferente.

Resultó un alivio tener que salir de la casa para participar en el ensayo de la boda de Kane y Regina. Todo salió a la perfección, probablemente por qué Luke no estaba presente. Luke, que era un experimentado piloto, había tenido que llevar a una anciana amiga de su abuela a una cita con un especialista del corazón en Houston. Había prometido regresar a tiempo para la ceremonia, pero su ausencia no importó dado que había sido padrino tantas veces que se conocía su papel a la perfección. Stephan, el hijo de Regina, tuvo que representar el papel al igual que el de portador de anillos. Tanto el ensayo como la cena posterior transcurrieron sin Luke.

La tarde de la boda era cálida y soleada. El aparcamiento de la iglesia estaba repleto de coches, al igual que las calles que rodeaban la pequeña capilla victoriana. Regina estaba muy hermosa con un vestido de seda color marfil y un tocado al estilo de Julieta sobre la melena suelta. Kane estaba muy atractivo con su esmoquin negro. La felicidad parecía restallar alrededor de ambos como si se tratara de una andanada de fuegos artificiales.

Resultó muy emocionante ver que los dos estaban completamente absortos el uno en el otro durante la ceremonia, como si no existiera nada más. Mientras los observaba, April sintió deseos de tomar su cuaderno para poder anotar descripciones de cómo era el amor para utilizarlas en un futuro.

Mientras los novios se intercambiaban los anillos, miró a Luke. Él estaba muy concentrado en su labor, aunque no pudo resistir la tentación de gastarle una broma a Kane cuando llegó el momento de darle los anillos.

Para Luke, nada era lo suficientemente serio. La vida entera era una broma. Trabajaba muy duro, por supuesto, pero se divertía mucho más. No tenía más ambición ni más fin en su vida que cultivar la tierra de Chemin-a-Haut y cuidar de su abuela. Era un hombre de otra era, lo que resultaba una pena, dado que podría haber sido todo lo que hubiera querido. Sin saber por qué, April se preguntó por qué no habría estudiado Derecho, como Kane, o habría ingresado en los Cuerpos de Seguridad, como Roan. ¿Por qué nada lo atraería más que cuidar de su rancho?

¿Podría ser que los acontecimientos ocurridos trece años atrás lo hubieran afectado más de lo que parecía?

April estaba tan completamente sumida en sus pensamientos que se sobresaltó cuando el órgano de la iglesia comenzó a tocar la marcha nupcial. Se apresuró a estirar el velo de Regina para que los novios pudieran salir de la iglesia. A continuación, aceptó el brazo que Luke le ofrecía y siguió a la pareja de recién casados hacia la salida del templo.

—Estás guapísima, como siempre —le dijo él, tras mirarla de arriba abajo. April iba ataviada con un vestido de seda de color melocotón.

—Y tú también —replicó ella, con ironía. La pajarita negra parecía haber sido diseñada especialmente para destacar el profundo atractivo de los Benedict.

—¿Sabes que se supone que debemos ir juntos al banquete? Parece que nos han preparado una limusina, al igual que para Kane y su esposa, dado que somos los únicos participantes en la ceremonia aparte de Stephan, el hijo de Regina.

—Lo sé.

—Bueno, espero que no te moleste demasiado. Después de todo, sólo son diez minutos hasta llegar a The Haven.

—Eso también lo sé.

—Bien. Te aseguro que, incluso para alguien como yo, hacen falta más de diez minutos para seducir a una mujer.

No hubo tiempo de responder. Ya habían salido de la iglesia y el fotógrafo los estaba esperando. Cuando terminaron la sesión de fotos, se dirigieron hacia el lugar en el que dos limusinas los estaban esperando.

April y Luke se dirigieron a una de ellas. El chofer tenía la puerta abierta para April, por lo que Luke esperó pacientemente hasta que ella se acomodó. Entonces, se deslizó por el asiento hasta alejarse todo lo posible del lugar donde se iba a sentar Luke. Él la miró con una mezcla enojo y resignación,

—Te prometo que no muerdo, a menos que sea una dama la que me lo pida.

—En ese caso, no deberíamos tener ningún problema —replicó ella, fríamente—, dado que yo no te voy a pedir nada.

—Pues es un alivio. Las mujeres exigentes pueden resultar agotadoras —comentó él, mientras el pesado vehículo comenzaba el trayecto detrás de la limusina de los novios.

Luke se acomodó en el asiento y estiró sus largas piernas. Después de cruzarse los dedos sobre el pecho, cerró los ojos con un profundo suspiro.

April hubiera podido creer que estaba agotado por una noche de juerga o, por lo menos, por una despedida de soltero desenfadada en honor a Kane. Sin embargo, Regina le había contado que había regresado de Houston a altas horas de la mañana.

—¿Cómo está la amiga de tu abuela? —le preguntó ella.

—Está bien —respondió él, abriendo los ojos—, para ser una bulliciosa ancianita con más espíritu que fuerza que piensa que los médicos no saben nada de sus problemas.

—Deduzco entonces que ella te supuso más problemas durante el vuelo que las mujeres que suelen acompañarte.

—Pues tienes razón, aunque lo que tú sepas sobre mis vuelos o las mujeres con las que salgo...

- Absolutamente nada más que lo poco que Regina y Kane me cuentan de vez en cuando. Estoy segura de que te resultará difícil creerlo, pero tengo otros intereses.
- Pero no amorosos. Qué desperdicio – comentó, volviendo a cerrar los ojos.
- No creo que estés en posición de juzgarme.
- ¿Estás diciendo que te sueltas la melena de vez en cuando o acaso estás sólo admitiendo que tienes fantasías clasificadas X?
- No es asunto tuyo – le espetó ella.
- Con un poco de esfuerzo, podría serlo. No me gustaría que estuvieras desatendida. April lo miró. Tenía los ojos cerrados y parecía medio dormido, como si la conversación fuera demasiado aburrida como para mantenerse despierto. Se preguntó si la proposición que le acababa de hacer era una respuesta automática a cualquier mujer que pareciera necesitar la atención de un hombre o si iba en serio. Durante un instante, pensó ponerlo a prueba, pero decidió no hacerlo,
- Gracias, pero no hace falta.
- No te interesa, ¿eh? ¿O acaso es que prefieres ser la principal mujer de un hombre y ser el objeto único de su atención y adoración completas?
- Sólo me interesa lo que es verdadero y auténtico.
- ¿El verdadero amor, el amor auténtico, el de “hasta que la muerte nos separe”?
- Algo parecido – respondió ella, sin dejar de mirar por la ventana.
- ¿Estás segura? ¿Es que no te gustaría experimentar una aventura salvaje? Vamos, admítelo. Las citas tradicionales ya no te valen. Necesitas más.
- No seas ridículo – replicó ella.
- ¿Acaso lo soy? – preguntó él, con una sonrisa—. No me digas que una aventura sin ningún tipo de obligación o de ataduras no tiene atractivo para ti.
- En absoluto – insistió ella.
- ¿Estás segura?
- Del todo.
- ¿No crees que podrías sucumbir a la tentación? ¿Tan segura estás de que podrías resistirte si yo me decidiera a seducirte?
- Debes de estar bromeando. Tú serías el último hombre al que yo permitiría acercárseme,
- ¿De verdad? ¿Debo tomar esas palabras como un desafío?
- Créeme si te digo que es la pura verdad, aunque no creo que esta conversación tenga ningún sentido dado que no tienes la menor intención de seducir a nadie.
- Oh, April... Me subestimas. ¿Acaso es una costumbre tuya o una provocación deliberada?
- Considéralo buen juicio.
- Luke sonrió lentamente.
- En ese caso, es un desafío, una apuesta. Yo digo que puedo convencerte para que te metas en la cama conmigo y tú dices que no. Lo que necesitamos ahora es un premio para el ganador. No te lo pondré demasiado difícil dado que a mí no resulta difícil agradarme. ¿Qué te parece un desayuno en la cama?
- Supongo que desnudos.
- No esperaba tanto, pero si te gusta esa clase de...
- Ni hablar. Además, no pienso hacer ninguna apuesta contigo.
- Porque sabes que perderías.

La seguridad en sí mismo que mostraba resultaba muy enojosa, pero April no iba a dejarse enredar en algo de lo que sabía que se iba a arrepentir.

– Si tú lo dices.

– Gallina. Me pregunto si te opondrías si yo me decidiera a darte un beso en este instante...

– No creo que te apetezca averiguarlo, al menos con el conductor delante.

– Oh, a mí no me importa que Clay esté presente, ¿verdad, compañero? – dijo, refiriéndose al chofer.

El hombre sonrió a través del espejo y realizó un saludo al estilo militar. Al verlo, April sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

– Si esto es una especie de juego, no veo la gracia. Tú no tienes ningún interés por mí ni yo por ti. ¿Qué razones podrías tener para hacer tanto esfuerzo?

– Puro placer – susurró, mirando los labios de April. Entonces, se levantó un poco del asiento y se acercó más a ella.

– No lo creo, a menos que te excite la falta de cooperación.

– ¿Y quién dice que tú no vas a cooperar?

– ¿Quién te crees que eres? – le preguntó ella, retirándose todo lo que le fue posible al ver que él se acercaba más.

– A mí me parece que con eso quieres decir que aceptas la apuesta – murmuró él. Entonces, extendió la mano y comenzó a acariciarle el brazo con la palma.

– No... – empezó ella. Tuvo que detenerse cuando un escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

– Yo creo que sí. Lo harás si no quieres perder aquí mismo, en medio de un nido de tapicería de cuero blanca y seda rosa.

– Melocotón – le corrigió ella, aunque sentía que las pestañas estaban a punto de cerrársele. Él imán de la mirada de Luke resultaba tan fuerte que no podía apartar los ojos.

– Pues melocotón – afirmó él –. Una mujer con sabor a dulce melocotón. Un bocado no puede hacer daño, ¿no te parece?

April sabía que sí podía hacerlo. Desesperadamente, buscó algo que poder utilizar como arma.

– Ego – susurró por fin –. Se trata de eso, ¿verdad? Necesitas apaciguar a tu ego con una conquista más.

– ¿La conquista más importante de todas? – musitó él –. No se me había ocurrido pensarlo.

– ¿La más importante?

– Sí, tú, amor mío – respondió, con una dulce sonrisa –. Roan dijo que tu eras la que se me había escapado y no andaba muy equivocado.

– ¡Qué halagador!

– ¿No te lo parece?

Al ver que Luke se acercaba un poco más, April extendió la mano y se la colocó sobre el pecho.

– Vas a tener que perdonarme, pero no tengo tiempo para este juego, aunque me apeteciera. No te preocupes, estoy segura de que encontrarás otra mujer que esté dispuesta a consentirte que la dejes en ridículo.

Luke la miró durante un instante. Debió de ver algo en los ojos de April que lo convenció de que no iba a conseguir nada porque se apartó inmediatamente.

— Tal vez — respondió —, pero no será lo mismo.

Al contrario de lo que pudiera parecer, April se alegró de escuchar aquello.

El banquete fue todo un éxito, lleno de diversión, alegría y buen humor. Después de cortar el pastel, Kane bailó con Regina. Los dos se movían en completa armonía, pendientes tan sólo el uno del otro de tal manera que April sintió que se le hacía un nudo en el corazón con sólo verlos. El amor y la devoción irradiaban de los recién casados de tal manera que ambos parecían brillar.

— Hubo un momento a principios de verano en el que creí que no vería este momento — dijo una voz, a espaldas de April. Era Roan.

— ¿Porque Kane y Regina estaban a la greña desde que ella llegó a la ciudad? — preguntó ella —. A pesar de todo, siempre estuvieron hechos el uno para el otro.

— Sí, pero a veces resulta difícil ver esa clase de cosas cuando estás en medio de una pelea. Más o menos como os pasa a Luke y a ti.

— Por favor...

— ¿Me estás diciendo que no hay nada entre vosotros? Me resulta difícil creerlo, cuando me parece que toda la sala va a salir ardiendo cada vez que él te mira.

— Sólo está contrariado porque tengo cosas mejores que hacer que dejarme llevar por sus tonterías.

— ¿Como qué? ¿Escribir sobre la familia? — preguntó Roan, con un cierto tono de desaprobación.

— No me irás a decir que tú también estás en contra, ¿verdad?

— No lo sé, dado que no he visto lo que estás haciendo. La cuestión es por qué te has decidido por nosotros y por qué precisamente ahora. Si es porque somos una familia a la que conoces y aprecias, me parece bien. Si es para fastidiar a Luke, es algo completamente distinto, especialmente si quieres dejarnos en mal lugar.

— Lo único que estoy haciendo es escribir una historia — protestó ella —. No hay motivos ni intención alguna. Ni por supuesto nada personal.

— ¿Estás segura?

— Casi me parece que te preocupas más por Luke que por la familia.

— Ha tenido que soportar un gran peso durante los últimos años. La agricultura no es la ocupación menos estresante del mundo, ¿sabes? Además, muchas personas dependen de él, no sólo su abuela, sino también un par de tías y unos primos a los que está ayudando a pagar la universidad.

— No lo sabía.

— Él no habla mucho de esas cosas. No es su estilo. Además, hay que añadir el problema de lo ocurrido con ese accidente de hace tantos años.

— Por no mencionar sus juegos malabares con las mujeres.

— A Luke le gustan las mujeres — afirmó Roan —. Las jóvenes, las maduras, las altas, las bajas, las gordas... Le gustan todas. Las mujeres lo sienten y se sienten también atraídas por él. Eso no significa que las utilice.

— Yo nunca he dicho eso — protestó April.

— ¿No?

Tal vez Roan tenía razón. Tal vez April consideraba a Luke un hombre que utilizaba de un modo indiscriminado e insaciable a las mujeres, resultaba más fácil y,

ciertamente más cómodo, que verlo como un hombre que buscaba el antídoto al dolor en los tiernos brazos femeninos.

Con la intención de cambiar de tema para no seguir charlando de algo que se había convertido en un punto algo espinoso, April dijo:

—¿Y tú? Llevo algún tiempo preguntándome por qué no tienes pareja. ¿Es que no te interesa?

—No soy inmune, si es eso a lo que te refieres. La verdad es que no tengo mucho tiempo.

—Pero lo harás cuando llegue la mujer adecuada y te ponga una pistola en la cabeza.

—Cualquier mujer que me ponga una pistola en la cabeza se encontrará tumbada sobre el suelo en un momento.

April se echó a reír.

—Podría ser que, si tienes suerte, es ahí precisamente donde ella querrá estar.

—Eso espero —comentó Roan, con gesto triste—. Hablando de armas, no está de más que una mujer que vive sola sepa disparar. Tal vez tú deberías pensártelo. Luke te podría dar unas clases sobre cómo manejar un rifle o una pistola. Es bastante buen tirador.

—Te agradezco el interés, pero no lo creo —respondió. Entonces, desvió la conversación una vez más por un derrotero más cómodo para ella.

Después de que los novios hubieran terminado de bailar, el siguiente baile era, por tradición, para los miembros del cortejo nupcial. April se había olvidado de aquel detalle hasta que Luke apareció delante de ella y, tras hacerle una reverencia, la condujo a la pista de baile.

Luke, al contrario de lo que pudiera parecer, se movía con gracia y estilo. April era la que se sentía incómoda y algo tímida al aceptar el brazo que él le ofrecía para llevarla a la pista de baile. Le habría gustado rechazar la invitación, pero no podía hacer algo que causara un revuelo en la boda.

Cuando llegaron al centro de la reluciente pista de baile, Luke se dio la vuelta y tomó a April entre sus brazos. Resultaba una sensación casi peligrosa, como si ella estuviera haciendo algo de lo que pudiera lamentarse. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había mantenido un contacto tan íntimo con un hombre, y en particular con Luke. La noche en el hotel no contaba, dado que, curarle de sus heridas, no era lo mismo en absoluto. Entonces, ella no se había sentido tan consciente de la anchura de sus hombros, de la fuerza de los brazos o del poder que le emanaba de las piernas.

— Sé que la pajarita que llevo es maravillosa — dijo él, con tono divertido—, pero, ¿crees que podrías centrar tu atención un poco más arriba?

April levantó la mirada instantáneamente. Con igual rapidez, frunció el ceño.

—Me alegro de que encuentres todo esto tan divertido. Desde luego, tú eres el único. La alegría pareció desvanecerse de los oscuros ojos de Luke.

—Bueno, no dejes que esto te arruine la velada. Después de todo, se trata tan sólo de un par de minutos.

—Qué alivio —comentó, aunque se lamentaba de haber provocado que Luke perdiera el buen humor, tal vez por la atmósfera de felicidad que provocaban los novios—. ¿Cómo tienes las quemaduras de la espalda? —añadió, como gesto de buena voluntad.

– Bien.

– Me alegro.

Tanto la respuesta de él como el comentario de ella carecían de significado, pero era mejor que nada. Al mismo tiempo, April se preguntó cómo se las estaría curando. Mientras bailaban, ella le colocó la mano sobre la zona dañada, buscando así el borde de una venda.

– Te he dicho que estaban bien – repitió él, con voz brusca.

– Lo sé, pero podrías haberme respondido así tan sólo para demostrar que eres un tipo duro

– Si quieres te las puedo enseñar. Más tarde.

April lo miró fijamente, sintiendo que se sumergía en las oscuras profundidades de sus ojos. Al mismo tiempo, trató de ignorar el hormigueo que sentía en los pezones y en la parte baja de su cuerpo.

– ¿Por qué siempre tienes que decir cosas como ésa? – le preguntó por fin—. ¿Por qué, cuando sabes...?

– Porque me gusta ver cómo te sonrojas – contestó él, con una carcajada—. Y tal vez porque espero que, en alguna ocasión, aceptes alguna de mis sugerencias. Te deseo, siempre te he deseado. Creía que lo sabías.

-No.

– Lo supiste en una ocasión, hace años.

Tal vez así había sido, aunque estaba segura de que lo que había sentido por él había sido algo mucho más profundo. Sus anhelos hacia Luke habían ido del deseo a la inocente generosidad que la animaba a darle todo lo que él deseara. Había esperado pasarse toda la vida entre sus brazos, amar y ser amada durante los días y las noches de un interminable número de años.

-No.

– Yo creo que sí, April, y sigues sabiéndolo. Por eso, tienes miedo de que yo pueda seducirte a pesar de todos los esfuerzos que tú puedas hacer para detenerme.

– No te rindes nunca, ¿verdad?

– Nunca – respondió él—. Nunca más.

– Es un esfuerzo en vano.

Luke la observó atentamente. Tras recorrerle todo el rostro, centró la mirada en los labios de April. Entonces, lenta y deliberadamente, la estrechó contra su cuerpo y colocó la boca encima de la de ella.

Aquel beso dulce y cálido fue como un sueño. El placer que le produjo se extendió por todo su cuerpo contra su voluntad, destruyendo sus defensas con la potencia de una droga. El tiempo y el lugar, la música y la razón desaparecieron inexorablemente para dejar sólo al hombre y al momento. April quería sentirse furiosa, apartarlo y liberarse de él. Sin embargo, su instinto la empujaba a dejarse llevar, a fundirse con él. El conflicto resultaba tan turbador que ella lanzó un ahogado gemido de frustración.

Luke la soltó y se apartó de ella. April trató de recuperar la compostura y le preguntó:

– ¿Acaso querías demostrar algo con eso?

– La susceptibilidad, aunque no estoy segura si la tuya o la mía.

– Dado que no ha funcionado, no creo que haya necesidad de repetirlo.

– Oh, yo no diría eso.

– ¿Qué quieres decir? – preguntó April, alarmada.

– No ha cambiado lo que siento. Siendo así, sólo me queda una cosa que decir a modo de advertencia.

April se dijo que no debería preguntar, que no quería saberlo, pero no pudo evitar que la pregunta se le dibujara en los labios.

– ¿Y es?

Luke sonrió lentamente. Al mismo tiempo, un brillo extraño se le reflejó en los ojos.

– Resístete a mí si puedes.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, cuando Luke llegó a Mulberry Point, la casa estaba cerrada y silenciosa. La hierba aún estaba empapada de rocío. Sabía que probablemente debería esperar hasta que el sol estuviera más alto en el cielo, pero, para entonces, April ya estaría levantada. Seguramente le pediría que se marchara antes de que él pudiera sacar la escalera del todoterreno. Sin embargo, cuando estuviera ya encima del tejado, sería mucho más difícil para ella librarse de él.

Descubrió una enorme gotera sobre las escaleras sin mucho esfuerzo. Desgraciadamente, retirar las tejas dañadas no fue una operación silenciosa. Sólo había conseguido quitar dos cuando oyó un grito procedente del suelo. Con una exclamación de frustración, él se levantó y dio otro grito como respuesta.

April apareció un segundo más tarde, examinando cuidadosamente el tejado para ver dónde estaba Luke. Llevaba un camisón y una bata de algodón blanco. El sol de la mañana destacaba la silueta de su cuerpo como si se tratara de una sombra rodeada de un halo dorado. El cabello le brillaba como oro pulido. Desde donde estaba Luke, April tenía el aspecto de un ángel. Era una pena que la voz no se correspondiera.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —le preguntó—. Ya te dije que no necesitaba ayuda. Además, te vas a romper el maldito cuello subiéndote ahí arriba tú solo.

—El cuello es mío.

—Sí, pero será mi compañía de seguros la que tendrá que pagar las facturas. ¡Baja ahora mismo!

La breve euforia que Luke había sentido se evaporó. Sacudió la cabeza y dijo:

—Ya que estoy aquí, podría terminar el trabajo de todos modos.

April lo miró durante un largo instante sin responder. Luke sintió que la nuca se le calentaba y se preguntó qué estaría pasándole a ella por la cabeza. Estaba acostumbrado a cierta atención femenina, pero no a una tan detallada, como si ella quisiera memorizar todos los detalles, desde la gorra manchada de sudor hasta los vaqueros.

Finalmente, ella dijo:

—Esto no va a funcionar, ¿sabes? Me niego a sentirme obligada por algo que no te he pedido hacer.

La irritación se apoderó de él.

—No estoy haciendo esto porque espere algo a cambio. Las casas antiguas me gustan, ¿de acuerdo? Son como damas antiguas, a las que hay que cuidar, mimar y proteger. Por su parte, ellas hacen que te sientas orgullo. Si no se las cuida, se estropean inmediatamente.

—No me digas que no tienes ya suficiente que hacer en Chemin-a-Haut porque no te creo. Sin embargo, si quieres desperdiciar tu tiempo, me parece bien. Tengo cosas mejores que hacer que permanecer aquí discutiendo contigo.

April se dio la vuelta y desapareció por debajo del tejado de la casa. Sin embargo, reapareció un segundo más tarde.

—No habrás visto a Medianoche, ¿verdad?

—¿A tu gato? No.

— ¿Tú no... no verás nada desde ahí que pudiera parecer él?

Luke se incorporó un poco y revisó toda la zona que había alrededor de la casa.

— Ni rastro.

April dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

— Bueno... Gracias de todos modos.

— De nada.

Ella volvió a mirarlo durante un instante y, tras bajar la cabeza, se dirigió a la casa. Un portazo indicó que había entrado en el interior.

Luke permaneció donde estaba, pensando en la mirada perdida y desgraciada que había visto en su rostro. Le recordaba a la noche anterior, en el segundo después de besarla. Durante aquel segundo, se había mostrado tan cálida, tan moldeable entre sus brazos... Tras llegar a la conclusión de que no era el momento de tener tales pensamientos, sacudió con fuerza la cabeza y se puso a trabajar.

Chemin-a-Haut y Mulberry Point eran dos casas de la misma época, por lo que las tejas eran muy similares. Luke tenía un montón de ellas, que había comprado a una empresa que se dedicaba a recolectar ladrillos, maderas y tejas de las casas antiguas que se derribaban. La tarea resultó fácil y agradable para un bonito día de verano. Le gustaba sentir el calor del sol sobre la piel y disfrutaba sabiendo que, con su trabajo, preservaría el interior de la casa durante un buen número de años más. Ese pensamiento le hacía sentirse bien, como le ocurría con el hecho de poder hacer algo por April que ella no era capaz de realizar por sí misma. Si había alguien que debía sentirse obligado, era él. Él había estado equivocado durante todos aquellos años y lo sabía bien. Por otro lado, había más de un modo de conseguir a una mujer y a él no le molestaba poder utilizar una buena dosis de competencia masculina para una buena causa.

Estaba seguro de que April sentía algo hacia él. Podría ser que no fuera más que la pasión que habían compartido en un escaso número de noches de verano hacía algunos años, pero se conformaría con eso. De hecho, se conformaría con lo que ella estuviera dispuesta a darle. No era un hombre avaricioso. Conseguir que ella reconociera que aún existía algo entre ellos se había convertido en una obsesión para él, una obsesión que lo volvía loco. Más que nada, necesitaba recuperar la confianza que ella había tenido en él.

Cuando terminó por fin, levantó la mirada y se dio cuenta de que la mañana había finalizado también. Con cuidado, bajó del tejado. Tenía mucha hambre, dado que aquella mañana sólo había desayunado un café con un trozo de pan con mantequilla. Como no parecía que April estuviera dispuesta a ofrecerle nada, tendría que aguantarse. Al llegar al suelo, se fijó una vez más en la holgura que tenían los marcos de las ventanas.

Como el sol daba en los cristales, le impedía ver el interior. No fue hasta que llegó a la parte posterior de la casa cuando se fijó en una sombra que había dentro. Aquella ventana era la del despacho de April, porque se distinguía la pantalla del ordenador, la forma de un escritorio y otro equipamiento. La ventana estaba cerrada por el aire acondicionado, pero él la abrió con un rápido movimiento. Entonces, echó una pierna por encima del alféizar y se sentó.

— Ya va siendo hora que pares para comer, ¿no te parece? —le preguntó—. ¿O acaso estás a dieta?

– ¿Hmm? – preguntó ella con expresión distraída, casi absorta, sin dejar de mirar la pantalla del ordenador.

– Te he dicho...

– Te he oído – lo interrumpió ella, girando la cabeza de pronto para mirarlo –. No tengo hambre.

– La mente creativa necesita alimentarse. Deberías comer algo.

Ella centró de nuevo la atención en la pantalla y escribió unas palabras. Después de un momento, le indicó a Luke la puerta.

– Hay queso y mantequilla de cacahuete en la cocina. Tal vez incluso algo de jamón. Prepárate algo si te apetece.

– Estaba hablando sobre ti.

– Yo iré a por algo dentro de un minuto.

Empezó a escribir algo, frunciendo el ceño por la concentración que estaba utilizando ante lo que estaba escribiendo.

Luke la observó durante unos segundos antes de entrar en la habitación. Sintió la tentación de detenerse tras ella para leer lo que ella estaba escribiendo por encima del hombro, pero se imaginó que era mejor que no lo hiciera. Había llegado casi a la puerta cuando algo que había captado por encima de la cabeza de April y de la pantalla del ordenador le llamó la atención. Volvió de nuevo a su lado.

Se trataba de su propio rostro, o más bien un collage de fotografías de sí mismo. Estaban colocadas sobre un corcho. Algunas eran bastante antiguas y otras más modernas. La mayoría eran fotografías de grupo con amigos y familiares, pero había algunos recortes de periódico. La más grande de todas era la copia de un retrato que la abuela May le había convencido para que se hiciera en el último cumpleaños de la anciana.

April lo miró una vez más y comprendió lo que él estaba observando.

– ¿Qué pasa? – le preguntó.

– Nada – respondió él, parpadeando –. Nada.

April volvió a concentrarse en su trabajo sin decir nada más. Luke se dio la vuelta y salió de la habitación con el ceño fruncido.

El frigorífico de April estaba repleto de comida fácil de preparar. Untó un poco de mayonesa en una rebanada de pan, cortó unas gruesas rebanadas de queso y se lo comió todo en un instante acompañado de un vaso de leche. Como su apetito se había apaciguado temporalmente, preparó dos bocadillos más, sirvió unas bebidas y se dirigió con todo ello al despacho de April.

Cuando él le dejó la comida encima del escritorio, ella sonrió e incluso se apartó del ordenador.

Tomó un bocadillo y le dio un mordisco con gran entusiasmo.

– Creía que no tenías hambre – comentó él, mientras se sentaba en el pico del escritorio con su plato encima de las rodillas.

– Al ver la comida he cambiado de opinión.

– ¿Por qué tienes todas esas fotos mías? – preguntó él, por fin.

– No te hagas ilusiones. Tú eres tan sólo el rostro y el cuerpo que estoy utilizando como protagonista de mi última novela. Ayuda tener un rostro de verdad para describir diferentes expresiones y emociones.

– ¿Por qué el mío?

April se encogió de hombros, aunque seguía completamente concentrada en el bocadillo.

– Te eligieron tus admiradoras de la conferencia. ¿Quién soy yo para enfrentarme a la opinión de la mayoría?

– ¿Y si tu protagonista tuviera que ser rubio?

– No haría falta mucha imaginación para convertirte en rubio.

– ¿De verdad? En realidad, no sé cómo puedes inspirarte en mí para tu protagonista tal y como yo soy. Si fuera así, tu héroe no podría ser muy heroico. Debes de tener una fantástica imaginación.

– No lo sabes tú bien.

Luke la estudió durante un instante, pero prefirió dejar pasar aquel comentario. Entonces, con una sonrisa en los labios, preguntó sin poder resistirse:

– Entonces, ¿dónde te lleva esa imaginación tuya cuando tienes que describir las escenas románticas?

– Tendría que haberme imaginado que me ibas a preguntar eso. Deberías saber que los romances son mucho más que sexo. Tienen que ver con el valor, el compromiso y hacer que las relaciones funcionen. Son...

– ¡Un momento! – protestó él –. No estoy diciendo nada sobre lo que tú haces, sino que simplemente tengo curiosidad por saber cómo lo haces. Principalmente, me preguntaba qué implicación tienes tú con el proceso.

– No sé explicarlo y, aunque pudiera hacerlo, dudo que lo comprendieras. De todos modos, no es asunto tuyo.

– ¿Aunque yo sea el tipo que aparece en esas fantasías?

– No lo eres. Al menos...

– Lo soy y no lo soy. ¿Es eso?

– Exactamente. Como te he dicho, tú eres tan sólo un rostro. El protagonista en sí es sólo producto de mi imaginación.

– Nadie de verdad. Lo comprendo – dijo él, con cierta desilusión –. Tal vez sea el modo en el que te gustaría un hombre.

– Claro, ¿por qué no? Todos tenemos nuestros sueños.

Hubo algo en la voz de April, o tal vez en sus ojos, que le provocó a Luke una extraña sensación en el pecho. Resultaba turbadora, lo que, a cambio, le recordaba que él tenía otras cosas que hacer aparte de realizar reparaciones para una mujer que no parecía apreciar sus servicios. Se tomó el resto de la leche y dejó el vaso y el plato a un lado. Cuando se levantó, dijo:

– Ha llegado la hora de marcharme. Antes de irme, comprobaré las cerraduras de las ventanas francesas.

– No tienes que...

– Déjalo ya, April – dijo él, interrumpiéndola –. Como ser el rostro de tu protagonista – añadió, desde la puerta –, no significa nada.

Le costó más encontrar los tornillos que necesitaba en la caja de herramientas que tenía en el Jeep que reparar las cerraduras de las ventanas de April. Estaba ya recogiendo las herramientas y todo lo que había caído al suelo cuando escuchó el sonido de una bisagra oxidada.

Se quedó inmóvil y escuchó atentamente. No se trataba de algo mecánico, ni de una especie de animal. Lo escuchó varias veces más, a cada una de las cuales el volumen

sonaba más alto. Se puso de pie y se asomó por la barandilla del balcón. Algo negro que había en el suelo captó su atención. Se dirigía hacia la casa, aullando amargamente a cada paso. Cuando pasó por un pequeño claro, Luke sonrió. Se dirigió rápidamente a la puerta francesa y metió la cabeza en la casa.

— ¡April! — exclamó —. ¿Puedes salir un momento?

Ella tardó unos segundos en reunirse con él.

— Espero que tengas un buen motivo porque estaba... — se interrumpió inmediatamente cuando Medianoche volvió a aullar. Se asomó a la barandilla y, al ver al gato, miró a Luke e inmediatamente se dio la vuelta para dirigirse a las escaleras.

Un instante más tarde, ella salió al jardín. Luke permaneció donde estaba y pudo comprobar la alegría que se reflejó en el rostro de April cuando tomó en brazos al animal. Terminó de recoger sus herramientas y bajó a reunirse con ella.

— Mira esto — le dijo ella, mostrándole el trozo raído de una correa de nylon —. Está mordido, como si alguien hubiera tenido atado a Medianoche. ¿Quién sería capaz de hacer algo así?

April empezó a parpadear, como si estuviera tratando de impedir que las lágrimas le rodaran por las mejillas.

— ¿Alguien que lo encontró perdido? ¿Otro amante de los gatos?

— Venga ya...

— ¿Prefieres creer que lo hizo alguien para hacerte daño a ti? — le preguntó. Entonces, extendió la mano y empezó a rascar al gato detrás de las orejas.

— Prefiero enfrentarme a los hechos cuando no hay duda de lo que significan. Supongo que podría ser una coincidencia que alguien lo atara en estos momentos, pero lleva un año por aquí campando a sus anchas y jamás ha tenido problemas. ¿No te parece que eso significa algo?

— Significa que algunas veces los problemas se le amontonan a la gente.

— Sí, claro y supongo que tú has venido a trabajar en mis cerraduras porque te apetecía.

— Bueno, me pareció una precaución bastante sensata — comentó Luke. No sabía por qué ella se mostraba tan reacia a admitir que su gato podría haber sido secuestrado.

April permaneció en silencio durante un momento sin dejar de mirar a Medianoche, que no hacía más que estirar el cuello para que Luke se lo rascara. De hecho, se estiraba tanto que estaba a punto de caérsele de los brazos. De repente, ella dijo:

— Le gustas. Normalmente, no siente mucha simpatía por los hombres.

— Tiene el cuello irritado de la correa, eso es todo.

— ¿Sí? — preguntó ella, interrogándole con la mirada—. ¿O es que se ha acostumbrado a ti tal vez porque está a tu lado desde hace una semana o así?

Luke jamás se habría esperado un comentario así. Se quedó completamente atónito, sin saber qué responder. Un coche que pasaba por allí le evitó tener que hacerlo.

El vehículo, un deportivo, se detuvo al dar la vuelta a la gran curva que había cerca de la casa. El conductor miró atentamente a Luke y a April durante unos segundos. Entonces, cuando se percató de que ellos lo habían visto, volvió a arrancar el coche. En pocos segundos, había desaparecido.

— ¿Quién era ése? — preguntó April, atónita.

—¿No reconoces a tu antiguo novio? —replicó Luke, apartando la mano del gato—. Era Frank Randall.

—Oh.

No había sido un comentario muy elocuente, considerando que Mary Ellen Randall había sido la hermana de Frank. Frank era un tipo corpulento y solitario, que se había alistado en las Fuerzas Aéreas dos meses después de la muerte de su hermana. April y él habían salido juntos un par de semanas. Luke siempre había pensado que April lo había hecho porque sentía pena de Frank, pero jamás había estado del todo seguro. Entonces, Frank se había marchado al ejército y allí había terminado todo.

—Frank lleva un tiempo en la ciudad. Parece que ha decidido que, después de todo, no quería ser militar. ¿No lo habías visto hasta ahora?

—No. Creo que Betsy me dijo que había abandonado el ejército. ¿Qué es lo que hace ahora?

—Está tratando de empezar un servicio de guías para actividades de pesca y senderismo. La caravana en la que Mary Ellen y él se criaron no está lejos del lago, por lo que conoce toda la zona muy bien.

—¿Un servicio de guía? ¿Y crees que conseguirá sacarlo adelante?

—Así podrá tener una buena excusa para pescar, cazar o hacer lo que quiera —contestó Luke, con una sonrisa.

—Tendría que haberme imaginado que dirías una tontería al respecto —dijo April, apartándose de él.

Luke no había tenido la intención de decir una tontería. Le pareció un momento tan bueno como otro cualquiera para marcharse.

April observó cómo Luke se marchaba mientras acunaba a Medianoche entre sus brazos como si fuera un bebé. Cuando Luke desapareció, hundió el rostro en el pelaje del felino, buscando un consuelo que no era capaz de nombrar. Entonces, suspiró y levantó la cabeza. No debería consentir que él la disgustara, pero ¿cómo podía evitarlo? Estaba allí cada vez que levantaba el rostro. Podía afectarla de maneras que nadie había conseguido jamás. Le hacía decir cosas de las que luego se lamentaba. La convertía en una mujer llena de sospechas para luego provocar que se sintiera culpable por ello.

No obstante, también la hacía sentirse a salvo cuando estaba cerca, lo que ya de por sí la aterrorizaba. Ni necesitaba un hombre para sentirse segura ni lo quería. Sin embargo, en el breve espacio de tiempo que había transcurrido desde que se marchó, April se sentía vulnerable y desprotegida allí, en el exterior de su casa. Le costó un gran trabajo regresar lentamente al interior de la casa en vez de hacerlo corriendo y echando precipitadamente la llave.

La mano con la que acariciaba al gato ya no era tan firme. Se sentía tan contenta de volver a tenerlo consigo... Se había sentido aterrorizada sólo de pensar que el animal hubiera podido desaparecer para siempre. No se había dado cuenta de lo mucho que lo quería hasta que había estado a punto de perderlo.

Le había costado mucho contenerse para que Luke no la viera llorar. ¿Cuánto tiempo hacía que no lloraba? En cierto modo, le aliviaba saber que podía hacerlo, que era capaz de sentir algo, de amar algo hasta el punto de sentir ganas de llorar.

Cuando llegaron a la cocina, dejó al gato en el suelo. El animal se le enredó repetidamente entre las piernas mientras ella le abría una lata de comida. El pobre

Medianoche devoró la carne como si hiciera días que no comía. Luke no había querido admitir que alguien se podría haber llevado al animal. ¿Por qué era eso? ¿Acaso sabía más de lo que decía?

Se rodeó con sus propios brazos para protegerse del frío del aire acondicionado. Le desorientaba pensar en él un momento para luego desear desesperadamente su cuerpo al siguiente. No pensaba dignificar lo que había sentido al verlo en el tejado con una expresión menos cruda. Suponía que había sido una reacción automática, natural en cualquier mujer, al ver un hombre tan atractivo contra el cielo estival. Había presentido tanta vida en él que había querido extender la mano y tocarlo y sentirse tocada por él. Había sido un breve impulso. Luke se moriría de risa si lo supiera.

De repente, se le había ocurrido que tal vez Julianne tenía razón, que tal vez sería posible que Luke volviera a entrar en su vida sólo a un nivel físico. Sin duda, ella podría con una aventura sin ataduras, sin un futuro que pudiera causar complicaciones. Además de todas aquellas ventajas, tal vez podría superar la sensibilidad que tenía hacia él.

Cuando se dio cuenta de que él había visto las fotos que tenía en el corcho, había estado a punto de darle un ataque al corazón. No sabía cómo había podido salir del apuro, pero Luke parecía haber aceptado su explicación. No obstante, no le quedaba duda alguna de que él volvería a sacar el tema y que incluso podría tratar de utilizarlo en su contra. Lo sorprendente de todo aquello era que no hubiera tratado de hacerlo inmediatamente.

Por supuesto, nada de lo que había dicho había sido mentira. Resultaba muy extraño, pero su libro iba bien antes de que Luke la interrumpiera con la noticia del regreso de Medianoche. Mientras lo describía tal y como lo había visto en el tejado y cómo se había sentido la protagonista al verlo allí, las palabras le fluían sin dificultad. De hecho, las frases se formaban con tal velocidad que casi no tenía tiempo de escribirlas. Incluso en aquellos momentos, estaba deseando volver a ponerse frente al ordenador. En cuanto Medianoche terminara, los dos regresarían a su despacho.

Mucho más tarde, guardó por fin el documento y, tras hacer una copia de seguridad en un disquete, apagó el ordenador. Se estiró perezosamente, cruzando los brazos por detrás de la cabeza y, a continuación, se levantó. Había conseguido finalizar un capítulo entero, lo que era casi el doble de lo que podía escribir en un día. Se sentía estupendamente y, mejor aún, le daba esperanzas de que, por fin, estuviera superando su bache.

La habitación estaba a oscuras, dado que no se había molestado en encender la luz a medida que fue anocheciendo. Se dirigió directamente hacia la puerta, sin vacilar, dado que conocía perfectamente la distribución de la sala. Medianoche la siguió inmediatamente.

April estaba en el pasillo cuando oyó el vehículo. Se acercaba a una velocidad de vértigo. Los frenos chirriaron cuando tomó la pronunciada curva. Ella se detuvo cerca de la puerta del salón y vio cómo las cegadoras luces de los faros trazaban curvas alocadas por todas partes.

April estaba a punto de encender la luz cuando se escuchó un fuerte restallido en el aire. El panel de vidrio de la cristalera que había al lado de la puerta principal se hizo añicos. April ahogó un grito en la garganta y se agachó inmediatamente. Medianoche

bufó y salió huyendo. Los neumáticos chirriaban a medida que la goma se iba desgastando con la repentina aceleración del vehículo. De repente, la brillante luz de los faros se desvaneció. Una vez más, la noche volvió a recuperar la quietud y la oscuridad.

Capítulo 9

—¿Estás diciendo que llamaste a Roan, pero que no me llamaste a mí? ¿No te pareció que podría interesarme que alguien te estuviera utilizando como blanco de tiro?

April levantó la mirada al escuchar aquella pregunta. Luke se dirigía hacia ella, atravesando la sala del restaurante.

—Roan es el sheriff —respondió ella—. Además, ¿qué podías tú hacer después de lo ocurrido? ¿Darme la mano?

—Si es lo que necesitabas...

April no lo había necesitado, pero le habría resultado muy agradable. Sin embargo, no pensaba decírselo a Luke. Mientras volvía a centrarse en la tarea de vaciar los contenidos del maletín sobre la mesa, dijo:

—Lo que necesitaba era a alguien que descubriera al culpable.

—¿Y lo consiguió Roan?

—Se trató simplemente de alguien que disparó mientras pasaba al lado de la casa en coche. Tal vez incluso fue un accidente.

—Un accidente —repitió Luke, con un tono de voz que dejaba muy claro lo que pensaba de aquella idea.

—O probablemente la bala perdida de un idiota que disparaba a una señal de tráfico.

—No recuerdo que haya señales de tráfico cerca de tu casa.

—Hay una que avisa de la curva.

—Está demasiado lejos y, además, el ángulo no es el correcto.

—Puede ser, pero el principio es el mismo.

—Te aseguro que no fue un principio lo que te disparó. ¿Pudo Roan recuperar la bala?

—Sí. Estaba en la pared. A él le pareció que pertenecía a un Remington 270.

—El rifle de caza que utilizan la mitad de los hombres de Túnica-Parish.

—Eso fue lo que dijo Roan —dijo ella, cerrando el maletín y colocándolo al lado de su silla—. Supongo que él te habrá contado lo ocurrido, ¿no?

—Después de que lo hicieran otras tres personas.

—Me lo tendría que haber imaginado —comentó ella, reconociendo la velocidad con la que los cotilleos viajaban en Turn-Coupe—. Bueno, ¿qué estás haciendo aquí?

—Yo también formo parte del comité —respondió él, con una sonrisa, mientras observaba cómo el resto de los miembros iba ocupando sus lugares en la larga mesa.

—¿Desde cuándo? Jamás te has presentado en ninguna reunión.

—Desde esta mañana. Betsy siempre consigue algunas incorporaciones cuando la fecha del festival está cerca.

Betsy North, la prima de Luke, era la dueña del motel. Como también era la vicepresidenta del River Pirate Revel, el festival que se celebraba todos los veranos en Turn-Coupe, tenía mucho sentido que Luke se encontrara allí. Sin embargo, April estaba segura de que era mucha coincidencia. Le hizo saber a Luke su parecer con una incisiva mirada.

—Te lo juro —dijo él, levantando la mano derecha—. También estoy en el comité de secuestro.

—¿Y quién es el elegido este año, además del alcalde y del sheriff?

Luke esbozó una picara sonrisa.

—No lo sé, pero te prometo que no les gustará.

—Ya me lo imagino.

Una de las partes del festival era la invasión de Turn-Coupe por una horda de piratas que empuñaban puñales y pistolas. Surgían del río para adueñarse de la ciudad durante un día, tal y como se decía que solían hacer a principios del siglo XIX. Durante veinticuatro horas, no había ley ni orden en la ciudad. Se capturaba a los poderes públicos de la ciudad y se establecía un rescate que iba destinado a obras de caridad. A ellos, también se les unían importantes ejecutivos y otros ciudadanos, al igual que chicas bonitas. Todo resultaba muy divertido, aunque en ocasiones la situación se escapaba de la mano debido al alto consumo de alcohol.

—¿Te vas a dejar llevar este año por el espíritu de la fiesta o eres demasiado fina para eso? —le preguntó Luke en voz muy baja mientras se sentaba a su lado.

—¿Quieres saber si me voy a disfrazar? ¿Y crees que te lo voy a decir sabiendo que tú irás buscando cautivas? ¡Ni hablar!

—Venga. Tú te puedes permitir que te secuestren.

—No es el dinero lo que me preocupa.

—¿El qué entonces? ¿Estar en mi poder? —quiso saber Luke, con una lenta sonrisa—. ¿Es eso? Podrías descubrir que eso tiene sus ventajas.

—Sí, y tal vez tú también te llevaras una sorpresa.

—Te aseguro que no puedo esperar —susurró él, con la voz parecida al ronroneo de un gato.

—Me considero advertida —replicó ella—. Sin embargo, tendrás que encontrarme primero.

—No hay problema —prometió él, con una promesa de terciopelo en los ojos.

April lo creyó y se odió por eso. Sin embargo, no realizó comentario alguno. En ese momento, Betsy, que iba resplandeciente con un traje de pantalón turquesa, entró en la sala y se dirigió a la cabecera de la mesa. Una vez allí, golpeó su vaso de té helado con una cucharilla para reclamar la atención de los presentes.

Se discutieron y votaron una serie de temas. El último de ellos fue el de los puestos de venta que se colocarían a lo largo de la plaza, frente al juzgado, lo que causó algunas divergencias entre los presentes. Cuando todo estuvo acordado, la sesión se dio por finalizada.

El alcalde, que se había presentado en el último minuto, quiso hablar con Luke sobre el tema de los secuestros. April aprovechó la situación para marcharse. Casi había llegado al aparcamiento cuando escuchó que alguien la llamaba. Se trataba de Betsy, por lo que April se volvió para atenderla con una cierta sensación de alivio.

—¿Adonde te vas tan deprisa, cielo? —le preguntó Betsy—. Quería invitarte a una pequeña fiesta que voy a celebrar en un barco para dar el pistoletazo a todas las celebraciones.

—Oh, bueno, no sé...

—Venga, no seas así. No te va a hacer ningún mal que te tomes una copa y charles con unas cuantas personas. Tú eres la única famosa de la que puede presumir esta ciudad y lo menos que podemos hacer es presumir de ti.

—No sabía que tenías un barco.

—No es mío, sino de unos amigos que lo van a traer por el Misisipi sólo para el festival. Estará en el embarcadero del río, justo por donde van a entrar los piratas. Desde allí se podrá ver todo muy bien. Les dije a mis amigos que trataría de convencerte para que vinieras a la fiesta y que incluso pasaras la noche allí. ¿Qué te parece? Vamos. Hay que vivir la vida.

—Es la segunda vez que hoy me dicen que soy algo aburrida —comentó ella con una sonrisa.

—Bueno, no se puede decir que te mueras por ir a las fiestas. Recuerdo cuando no te mostrabas tan distante. Siempre se podía estar segura de que Luke y tú estarías donde estuviera la diversión.

April se dio cuenta de que era cierto. ¿Sería que se había mostrado más abierta entonces o habría sido por influencia de Luke? ¿Sería una persona introvertida por naturaleza o se había hecho así por la naturaleza de su vocación?

—Dile a tus amigos que allí estaré —dijo. De repente, sentía la necesidad de averiguarlo.

—¡Genial! —exclamó Betsy—. Ella en especial es una gran fan tuya. Se pondrá tan contenta...

Cuando escuchaba aquella clase de comentario, April se limitaba a sonreír dado que nunca sabía muy bien qué decir. De repente, sintió un cosquilleo en la nuca, como si alguien los estuviera observando. Al darse la vuelta, vio que Luke se dirigía al lugar en el que estaban Betsy y ella.

—¿Contenta por qué? —preguntó, como si tuviera todo el derecho del mundo a saberlo.

—Que April haya accedido a ir a la fiesta a la que tú creías que debía acudir —le dijo Betsy, triunfante.

—¿Has conseguido que acepte? Eres la más grande, Betsy —replicó él, antes de darle un abrazo.

—No me habías dicho nada de Luke —afirmó April, observándolos.

—¿No mencioné que él también iba a estar? —replicó Betsy, sonriendo inocentemente.

—Sabes muy bien que no.

—Pues demándame —repuso Betsy—. Te aseguro que nos divertiremos mucho. Ya lo verás.

Entonces, se despidió de ellos con la mano y se marchó hacia su coche.

April y Luke quedaron en silencio durante unos instantes. Al final, fue April la que tomó la iniciativa.

—¿Por qué tienes que dirigir mi vida?

—Yo no lo llamaría dirigir.

—¿Te parece entrometerse una palabra mejor? ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué es lo que quieres? —le preguntó ella, muy enfadada.

—¿Acaso tengo que querer algo?

—Eso es lo que le pasa a la mayoría de la gente que se entromete.

—¿De verdad? Bueno, está bien. Yo soy igual. Te quiero a ti. Sólo a ti. ¿Qué te parece?

—Veo que no te rindes —dijo ella, observándole muy atentamente—. Te dije que... No entiendo por qué insistes tanto en que tengamos un encuentro apasionado.

- Dios, April...
- Quiero que me respondas.
- Creo que eso dependerá de ti – contestó él, después de pensarlo durante un segundo.
- Eso no es cierto. Hacen falta dos personas para llevar a término una relación.
- ¿De verdad crees que hace falta pensar tanto, April? Es como si estuviéramos hablando de un experimento clínico.
- ¿Acaso prefieres dejarte llevar sin saber de qué va el tema?
- Yo preferiría que hubiera más corazón y menos poder mental.
- No sabía que el corazón tenía algo que ver en todo esto. Yo habría dicho que eran otras partes de la anatomía humana las que estaban más implicadas.
- Al oír aquel comentario, Luke se echó a reír.
- ¿Qué es lo que te ha pasado, cielo? ¿Desde cuándo eres tan cínica?
- El dolor vuelve así a las personas – le espetó ella –. No quiero volver a sufrir.
- Entonces, ¿qué es exactamente lo que me estás sugiriendo?
- No sé si estoy sugiriendo algo. Simplemente estoy tratando de ver si me voy a dejar llevar por una aventura casual o por algo más intenso.
- Tú preferirías la primera – dijo él, con voz dura.
- ¿Y si fuera así? – preguntó April, aunque no estaba segura de lo que quería.
- Luke quedó en silencio durante unos momentos, durante los cuales la observó atentamente. De repente, volvió a tomar la palabra.
- ¿Por qué? ¿Acaso eso es todo lo que eres capaz de dar? ¿O es más bien que crees que yo no puedo ofrecer otra cosa?
- Ninguna de las dos posibilidades. Simplemente es algo por lo que no merece la pena correr riesgos mayores.
- ¿De qué riesgos mayores estás hablando, nena? ¿De enamorarse, tal vez? Estoy de acuerdo en que es un precio muy alto, pero todos los juegos tienen sus riesgos.
- Entonces, esto es tan sólo un juego para ti. Ya me lo había parecido.
- No sé lo que es, pero lo que sí sé es que no se trata de un experimento.
- April lanzó un pequeño sonido que no fue del todo una carcajada. La mezcla de dolor y humor que sentía estaba también compuesta por algo más, que podría ser alivio. Parecía que no podía decidir lo que quería de Luke, por lo que, ¿por qué tenía que sorprenderla que él se mostrara tan ambivalente?
- Lo tendré en cuenta – dijo –, para cuando mi interés se convierta en algo más que lo puramente académico.
- April... – susurró él. Mientras la observaba, la insatisfacción se le reflejaba en el rostro.
- No importa. No importa.
- Debería importar, aunque tú sólo estuvieras... haciendo un experimento.
- Sí, bueno, tal vez sea así, pero supongo que jamás lo sabremos.
- Luke no respondió ni trató de detenerla cuando ella se dio la vuelta y se marchó.
- Los dos días siguientes pasaron con desesperante lentitud. La breve oleada de productividad de April desapareció, por lo que ella volvió a quedarse estancada. Cada vez que conseguía escribir unos párrafos, recibía una llamada o fax que le hacía centrar su atención en el festival. Medianoche tampoco ayudaba. Se mostraba muy

nervioso y se asustaba cada vez que escuchaba un ruido. Además, la seguía a todas partes, como si temiera perderla de vista.

Cuando el teléfono volvió a sonar muy tarde en la noche del segundo día, lo contestó con cierta exasperación. Sin embargo, la adrenalina se le disparó al escuchar la voz ronca del hombre que la había llamado durante el programa de radio.

–Hola, cielo. ¿Estás sola?

El deseo de descubrir algo, lo que fuera, para poder disponer de alguna pista de lo que estaba ocurriendo pudo más que ella. Agarró con fuerza el auricular y le preguntó:

–¿Qué es lo que quiere? ¿Por qué está haciendo esto?

–¿Estás sudando, April? ¿Te caen las gotas de sudor entre los senos? ¿Qué llevas puesto? ¿Está húmedo?

–Es usted un enfermo, ¿lo sabía? Necesita ayuda. Si no se la puede permitir, hay centros de salud mental que...

La respuesta fue muy obscena y también extremadamente gráfica.

–Con eso acaba de demostrar que tengo razón –replicó April, a duras penas.

No hubo respuesta alguna. Durante unos instantes, April pudo escuchar claramente la respiración de la otra persona, un sonido duro y corto, como si le costara respirar. En la distancia, se escuchaba un murmullo que podría ser el tráfico de una calle o autopista muy concurrida.

Después de una eternidad, se cortó la comunicación. April colgó también y se cubrió el rostro con las manos. Permaneció así mucho tiempo. Estaba temblando de la cabeza a los pies.

No podía soportarlo más. Tenía que hacer algo y ella era la única capaz de hacerlo. Sin embargo, no sabía dónde empezar.

Como tenía el ordenador encendido, levantó los ojos y miró la pantalla. Después de un instante, tomó el ratón y apretó el icono de la conexión a Internet. Estuvo navegando hasta que encontró la dirección que buscaba. Entonces, dejó de temblar.

A la mañana siguiente, se marchó de casa muy temprano. Sobre el asiento del coche, llevaba un pequeño trozo de papel con un mapa muy detallado que había impreso del ordenador. A través de sinuosas carreteras, llegó a la zona pantanosa del lago. No había ido por allí desde que estaba con Luke, años atrás, dado que él conocía aquella parte como la palma de su mano. El camino que estaba buscando estaba tan cubierto por la vegetación que casi no lo vio. La caravana que había al final del mismo estaba muy deteriorada. Había trozos de coches por todas partes. Un perro empezó a ladrar cuando sintió que April se acercaba.

El ruido hizo que un hombre saliera a la puerta. Era alto y corpulento. La cinturilla de los calzoncillos se le veía por debajo de los raídos vaqueros, dado que no llevaba camisa. No llamó al perro, sino que se limitó a apoyarse contra el marco de la puerta mientras esperaba que April saliera del coche.

Cuando ella descendió del vehículo el perro se acercó a ella, pero no hizo indicación alguna de que fuera a morderla. Al llegar a medio camino entre la caravana y el coche, se detuvo.

–Hola, Frank –dijo, con voz neutral.

–Vaya, vaya –replicó él, con una sonrisa en los labios –, pero si es nuestra afamada escritora. Cuánto tiempo sin verte.

- Me gustaría hablar contigo unos minutos, si no te importa.
 - Tú dirás.
 - No sé si sabrás que he estado teniendo algunos problemas.
 - No puedo decir que me haya enterado de nada. No será por Benedict, ¿verdad?
 - ¿Por qué dices eso?
 - Lo vi. en tu casa. Ese hombre representa problemas para cualquier mujer – replicó, apretando la mandíbula.
 - ¿Qué significa eso?
 - No creo que necesites que te lo diga.
 - De todo eso hace mucho tiempo. Ahora estamos en el presente.
 - La gente no cambia. Ese hombre utilizó a mi hermana y luego se deshizo de ella. No la quería porque estaba empeñado en tenerte a ti. Tan empeñado estaba que no le importó un comino si mi El moría o vivía. No levantó ni un dedo para evitar que se quemara viva.
 - ¿Cómo lo sabes? Tú no estabas allí.
 - Tengo las pruebas y lo que El me dijo. Ella estaba loca por él. Habría hecho cualquier cosa por él. No podía soportar que no la mirara. Lo llamó un millón de veces, fue a verlo por las noches, muy tarde, se metía por su ventana para hablar con él... o lo que fuera.
 - No lo sabía...
- April supo que a Mary Ellen le gustaba Luke, dado que hubiera sido imposible no darse cuenta. Sin embargo, la sorprendía que hubiera llegado hasta aquel punto. April comprendía perfectamente que verse acosado por Mary Ellen no había sido culpa de Luke.
- Nadie quería decirte lo que él hacía, pero todo el mundo lo sabe ahora perfectamente. Parece que lo ha convertido en una profesión.
 - ¿De verdad?
 - No hace nada más que perseguir faldas. Y mete la mano debajo de la mayoría de ellas.
- April estudió al hombre que tenía frente a ella mientras analizaba la amargura que había detectado en su voz.
- Tú lo odias, ¿verdad?
 - Yo crié a El cuando nuestra madre se marchó y nuestro padre murió. Ella era lo único que tenía. Era una buena chica, a pesar de todo. No sé por qué tuvo que fijarse en uno de los Benedict, pero sé que no se merecía morir por ello.
 - Es cierto – afirmó April –. Me pregunto si tú me culpas a mí tanto como a Luke.
 - ¿Y por qué iba a culparte a ti? Tú eras una buena chica, siempre muy bien vestida. Jamás te mostraste muy amable con mi hermana.
 - Ella estaba tratando de quitarme al novio. Además, ella tampoco sentía mucha simpatía por mí.
 - Claro que sí. De hecho, trató de parecerse a ti todo lo que pudo para que Benedict quisiera algo más que revolcarse en las sábanas con ella.
 - No es lo mismo.
 - Supongo que no... De todos modos, la pobre..., El jamás tuvo una oportunidad. Tú eras la única que ese Benedict quería a su lado de modo permanente. Yo comprendía por qué, aunque era mayor. De hecho, lo comprendían todos los hombres. Sin

embargo, tú no querías tener nada que ver con los chicos de Turn-Coupe, sobre todo cuando te diste cuenta de cómo era en realidad ese Benedict. Te limpiaste el barro de los zapatos y te marchaste a Nueva Orleans. Allí encontraste un hombre, aunque no te sirvió de nada. Mírate ahora. Has regresado de nuevo, no muy diferente de como te marchaste.

El resentimiento se palpaba en aquellas palabras.

– Cuando Luke y yo rompimos, no salí mucho con nadie. Era... No me parecía bien.

– Sí, te fastidió bien fastidiada.

– No lo sé, pero no quería volver a correr el riesgo de quemarme...

Aquella frase tan poco afortunada se le escapó de los labios antes de que pudiera contenerse. No le sorprendió ver que el rostro de Frank Randall se congestionaba de ira.

– ¡Fue mi hermana la que se quemó! A ti no te pasó nada. Ahora eres famosa, tienes tus libros y tu cara en todas las tiendas. Ganas mucho dinero. Yo no veo nada de malo en todo eso.

– No puede sustituir a lo que de verdad importa.

– Pues no me vengas hablándome del pasado y de los problemas que puedas tener ahora. Yo no formo parte de ellos y estoy seguro de que tampoco soy la solución. Sea lo que sea lo que está pasando, tendrás que encontrar tú sola la solución.

Tanto si aquello era cierto como si no, April comprendió que no le iba a sacar nada más.

– Sí – susurró – . A ver si puedo hacerlo.

Capítulo 10

El día de la inauguración del festival, la indecisión que había acompañado a April durante semanas se extendió a lo que iba a ponerse. Le resultaba imposible decidir si ir con ropa de calle o disfrazada. Sabía que muy pocos irían disfrazados, pero, no sabía por qué, sentía que se esperaba de ella algo más. Se suponía que debía tener un aspecto romántico o al menos de escritora de éxito. Miró las dos opciones que había escogido: una falda y una camiseta de hombreras o un vestido de la era victoriana, con enaguas y encajes, que se había puesto en un par de ocasiones. Se preguntó también por qué le importaba tanto. Después de todo, Luke era el único que podría decir algo y su opinión no le importaba en lo más mínimo. Al final, se decidió por el disfraz.

Cuando llegó al embarcadero, comprobó que ya se había congregado mucha gente. Hacía mucho calor, aunque una ligera brisa aliviaba en cierta medida las altas temperaturas. A pesar de todo, la gente estaba de un humor inmejorable.

Ya había varios barcos en el embarcadero. Unos eran imponentes yates, mientras que otros eran imitación de embarcaciones antiguas. De todos ellos, sólo uno le resultó desconocido. Incluso antes de ver a Betsy sobre la cubierta, llegó a la conclusión de que aquél era el barco en el que se iba a celebrar la fiesta.

En cuanto puso el pie en el barco, Betsy la saludó y la animó a que se acercara a la cubierta en la que ya había varias personas sentadas.

— ¡Aquí está! ¡Nuestra celebridad particular! April ha escrito ya... ¿Cuántos libros, querida? ¿Diecinueve? ¿Veinte?

Sin esperar a que April respondiera, la fue presentando a todo el mundo: un senador con su esposa, un médico de Baton Rouge con su hija adolescente, un par de ingenieros, la esposa del dueño del barco y el anfitrión. El médico le ofreció una silla, el dueño del barco le dio una copa de champán, con lo que, a los pocos segundos, April formaba ya parte del grupo.

El grupo resultaba bastante interesante resultaba evidente que todos se conocían ya de antes. Le resultó muy agradable relajarse y escuchar la conversación mientras que la brisa del río le peinaba el cabello. Suspiró inconscientemente y sintió cómo se relajaba. Poco a poco, fue olvidándose del estrés al que estaba sometida.

Necesitaba hacer algo al respecto y lo haría en cuanto terminara el libro que la ocupaba en aquellos momentos, en cuanto descubriera quién la estaba acosando, en cuanto encontrara a alguien que compartiera sus muchas responsabilidades con ella...

¿Por qué se le había ocurrido aquella última érase?

No lo había dicho en serio. Lo último que necesitaba era alguien más en su vida.

Decidió acercarse a la barandilla, por lo que se puso de pie. Desde allí, contempló el río. La privilegiada posición del barco le proporcionaba una magnífica vista de la curva del río, por donde aparecería muy pronto la flotilla de piratas.

— ¿Qué te pasa, cariño? ¿No estás con ganas de fiesta?

April esbozó una sonrisa para Betsy antes de volver la cabeza.

—No me pasa nada. Supongo que simplemente estoy esperando a que empiece todo, como todo el mundo. Estaba pensando en... Kane y Regina. ¿Ha tenido alguien noticias tuyas?

—¿Hablas en serio? Turn-Coupe es lo último en lo que piensan. Tendremos suerte si les sacamos una palabra coherente antes de un año... o hasta que hagan un niño. Lo que ocurra primero.

—Oh, Betsy... —comentó April, con una carcajada.

—¿Crees que estoy de broma? Ya conoces a Kane... y a Regina. Los dos están tan pegados el uno al otro que hará falta un bisturí para separarlos.

—Eso debe de ser muy agradable. Por cierto, si no te importa, me gustaría preguntarte una cosa.

—No sabré si me importa o no hasta que no me lo digas.

—Es sobre los Benedict. Luke no quiere que escriba sobre la historia de su familia, pero la única razón que me ha dado es que a su abuela no le gusta. ¿Sabes a qué viene todo esto?

—No sé. Supongo que no tienes la intención de ponernos en ridículo, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Principalmente, quiero hablar de la antepasada nativa norteamericana de Luke, que fue la que trajo a los primeros Benedict a Túnica-Parish. Debió de ser una mujer de los pies a la cabeza para marcharse con cuatro hombres. Se casó con uno de ellos y ayudó a empezar una dinastía, pero no se sabe mucho sobre ella. Aparentemente, se desprendió de su nombre indio, recibió el bautismo y adoptó un nombre cristiano antes de casarse. Sin embargo, me encontré con una historia que relataba que, cuando murió, su gente vino a llevársela para enterrarla en sus tierras sagradas.

—¿Sí? Yo jamás he oído eso y esa mujer debe de ser mi ta-ta-ta... Bueno, una abuela como muchos "ta" delante. Sin embargo, te advierto que debes tener cuidado cuando indagues en ese tema, cielo. Una rama de la familia de mi difunto marido siempre reclamó tener también sangre india...

—Nativa norteamericana —le corrigió April, con una sonrisa.

—Sí, bueno. Mucha gente de por aquí tiene antepasados que corrían por los bosques, por decirlo así. Uno de los primos de mi marido decidió investigar un poco. Parece ser que los beneficios del gas y del petróleo que se les paga a las tribus de Luisiana, por no mencionar los beneficios del gobierno, llevan siendo bastante sustanciosos durante un par de décadas y ahora que se han metido en el negocio de los casinos, aún más. Todo el que pueda demostrar que tiene una octava parte, o tal vez sea una dieciseisava, de sangre de nativos norteamericanos en las venas, puede compartir esa riqueza y recoger un buen cheque todos los meses. Algunas familias llegan a las seis cifras. Así que ya ves que hay motivo para comprobar las raíces familiares.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Los archivos, cielo. El primo de mi marido descubrió algo que no había esperado. Parece ser que sus antepasados no estaban aquí para darle la bienvenida a Colón. Vinieron después, en barcos de esclavos.

—Vaya.

April comprendió lo que Betsy estaba tratando de decirle. Tal vez había muchas partes en el mundo en el que esa clase de revelación podría ser tan interesante como descubrir el parentesco con los nativos norteamericanos, pero Luisiana no era una de

ellas a pesar de que las relaciones interraciales eran más comunes cada vez. El hecho de que Betsy no pareciera disgustada por ello era muy loable, pero se trataba de los antepasados de su esposo y los dos jamás habían tenido hijos. La cosa podría ser muy diferente si fuera su familia.

— ¿Y crees que los Benedict podrían estar en la misma situación? — preguntó April.

— ¿Quién sabe? Sin embargo, muchas ancianas, como la abuela de Luke, están algo nerviosas al respecto, dado que su generación es la que más sufre por todo esto. Prefieren no revolver el pasado por si acaso éste les da un bocado. Y, por supuesto, prefieren que los demás hagan lo mismo.

— Lo entiendo, pero...

— ¿Pero qué?

— ¿Hasta dónde crees que serían capaces de llegar para impedirlo?

— Buena pregunta — respondió Betsy —. Ojalá supiera la respuesta.

De repente, una profunda algarabía captó la atención de las dos mujeres. Todo el mundo se había puesto a mirar río arriba. Un grupo de muchachos no dejaba de señalar y de gritar. Una voz gritó a los cuatro vientos la noticia.

— ¡Ya vienen!

El grito fue repitiéndose a lo largo de toda la orilla del río, a modo de anuncio de que las festividades estaban a punto de comenzar. April se cubrió los ojos con una mano para protegérselos del sol y miró hacia la parte del río por donde debían aparecer los piratas.

En aquel momento, el barco que portaba a la feroz tripulación se hizo visible en la distancia. Una única vela parecía ser la responsable de que la embarcación se moviera, pero ésta avanzaba en realidad gracias a un motor cuidadosamente camuflado. En el mástil central, ondeaba al viento una bandera negra.

Al lado del mástil había una alta figura. Ataviado con una camisa blanca suelta que se hinchaba con el viento, pantalones de cuero hasta la rodilla, un pañuelo en la cabeza y un amplio cinturón con un cuchillo y una pistola enganchados, el hombre tenía un pie apoyado sobre el mástil y una fiera sonrisa en el rostro. Era Luke, con un aspecto salvaje e indomable, y mucho más guapo de lo que nadie tendría derecho a estar con un atuendo tan ridículo.

Él giró la cabeza y miró a April a través de la amplia extensión de agua que los separaba. Entonces, se fijó en las enaguas que se agitaban en un mar de encaje a sus pies. Con una expresión cercana a la de la aprobación, se irguió y la saludó al estilo militar con un solo dedo. Sin duda, parecía alegrarse de que ella también fuera disfrazada.

El barco fue acercándose poco a poco. Uno de los hombres que lo acompañaban, se acercó a él para decirle algo al oído. Luke miró de nuevo hacia el barco donde se encontraba April junto con el resto de los invitados. Le respondió algo al hombre y soltó una carcajada que resonó con fuerza por toda la zona.

De repente, a April se le ocurrió un pensamiento. Luke sabía exactamente dónde se encontraba ella y cómo iba vestida. Lo había preparado todo para que ella estuviera en aquel barco para saber exactamente dónde encontrarla cuando comenzaran los secuestros.

April comprendió que le habían tendido una trampa.

El barco pirata fue acercándose cada vez más a tierra. Muchas personas se acercaron a la parte del muelle donde iba a atracar, dado que tenían que fingir que trataban de repeler el ataque. Al contemplar aquella escena, April se alejó de la barandilla de la cubierta y, tras darle una apresurada explicación a Betsy, se recogió las faldas y se dirigió hacia la pasarela que lo comunicaba con el muelle. Con gran agilidad llegó al suelo y echó a correr por el embarcadero. Allí, se mezcló con todos los presentes, pero, en vez de permanecer con ellos, se alejó de la zona.

Medio andando, medio corriendo, iba avanzando poco a poco. Tenía que alejarse de aquella zona antes de que Luke se diera cuenta de que se había marchado. Tenía que llegar al lugar en el que había aparcado el coche si quería dar al traste con los planes que él le tenía reservados. Tal vez consiguiera secuestrarla de todos modos durante algún momento del festival, pero iba a tratar de ponérselo todo lo difícil que pudiera. A su espalda resonaban gritos y golpes de la fingida pelea. Miró hacia atrás y vio la cabeza de Luke en medio de la multitud mientras unos y otros pretendían entablar batalla. April estaba a medio camino del aparcamiento cuando oyó el alegre grito de victoria que señalaba que, un año más, la invasión pirata había tenido éxito.

De repente, se escuchó una tremenda explosión. El suelo tembló bajo los pies de April. Ella se vio envuelta por una oleada de aire caliente que la hizo tambalearse y caer. El dolor la atenazó rodillas y manos cuando trató de pararse el golpe con aquellas partes de su cuerpo. Durante un momento, se quedó atónita, inmóvil, envuelta en un ensordecedor silencio

Entonces, los gritos rasgaron el aire caliente. Se dio la vuelta para mirar qué había ocurrido.

La gente salía corriendo y arrastrándose en todas las direcciones. Trozos de metal y madera volaban sobre sus cabezas y caían sobre la acera, la madera del muelle y el agua. Las llamas se dirigían hacia el cielo, como si persiguieran los hongos de humo negro que ya mancillaban el aire. Había varias personas en el río, tratando desesperadamente de llegar a la orilla, aunque un par de cuerpos flotaban sin moverse. El barco en el que April había estado hacía unos momentos estaba completamente destrozado.

Con gran esfuerzo, ella se puso de pie y se dirigió hacia allí. Al mismo tiempo, vio que Luke se dirigía a aquel lugar, empujando y apartando a todos los que se interponían en su camino. Cuando llegó a lo que quedaba del barco, no se detuvo, sino que se lanzó directamente al agua. Salió casi inmediatamente, esquivando con agilidad los trozos de metal y madera y las manchas de aceite y combustible que habían convertido la superficie del río en un basurero.

April lo perdió de vista cuando se vio rodeada por la gente. Entonces, vio que Roan aparecía delante del barco y empezaba a dar órdenes a todo el mundo. Poco a poco, el caos fue recobrando la calma. La gente empezó a mostrarse más tranquila y se les fue apartando poco a poco del peligro. El sheriff se despojó entonces del sombrero y de las botas y se dispuso a colaborar en el rescate de los supervivientes.

Los siguientes minutos se vieron repletos del sonido de las sirenas de los coches de bomberos y de los equipos de rescate que acudieron a la zona. Todo el mundo se puso a trabajar en una secuencia perfectamente orquestada. El silencio de los presentes mientras observaban la tragedia resultó aterrador. Entre los primeros que

sacaron del agua estaba Betsy. Se mostraba muy pálida y temblorosa, pero parecía encontrarse bien.

La especulación empezó a correr entre los presentes como la pólvora. Algunas teorías centraban el cuarto de motores como la fuente de la explosión, pero la mayoría se inclinaba por una grieta en uno de los tanques de propano que llevaba el barco. Otros incluían cigarrillos en la ecuación.

April no estaba tan segura de que aquella hubiera sido la causa. Sabía que no había nadie fumando en la cubierta y tampoco había notado el olor de los productos químicos que se añadían al propano para que tuviera olor. Estaba empezando a sentirse como si estuviera en una película de acción, en la que ocurrían accidentes a cada paso. Todo se había convertido en una pesadilla surrealista. No hacía más que pensar que ella debía de ser una de las personas que sacaban del agua y llevaban a una de las ambulancias, una de los que podrían haber muerto.

Luke no dejaba de nadar, llevando constantemente cuerpos inertes a la orilla. Se movía como un autómatas, decidido y constante. Por fin, April vio que Roan se acercaba a él y lo tomaba del brazo. Tras intercambiar unas palabras, Roan señaló hacia la orilla. Los dos hombres empezaron a nadar hacia el muelle. April notó que Luke miraba hacia donde ella se encontraba.

Cuando llegaron al embarcadero, los dos hombres permanecieron un momento inmóviles, presa del agotamiento. Entonces, Luke echó a andar por el muelle, dejando húmedas huellas a su paso.

Se dirigía hacia el lugar en el que estaba April.

Ella sintió deseos de echar a correr. Le resultó imposible. Luke la había estado buscando en el agua. Se había zambullido una y otra vez porque creía que ella estaba allí, herida, moribunda, incluso muerta. Tanto si era para salvarla como para demostrar lo que le había ocurrido, él se había esforzado mucho por encontrarla, enfrentándose a las manchas de aceite, de combustible y al fuego y al humo.

Había perdido el pañuelo que llevaba en la cabeza y tenía el cabello completamente empapado. La camisa blanca estaba muy sucia por las manchas de aceite. Se le moldeaba al cuerpo para mostrar cada uno de sus músculos y el movimiento de su pecho cuando respiraba. Los pantalones de cuero se le pegaban a las piernas como una segunda piel. Tenía los ojos enrojecidos y una mancha de sangre en una mejilla. A ambos lados del cuerpo, las manos se le habían transformado en puños.

Durante un largo instante, April creyó que iba a tomarla entre sus brazos, aunque le resultaba imposible saber si para abrazarla o castigarla. Justo antes de que él lo consiguiera, dio un paso atrás.

Luke se detuvo en seco. Un fuerte temblor se apoderó de él y entonces, con voz muy baja, dijo:

– Creía que estabas muerta.

– Cambié de opinión sobre lo de permanecer abordo –contestó ella—. Pensé... pensé que resultaría muy fácil encontrarme.

–¿Fácil?

– Que te resultaría muy fácil secuestrarme.

– Sí, pero yo no lo sabía –afirmó, con los ojos llenos de angustia—. Te imaginé ahogándote rodeada de un sudario de enaguas, completamente abrasada... Pensé en

todas las posibilidades. Te aseguro que no me divertí mucho hasta que te vi aquí, completamente seca, limpia y entera. Cuando te vi, quise...

Se interrumpió de repente. No dejaba de mirarla mientras las gotas de agua le resbalaban por el cuerpo creando un agradable sonido al golpear el suelo.

– ¿Quisiste qué?

– Hacer cosas desesperadas, no todas ellas adecuadas para realizarse en público

– No creo que eso hubiera beneficiado la situación.

– Yo tampoco, pero me habría ayudado a mí. Aún podría ayudarme...

Volvió a interrumpir sus palabras al tiempo que, con una grasienta mano, agarraba el brazo de April. Entonces, miró a su alrededor y, tras localizar el coche de ella, empezó a dirigirse hacia él tirando al mismo tiempo de April.

– ¿Qué estás haciendo? – le preguntó ella –. Esto no es...

– Te llevo a tu casa... o, más bien, me vas a llevar tú a Chemin-a-Haut. Necesito darme una ducha y cambiarme de ropa antes de poder seguir con esto.

– Yo creía...

– ¿Que, después de todo, te iba a secuestrar? Tienes razón. Eso es lo que voy a hacer

– dijo él, con voz sombría, sin dejar de mirar hacia delante.

April decidió que podía enfrentarse a él o aceptar lo que él decía. No le pareció que enojarle más en aquellos momentos fuera una buena estrategia. Decidió que tendría que aceptar su captura y considerarla una manera de calmar el mal humor de Luke y contribuir al mismo tiempo a una obra benéfica.

Él avanzaba tan rápidamente que le resultaba muy difícil seguirle el paso. Se recogió un poco las faldas con la mano que le quedaba libre para no tropezarse con ella.

– ¿Conseguisteis sacar del agua a todos los del barco? – preguntó, casi sin aliento.

– Creo que sí. Yo conté a once en total.

– ¿Estaba alguien...? ¿Ha habido algún muerto?

– Creo que no. Algunos huesos rotos, quemaduras, tal vez heridas internas... Todo el mundo parecía estar bien. Tuvieron suerte.

– Yo tuve aún más suerte – admitió ella, casi para sí misma –. Vi a Betsy. Parecía sentirse bien.

– Podría ser que el shock no le dejara sentir el dolor. Sabrán más cuando la lleven al hospital.

April lo miró y vio que el corte que tenía en la mejilla aún le estaba sangrando. Se preguntó si él se habría dado cuenta, pero prefirió guardar silencio. Ya había aprendido la lección en Nueva Orleans.

Luke la metió en el coche y luego se dirigió hacia la puerta del conductor. April había dejado la llave en el contacto, una costumbre habitual en aquella zona, donde el robo de vehículos no era precisamente algo corriente. Luke lo arrancó y dirigió el coche hacia la carretera.

– ¿No crees que deberías quedarte para ayudar a Roan?

– Lo tiene todo bajo control.

– Podríamos esperar a ver si van a cancelar el festival.

– No lo harán. Han venido demasiados turistas y, además, los de los puestos ambulantes necesitan recuperar su inversión. Si se suspende no vendrán el año que viene.

Luke había hablado todo aquello sin mirarla siquiera. Tenía una expresión extraña en el rostro, como si su pensamiento estuviera en otra parte. En aquel momento, April habría dado lo que fuera por ver su descarada sonrisa o una picara mirada.

Una cierta sospecha se apoderó de ella. ¿Y si no se la llevaba como parte de los secuestros que se realizaban durante el festival para recaudar dinero para proyectos benéficos? ¿Y si se la llevaba a algún sitio para otros propósitos? Nada podría resultarle más fácil. Aunque gritara tratando de pedir ayuda, nadie acudiría a echarle una mano. Pensarían que todo era parte del ritual del festival.

A pesar del calor que reinaba en aquel día de verano, April sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Entonces, sacudió la cabeza. Aquello no podía ser cierto. Ni hablar.

¿O sí?

Capítulo 11

¿Cómo diablos iba a poder llevarse a April a su barco?

Luke frunció el ceño mientras trataba de responder aquella pregunta tan importante mientras se daba una ducha y luego, al ponerse unos vaqueros y una camiseta. Le habría gustado echársela por encima del hombro y llevársela, pero la situación requería un poco más de delicadeza.

Sin embargo, tanto si April quería como si no, iba a acompañarlo. Aquél era el único modo que tenía de saber dónde estaba y lo que hacía.

Mientras la buscaba en el fondo del río, se había sentido morir mil veces al no encontrarla. No estaba dispuesto a volver a pasar por eso. Los años que habían transcurrido desde la muerte de Mary Ellen habían sido un tormento que le recordaba constantemente las cosas que podría haber hecho. Aquella vez, quería asegurarse de que si tenía que vivir lamentándose, sería al menos por las cosas que sí había hecho.

April estaba en el salón cuando bajó las escaleras. Su atención se centraba en el retrato que colgaba encima de la chimenea. Tenía una expresión pensativa en el rostro y parecía tan concentrada en el estudio de aquel retrato que no se dio cuenta de que él había llegado. Tal y como iba vestida, estaba más en consonancia con el ambiente en el que se encontraba de lo que Luke habría creído nunca.

— Ésta es tu abuela en el día de su boda, ¿verdad? Era muy hermosa — dijo, hablando por encima del hombro.

— Y lo sigue siendo, a su modo — afirmó él, acercándose a ella —. Tiene que ver con la estructura ósea, que es algo que no desaparece con el tiempo. A ti te pasará lo mismo cuando tengas su edad.

Ella lo miró sin realizar comentario alguno, como si sospechaba que había algún motivo para que le hiciera aquel cumplido. Y tenía razón.

Después de un instante, ella cambió de tema.

— No la he visto hoy en el embarcadero.

— No le gusta mucho el festival. Dice que tiene cosas mejores que hacer que perder el tiempo con juegos de niños o mirando cosas que tienen que ver más con el dinero que con el aire o la artesanía.

— En eso se parece a mí.

— Siempre pensé que las dos os volveríais a llevar bien, tal y como os ocurría cuando tú eras una niña.

— Puede ser — respondió April —. ¿Estás listo ya?

— Todavía no.

April lo miró, como si quisiera comprobar que estaba decentemente vestido. Una vez más, la ira se le reflejó en el rostro

— La gente va a empezar a preguntarse qué es lo que te ha pasado — dijo, con un hilo de voz.

April tenía razón o mejor dicho, la tendría, si él no hubiera realizado un par de llamadas mientras estaba arriba.

— Primero, me gustaría hacerte una proposición que me gustaría que te pensaras.

-¿Si?

–Podríamos pasar el resto del día por ahí solos. Podríamos ir con mi barco al lago y tomar allí un picnic. Así, tú tendrías la oportunidad de relajarte un poco y olvidar lo que ha estado a punto de pasarte. Tal vez, si te apetece, podríamos quedarnos por ahí un par de días.

–No quiero –replicó ella—. Además, no creo que el hecho de que nosotros nos saltamos el principal día del festival vaya a hacer mucho por la obra benéfica a la que Turn-Coupe va a favorecer este año.

–Hay ciertas cosas que son más importantes. Tu seguridad es una de ellas.

–¿Mi seguridad? ¿Y cómo va a colaborar a eso un día en el lago?

–Así estarías a salvo hasta que Roan haya tenido la oportunidad de investigar la explosión –respondió él, con un tono muy razonable.

–Sin embargo, no me ayudará a mí a descubrir lo que está pasando. Me prometí que lo averiguaría por mi propia tranquilidad. Ahora, es más importante que nunca.

–Lo que querrás decir es que ahora es más peligroso que nunca –replicó Luke, completamente aterrorizado.

–Eso no se puede saber. Seguramente la explosión fue un accidente y, aunque no lo fuera, eso no significa que tuviera nada que ver conmigo.

–Hazte creer eso si así te sientes mejor. Yo no me lo creo.

–¿Acaso quieres que me crea que alguien fue capaz de hacer saltar un barco por los aires con el único propósito de acabar conmigo? ¿Cómo iba a saber siquiera ese hombre que yo estaría allí?

–Betsy jamás ha sido capaz de guardar un secreto. La mitad de la ciudad estaba esperando ver cómo yo subía a ese barco y te sacaba sobre el hombro.

–Sin embargo, eso me hace responsable por lo que ocurrió y yo...

–De eso nada, pero si vas por ahí tratando de encontrar al responsable y alguien se ve atrapado en el fuego cruzado, sí que será culpa tuya.

–Entonces, me sorprende que tú quieras estar a mi lado dado que yo resulto tan peligrosa.

–Yo sé cuidarme de mí mismo.

–Estoy segura de que me resultará muy satisfactorio poder llorar sobre tu tumba.

–¿Lo harías? ¿Llorarías sobre mi tumba?

–¡Te pido que no gastes bromas sobre algo así! –exclamó ella, temblando visiblemente mientras se daba la vuelta.

Sin duda, era culpa de Luke que April se tomara todo lo que él decía a broma, pero no por ello dejaba de agradaarle su reacción.

–Si tanto te preocupa, siempre puedes cooperar conmigo por mi bien.

De repente, ella volvió a darse la vuelta y le esperó:

–¿Por qué estás tan decidido a convencerme? ¿Qué tiene esto que ver contigo?

Era una buena pregunta. Luke deseó tener una respuesta. Si fuera un hombre con más sentido común, dejaría de hablar y se la llevaría, tanto si ella quería como si no. ¿Dudaba acaso porque temía lo que April pudiera pensar de él? De hecho, ya no podía tener peor opinión. Podría ser, aunque también existía la posibilidad de que no quisiera tocarla por miedo a no poder soltarla ya nunca más. O porque el precio de soltarla fuera más de lo que se podía permitir pagar. Por otro lado, dejar que le ocurriera algo a April podría costarle todo lo que tenía. Todo lo que él era.

Malo si hacía algo y malo si no lo hacía. En ese caso, lo mejor sería que él hiciera lo que quisiera. El problema sería entonces hacerlo hasta cierto punto. No quería complacerse demasiado.

Sin molestarse en responder la pregunta de April, Luke salió del salón y se dirigió hacia la cocina. Allí, abrió el frigorífico y empezó a sacar carne, queso, lechuga, fruta y varias clases de zumos. Cuando April entró en la cocina y comenzó a observarlo, él no le prestó atención alguna. Entonces, se dirigió a la panera y sacó una barra de pan.

—Ya te lo he dicho —afirmó ella, con énfasis—. No me interesa ir de picnic.

—Lo sé —respondió él, sacando la cesta de picnic de la alacena. Entonces, empezó a meter las cosas en su interior.

—De hecho, voy a marcharme. Si quieres que te lleve a donde hayas dejado tu Jeep, es mejor que te des prisa.

—No lo creo —respondió él.

—Muy bien. Hasta luego.

—¿No te olvidas de algo? —le preguntó Luke, justo cuando ella acababa de darse la vuelta.

—Lo dudo —contestó ella, sin volverse a mirarlo.

—Tengo las llaves de tu coche.

April se detuvo en seco y se dio la vuelta muy lentamente.

—Te agradeceré mucho que me las des.

—No puedo hacerlo —dijo él, mientras metía un montón de latas de conserva en la cesta, añadía unas servilletas de papel y luego añadía más artículos del frigorífico.

—Lo digo en serio, Luke.

La cesta estaba llena. Él la tapó con un paño antes de volverse a mirar a April. Se cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió.

—¿Quieres pelearte conmigo para que te las dé?

—No estoy de humor para juegos.

—Tal vez deberías estarlo. Te tomas todo demasiado en serio.

—El hecho de haber estado a punto de saltar por los aires me parece algo muy serio.

—Pero no ocurrió. Estás viva y en buen estado. Tienes la oportunidad de relájate un poco o de volver a la ciudad, donde todo el mundo estará hablando de la explosión y sobre lo que tú tienes que ver al respecto. Por supuesto, si te gusta estar en medio del ojo público y no parar de responder estupideces, supongo que eso es lo mejor que podrías hacer.

April apartó la mirada un instante. Entonces, cuando volvió a mirarlo, lo hizo con un duro gesto en el rostro.

—Eres el hombre más... Muy bien. Nos iremos de picnic, pero te advierto que no pienso quedarme mucho tiempo. Tengo que trabajar esta noche.

Luke asintió, aunque eso no significaba que hubiera aceptado. Entonces, señaló el frigorífico con la cabeza.

—¿Podrías sacar el hielo y esa botella de Chardonnay que hay en la bandeja superior? Yo ya tengo las manos llenas.

El barco de Luke no era tan impresionante como el que acababa de saltar por los aires, pero no estaba mal. Tenía casi diez metros de eslora y una cabina de fibra de vidrio para protegerse. Aunque no estaba diseñado para pasar mucho tiempo allí, proporcionaba una comodidad suficiente para unas cuantas horas para varias

personas o podía acomodar a un par de personas durante varias noches, dependiendo de las provisiones. Los bancos que había en la cubierta se podían transformar en dos camas sencillas o en una doble. Además, había una mesa portátil que podía colocarse entre los bancos para poder comer al aire libre.

Dentro de la cabina, había todas las comodidades de una casa. Agua caliente y fría, cocina de tres fuegos, fregadero, un frigorífico a gas y un pequeño comedor. En la parte trasera, había una ducha y un retrete. A ambos lados de la cabina, había puertas correderas que permitían el acceso a la parte trasera y a la delantera.

En la popa llevaban atado un bote, que añadía maniobrabilidad al barco. Así, los ocupantes podían acceder a las zonas más recónditas del lago. Para una estancia corta de tiempo, el barco no podía ser mejor.

Aunque April se sintió muy impresionada, consiguió ocultarlo. Luke se sorprendió de que no se mostrara nerviosa al subir a bordo, después de lo que había ocurrido hacía pocas horas. Ella se sentó y observó pacientemente cómo él arrancaba el motor del barco para que pudieran dirigirse a las aguas abiertas.

Mientras se alejaban de la orilla, Luke vio que April miraba atentamente Chemin-a-Haut y se preguntó en qué estaría pensando, si en el hecho de que podría haber sido su dueña o simplemente comparándola con Mulberry Point. A pesar de su curiosidad, decidió no preguntárselo.

Bajo los bancos, había un par de trajes de baño y unas camisetas. Luke pensó en sugerirle que se cambiara, pero no se atrevió. Había algo en el modo en el que el vestido que llevaba puesto se le ceñía a las curvas y a los senos que prendía sus sentidos. Lo mismo le ocurría con el modo en el que el bajo de la falda se le levantaba con el viento y dejaba al descubierto los tobillos y las enaguas que ella llevaba debajo. April se había convertido en una invitación abierta para la exploración, aunque su actitud lo impidiera frontalmente. A Luke le daba tanto gusto mirarla que no pensó ni por un momento en privarse de aquel placer.

De repente, ella giró la cabeza para seguir el vuelo de un pájaro y se dio cuenta de que Luke la estaba mirando. Él se rebulló en el asiento, pero no apartó la mirada. April tampoco. Levantó la mano para apartarse un mechón de cabello que se le había quedado enganchado en la boca y, tras conseguirlo exclamó:

– ¡Tal vez esto no haya sido tan mala idea después de todo!

El sentimiento de culpabilidad se apoderó de Luke. Durante un segundo, pensó en darle la vuelta al barco y volver a llevar a April a tierra. Eso o decirle la verdad.

No hizo ninguna de las dos cosas. Muy al contrario, aceleró el motor para que el barco se acercara con más rapidez al canal que los llevaría a las aguas más ocultas del pantano, donde nadie podría encontrarlos..., a menos que Luke quisiera.

Estaba haciendo lo que debía. Lo sabía. A April no iba a gustarle, pero ya se enfrentaría a ello cuando llegara el momento. Mientras tanto, le quedaban por lo menos un par de horas de paz. Disfrutaría de ellas todo lo que pudiera.

Unos minutos más tarde, dejó el canal, dio unos cuantos giros y se dirigió a una ciénaga que todos conocían con el nombre de Sand Dump. Había elegido aquel lugar, principalmente porque estaba lejos de la ruta que solían tomar los barcos, pero principalmente por la sombra que proporcionaban los altos cipreses que rodeaban la zona.

Luke eligió uno de los más pequeños para atar el barco. Apagó el motor y dejó que la inercia lo llevara hasta la orilla. Allí, amarró el barco con maestría. De pronto, todo quedó en silencio. Demasiado, para el gusto de Luke. Se dirigió al puesto de mando y metió una cinta de música en el cásete. Cuando vio que April se levantaba, y se disponía a sacar la cesta de picnic que había metido en el compartimiento, trató de impedirsele.

— ¡Dios santo! — exclamó, al levantar la cesta—. Aquí tienes comida suficiente para un ejército.

— No hay nada mejor que tener donde elegir — comentó, improvisando—. Además, puedo dejar lo que nos sobre para las emergencias.

— ¿Para cuando te pierdas? — preguntó ella, con tono seco.

— Bueno, nunca se sabe cuándo el motor puede fallar.

— ¿O cuando uno se queda sin gasolina?

Luke recordó que ya le había puesto aquella excusa hacía muchos años. El lento paseo de vuelta a Chemin-a-Haut, bajo una luna de verano y salpicado por frecuentes besos, había sido muy especial. Era uno de los recuerdos favoritos de Luke, a pesar de que los mosquitos habían estado a punto de devorárselos vivos a los dos.

— También — dijo, con una sonrisa.

April dejó el tema porque no quería recordar los tiempos pasados. Además, aún no había bajado la guardia.

El almuerzo no fue muy elegante, aunque sí nutritivo. Pareció una tregua que se declaraba entre ambos. Aunque seguían sin mostrarse cómodos, al menos habían empezado a charlar. El tema principal fue la explosión. Luke trató de averiguar si ella había visto u oído algo que le resultara extraño. Llegó a la conclusión de que no había habido nada.

Después de que se terminaran los bocadillos, Luke tomó un mango para pelarlo para los dos. Mientras lo hacía, se fijó en la piel casi transparente que ella tenía debajo de los ojos.

— No duermes mucho, ¿verdad?

— ¿Qué te hace decir eso?

— Tienes ojeras

— Cuando mejor trabajo es por la noche. ¡Es cierto! — añadió, al ver que él la observaba con incredulidad.

— Y supongo que todo lo que te ha estado pasando no te ha quitado el sueño para nada — comentó él, mientras le ofrecía una rodaja de mango con la punta del cuchillo.

April sólo respondió encogiéndose de hombros, pero al menos no rechazó la fruta.

— Tal vez deberías echarte una siesta.

— No tenemos tiempo — replicó ella.

— Nos lo tomaremos, si es eso lo que necesitas — afirmó él.

April pareció considerarlo durante unos minutos y, entonces, negó con la cabeza.

— No lo creo.

Luke decidió no insistir, pero no se olvidó de ello.

Las moscas, atraídas por el néctar del mango y del resto de la comida, empezaron a zumbar por encima de la mesa. April y Luke recogieron todo rápidamente y se

lavaron las manos. Después, Luke se sentó en el banco que había frente al de April con las largas piernas cruzadas en los tobillos. De repente, sintió un molesto picor entre los omóplatos. Trató de aliviarse frotándose contra el banco, pero no le sirvió de mucho.

—Supongo que no puedo hacer nada para convencerte de que me rasques la espalda, ¿verdad?

—Debes de estar bromeando.

—Es que las cicatrices de las quemaduras me están volviendo loco.

April abrió los ojos un poco y, entonces, sacudió la cabeza.

—Puede que aún no te hayan cicatrizado. Yo podría hacerte daño.

—Me arriesgaré...

Luke se levantó y se quitó la camiseta. Entonces, se acercó al banco donde ella estaba sentada y se tumbó boca abajo para colocar tranquilamente la cabeza sobre el regazo de April

Ella olía a algodón, a rosas y a limpio, un afrodisíaco tan potente que Luke tuvo que cerrar los ojos para absorberlo. Al mismo tiempo, colocó un largo brazo sobre las rodillas de ella. El fuerte calor que experimentó en la parte baja del cuerpo no le resultó completamente inesperado. Sin muchas ganas de reír, pensó que menos mal que estaba tumbado boca abajo.

Por su parte, April permaneció completamente inmóvil, como si estuviera demasiado sorprendida como para poder reaccionar. Entonces, poco a poco, se fue relajando y, con mucho cuidado, le colocó una mano en la espalda y la deslizó lentamente por la espina dorsal. Entonces, comenzó a rascarle muy suavemente en la zona en la que tenía las costras.

Luke se sintió en el paraíso. Las sensaciones que estaba experimentando eran tan exquisitas que le faltó poco para lanzar un gruñido de puro placer. Se quedó muy sorprendido de que April supiera instintivamente dónde tenía que rascarle. El alivio que sintió fue tal que se le puso la piel de gallina. Al menos, quiso convencerse de que ésa era la causa.

El barco se mecía suavemente sobre las aguas. La música llenaba el ambiente. El sol brillaba con fuerza, reflejándose en el agua con tal potencia que casi se adivinaba la luz a través de los párpados cerrados. Durante algún tiempo, la suave caricia que estaba experimentando en la espalda se produjo incesantemente. Entonces, fue deteniéndose poco a poco y, al final, desapareció por completo.

Luke levantó la cabeza. April estaba sentada con el brazo apoyado contra el respaldo del banco y la cabeza sujeta contra la palma. Tenía los ojos cerrados y sus senos, que tan cerca estaban del rostro de Luke, subían y bajaban de un modo inconfundible.

De mala gana, Luke se obligó a levantarse lo suficiente para poder incorporarse y ponerse de pie. April abrió los ojos, pero no protestó cuando él la tumbó sobre el banco. Sin ser consciente de ello, se levantó las largas faldas hasta la mitad del muslo para estar más fresca. Entonces, volvió a quedarse completamente inmóvil.

Luke le quitó las sandalias que llevaba puestas y las dejó en el suelo. Entonces se apartó, temeroso de no poder resistir el impulso de tocar la piel que había dejado al descubierto, de levantarle un poco más la falda y besarle los arañazos que tenía en las rodillas y que, sin duda, eran un recuerdo de lo ocurrido aquella mañana. De

repente, fue consciente de lo peligrosa que aquella idea que había tenido podría ser para su propia salud mental.

Ya no podía hacer nada. Lo hecho, hecho estaba. Además, aunque pudiera, no daría marcha atrás. Se dirigió al otro banco y se sentó. Entonces, se tumbó y cerró los ojos. Estaba soñando. En medio de las grises brumas de la imaginación, vio que April estaba encima de él. El cabello de ella le caía por el rostro, acariciándole las mejillas. Ella sonreía y los ojos le brillaban con promesa y excitación. Le acariciaba los hombros desnudos con las manos, acercándolo a ella más y más...

— ¡Despiértate, Luke, maldita sea! Tenemos que regresar. Ya casi ha oscurecido...

April estaba zarandeándolo, gritándole muy cerca del rostro. Luke parpadeó y vio que ella tenía razón. El sol prácticamente se había puesto y teñía de tonos rojizos las aguas. No recordaba cuándo había sido la última vez que había dormido tan profundamente durante el día o incluso en cualquier otro momento. Estaba seguro de que, gracias a la cercanía de ella, se había sentido en paz por primera vez en muchos años.

— Sí, bueno — dijo —. Ya nos vamos.

En un tiempo récord, Luke sacó el barco de la ciénaga, pero no se dirigió hacia el canal principal. A toda velocidad, condujo el barco hacia la parte más alejada del pantano. Con los ojos semicerrados, vigilaba constantemente la presencia de troncos y manejaba el barco con precisión para evitar los obstáculos de un camino que no muchos reconocerían y que menos aún sabrían reproducir.

No se dio cuenta de que April había estado allí antes. De repente, había fruncido el ceño mientras miraba a su alrededor. Entonces, se volvió hacia él y gritó por encima del rugido del motor.

— ¡Te equivocas de camino! — exclamó. Luke no respondió ni aminoró la velocidad —
. ¡Luke!

A él no le quedó más remedio que mirarla a los ojos.

— ¡No vamos a Chemin-a-Haut! — le respondió.

— Tenemos que hacerlo — dijo ella —. Tengo que irme a mi casa.

Luke no respondió. Se limitó a mirar al frente y a lanzar el barco hacia el corazón más oscuro del pantano.

Capítulo 12

April miró fijamente a Luke mientras un fuerte sentimiento de alarma se apoderaba de ella. Si no la llevaba a casa, ¿adonde iban? Por aquella zona, no había nada más que una zona pantanosa que llegaba hasta el dique natural del río Misisipi. Luke debía de haberse vuelto loco.

Decidió que no iba a seguir gritándole, en especial si él no se iba a dignar a responderle. Se recogió las faldas, se levantó y se acercó a Luke, que estaba en el puesto de mando.

—¿Adonde vas? ¿Qué es lo que estás haciendo? —le preguntó.

—Ya lo verás —dijo él.

—Te advierto que, si se trata de una broma, no me hace nada de gracia. Da la vuelta. Ahora mismo.

Luke no respondió. El barco trazó una línea semicircular para evitar algo que flotaba sobre el agua, lo que provocó que April se cayera sobre él.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó, empujándolo para poder ponerse recta—. ¿Qué mosca te ha picado?

—Voy a encargarme de que estés a salvo. Si tú no quieres cuidarte sola, tendré que hacerlo yo por ti.

—No tienes por qué cuidarme —le espetó ella, cada vez más enojada.

—Supongo que puedes hacerlo tú sola. Tal y como lo hiciste esta mañana —repuso él, con cierta mofa.

—No me ocurrió nada.

—Por la gracia de Dios y por tu buena suerte.

—Sea como sea, vas a matarnos a los dos yendo a esta velocidad.

Luke la miró y aceleró un poco más. No dijo nada.

—Llévame a casa, Luke —le ordenó—. ¡Te digo que me lleves a casa ahora mismo!

—insistió. No hubo respuesta—. Lo digo en serio. Llévame a casa o...

—¿O qué? —la interrumpió él, con voz dura—. ¿Me arrepentiré? Ya me he arrepentido, pero eso no cambia nada. No vamos a ir a casa, así que es mejor que te sientes y disfrutes del paseo.

Luke la estaba secuestrando. No era una farsa. No tenía nada que ver con el festival. Se estaban dirigiendo al centro mismo del pantano. Llegaría un momento en el que él se detendría y entonces, ¿qué?

April prefería no imaginárselo. Se apartó de él y volvió a sentarse. Sin embargo, le resultaba imposible apartar la mirada de Luke. No hacía más que comparar la fuerza que ambos tenían y preguntarse qué le haría falta para poder detenerlo.

Estaba segura de que no podía conseguirlo. La conclusión no le hizo sentirse más cómoda. Se rodeó la cintura con los brazos y se giró para contemplar la cálida noche de verano. No volvió a mirar a Luke.

El crepúsculo había empezado a extenderse por las aguas cuando, por fin, se dirigieron a un estrecho canal que quedaba medio oculto por los troncos de los cipreses y las plantas acuáticas. Tomaron una curva y se encontraron frente a una tranquila laguna rodeada de cipreses por todas partes y con tal cantidad de plantas acuáticas que parecía que el agua era sólida. Luke detuvo el motor y dejó que el

barco avanzara por su propia inercia. A medida que fueron deteniéndose, las plantas volvieron a cerrarles el paso como si se tratara de un ser vivo.

Luke apagó la radio, tal vez para no gastar la batería. Entonces, retiró la llave del contacto y se la metió en el bolsillo. A continuación, echó las anclas sin articular ni una sola palabra.

April miró a su alrededor, observando su escondite con los últimos vestigios de luz solar. El lugar resultaba muy poco acogedor. Además, estaba completamente desierto, a excepción de ellos dos.

Luke regresó a la parte delantera del barco y sacó una cocina de dos quemadores, que colocó en el lugar destinado para su uso. Tras conectarla al gas, sacó una sartén y echó en ella un poco de mantequilla. Mientras ésta se calentaba, peló y cortó una cebolla y luego rompió varios huevos en un bol. Tras batirlos enérgicamente, echó un poco de leche y de aderezo. Entonces, miró a April, pero ella se negó a devolverle el contacto visual.

Eso pareció molestarlo. Mientras echaba los huevos batidos en la sartén, dijo:

–Si hubiera sabido que ibas a estar de tan mal humor, me habría traído compañía.

–Me sorprende que no lo hayas hecho –replicó ella, con arrogancia–. Es tu costumbre.

–Tú no sabes nada de mis costumbres.

– ¡Y menos que quiero saber!

–¿Acaso temes que te gusten demasiado? – exclamó él, riendo–. Siempre podrías decir que estás investigando para tus libros.

–No, gracias. No he sido yo la que te ha secuestrado a ti.

–Bueno, si crees que te he traído aquí para hacerte el amor, olvídalo. Eso podría haberlo hecho más cómodamente en mi casa.

–Ahora me siento mucho mejor –repuso April, llena de ironía.

–Eso me pareció.

–¡Me importa un comino lo que te pareciera! Quiero irme a mi casa. Tengo que trabajar. Necesito un baño y ropa más cómoda. ¡Tengo que darle de comer a mi gato!

–Tu maldito gato sobrevivirá. Y tú también. Luke centró toda su atención en la tortilla. Entonces, añadió la cebolla y un puñado de queso.

–Gracias por tanta consideración –le espetó ella con acidez–, pero si crees que eso resuelve el problema, eres más Neardental de lo que había sospechado.

–Si te crees que el hecho de decirme la opinión que tienes de mí va a cambiar la situación, eres más arrogante de lo que ya había pensado.

–Lo que creo es que vas a tener que dar muchas explicaciones cuando nos marchemos de aquí. Por ejemplo, dudo sinceramente que Roan diera su aprobación a lo que has hecho.

–Ahora sí que me has puesto los nervios de punta.

–Si yo te acuso de secuestro –añadió ella–, sí que te vas a poner de los nervios cuando tengas que gastarte todo tu dinero en contratar a un buen abogado.

–¿Vas a jurar ante Dios y delante de todo el mundo que yo te obligué a venirte conmigo?

–Me engañaste.

—Estoy seguro de que los detalles íntimos resultarán fascinantes —prosiguió él, como si April no hubiera hablado—. Si no es así, tú te puedes inventar otros más sexys. Si tú no puedes, tal vez pueda hacerlo yo.

—No serías capaz.

—Ponme a prueba —afirmó él, después de darle la vuelta a la tortilla.

April llegó a la conclusión de que enfadarse no le iba servir de nada. De hecho, aquella discusión sólo parecía estar poniéndolo de peor humor. Lo que necesitaba era una razón por la que el hecho de regresar lo beneficiara también a él.

Decidió que la persuasión iba a ser su mejor aliada. Sin embargo, al repasar las opciones que tenía, se dio cuenta de que todas las alternativas contaban con serios obstáculos.

Tal vez podría conseguir la llave del barco, pero le costaría bastante. Aún teniéndola en su poder, no podría utilizarla mientras Luke permaneciera a bordo para impedirselo.

Podía intentar escaparse nadando hasta la orilla, pero la laguna que la rodeaba estaba plagada de plantas acuáticas y de barro muy blando que impedía que se pudiera avanzar a pie. Además, los caimanes y demás animales, como los mosquitos, harían que su huida fuera un infierno. Por si todo esto fuera poco, corría el riesgo de perderse. No obstante, tal vez tendría que terminar afrontándolo.

—¿Te apetece comer? —le preguntó Luke mientras dividía la tortilla en dos mitades iguales.

—No tengo hambre —respondió, aunque la tortilla parecía muy atractiva.

—Como quieras.

Se echó el trozo que sobraba en su plato y se dirigió a la nevera. Sacó una botella de vino y se sirvió un poco en un vaso de plástico. Con el vino y un trozo de pan en la mano, se sentó para cenar.

April se dio cuenta de que, si no comía en aquel momento, tendría que alimentarse de algo frío más tarde. Además, un vaso de vino le vendría muy bien después del día que había tenido.

—Oh, está bien.

Se puso de pie y se dirigió a la mesa. Allí, tomó su plato y encontró un tenedor para pinchar su trozo de tortilla del plato de Luke.

Sin embargo, con un rápido movimiento, él dejó caer el pan que tenía en la mano izquierda y le atrapó la muñeca.

—Ni hablar. No tenías hambre. Ahora me pertenece a mí.

—No te pases, Benedict —dijo ella, con voz serena—. Por el momento has ganado, pero ya habrá otras ocasiones.

De repente, un brillo de la alegría se reflejó en los ojos de Luke. Una sonrisa se le dibujó en los labios.

—Un desafío —dijo, suavemente—. O, mejor dicho, otro más. Eso me gusta más.

—Tal vez no te parezca así antes de que esto haya terminado.

—Bueno, ya lo veremos, ¿no te parece? Mientras tanto, supongo que es justo consentirte que guardes las fuerzas —comentó. Entonces, le soltó la mano y permitió que ella tomara su trozo de tortilla—. ¿Quieres vino o tienes miedo de perder la cabeza?

—Te aseguro que el vino no me afectará a la cabeza.

- ¿No? – preguntó él, mientras tomaba la botella para servirle un vaso.
- No.
- ¿Quieres que hagamos la prueba?
- ¿Con una botella de vino? – replicó ella, con ironía.
- ¿Y quién dijo que hay sólo una? Las otras no están frías.
- Si tu práctica habitual es emborrachar a tus mujeres, no me extraña que tengas tan mala reputación.
- En realidad, prefiero que mis mujeres estén bastante sobrias. A mi reputación no le viene nada bien que no se puedan acordar de los detalles.
- Puedes estar seguro de que yo no contribuiré a mantener tu preciosa reputación, dado que mi límite es un vaso. Sé muy bien que el metabolismo de las mujeres absorbe el alcohol más rápidamente que el de los hombres.
- Te ofrezco la excusa perfecta y tú no la aceptas – se quejó él, mientras le entregaba el vaso –. Decídetes, cielo. ¿Quieres o no?
- ¿Cómo puedes pensar que aún no me he decidido, por el amor de Dios?
- Para empezar, por esas preguntas que hiciste el otro día en la ciudad.
- Simplemente sentía curiosidad, aunque tendría que haberme imaginado que tú lo convertirías en algo que no era.
- ¿Es eso lo que estoy haciendo? – preguntó él, tras tomarse un trozo de pan.
- Lo sabes muy bien... Bueno, hace unos minutos me dijiste que la razón por la que me has traído aquí no tiene nada que ver con el sexo.
- ¿Y si te dijera que te he mentado? ¿Te mostrarías más resignada?
- April sintió que se le aceleraban los latidos del corazón. No sabía cómo responder a aquella pregunta. Decidió contraatacar con otra pregunta.
- ¿No habría sido más sencillo decir que simplemente has cambiado de opinión?
- Probablemente, pero ¿qué tiene eso de divertido?
- No todo tiene que ser divertido – replicó ella, muy irritada.
- No, pero lo de hacer el amor sale mucho mejor de ese modo – afirmó él, mirándola directamente a los ojos.
- ¡Y eso lo sabes tú muy bien! – le espetó, sabiendo que había caído en la trampa.
- Y tú también deberías saberlo. ¿O acaso no han sido así tus experiencias?
- Si no te importa, vamos a dejar mi experiencia al margen.
- Créeme que me gustaría, pero creo que está ahí, tanto si queremos como si no. Bueno o malo, todo el mundo se acuesta con su pasado.
- Muy profundo, Benedict, pero tú y yo no nos vamos a acostar.
- Una pena – dijo él. Entonces, hizo un gesto a modo de brindis con el vaso de vino. En vez de responder, April partió un trozo de tortilla y se lo metió en la boca. Estaba muy buena, pero no había esperado otra cosa, dado que a Luke se le daban bien la mayoría de las cosas. Casi sin darse cuenta, se preguntó si se le daría mejor hacer el amor, si conseguiría hacer que fuera más divertido. Como si importara.
- Lo más extraño de todo era que no sabía si sentirse aliviada o desilusionada de que él hubiera aceptado su decisión. De lo que sí estaba segura era de que se encontraba muy confusa. Si aceptaba como verdad que lo único que él quería era mantenerla a salvo, tendría que dar por sentado que él tenía motivos secretos para mostrarse así. ¿Qué esperaba ganar a cambio, si no estaba pensando en un par de noches de apasionada recompensa?

Por supuesto, no esperaba dinero. A pesar de que no sería capaz de hacer algo tan sucio, jamás había mostrado más interés por el dinero que en lo que necesitaba para alcanzar la comodidad. Entonces, ¿por qué quería protegerla?

Decidió que podía dejar de lado motivos más sentimentales. Luke se había sentido atraído por ella hacía años, pero nada más. Si hubiera habido más, jamás habría invitado a Mary Ellen a su coche aquella noche. Podría ser que sintiera algo de nostalgia por los viejos tiempos, dado que antes de ser pareja habían sido amigos. Eso y un cierto instinto de metomentodo que seguramente lo había llevado a su puerta al escuchar que ella recibía una llamada rara en un programa de radio en directo. Si había algo más, April lo desconocía.

No tenía ni idea de lo que él quería, pero, fuera lo que fuera, no iba a conseguirlo. No consentiría que él la obligara a nada además de tener que soportar que la protegiera contra su voluntad. Era una mujer hecha y derecha, de una inteligencia razonable y que era capaz de decidir el nivel de peligro que era capaz de soportar. No necesitaba que Luke Benedict se entrometiera.

Se le pasó por la cabeza que, posiblemente, se estaba mostrando muy cínica e injusta. Si era así, seguramente se debía a que Luke la había obligado a ser así. Dado que él no se dignaba a explicarle sus actos, April tenía que interpretarlos a su modo. Si ella se equivocaba al hacerlo, Luke era el único responsable.

Terminaron la cena en silencio. Cuando Luke empezó a recoger los platos para llevarlos a la cabina, April se levantó para ayudarlo. Sin embargo, el pequeño espacio de la cocina no había sido diseñado para dos personas a la vez. Cuando ella se disponía a poner su vaso en el fregadero, él se le colocó detrás para meter la mantequilla en el frigorífico. La parte delantera de los vaqueros de él le rozó las caderas. April se apartó enseguida y él murmuró una disculpa. Un instante después, ella tomó el pan y se dispuso a guardarlo. Al mismo tiempo, él se agachó para recoger el paño y la frente de April le golpeó en el hombro.

—Deja que yo me ocupe de esto, ¿de acuerdo? —le dijo—. Si quieres cambiarte, hay un par de camisetas y de pantalones cortos debajo del banco. No puedo garantizarte que te vayan a sentar bien, pero al menos están limpios.

Le pareció una sugerencia muy sensata, especialmente dado que ella se sentía algo mareada. Esto se debía por supuesto al golpe recibido entre los ojos y no a la proximidad de un cuerpo masculino tan atractivo.

La camiseta que encontró era de Luke, al igual que los pantalones. Los dos tenían el típico olor de la ropa que lleva guardada mucho tiempo, pero estaban limpios. La camiseta le llegaba por debajo de las caderas y tuvo que anudarse con fuerza el cordón de los pantalones, pero con aquel atuendo podría dormir más cómodamente que con el vestido.

Tenía el cabello muy enredado por el viento. Mientras se lo peinaba con los dedos, se asomó por la pequeña ventana del cuarto de baño donde se había cambiado. Vio que el pequeño bote estaba atado a la parte trasera del barco y, sobre el suelo, tenía el remo.

Hacía mucho que no remaba, pero podía intentarlo. Si conseguía deslizarse a la parte trasera del barco sin que Luke la viera, podría marcharse y es-lar muy lejos antes de que él se diera cuenta de su desaparición. Sin embargo, el mejor momento para intentarlo sería por la noche, cuando él estuviera dormido.

Cuando salió del cuarto de baño con el vestido y las enaguas bajo el brazo, Luke había terminado de recoger la cocina y estaba doblando la pequeña mesa para convertir los bancos en una cama.

—Tú puedes dormir aquí —le dijo, sin hacer comentario alguno sobre su atuendo—. Yo dormiré fuera, con los mosquitos.

—Es muy noble de tu parte —respondió ella. También muy conveniente. ¿Quizá demasiado?

—Así soy yo. Noble hasta la médula. Si no quieres, no tienes por qué acostarte ahora. Hay una colección de libros y revistas que Regina se dejó aquí. También tengo una baraja de cartas.

—¿Y no hay televisión? —bromeó ella, aunque casi nunca la veía en su casa.

—Por muy difícil que te resulte, te las tendrás que arreglar sin una.

—Pues menuda hospitalidad —comentó ella—. Bueno, creo que leeré un rato —añadió, ya hablando en serio.

—Bien.

Luke le tiró un par de almohadas sobre el edredón que había colocado encima de los bancos. Entonces, se agachó para sacar una revista de agricultura, se sentó en la cama y empezó a leer.

Como la luz del pequeño comedor era la única que había abordo, April no podía oponerse. Examinó los libros y se dio cuenta de que había tres o cuatro suyos. Entonces, seleccionó una novela de misterio que no había leído y se sentó también en la cama, aunque en el lado opuesto.

Hacía mucho calor. El silencio reinaba en la pequeña cabina y se rompía tan sólo cuando uno u otro pasaban una página. Sin embargo, no era un silencio de verdad. En el exterior, había un verdadero concierto de insectos, ranas e incluso lagartos.

Cuando se escuchó un ruido algo más agudo, April levantó la cabeza. Sin alzar la cabeza de su revista, Luke identificó el sonido con una única y lacónica palabra.

—Grulla.

El hecho de que hubiera notado el interés de April era una indicación de lo cuidadosamente que estaba vigilando los movimientos de ella. Darse cuenta de aquel detalle no la ayudó en nada.

Un rato después, ella lo miró y descubrió que Luke le estaba mirando las rodillas.

—¿Qué? —le preguntó, frunciendo el ceño.

—Deberías ponerte algo en esos arañazos. Si quieres, puedo hacerlo yo.

—Oh, mientras me cambiaba encontré la crema antiséptica en el baño, pero ese corte que tienes en el rostro...

—Me lo curé cuando me duché antes.

April asintió y los dos siguieron leyendo.

Tal vez la siesta que Luke se había echado le impedía tener sueño o tal vez era que estaba acostumbrado a acostarse tarde. Fuera lo que fuera, muy pronto resultó evidente que April no podría aguantar despierta. Los ojos le escocían y la almohada sobre la que se había apoyado resultaba demasiado cómoda. Finalmente se rindió y cerró el libro. Ahogando un bostezo, dijo:

—Creo que me voy a dormir.

—Por supuesto.

Él se levantó de la cama con un rápido movimiento, abrió la puerta y salió a la cubierta. Antes de volver a cerrar la puerta, le deseó buenas noches.

April respondió y se sintió muy aliviada. Luke estaba fuera y ella dentro. Sólo la puerta trasera la separaba del bote. Muy pronto, Luke estaría dormido y ella... Todo parecía demasiado fácil.

En el exterior, Luke desenrolló un saco de dormir y lo extendió sobre la cubierta. April lo observó a través de la puerta y se dio cuenta de que tendría que tener mucho cuidado cuando llegara el momento de huir. Sus pensamientos se vieron bruscamente interrumpidos cuando vio que él se llevaba las manos a la cintura de los vaqueros. El sonido de la cremallera le puso muy nerviosa, tanto que, con un sencillo acto reflejo, extendió la mano y apagó la luz.

Desgraciadamente, la silueta de Luke resultaba aún visible debido a la luz de las estrellas. Sabía que debería apartar la mirada, pero no podía. Le resultaba imposible dejar de observar cómo él se bajaba los pantalones y luego se quitaba la camiseta.

Mientras doblaba la ropa, la luz plateada de la noche le marcó la silueta de los músculos del vientre y espalda y destacó aún más el contraste entre su cobriza piel y el blanco de los calzoncillos... April experimentó un extraño sentimiento, como de apreciación artística, por todo el cuerpo. Realmente, Luke era un hombre magnífico. Si su carácter igualara a su aspecto físico, sería tan fácil...

Prefería no pensar en eso. No podía hacerlo por su propia estabilidad mental. Además, no ganaba nada con hacerlo, dado que él jamás tendría esa clase de integridad y era muy poco probable que cambiara a esas alturas. April se tumbó y cerró los ojos hasta que la parte delantera del barco quedó completamente en silencio.

Con insoportable lentitud, pasó una hora y media, tal vez más. Para mantenerse despierta, April repasó la última escena de su libro, considerando todos los cambios y adiciones posibles. Como agotó rápidamente aquel tema, empezó a planear la siguiente. Tenía ya un capítulo y medio completamente pensando cuando, por fin, empezó a oír un ligero ronquido que provenía de la parte delantera. Levantó la cabeza y escuchó más atentamente.

Por fin se había dormido. Gracias a Dios.

Se incorporó lentamente y, con mucho cuidado, se puso de pie. Todo lo sigilosamente que pudo, se dirigió a la parte trasera del barco. Cuando abrió un poco la puerta, notó que la respiración de Luke cambiaba. Se tumbó sobre un costado, pero no se despertó. Aunque esperó un buen rato a que él volviera a roncar, no ocurrió.

Sin embargo, no podía esperar toda la noche. Con mucha delicadeza, trató de volver a abrir la puerta sin hacer ruido, pero era imposible. Cuando consiguió abrirla lo suficiente, volvió a mirar hacia Luke. Él no se había movido. Entonces, se deslizó con mucho cuidado al exterior y la dejó abierta para no hacer más ruido.

El pequeño bote estaba tal y como lo había visto la tarde anterior. Decidió saltar por encima de la barandilla en vez de abrir la puerta. Una vez al otro lado, tiró del cabo para acercar el bote al barco y, con mucho cuidado, puso un pie y luego el otro. Le costó mucho equilibrio transferir su peso al del bote sin hacer ruido, pero lo consiguió. Entonces, soltó la cuerda y empujó la pequeña embarcación para que se alejara del barco.

Lo había conseguido. Estaba libre. La alegría le corría por las venas con la fuerza de un ciclón. Se sentía exultante, pero no tenía tiempo para saborearlo. Se colocó en el centro del bote y agarró con fuerza el remo. Entonces, lo hundió en el agua.

De repente, la superficie del agua se rompió y algo húmedo y monstruoso surgió de su insoldable negrura para agarrar con fuerza el remo. Tiraba con tanta potencia que April se vio empujada hacia delante. Al caer en el agua, soltó un grito.

Con el hombro, golpeó algo húmedo, pero cálido y firme. Unas manos la agarraron con fuerza. Tomó aire y trató de gritar. Entonces, se vio arrastrada a las oscuras profundidades del lago.

Capítulo 13

April sintió que unas largas piernas se enredaban con las suyas. Se sintió apretada contra un fuerte cuerpo, una forma muy familiar que había experimentando muy recientemente.

Luke. Era Luke.

La ira se apoderó de ella. Levantó las manos y empezó a dar patadas por puro instinto. El hombre que la sujetaba se giró para realizar un movimiento defensivo. Entonces, se dirigió a la superficie con ella aún agarrada. Surgieron en medio de un violento chapoteo. April logró soltarse lo suficiente para agarrarse a un costado del bote. Allí, se aferró con fuerza y respiró profundamente. Entonces, se apartó el cabello del rostro y se encaró con él.

Luke parecía un dios acuático, húmedo y esbelto, completamente desnudo de cintura para arriba. Resultaba poderoso, omnipotente y algo misterioso por su perfecta comunión con el elemento acuático. No tenía derecho a sentirse tan cómodo en el agua ni a sonreírle a April tan descaradamente.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo? — le preguntó—. ¡Has estado a punto de ahogarme!

—Ni hablar —le corrigió él, con gesto burlón—, aunque se me pasó por la cabeza. Eso de intentar escaparte en medio de la noche ha sido una tontería.

—Yo... no sé de qué estás hablando.

—No, estoy seguro. Se me ocurrió que tal vez te estabas dando un baño. Se me ocurrió que, en ese caso, lo menos que podía hacer era llevarte el jabón. Así, tú podrías lavarme la espalda a mí y yo a ti.

—Ésa esa la mayor tonte... ¿Dónde está?

—Allí —respondió él, señalando algo que flotaba a pocos metros de distancia.

Estaba diciendo la verdad. Bajo la tenue luz de la noche, se veía algo blanco sobre una especie de bol. ¿De verdad habría pensado que ella se estaba dando un baño o tan sólo había querido darle una manera digna de tapar el hecho de que había estado a punto de escaparse? Con Luke, nunca se sabía.

—¿Y quién le va a lavar la espalda a los caimanes si deciden unirse a nosotros?

—Te olvidas también de las tortugas y al pez gato. Sin embargo, yo los sujetaré para que tú puedas hacer los honores... Eso si queda alguna criatura por aquí cerca después del jaleo que hemos montado.

April agarró el jabón y lo extendió hacia Luke.

—Te puedes lavar tú mismo la espalda... Mira, Luke, no puedes tenerme aquí en contra de mi voluntad —añadió, con profunda decisión.

—Yo creo que sí, y lo haré. Si quieres, puedes oponerte todo lo que quieras o relajarte y disfrutar. La elección es tuya.

—Menuda elección...

—Te aseguro que es mejor que la de la muerte.

Tenía razón, pero April no estaba segura de que la situación fuera tan sencilla. Lo miró durante un instante y, entonces, apartó la mano y comenzó a frotarse los brazos con el jabón.

Cuando terminaron de bañarse y estuvieron ya sobre el barco, la espuma flotaba por todas partes, mezclándose con las plantas acuáticas. Como las ropas que April llevaba estaban completamente mojadas, Luke le dio otra camiseta y otro par de pantalones cortos a través de la puerta del cuarto de baño antes de que se desnudara. Como April no tenía más ropa interior, tuvo que quedarse sin ella. La desnudez que sentía bajo aquellas prendas tan amplias le hacía sentirse picara y vulnerable. Encontró un peine y, con él y con su ropa mojada, volvió a salir a la cabina.

Luke también se había puesto unos pantalones secos y se había peinado el cabello con los dedos. Se levantó y le quitó a April la ropa húmeda. Mientras se dirigía a la cubierta delantera para colgarlas junto a la suya, dijo:

—Si seguimos así, los dos nos tendremos que quedar desnudos.

—Lo que te turbaría a ti hasta límites insospechados, ya lo sé —replicó ella, mientras empezaba a peinarse el cabello.

—Podría ser.

Ella lo miró. Luke estaba de espaldas, colgando el sujetador como si hiciera aquella clase de cosas todos los días.

—Ahora no me irás a decir que ninguna de las legiones de mujeres que conoces han jugado a Adán y Eva contigo.

—¿A Adán y Eva? —preguntó él, mientras regresaba al interior de la cabina—. No creo que su idea de diversión tenga nada que ver con la fantasía o la imaginación, al contrario de lo que les pasa a otras personas.

—Yo no he dicho que me gustaran las fantasías —dijo ella. Mantuvo la cabeza gacha para que el cabello le impidiera a Luke ver que se había sonrojado—. Tú no me comprendes, ni me comprenderás nunca, por lo que no trates de adivinar lo que pienso ni lo que siento.

—Bueno, yo jamás me aventuraría tan lejos. Tus secretos están a salvo conmigo.

April debería haberse sentido más tranquila, pero no era sí. Al mirarlo a los ojos, notó que algo muy intenso se despertaba en aquellas profundidades negras, lo que provocó la alarma en su interior. Se agarró un buen mechón de cabello húmedo y trató de retirar los nudos con fuerza, como si éstos fueran sus enemigos personales.

—Ven, dame eso —le ordenó él, quitándole el peine de la mano.

Se levantó y se sentó en la cama. Entonces, agarró a April de la muñeca y tiró de ella, para colocarla entre el espacio que quedaba entre sus muslos. Ella se resistió durante un instante, pero estaba demasiado cansada como para oponerse demasiado.

Luke le reunió el cabello con sorprendente suavidad y, con mucho cuidado, fue deshaciéndole los nudos hasta que consiguió que el peine se deslizara con suavidad.

El hecho de que le peinaran el pelo siempre había resultado completamente soporífico para April, dado que su madre solía peinárselo suavemente antes de que ella se fuera a acostar. Bajo los suaves movimientos de las manos de Luke, sintió que la tensión la iba abandonando poco a poco. La tentación de reclinarse sobre él era tan fuerte que tuvo que agarrarse a una de las rodillas de Luke y tensar la espalda para mantenerse erguida.

El músculo de la rodilla de él se flexionó suavemente bajo sus dedos. Él detuvo las manos durante un instante y, entonces, le tomó todo el cabello y se lo echó por encima del hombro. Mientras se le derramaba por el seno derecho, ella giró la cabeza

para ver qué ocurría. Al mismo tiempo, Luke le rodeó la cintura con un brazo y la estrechó contra él. Por último, comenzó a acariciarle la nuca con sus cálidos labios.

– Luke... – susurró, mientras sentía un escalofrío por la espalda.

– Shh...

– ¿Qué estás haciendo?

– Experimentando – respondió, besándole las vértebras mientras descendía poco a poco...

– ¿Por qué? Me dijiste...

– Ya te dije que mentía. O, más bien, he cambiado de opinión. He decidido que quiero saberlo todo sobre ti, todos tus secretos, en especial las fantasías.

– Yo no tengo ninguna – replicó, tratando de ignorar el hecho de que los pezones se le habían erguido contra la camiseta y la vocéena que le decía que se dejara llevar, que disfrutara...

– En ese caso, tendremos que inventar algo.

April se había imaginado que estar a solas con Luke podría resultar peligroso. Por eso, había tratado con tantas ganas de no sucumbir a sus dulces razonamientos. Más peligrosa aún era la reacción que sentía ante él. ¿Se trataba simplemente de una atracción química, del dulce recuerdo del amor de juventud que se recuerda a lo largo de los años o podría ser la reunión definitiva de dos medias naranjas, aunque no encajaran perfectamente la una en la otra? No lo sabía, pero había algo en Luke que la excitaba como ningún otro hombre lo había conseguido nunca. Había sido así hacía años y seguía siéndolo.

– ¿Y para eso me has traído aquí? – le preguntó, humedeciéndose los labios.

– Podría ser. Después de todo, seguramente lo sea.

– Sigues queriendo seducirme.

– Quiero todo lo que puedas darme – murmuró –. Lo que pase después dependerá de lo que yo pueda darte a ti.

– No era necesario tomarse tantas molestias...

Había dejado de pensar coherentemente cuando sintió el roce de la mano de Luke sobre el pecho, cuando él le atrapó el dulce montículo entre los dedos. La firmeza del cuerpo de él era un argumento irresistible para provocar la rendición. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que ella había sentido los brazos de un hombre contra el cuerpo...

– ¿No? – preguntó él suavemente, dejando que el aliento le caldeara la piel.

April no respondió. No pudo encontrar las palabras. Podía oponerse a él, pero sus propias necesidades e impulsos eran enemigos formidables. Además, Luke había apelado a su imaginación. Carecía de defensas contra el poder que emanaba de él, aunque no estaba segura de quererlas.

Echó la cabeza hacia atrás, dejando que descansara sobre el hombro de Luke. Él le agarró la barbilla y le levantó el rostro para que ella lo mirara a los ojos. Mantuvieron el contacto durante un instante y, entonces, ella bajó la mirada para protegerse. La atención se le prendió en la forma de la boca de Luke. Entonces, cerró los ojos.

Era dulce y cálida, con un ligero sabor a vino. Ella le permitió que la besara con gracia y pasión. Luke no se mostró ni avaricioso ni agresivo. Tenían todo el tiempo del mundo y, por su modo de actuar, parecía transmitir que tenía la intención de

utilizarlo plenamente. Ya no era un adolescente ansioso. Había aprendido el equilibrio, el control y el valor de la anticipación.

Poco a poco, con cada caricia, empezaron a explorarse centímetro a centímetro la piel desnuda. Sus cuerpos cubiertos de sudor brillaban bajo la luz. Él parecía el rey pirata, osado en sus requerimientos y con una cierta brusquedad. O tal vez el dios de las aguas, Neptuno levantándose en todo su esplendor de las profundidades para reclamarla en cuerpo y alma. Al mismo tiempo, seguía siendo Luke, su joven amante, su joven semental, salvaje, dramático e incomprensible, con una ternura interminable bajo su arrogancia.

Nada importaba. Nadie debía impedir el delicado despertar de los sentidos. Unidos por fin, se abrazaron con fuerza, uniendo el pasado con el futuro y la gloria que lo unificaba todo. De repente, la magia rebotó en sus corazones y mentes con el silencioso esplendor que iluminó y descifró, por un instante, la respuesta a la adivinanza más esquiva de la vida.

Después, permanecieron tumbados en una desnuda semiinconsciencia y en un cálido abrazo mientras esperaban que la respiración se les tranquilizara. Durmieron dejando que la suave brisa del lago refrescara su piel y la breve fiebre de su corazón. Durante la noche, se despertaron lo suficiente para separarse, para cubrirse con una sábana, para protegerse.

— ¿Dónde diablos está April?

Luke recibió aquella pregunta antes de que pudiera atar el bote en el embarcadero de Chemin-a-Haut. Había sido Roan quien se la había preguntado desde el muelle, con los pies separados y la mano sospechosamente cerca de la culata de su pistola. Luke no podía culpar a su primo por su enojo o su preocupación. Simplemente no había esperado tener que dar cuenta de sus actos antes de que hubiera conseguido ordenar la historia en su cabeza.

— En algún lugar seguro — respondió por fin, con cierto laconismo.

— ¿En dónde?

— No tienes por qué saberlo.

— Te equivocas.

— Yo no lo creo — replicó Luke, con voz impaciente

— De eso se trata precisamente. Nadie debe saberlo.

— ¿Y ella quiere estar allí?

— ¿Qué te hace pensar otra cosa?

— Hay testigos que vieron cómo te la llevabas por la fuerza del lugar de la explosión.

— Digamos que se ha acostumbrado a la idea — dijo Luke. Al menos, esperaba que así fuera, después de la noche anterior.

— Es mejor que ella me diga que ha estado encantada cuando la vea. Si no lo está, si te has excedido, te acordarás de mí.

— Mira...

— No me des órdenes, chaval, porque no estoy de humor — lo interrumpió Roan—. Tengo tipos que van por ahí disparando pistolas, haciendo explotar barcos y a un alcalde muy descontento respirándome en el cogote porque su gran festival anual se ha estropeado por completo y su pirata de río y la invitada famosa no se presentaron. Tengo a muchos periodistas que quieren saber a qué se debe esta oleada de delitos y al ex esposo de April pisándome los talones porque no la puede encontrar por

ninguna parte y nadie, ni siquiera su agente, sabe dónde está. Y yo tengo, o tenía, también desaparecido al estúpido de mi primo y tuve que preocuparme de si también le había pasado algo o si había sido lo suficientemente imbécil como para secuestrar a April, un delito federal que puede provocar que muchos tíos encorbatados se presenten por aquí. Tienes suerte de seguir de pie, primo. Si me das más problemas, dejarás de estarlo.

— ¿Y qué si me la llevé? — preguntó, con una ligera sonrisa en los labios.

— Dado que estás aquí y te encuentras de tan buen humor — replicó Roan, ignorando la descarada provocación —, creo que te dejaré que te ocupes del ex y también de la próxima llamada que haga una mujer apellidada Cazenave. Eso sí, después de que me des tu palabra de que April está sana y salva.

— ¿Te basta con mi palabra? Sorprendente — comentó Luke —. Por cierto, ¿por qué está tan interesado ese Tinsley? Se supone que es historia.

— Tal vez April sea el amor de su vida y él siga esperanzado por recuperarla. Tal vez ella sea la que le da de comer y tenga hambre. O puede que sea simplemente un buen tipo que se preocupa por una mujer que fue una vez muy importante para él. ¿Y cómo diablos voy a saberlo yo?

— Se lo podrías haber preguntado.

— Hazlo tú, si tanto te interesa. Yo tenía otras cosas en la cabeza, tal como la razón que tú podrías tener para desaparecer con ella.

— Tú no sabías que estaba conmigo, así que, ¿cómo...?

— La última vez que se la vio abandonaba el muelle en tu compañía, como ya te he dicho. Además, su coche está delante de tu casa. Además, conozco tu modo de pensar.

— También tendrías que haber sabido que yo regresaría para contarle a alguien lo que estaba pasando. Tú eras el más indicado, aunque te agradezco mucho que me hayas evitado la molestia de ir a tu oficina.

— No me apetecía esperar. Además, tenía que traerte tu Jeep aquí. En serio, Luke, ¿estás seguro de saber lo que estás haciendo?

— Estoy seguro de que es necesario hacerlo — afirmó Luke.

— Tal vez tengas esperanzas de que tu precioso pantano cubra tus huellas, pero no te confíes. Se trata sólo de agua, barro y árboles. No es propiedad tuya.

— Gracias por el consejo — respondió Luke, con exagerada cortesía —. Trataré de recordarlo.

— Está bien. No te olvides de ir a ver a tu abuela. Ella es otra que me está empujando a la bebida.

Luke llevó a Roan a su despacho en su Jeep. Después, fue a ver a su abuela. La vieja May estaba mucho más contenta de verlo que su primo. Le dio galletas de mantequilla y un café tan fuerte que suponía una seria amenaza para el estómago.

La anciana le preguntó por la explosión, le dio un resumen completo de las lesiones de los heridos y lo puso al día de los comentarios de los miembros del comité. Sin embargo, no se puso muy contenta al descubrir que se había marchado con April.

— ¿Es que te has vuelto completamente loco? — le preguntó, mirándolo completamente atónita a través de las bifocales.

— ¿Es que no te parece buena idea? — replicó él, antes de meterse una galleta en la boca.

– ¿Que estés solo durante horas con una mujer que escribe escenas de amor para ganarse la vida? Te habrá metido en su cama antes de que oscureciera.

Luke se atragantó con la galleta. Entre toses, empezó a protestar.

– Las escribe, abuela, no las vive.

– Oh, Dios – gimoteó la anciana –. Ya te ha cazado.

Luke tomó el café y le dio un sorbo.

– Yo creía que era al revés.

– No, no. No funciona así una vez que uno se enamora. Tú crees que puedes hacerle cambiar de opinión a esa mujer, impedirle que ponga a nuestra familia en su libro, pero ella conseguirá sacarte todos los detalles jugosos.

– Pero si no conozco ninguno...

– Eso es lo que tú te crees.

– Aunque así fuera, no le diré nada que pueda resultar dañino.

– Te aseguro que ni siquiera te darás cuenta. Esa mujer es como una araña que trata de atraerte a su tela. Te sonreirá y jugará contigo hasta que consiga lo que quiere. Entonces, te comerá vivo.

Aquella idea conjuraba imágenes que Luke no quería compartir con su abuela.

– Veo que no tienes mucha fe en mí.

– Con cualquier otra de tus mujeres, la tendría. Ésta es diferente. Es mucho más que un rostro bonito. Es inteligente. Conoce bien a las personas y sabe bien cómo conseguir que actúen a su antojo.

– Vaya, abuela... Si no supiera que es imposible, creería que has estado leyendo sus libros.

– Así es... aunque me he saltado todas esas partes que... Bueno, ya sabes.

– ¿Te refieres al sexo?

– ¡Quítate esa sonrisa de la cara, jovencito! Tal vez creas que tú inventaste la procreación, pero ya existía antes de que tú nacieras. No necesito leer descripciones detalladas para disfrutar de un libro.

– Entonces, ¿te gustó el libro de April?

– Es una buena escritora, pero eso no importa.

– ¿Y qué es lo que importa? ¿Que April sepa cómo es el amor entre un hombre y una mujer o que lo describa?

– Lo utiliza para explicar cómo son sus hombres y mujeres, cómo son por dentro, algo que la mayoría de los libros no describen, para mostrar lo que sienten y piensan cuando están en sus momentos más débiles.

– O más fuertes – dijo Luke, incapaz de dejar de insistir. Lo fascinaba cómo su abuela veía el modo de escribir de April.

– Bueno, sí, pero esas cosas son privadas. Demasiado íntimas. Yo no quiero saber lo que piensa un hombre cuando tiene entre sus brazos a una mujer, ni quiero leer cómo se siente una cuando la besan porque me hacen recordar...

– ¿El qué? – preguntó Luke, al ver que su abuela palidecía

– A tu abuelo y cómo yo me solía poner toda... ¡No importa! Lo que sí importa es que es peligrosa.

– Querrás decir peligrosa para mí. Tal vez sea mejor que yo lea algunos de sus libros para protegerme.

– ¡No! ¡No quiero que hagas algo así!

— ¿Y por qué no? — preguntó Luke, sorprendido.

— Porque la voz de esa mujer está en ellos. Sus palabras fluyen como si estuviera leyendo o, incluso cantándotelas a ti. Te engancha página tras página hasta que se te olvida el tiempo o lo que se supone que deberías estar haciendo. Construye un mundo que te absorbe poco a poco hasta que te sientes como si conocieras perfectamente a los personajes, los vieras andar o los escucharas hablar.

Quieres conocerlos, deseas poder conocerlos, pero no puedes, por lo que es un engaño.

— Pero siempre están allí, entre las cubiertas del libro, ¿no? Además, eso es lo que los escritores han hecho siempre. Crean personas imaginarias en mundos imaginarios.

— Te estás poniendo de su parte en mi contra — le dijo su abuela, arrugando el rostro—. Ya te tiene y eso que casi ni ha tenido tiempo.

— No te preocupes — dijo Luke, con tanta paciencia como pudo reunir—. April Halstead ni me quiere ni me necesita y no ha tratado de obtener nada a través de mí. Yo me la llevé de aquí, ¿te acuerdas? No me llevó ella a mí.

— ¡Más tonto eres tú! Te hará daño, mi querido Luke. Te hará daño sin ni siquiera intentarlo porque esa mujer no sabe cómo eres tú en realidad.

— Es sólo durante unos días.

— Ya es demasiado tiempo. Nos hará daño a todos, pero no le importará mientras tenga su historia. Vive en esos relatos. Está en cada página. Creo que gran parte de esas historias es sobre ella. Se exhibe al mundo para que todos la veamos. No sé cómo puede soportarlo. Sin embargo, no tiene tiempo para nada de verdad...

A Luke le pareció una teoría fascinante. Tendría que comprobarlo.

El par de horas que Luke quería dedicarle a ocuparse de sus asuntos en Chemin-a-Haut se convirtieron en casi medio día. Eran ya primeras horas de la tarde cuando consiguió marcharse a Mulberry Point. Aparcó el Jeep en la parte trasera para evitar que atrajera la atención. Entrar en la casa no le supuso ningún problema. Simplemente utilizó la llave que había encontrado en el bolso que halló en el coche de April.

Había pensado mucho en las cosas que ella necesitaría mientras estuviera en el barco. Mientras las iba reuniendo, se dio cuenta de que le iban a ocupar la totalidad de la superficie del bote, pero no se detuvo por ello.

Estaba de pie con las manos en las caderas, contemplando la impresora, cuando oyó un chirrido metálico que provenía de la cocina. Unos segundos más tarde, Medianoche apareció delante de él. El gato se detuvo al ver a Luke y luego salió de la habitación. Luke se encogió de hombros y se olvidó de él.

Unos cinco minutos más tarde, un coche se detuvo fuera. Luke salió del despacho y se dirigió al salón. Se colocó con mucho cuidado frente a una de las ventanas y miró al exterior a través de la delicada cortina de encaje.

Era Martin Tinsley. Iba vestido como si fuera el modelo de un anuncio de palos de golf. Se bajó de un Jaguar de color verde y se dirigió hacia la casa. Antes de subir los escalones, se quitó las gafas de sol. Cuando por fin subió al porche, Luke lo perdió de vista. Entonces, ya no se pudo escuchar los pasos.

Luke escuchó atentamente. Entonces, la mosquitera que cubría la ventana más cercana a la puerta crujió. Luke sonrió. Se acercó a esa ventana y se colocó de espaldas a la pared.

Tinsley tenía una pierna por encima del alféizar y estaba intentando entrar cuando Luke lo agarró por el cuello de la camisa. Con un buen tirón, arrojó al ex de April contra el suelo de la habitación.

Un segundo después, Luke estaba encima de él, inmovilizándolo con una rodilla en la espalda y colocándole una muñeca en una postura muy incómoda entre los omóplatos. Tinsley gritó y empezó a maldecir.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Luke.

Tinsley siguió tratando de soltarse durante unos segundos y, entonces, se detuvo en seco. Con la respiración agitada, su corte de pelo de cien dólares completamente despeinado y el rostro contra el suelo, respondió:

—Yo... podría... hacerte... la misma pregunta.

—Dudo que nuestras respuestas fueran idénticas. Responde, a menos que quieras un brazo roto.

—¡No! Yo creía... Esperaba encontrar algo que demostrara dónde está April, un mensaje en su contestador, una nota, un correo electrónico... No sé, algo...

Aquella respuesta era lo suficientemente incoherente como para ser verdad. No obstante, Luke ejerció un poco más de presión sobre el brazo de Tinsley.

—¿Sabes cómo acceder al correo electrónico? —le preguntó—, ¿Conoces su contraseña?

—Se me ocurren algunas posibilidades, eso es todo...

—Dudo que a April le gustara que tocaras su ordenador, aunque sea por una causa tan buena. Yo, por mi parte, dudo que tu causa valga algo.

—No sé de qué estás hablando.

—Me pregunto qué más podría haber en su ordenador que te pudiera interesar. ¿Un manuscrito, tal vez? ¿O acaso podría ser un listado de pagos... especialmente pagos de derechos de autor?

—Simplemente estoy preocupado por ella. No es ningún delito, ¿no?

—No me pareces el tipo de persona que se preocupa por nadie.

—Lo mismo podría decir yo de ti —le espetó Tinsley.

Luke pensó que probablemente tenía razón, pero que no ganaría nada por ello.

—¿Qué derecho tienes tú de andar por aquí? Se supone que vuestra relación ya ha terminado.

—No se ha terminado. Nunca se terminará. ¿Es que no lo sabes?

—¿Acaso estás intentando asegurarte de que ella te necesita? ¿Es eso?

—¿Cómo dices?

—¿O es que has encontrado otro modo de sacarle beneficios a April?

—Tú no sabes nada.

—No estés tan seguro, compañero —dijo Luke, con la voz llena de ira—. Sé que, durante los años que estuviste casado con April, trabajaste menos de diez meses. No sólo conseguiste un acuerdo de divorcio lo suficientemente grande como para que se atragante una muía, sino que también tuviste la catadura de pedirle una pensión, que podrías haber conseguido si el juez no hubiera decidido que estás en perfectas condiciones para trabajar. También sé que antes de casarte con ella no lograbas pagar el crédito de tus tarjetas y que, desde el divorcio, las facturas se te han vuelto a acumular.

—¿Cómo lo has descubierto? ¿Acaso has hecho que me investiguen?

—Digamos que, simplemente, estoy interesado. Además, tengo un primo que tiene acceso a esta clase de información.

—Tú la quieres, ¿verdad? ¿Acaso crees que ella confiará en ti lo suficiente como para consentir que te vuelvas a acercarla a ella? Qué divertido, o lo sería si hubieras escuchado lo que ella tenía que decir sobre ti.

¿April había hablado con su ex sobre él? Jamás se le habría ocurrido aquella posibilidad. No le gustaba, como tampoco el hecho de que Tinsley pensara que la comprendía y conocía mejor que él.

—No estamos aquí para hablar de lo que yo quiero o lo que no quiero, sino sobre ti —le esperó—. Existe un hombre muy concreto para definir a los hombres que viven de las mujeres y te aseguro que no tiene nada de bonito. Si no dejas a April en paz, tú tampoco lo serás. Te lo prometo.

Mientras Luke hablaba, captó un ligero movimiento por el rabillo del ojo. Volvió rápidamente la cabeza y vio que Medianoche estaba allí, en la puerta del recibidor, con la espalda arqueada y el pelo de punta, con una postura que lo hacía parecer mucho más grande. El gato miraba a Tinsley con ojos malévolos.

—Tú no hablas en nombre de April. Ella no lo consentirá —dijo Tinsley, sin prestar atención al gato.

—Yo no estaría tan seguro —respondió Luke—. Hablo por mí. No me gustas, Tinsley, como tampoco le gustas al gato de April, lo que constituye una segunda opinión de mucho valor. No pienso volver a advertírtelo. Recuérdalo.

Soltó a Tinsley repentinamente y dio un paso atrás. El ex de April se levantó muy lentamente, se sacudió la ropa y se atusó el cabello. Entonces, se dirigió hacia el vestíbulo y salió por la puerta principal.

—Esto no es el final —le dijo a Luke, antes de marcharse.

—No —replicó él—. Creo que más bien es el principio.

Capítulo 14

April se arrodilló frente a la caja de cebos de pescar de Luke y examinó el contenido. Cebos de todos los colores del arco iris aparecían perfectamente ordenados en las bandejas, cada uno en el lugar que le correspondía. Eran de todas las clases, desde los que parecían un aerodinámico pez de plástico hasta los que recordaban más bien una especie de gusano espacial. Además, tenía cebos que tenían al menos sesenta años de antigüedad y que prácticamente se podían considerar como antigüedades. Muchos de ellos eran irremplazables.

A Luke le encantaba pescar. Aparentemente, tenía mucha estima por aquellos cebos más antiguos y April esperaba que así fuera, que fueran tesoros que él había guardado de su infancia. Seguramente lo serían, porque April recordaba haber visto cebos así en la caja de pescar de su abuelo. Eso los convertía en algo perfecto.

Tomó uno azul y rojo, con una cola de goma que parecía una falda hawaiana. Lo observó durante unos segundos con una sonrisa en los labios. Entonces, con mucho cuidado de no engancharse con los anzuelos, se puso de pie y lo arrojó tan lejos como pudo. Tras trazar un arco casi perfecto, fue a caer en el agua con un satisfactorio plop. April asintió y se volvió a arrodillar frente a la caja de cebos.

Ya le enseñaría ella a Luke Benedict a secuestrarla, a hacerle el amor y luego a abandonarla. Eso era exactamente lo que había hecho.

Se había ido. April estaba sola en el barco. No sabía el tiempo que llevaba fuera ni tampoco adonde se había ido ni cuándo regresaría, es decir, si regresaba. No había dejado ninguna nota, sino que simplemente se había marchado mientras ella estaba durmiendo. Se había llevado las bujías del barco, por lo que resultaba imposible arrancar el motor. April estaba sola en aquella prisión flotante.

Estaba tan enfadada que no era capaz de ver. La ira le hervía en las venas. No recordaba la última vez que se había visto consumida por una emoción tan fuerte, a menos que contara la noche anterior, por supuesto. Sin embargo, con sólo pensar en ello, se enfadaba todavía más.

Tomó otro cebo y lo arrojó al lago. ¿Cómo se atrevía a reírse, bromear y a jurarle que se la había llevado para protegerla, para luego marcharse y dejarla a solas? ¿Qué derecho tenía?

Tiró varios cebos más hasta que uno que se llamaba "El afortunado trece" le arañó en un dedo con uno de los anzuelos. Lo arrojó como los demás y observó cómo se hundía entre el barro. Luke se lo merecía. Le había arrebatado la habilidad de moverse. Ella le quitaría algunas de sus más preciadas posesiones.

El arañazo le escocía, por lo que se metió el dedo en la boca para calmarse el dolor y se sentó sobre los talones. Había sido una estúpida por haber creído y confiado en Luke, y aún más tonta por compartir tanta intimidad con él la noche anterior. No sabía qué se había apoderado de ella. Hacía mucho tiempo desde la última vez que se había portado de un modo tan impulsivo.

El ronroneo de un motor la animó a levantar la cabeza. Le sonaba familiar. No podía estar segura de que fuera Luke, pero se acercaba rápidamente hacia su dirección. Rápidamente, cerró la tapa de la caja de cebos y la volvió a colocar en su lugar. No

quería que él se diera cuenta de lo que había hecho, sino que lo descubriera cuando menos lo esperaba. Una sorpresa inesperada se merecía otra.

Efectivamente, era Luke. El bote fue acercándose poco a poco y, por fin, April pudo verle el rostro. Al comprobar que él estaba sonriendo, se sintió más furiosa aún. Se acercó a la cubierta trasera, donde había estado atado el bote y lo esperó allí, con las manos en las caderas. No esperó a que se detuviera, sino que empezó a lanzar sus acusaciones en cuanto estuvo segura de que él podía escucharla.

— ¡Ni siquiera roncas!

La cautela reemplazó la alegría que Luke tenía reflejada en el rostro.

— Que yo sepa, no.

— Anoche me engañaste, fingiendo estar dormido. Esperabas que yo fuera a intentar algo y me animaste a hacerlo temprano para así poder detenerme con el mínimo esfuerzo.

Luke apagó el motor y se colocó en la proa para atarlo.

— No sé si yo lo explicaría así.

— Pero eso es lo que hiciste, ¿verdad?

— ¿Sí?

— Te aseguro que no volviste a hacer ni un solo ruido durante el resto de la noche.

— No podía correr el riesgo de que te perdieras, ¿no te parece? — comentó él, irguiéndose por completo tras haber acabado su tarea.

— Sí, claro... O correr el riesgo de que yo te denuncie.

— ¿Serías capaz de hacer algo así, April?

— ¡Por supuesto que sí! Luke se puso más serio.

— ¿Acaso creíste que no iba a regresar? ¿A eso viene toda esta bronca?

— En absoluto. Sabía que no abandonarías tu barco...

— Tenía cosas más importantes que el barco por las que regresar — susurró, con una voz muy sensual.

Si hubiera podido creer aquellas palabras, April se habría sentido mucho más tranquila, pero no podía hacerlo. Fue un movimiento al lado de los pies de Luke lo que le ahorró la respuesta. Algo negro y peludo se estaba estirando bajo uno de los asientos del bote. Entonces, miró a April con expectación.

— ¡Medianoche! — exclamó ella—. ¡No me lo puedo creer! ¿Dónde lo has encontrado? De hecho, ¿cómo conseguiste llegar aquí con él?

— Fui a Mulberry Point. Pareció muy contento de tener compañía y se ha portado muy bien durante el trayecto en bote — explicó Luke, tomando en brazos al animal para entregárselo inmediatamente a April—. Te juro que ese estúpido gato sabía adonde iba.

— Eso hace que sea un gato muy listo en vez de estúpido, ¿verdad que sí, Medianoche? — murmuró, mientras acariciaba con muchas ganas al animal.

— ¿No quieres saber qué más cosas te he traído?

— Veo que has venido bien pertrechado — comentó ella, mirando el bote.

— Te he traído tu ordenador portátil.

— La batería sólo tardará medio día en gastarse.

— Más que eso, con el generador que hay a bordo. También te he traído papel y bolígrafos y todo lo que me parecían notas.

— ¿Me estás diciendo que has registrado mi escritorio? — le preguntó, con voz fría.

—Sólo lo que vi por encima, pero, si lo que te preocupa es que haya leído algo, no he tenido tiempo.

Si Luke le había llevado la mayor parte de lo que había encima del escritorio, tendría casi todo lo que necesitaba para trabajar. Si él decía la verdad y no había leído nada, sintió que debía perdonarlo por su gesto. Sin embargo, eso no tenía nada que ver con el modo en el que los vaqueros se le estiraban sobre el trasero y los muslos mientras descargaba todas las cajas que llevaba en el bote. Además, se alegraba mucho de volver a verlo, y no sólo por saber que no se había marchado para siempre.

—En ese caso —dijo, por fin—, supongo que tengo que admitir que eres un secuestrador muy considerado.

—¿Eso es todo? —le preguntó Luke, con una bolsa de víveres en cada mano.

—¿Todo?

— ¿No me vas a prometer que me darás las gracias más fervientemente más tarde?

¿No me vas a decir hola con un beso?

—Nada de eso —dijo ella, acariciando una vez más al gato—. Si estás pensando en lo de anoche, he de decirte que fue un error.

—Si lo fue, tú lo cometiste —comentó, mientras dejaba las bolsas y agarraba otras dos.

—¿Qué significa eso?

—Que teníamos una apuesta y que has perdido.

—Tú no jugaste limpio. No creo que esto cuente —comentó, señalando el bote.

—Por supuesto que sí. Simplemente tienes miedo. No importa, April. Sin embargo, vas a tener que tomar una decisión sobre lo que quieres tarde o temprano. Mientras tanto, tengo otro juego. Lo has oído antes, pero puedo volver a explicártelo.

No era necesario. Estaba allí, en la curva de los labios de Luke, en sus hombros, en la mirada de sus ojos... Principalmente, estaba en la mente de April, haciéndose eco en las profundas cadencias del desafío del día de la boda: "Resístete a mí si puedes".

April dejó a Medianoche en el suelo y tomó una caja, de la que sobresalía algo sospechosamente parecido al bajo de su camión de seda.

—No tengo miedo de nada —dijo ella—, y mucho menos de ti y de tus amenazas.

—Me alegro

April fingió no haber oído nada mientras se alejaba con su caja. Seguramente Luke no se alegraría tanto cuando descubriera que algunos de sus queridos cebos estaban ya en el fondo del lago.

Entre los dos lo recogieron todo para que pudieran tener sitio para moverse por el barco. Después, comieron, dado que los dos se habían saltado el almuerzo. Cuando terminaron, el sol ya había empezado a bajar por el horizonte. Luke sacó su caja de cebos y empezó a rebuscar en ella.

April lo observaba desde el interior de la cabina, esperando que se produjera la explosión. No fue así. Aparentemente, no se había dado cuenta de que faltaban algunos cebos. Mientras observaba cómo colocaba uno en la caña, deseó de todo corazón haber tirado al lago toda la caja.

Decidió que debía tratar de trabajar un poco. Ya no tenía excusa y su fecha límite de entrega se iba acercando irremediabilmente. Sin embargo, no pudo encontrar las ganas. Se sentía muy cansada y lo único que le apetecía era dormir. No se podía decir

que fuera el efecto de la noche anterior tampoco, dado que había dormido hasta bien entrada la mañana.

Con un vaso de té helado en la mano, se sentó en el banco de la cubierta. Desde allí, podía ver cómo Luke se esforzaba por pescar algo en la proa del barco. Medianoche se acercó a sentarse a su lado hasta que Luke sacó un pez de buen tamaño. Entonces, saltó al suelo y se fue a investigar. Tomó posición en la cocina, desde donde podía observarlo todo perfectamente.

April casi sentía que Luke le hubiera llevado su ordenador. Saber que no podía trabajar le había proporcionado paz consigo misma. En aquellos momentos, la fastidiaba constantemente. Decidió que se tomaría la tarde libre y que empezaría a trabajar a la mañana siguiente muy temprano, cuando el calor fuera más llevadero.

La tarde resultaba agobiante por la humedad del lago. Ni siquiera se movía la ligera brisa de la noche anterior. La superficie del lago que los rodeaba estaba tan lisa como un espejo, a excepción de los lugares donde los peces salían para alimentarse. El pesado barco estaba prácticamente inmóvil. Una discreta fragancia, tal vez de las flores de las plantas acuáticas o tal vez de la fruta madura de los bosques, inundaba el aire. Las cigarras cantaban en los árboles a lo largo de toda la orilla. Ranas y grillos se unían al coro. De vez en cuando, se escuchaba el restallido de un trueno lejano.

Con la mayor naturalidad, a esos sonidos se unían los que Luke realizaba con sus aperos de pesca. Su concentración era total. Parecía completamente ajeno a la presencia de April y tenía el rostro lleno de paz y tranquilidad. Como todo lo que hacía, realizaba la tarea de pescar con tanta competencia que lo hacía parecer algo fácil.

Sin pensarlo, April empezó a fijarse en todos los detalles de aquella escena. Se le ocurrían frases con las que describir lo que estaba viendo sin un esfuerzo consciente, surgiendo con tanta naturalidad como los peces subían a la superficie del lago.

La luz del ocaso pintaba sombras bajo los bordes de sus pómulos. Tenía el blanco de su camiseta de púrpura y oro y bruñía el sudor que le pulía la piel hasta darle el aspecto de una estatua de bronce

En el rostro, tenía un gesto de infinita paciencia y de pura concentración. La tranquilidad era ciertamente una parte integral...

April se levantó y entró en la cabina, regresando un momento más tarde con un cuaderno y su pluma favorita. Tal vez, después de todo, podría trabajar un rato.

– ¡Qué diablos!

Aquella aguda exclamación sacó a April de una hermosa frase que describía la reacción del protagonista masculino de su libro ante la traición de la protagonista. Cuando levantó la mirada, vio a Luke agachado al lado de su caja de cebos con el ceño fruncido.

Estaba mirando los huecos vacíos que había en una de las bandejas.

Había llegado el momento.

– ¿Te falta algo? – le preguntó, con la voz llena de inocencia.

– Sí, varios algos. Supongo que tú no sabes nada al respecto, ¿verdad?

– De hecho, sí.

– ¿Estás diciendo que has tocado mis cebos?

– Yo no lo diría así.

– ¿Y cómo lo dirías tú?

– Los he liberado, dado que no podía liberarme a mí misma. Si tienes suerte, podrías encontrar alguno la próxima vez que vayas a nadar.

Luke se puso de pie muy lentamente.

– ¿Estás diciendo que has tirado mis cebos al agua? Perteneían a mi padre.

– Deberías haberlo pensado antes de traerme aquí.

– No me puedo creer que hayas hecho eso – dijo, sacudiendo la cabeza.

– Pues créetelo – le espetó ella –. ¿Qué creías? ¿Que podrías hacer lo que quisieras y que yo lo aceptaría sin pensar? ¡Las cosas no funcionan así!

– Yo sólo...

– Eso es lo que dices tú, pero no puedes tomar decisiones en mi nombre y esperar que yo las acepte porque tú crees que es lo mejor.

– Jamás esperé que tú te enfadaras por eso...

– ¿No? ¿No lo pensaste cuando te marchaste de aquí al alba sin decir ni una palabra o despedirte adecuadamente?

– ¿A eso se debe todo esto? ¿A que no te desperté para decirte que me marchaba?

– Tiene que ver con la falta de opciones, con el hecho de que tú te has portado como un machista, sin permitir que yo diga una palabra sobre mi propio destino, con...

April se detuvo en seco al notar que la voz le fallaba. Giró la cabeza y miró hacia el agua.

– April... – susurró. Entonces, hizo ademán de acercarse a ella.

– No... Me has arrebatado algo que yo valoro mucho, mi libre voluntad. Yo te he quitado algo que no resulta tan difícil de sustituir: unos cebos. Aún no estamos empatados, pero al menos sí estamos más cerca de estarlo.

– Yo no lo creo...

– ¿Qué quieres decir?

– Lo que tú me has quitado son recuerdos de las excursiones de pesca que yo hacía con mi padre antes de que él muriera. Ese tipo de cosas resultan irremplazables.

– Yo también tenía sueños... Y esperanzas.

– ¿De verdad? Entonces, tal vez sí estemos empatados.

Luke volvió a tomar su caña y se puso de nuevo a pescar. Después de un instante, April volvió a refugiarse en su literatura. Cuando anocheció, había escrito tres páginas y Luke había pescado dos peces más. Mientras él limpiaba y fileteaba el pescado, ella preparó el rebozado y peló y cortó las patatas. Luke frió el pescado y las patatas en aceite de cacahuete mientras ella preparaba una ensalada de col. Trabajaban como un equipo, sin necesidad de discutir sobre quién hacía qué.

April podría haber dejado que Luke se ocupara de todo, ya que estaba protestando por la actitud de él y, además, había sido idea de él cenar pescado. Sin embargo, su sentido de la igualdad no se lo permitía. Los dos necesitaban comer y así se aceleraba el proceso.

Mientras cenaban, hablaron muy poco. April miraba de vez en cuando a Luke y también al largo banco sobre el que estaban sentados, el mismo que había empezado como cama de Luke el día anterior. ¿Dónde iba a dormir él aquella noche? ¿Lo haría fuera, tal y como había decidido al principio de la noche anterior o compartiría la cama de April en la cabina? No podía saberlo.

¿Debería esperar a ver qué hacía él o por el contrario debía mostrarse caritativa e invitarlo a dormir dentro? ¿Quería continuarlo todo donde lo habían dejado o

debería dejar que él diera el primer paso para ver qué ocurría? Luke le había dicho que debía decidirse, pero no era tan sencillo.

April centró su atención en Medianoche, que estaba lavándose sobre el suelo, delante de April. De repente, el animal se incorporó y fue a sentarse entre ambos. Inmediatamente, April captó un olor familiar procedente del gato.

— ¿Le has dado pescado crudo? — le preguntó a Luke.

— Tenía hambre — respondió él —. Además, me aseguré de que no tenía espinas.

— ¡Es malo para él!

— Un cuento que ha hecho circular la industria de comida para gatos para privar a los animales de su comida natural... y que sólo es cierto si el pescado se deja el tiempo suficiente como para atraer a las moscas — comentó él. Entonces, extendió la mano para rascar la barbilla del animal —. ¿No es así, Medianoche?

El gato miró a Luke durante un instante y decidió abandonar a su ama para acomodarse en el regazo de Luke. Entonces, empezó a afilarse las uñas en una de las rodillas de él.

— Tal vez, tal vez no — comentó April —. Pensé que habías dicho que no te gustaban los gatos.

— ¡Y así es, especialmente cuando me utilizan como lima de uñas! Maldita sea, gato. ¡Deja de hacer eso! — exclamó, soltándole la pata.

— Con eso quiere indicar que te aprecia.

— ¿Estás segura de que no se trata de celos por qué yo estoy aquí con su dueña?

— No. Lo más probable es que sea afecto. Así, tal vez la próxima vez me permitirás a mí que le dé de comer.

— Te puedes quedar con todos los honores — susurró Luke, cuando Medianoche volvió a clavarle las garras —. Si me atraviesa la tela del vaquero, voy a necesitar primeros auxilios. Creo que me voy a dar un baño para que me deje en paz.

— ¿Te vas a volver a bañar en el lago? — preguntó ella, mirando las oscuras aguas —. Yo creía que habías traído más agua dulce.

— Sólo unos ochenta o cien litros. Si nos duchamos todo el tiempo, no nos durarán mucho. Tú te puedes quedar con ese privilegio, junto con el de dar de comer al gato. A mí me sirve el lago.

— Y a mí también, si tenemos que ahorrar agua.

Se produjo una larga pausa, durante la cual ninguno de los dos habló. April estaba buscando desesperadamente algo de lo que hablar, cuando Luke rompió el silencio.

— Por si te lo estabas preguntando, yo me acostaré aquí fuera.

— ¿Por qué? — preguntó ella, antes de que pudiera contenerse —. ¿Es por consideración o porque he hecho algo que te ha disgustado? ¿Acaso es un truco, o una prueba?

— Dios, April... — comentó él, sin saber si echarse a reír o a llorar —. Piensas demasiado.

— Y tal vez tú no piensas lo suficiente.

— No se trata de un ejercicio intelectual. Uno tiene que dejarse llevar por lo que siente.

— Eso ya lo he intentado y mira en qué posición me encuentro.

— ¿A qué te refieres?

– Un primer amor fracasado, un desastre de matrimonio y una carrera en declive como escritora de novelas románticas.

– No sé qué decir – contestó Luke—. Podría ser que todo es lo opuesto, que todo surgió por dejarse llevar por el poder mental en vez de por la inteligencia.

– Una respuesta muy clara, ¿verdad? – comentó ella—. Si eres tan experto, entonces, ¿qué es lo que sientes tú ahora que te empuja a dormir de nuevo al aire libre?

– No sé si voy a saber ponerlo en palabras – replicó él, encogiéndose de hombros—. Ni que quiera intentarlo.

– Eso no es una respuesta.

– Muy bien – dijo, tras pensárselo durante un momento—. Supongo que creo que me aproveché de la situación que yo mismo he creado aquí. Te empujé a hacer algo que tal vez no estabas dispuesta a aceptar. Creo que sería una buena idea dar un paso atrás para poder tomar aliento.

– Eso es...

– ¿Una estupidez?

– No, muy generoso – le corrigió ella—. Comprensivo, incluso.

– No te dejes llevar. No me he rendido.

– Ni yo lo hubiera creído.

– Muy bien – dijo él, apartando al gato para sentarse también en el banco—. Mientras los dos sepamos en qué posición nos encontramos...

April no tenía nada que responder. Menos mal, dado que Luke no quería escucharlo. Se levantó y se dirigió hacia la barandilla. Allí, se quitó los zapatos, la camiseta y los vaqueros. Entonces, saltó por encima de la barandilla y se tiró al agua, sumergiéndose limpia y rápidamente. Tardó mucho tiempo en reaparecer, tanto que April se levantó y empezó a examinar algo ansiosa la superficie del agua. Cuando él emergió por fin, lanzó un suspiro de alivio.

Hacía mucho calor. El aire, completamente inmóvil, parecía cargado de la electricidad de los elementos. April se sentía inquieta. No podía acomodarse sobre el firme colchón de espuma de la improvisada cama. El cálido cuerpo de Medianoche no ayudaba a la situación. Además, el camión de seda que llevaba puesto le resultaba opresivo, como si le ciñera demasiado los pechos y las caderas. Era como si la piel le impidiera respirar. Sentía ganas de quedarse desnuda para poder sentir el más mínimo movimiento de aire que hubiera disponible.

Era el tiempo. De eso se trataba. Aquel estado febril no tenía nada que ver con Luke. Nada.

Mentir a Luke era una cosa, un gesto de protección perfectamente comprensible. Sin embargo, mentirse a sí misma era una cosa completamente diferente. Sabía que no se sentiría tan inquieta si estuviera a solas en el barco. Era mejor que lo admitiera...

“Decídetelo...”

April apartó la sábana de una patada con tanta irritación que el pobre Medianoche maulló con fuerza y saltó al suelo. Ella se pasó una mano por debajo de la nuca para retirarse el cabello y así tratar de refrescarse un poco. Entonces, cerró los ojos y, con firmeza, trató de apartar de su cabeza las imágenes de la noche anterior: dos cuerpos entrelazados y sudorosos, ensimismados en una sinfonía de caricias y besos. Una pelea gloriosa...

Tenía que dormir. Respiró profundamente y trató de relajarse. Estuvo a punto de conseguirlo, pero no pudo evitar volver a pensar. Se sentó de repente sobre la cama y se puso de pie. Entonces, avanzó hacia la puerta y la abrió.

Al escuchar el ruido, Luke se incorporó inmediatamente, lo que indicó sin lugar a dudas que él tampoco estaba durmiendo. La silueta de su cuerpo resultaba evidente sobre la sábana, al igual que lo que ocultaban sus calzoncillos.

El barco se meció suavemente. Pasaron varios instantes sin que hablaran. A April no se le ocurría nada que decir, ningún comentario que pudiera aplicarse a la situación, ningún modo sofisticado de confesar lo que le estaba ocurriendo. Su cerebro estaba vacío de todo, a excepción del impulso y el deseo.

Un relámpago iluminó el cielo. Aquella espectral luz cubrió a Luke de plata, resaltando aún más el contorno de sus músculos. Le brilló en el cabello, pero le dejó los ojos sumidos en sombras impenetrables.

—¿Qué ocurre?

La voz ronca y profunda de Luke le llegó a los oídos y contribuyó un poco más a inflamar la parte inferior del cuerpo de April. Llena de osadía, respondió.

—Me he decidido. Ven a la cabina.

Capítulo 15

— Pensaba que jamás me lo ibas a pedir — dijo Luke, con una sonrisa en los labios. De hecho, tan convencido había estado de que April no se lo iba a sugerir, que había estado nadando hasta quedar completamente agotado, tanto que casi no había podido ni subirse al barco. No había conseguido bajar el alto nivel de su testosterona, pero al menos había servido para beneficiar su autocontrol.

Decidió no darle a April la oportunidad de pensárselo. Se bajó del banco y se acercó a ella. En la puerta, se agachó para colocarle un brazo por detrás de las rodillas y otro en la espalda. Entonces, sin esfuerzo alguno, la levantó contra su pecho. Atravesó la puerta con facilidad y la cerró con un pie.

Al llegar a la cama, dudó, casi como si tuviera miedo de ir más allá. En cualquier caso, la excusa que ella llevaba como camisón resultaba tan sugerente que Luke casi tuvo que suprimir un gemido de placer.

— ¿Te referías a esto? — preguntó, mirándola con una mezcla de deseo y duda.

— Si es lo que tú quieres... — susurró ella.

— Sabes que sí, pero tengo que estar seguro de que no estoy yendo demasiado lejos.

April le colocó una mano sobre los labios y rozó la sensible piel con las yemas de los dedos.

— Piensas demasiado — murmuró, con una sonrisa —, pero, si te ayuda a sentirte mejor, te prometo decirte cuándo detenerte.

Aquello fue más que suficiente. Entre susurros y palabras que no significaban nada más que su propia satisfacción, escaló las cumbres de los senos de April con el mismo asombro que un muchacho que sube por primera vez a una montaña o del explorador que se adentra por primera vez en un territorio inexplorado. Tenía todo el tiempo del mundo, y lo utilizó para reunir miles de sensaciones y de impresiones, un precioso tesoro para cuando llegara el momento en que no tuviera nada.

April estaba en silencio, disfrutando y gozando de las sensaciones que experimentaba. Se sentía tan sensible... Sólo un roce del aliento de Luke o de sus labios podía hacer que se echara a temblar presa del placer. Como era demasiado refinada y cuidadosa para utilizar las uñas en sus momentos de mayor tensión, lo abrazaba con fuerza y desesperación, mostrándole sin lugar a dudas lo que necesitaba. Proporcionárselo le dio a Luke más dicha de la que había conocido nunca. April era toda elegancia y cariño, una mujer exquisita, con una inclinación muy generosa hacia la reciprocidad. Era seda y terciopelo, dulce esencia. Gloria perfecta. Hundirse en las tiernas profundidades de su cuerpo hasta sentir que el corazón de ella latía al tiempo que el suyo era la sensación más maravillosa que había experimentado nunca, la sensación que justificaba su existencia, la que había buscado durante toda su vida. Enviarlos a ambos a una estrellada y maravillosa oscuridad fue su único propósito, la recompensa por todo lo bueno que había hecho, por sus esfuerzos. Era su lugar natural, la fusión con la otra parte de sí mismo que, por fin, le hacía sentirse pleno.

Después, mientras la abrazaba y contemplaba la oscuridad, maldijo en silencio a los Hados que le habían arrebatado años enteros de amar a April por el descuido de una

sola noche. Y tenía miedo, miedo de que pudiera tener que contentarse tan sólo con saborear su dulce promesa cuando podría tenerlo todo.

Se despertó con la luz del sol en el rostro. Bostezó e inhaló los deliciosos sabores del café y del beicon frito, acompañado del dulce aroma de las sábanas bien revueltas. Una lenta sonrisa se le extendió en el rostro y estiró los brazos hasta que le sonaron las articulaciones.

De repente, tocó algo suave y peludo con el coló. No era lo que había esperado y, mucho menos, lo que le habría gustado, dado que April ya estaba levantada.

Maldito gato.

Luke abrió un ojo y giró la cabeza. Estaba prácticamente tocando la nariz del felino con la suya. Sin embargo, aquel contacto no fue suficiente para recuperar su buen humor. Deslizó la mano por debajo del animal y lo levantó por encima de él. Medianoche era tan grande y tan blandito que sus pies descansaban suavemente sobre el pecho de Luke. Pareció preguntarle algo en su idioma gatuno.

– Buenos días a ti también, amigo. ¿Dónde estabas tú cuando tu ama nos abandonó? Lo menos que podrías haber hecho era despertarme antes de que ella se marchara.

– Miau – replicó Medianoche.

– Bueno, sí. Sé que has tenido una noche algo agitada y lo siento, pero tendrás que mostrarte tolerante con el jaleo, igual que estoy seguro de que ella hace contigo de vez en cuando.

El gato volvió a maullar como si respondiera.

– ¿Dices que últimamente no? Bueno, pues tendrás que aguantarte, dado que ya sabes que ella hace todo lo posible por ti. No lo hace tan mal, considerando su limitada comprensión del...

– ¿Ego masculino? – comentó April, desde la puerta.

– Iba a decir “de las necesidades masculinas” – dijo él, con una sonrisa.

– Mi comprensión sobre ese tema van mejorando a marchas forzadas. El desayuno está preparado – anunció, con una sonrisa.

– Y yo también – susurró Luke, aunque el apetito que se reflejaba en su voz no tenía nada que ver con el beicon o el café.

– ¿De verdad?

– De verdad.

– Ese desayuno es tu recompensa.

– ¿Mi qué?

– ¿Te acuerdas de nuestra apuesta?

April se refería a aquel estúpido desafío y a la sugerencia de que ella debía prepararle el desayuno si sucumbía. Luke sacudió la cabeza.

– Olvídalo.

Ella se desabrochó el cinturón del batín que llevaba puesto y se acercó a él, dejando que la prenda se le abriera para dejar al descubierto su desnudez. Le quitó al gato de las manos y lo depositó en el suelo. A continuación, levantó una rodilla para colocarse a horcajadas sobre el torso de Luke y así poder acomodarse encima de él.

– Resulta imposible agradar a algunas personas – se quejó.

– Ni que lo digas – susurró él, con voz ronca, mientras empezaba a acariciarla.

– Miau – concluyó Medianoche.

A medida que la mañana fue avanzando, el calor se hizo infernal. Luke se puso a trabajar en el motor del barco para así poder colocar las bujías que había retirado el día anterior, limpiar y ajustar el motor y llenar el depósito de gasolina. Mientras estaba en ello, revisó todo lo demás. El trabajo lo ayudaba a pasar el tiempo y se imaginaba que era mejor estar preparado por si se tenían que marchar a toda velocidad sin previo aviso.

A continuación, limpió un poco la cubierta delantera, barriendo la suciedad y las hojas y retirando las omnipresentes arañas de la barandilla. Cuando terminó, se sentía tan sucio y acalorado que se lanzó al agua con los pantalones cortos que llevaba puestos. Tras subir a bordo, no se molestó en cambiarse sino que dejó que la ropa se le secase sobre el cuerpo.

Se alegró de ver que April también iba vestida con lo esencial, unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes sin sujetador. Mientras Luke limpiaba el barco, ella se había concentrado en su trabajo. Al principio, había utilizado el ordenador, pero muy pronto se había cansado de forzar la vista por la brillante luz del sol y se había pasado a la pluma y al papel. La única vez que se movió a lo largo de las siguientes horas fue para seguir la sombra, trasladándose de la cubierta trasera a la delantera. Luke la dejó en paz tanto como le fue posible.

A media mañana, le llevó la crema de protección solar. Le habría gustado que ella le invitara a aplicársela, pero se lo tomó con filosofía cuando no recibió dicha invitación. Su recompensa vino ya por la tarde, cuando un chaparrón los llevó a los dos a la cabina. April y él hicieron el amor durante el tiempo que duró la cálida lluvia, dejando que la humedad exterior les refrescara los cuerpos. Cuando estuvieron saciados, durmieron, despertándose sólo cuando el sol volvió a salir e hizo subir tanto la temperatura que un baño fue un esperado alivio.

A primeras horas del atardecer, Luke se puso a pescar, bajo la atenta observación de Medianoche, que no dejaba de menear la cola. Mientras Luke limpiaba el pescado, le dio al gato unos trocitos cuando creía que April no miraba. Si ella se dio cuenta, no dijo nada. A Luke le pareció que tal vez no le importaba tanto como le hacía creer.

Sin embargo, como resultado de tantas atenciones, el gato se convirtió en su sombra. Por supuesto, las caricias y la conversación que le dedicaba al felino tuvieron también algo que ver. No podía evitarlo. El pobre animal se volvía loco sin nada que hacer más que comer y dormir. Además, su verdadera dueña le dedicaba muy poca atención. Luke entendía muy bien cómo se sentía.

Aquella noche, cuando el hambre se hizo casi imposible de soportar, le preguntó al gato:

—¿Qué crees que a April le apetecería para cenar?

Medianoche permaneció sentado, como considerando el problema. Al final, terminó maullando.

—¿Pescado? Me parece una excelente sugerencia, Monsieur Gato. Da la casualidad que esta noche tenemos un pescado muy fresco. Ahora, como tú la conoces muy bien, ¿crees que le apetecerá frito otra vez o asado?

Medianoche giró la cabeza y bostezó.

—Es cierto —afirmó Luke, frunciendo el ceño—. Hace mucho calor para encender el horno, pero lo mismo se podría decir de la sartén, ¿sabes?

April levantó la mirada desde el lugar donde estaba sentada y sonrió.

—¿Qué tal a la parrilla?

—¿Has oído eso, compañero? —le preguntó Luke al gato—. Ha hablado. Nos ha honrado con cinco palabras. Una frase entera. ¡Y qué brillante sugerencia! Ya sabía yo que la teníamos aquí por alguna razón.

—Miau.

—Bueno, sí, entiendo lo que quieres decir. Admito que su atención es bastante intensa a veces, pero nos pasamos tan poco tiempo en la cama que...

—Lo estás pidiendo... —comentó ella.

—Eso es mejor que suplicar, ¿no te parece? April cerró su cuaderno y lo dejó a un lado. Entonces, colocó la pluma encima muy cuidadosamente.

—Yo prepararé la ensalada —dijo—, para que no se tarde tanto en llegar del primer plato a... los postres.

El modelo de aquel día se repitió en los dos siguientes. Luke se sentía contento de poder vivir el momento. En ocasiones, le resultaba muy fácil olvidarse de que aquella situación idílica tendría que terminar, que alguien podría estar tratando de encontrar a April para hacerle daño. Por ello, él no bajaba la vigilancia. No había muchas personas que conocieran aquel lugar, pero nunca se sabía.

En la tarde del tercer día, mientras organizaba un poco la cabina, se encontró con una de las novelas de April. La tomó y empezó a hojearla. La portada mostraba a un hombre y a una mujer que se abrazaban en una sugerente, pero poco probable pose. En la contraportada, el resumen resultaba muy interesante. Algo sobre un ex agente de la CÍA y una mujer muy independiente.

Se llevó el libro a la cubierta trasera y se sentó. Empezó a leer un poco de aquí y de allí y, entonces, soltó un silbido. Rápidamente volvió a la primera página y se concentró en la historia.

Más o menos una hora más tarde, April se bajó del tejado de la cabina, donde había estado trabajando y, al verlo, recostado con el libro entre las manos y a Medianoche al lado, se quedó atónita.

—Debes de estar realmente aburrido —comentó ella, después de un momento.

—No —respondió él, con una sonrisa, aunque sin apartar la atención de la página.

—Jamás te habría imaginado leyendo un libro.

—Pues ya sabes que te equivocas.

—Seguramente tiene que haber algo que sea más de tu gusto por alguna parte.

—¿Y qué es, según tú, eso más de mi gusto? ¿Una revista de coches o simplemente el Playboy?

—No quería...

—Claro que sí.

—Te prometo que no —dijo ella, sonrojándose—. Lo que tenía en mente era algo como un thriller de acción.

—¿Y qué tiene de malo éste? —replicó él—. Todo el mundo lee tus libros. ¿Por qué tenía que molestarte que los leyera yo? —añadió, sospechando la razón del comentario que April había hecho.

—No sé... Tal vez sea la razón por la que lo estás haciendo.

—¿Que es?

—Dímela tú. Dudo que sea porque te encantaban los cuentos de hadas cuando eras niño o porque crees que el amor es la panacea de todos los problemas de los seres

humanos. No me imagino que te pueda gustar una historia en la que la mujer siempre gana o en la que se afirma que el amor es el poder que da la vida y el mejor antídoto para el impulso masculino de matar.

– Te recuerdo que las novelas románticas las inventaron los hombres.

– No las inventaron. Se limitaron a escribirlas en un momento en el que la mayoría de las mujeres carecían de conocimientos o de tiempo para ponerse manos a la obra.

– Tal vez, pero nada ni nadie es más romántico que el muchacho adolescente que se enamora por primera vez.

– ¡Entonces, es una pena que se les termine el romanticismo! Tal vez los hombres deberían volver a aprender lo que significa ser romántico en vez de reunirse los unos con los otros para practicar con los tambores y los aullidos primitivos.

– No se les termina. Simplemente ocurre que el romanticismo se ve derrotado por las mofas y los rechazos. Los hombres no tienen que volver a aprender nada, simplemente tienen que recordarlo.

– ¿Acaso estás diciendo que... ?

April se detuvo en seco. La respiración se le había acelerado tanto como si hubiera estado cogiendo.

Luke guardó silencio. Si ella quería tomarse personalmente aquel comentario, no le importaba.

Ella le dedicó una mirada de desaprobación y se dio la vuelta. Entonces, se detuvo un instante y miró hacia atrás.

– Vamos, Medianoche. Vente conmigo.

El gato la miró y meneó la cola, pero no se movió. Parecía lo más adecuado. Después de todo, él también era macho.

April se dirigió a la cabina sin mirar atrás. Luke la miró durante unos segundos y entonces suspiró.

– Vaya, Medianoche. Supongo que eso significa que hoy no hay siesta.

Luke terminó el libro justo antes de cenar. Durante un buen rato, permaneció mirando al espacio, pensando. Entonces, se levantó y fue a buscar otra novela de April Halstead.

Resultaba increíble cómo lo atrapaban los mundos que April construía con sus frases. El color y la calidez de su imaginería lo enganchaba, los argumentos lo intrigaban y se sentía como si estuviera explorando la personalidad de April en el modo de pensar de los personajes femeninos. Los hombres parecían algo idealizados, pero no les prestaba demasiada atención, tan sólo para justificar su implicación en la historia. Tal vez por eso se sorprendió tanto cuando lo comprendió.

Él era el protagonista.

O el protagonista era él. Él estaba en los libros de April. Ella no lo había utilizado simplemente como modelo físico para sus hombres, tal y como le había hecho creer. Había reflejado la esencia de Luke en sus páginas. No era de extrañar que se hubiera puesto tan nerviosa cuando él empezó a leer su libro.

Para convencerse de que no estaba alucinando, reunió las tres novelas que había abordado y examinó sus páginas. Encontró trozos de descripción sobre cómo se movía o hablaba el protagonista, sobre sus costumbres, sus gestos, sus buenas y sus malas cualidades.

Realmente, el protagonista se basaba en él. April no lo había utilizado tan sólo en una ocasión, ni había sido tampoco una idea reciente. Aquellos tres títulos se habían publicado mucho antes de que ella regresara a Turn-Coupe y él era el protagonista de los tres. Aún más, April lo había descrito tan bien que el pelo se le erizó en la nuca. Era como si lo hubiera colocado en un microscopio y lo hubiera diseccionado, dejando al descubierto su corazón y su pensamiento para que todo el mundo lo viera.

No obstante, después de un momento, comprendió que no era del todo él. Jamás había sido tan fuerte ni tan guapo ni tan inteligente. Jamás en toda NÚ vida había sabido hablar tan bien. Ni, que él supiera, había sido tan fantástico en la cama. Por supuesto, las escenas de cama podrían haber sido tomadas de su relación con Tinsley, aunque le extrañaba.

Recordó aquel día en Nueva Orleans, cuando April y sus amigas escritoras se habían divertido tanto a su costa, diciendo que él era el prototipo del protagonista de una novela romántica. Ella debía de haberse reído tanto...

¿Y las fotos que tenía en su despacho, encima del ordenador? No estaban allí por accidente. Además, la colección no era reciente, algo de lo que debería haberse dado cuenta en el momento. No. April debía de haberlas utilizado como recordatorio, como inspiración, durante muchos años. Eso significaba que probablemente seguía utilizándolo... Eso podría explicar las miradas que ella le había lanzado en los últimos días.

Sin embargo, si él era el protagonista masculino, ¿quién era la protagonista femenina? ¿Acaso se describía a sí misma? ¿Se habría estado acostando mentalmente con él desde hacía años sin que él lo supiera?

¿Sabrían el resto de las mujeres de Turn-Coupe, tal como Betsy, Regina e incluso su abuela May, que tan religiosamente leían sus libros, que lo utilizaba a él? ¿Se habrían dado cuenta y jamás se lo habían dicho?

Luke guardó los libros donde los había encontrado y salió a la cubierta. Se apoyó sobre la barandilla y trató de asimilar lo que acababa de averiguar. Tenía que decidir lo que significaba, si era algo que iba más allá del hecho de que era un tipo muy concreto de hombre, alguien a quien April conocía bastante bien y al que no le importaba explotar.

Lo más fácil sería preguntárselo a ella, pero no estaba seguro de querer hacerlo. En primer lugar, porque tal vez la verdad le resultaría difícil de asimilar y, en segundo lugar, porque probablemente no le gustaría cuando lo oyera. Además, había algo rondándole la cabeza, un impulso formado a medias que no era capaz de concretar.

De repente, lo comprendió todo. ¿Y si April anhelaba en secreto al protagonista que había creado para sí? ¿Y si aquel hombre ideal era precisamente lo que ella deseaba? ¿Y si él se convertía en ese hombre tanto como le fuera posible?

—¿Qué te parece, Medianoche? —le preguntó al gato, que lo había seguido al exterior—. ¿Crees que tengo posibilidad de éxito?

Medianoche se le acercó y se le frotó contra las piernas. Entonces, se sentó a sus pies y empezó a ronronear. A Luke le pareció que lo animaba a hacerlo.

No regresó al interior de la cabina, sino que durmió allí, en la cubierta, enfrentándose a los mosquitos. A la mañana siguiente, aún había cierta tensión entre April y él, por lo que Luke se marchó a la cubierta delantera con el tercero de los libros. April se

retiró al techo de la cabina, una vez más con su pluma y su cuaderno. A mediodía, los dos estaban al borde de la insolación porque eran demasiado testarudos como para ocupar la misma sección de sombra al mismo tiempo.

A media tarde, Luke escuchó el zumbido. Era algo parecido a una sierra mecánica muy lejana o, mejor aún, un avión de juguete que funcionaba por control remoto. Sus niveles de adrenalina comenzaron a subir rápidamente.

El sonido se acercaba rápidamente. No se trataba de ningún avión de juguete, sino de uno de verdad. Parecía acercarse rápidamente a la zona y volaba muy bajo, casi acariciando las copas de los árboles.

Luke se puso de pie con un rápido movimiento.

— ¡Baja de ahí ahora mismo! — le gritó a April —. ¡Vamos!

Ella se puso de pie, mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

— ¿Qué ocurre?

— Un avión. Podrían estar buscándote. ¡Baja de ahí ahora mismo!

Durante un momento, ella miró al cielo. Entonces, se dio la vuelta y se dispuso a bajar por la escalera. Sin embargo, el rugido del motor del avión se acercaba cada vez más. Luke sabía que no había tiempo. Atravesó rápidamente la cabina para llegar a la cubierta trasera y le gritó a April:

— ¡Salta!

Ella tenía el rostro muy pálido, los ojos enormes. Llevaba el cuaderno metido en la camiseta para poder agarrarse al pasamanos. Al ver a Luke, no lo dudó.

El la agarró por la cintura y la empujó al interior de la cabina. En aquel momento, el sonido del avión era ensordecedor. Su sombra se cernía ya sobre el barco. Entonces, les pasó por encima con una corriente de aire tan potente que hizo que los árboles que les rodeaban se movieran como si fueran presa de un huracán. El agua se rizó e hizo que el barco se meciera violentamente sobre su superficie.

— ¡Medianoche! — gritó April, por encima del ruido —. ¿Dónde está?

El gato, que no era ningún necio, se había colado por la puerta de la cubierta delantera y estaba en el interior de la cabina con ellos, donde estaban a salvo.

O, mejor dicho, donde habían estado a salvo hasta aquel momento.

Capítulo 16

April sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo mientras estaba entre los brazos de Luke y escuchaba cómo se iba alejando el avión. A pesar del calor que reinaba en el ambiente, le resultó agradable cobijarse en la calidez que emanaba del torso desnudo de él. Se sentía completamente helada.

– ¿Quién era? – preguntó, cuando pudo pronunciar las palabras.

– No he conseguido verlo – respondió Luke.

– Yo tampoco – susurró. Justo en el momento en el que se apartaba de Luke, notó que el sonido del avión cambiaba –. Va a regresar.

– Eso parece. Creo...

– ¿Qué?

– Que quien esté a los controles del avión esperará ver a alguien a bordo en vez de un barco de aspecto desierto. Con el ruido que ha montado, la mayoría de la gente estaría fuera, mirando.

– Crees que esperará verte a ti.

– Si está registrando esta parte del pantano, debe de tener una buena razón. Tal vez sepa que yo no estoy en Chemin-a-Haut e incluso conozca que este barco es mío.

April había llegado a la misma conclusión. El avión se estaba acercando. Tenían que tomar una decisión.

– ¿Estás seguro?

– No, pero ¿qué otra solución tenemos, especialmente si queremos saber de quién se trata?

– Muy bien – dijo ella –. Ten cuidado.

La mirada de Luke se tornó algo turbia durante un momento.

– Lo tendré – respondió. Entonces, salió a la cubierta delantera.

April observó sus movimientos, que estaban destinados a imitar a los de un hombre que tenía todo el tiempo del mundo en las manos. Levantó la cabeza hacia el cielo y se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

– No exageres – le advirtió ella.

Supo que él la había oído porque torció la boca un poco.

El rugido del motor del avión se iba acercando. Brevemente, April se imaginó la explosión verbal que habría tenido que soportar de Martin si ella se hubiera atrevido a criticar una de sus hazañas machistas. Su ex marido no veía nada con humor, aunque tampoco era de los que se exponían voluntariamente a situaciones de riesgo.

No dejaba de pensar, de analizar, como modo de protección al miedo que se había apoderado de ella. El avión se acercaba cada vez más, pero Luke permanecía inmóvil, esperando, lo que le llegó muy dentro del corazón. Sintió la necesidad de pedirle que entrara, pero no podía hacerlo.

¿Y si la persona que pilotaba aquel avión tenía una pistola? ¿Y si arrojaba alguna clase de explosivo sobre el barco? ¿Y si volaba lo suficientemente bajo como para que alguien pudiera tirarse a la laguna armado con un arpón? ¿Y si...?

El avión pasó por encima del barco. Luke giró sobre sí mismo para no perderlo de vista y observó cómo desaparecía. El zumbido del motor dejó paso al silencio más absoluto.

April cerró los ojos, respiró profundamente y soltó el aire. Su problema era que tenía una imaginación demasiado viva. Deformación profesional.

Cuando estuvo segura de que no había nadie cerca, salió de la cabina y se reunió con Luke. El estaba en la proa del barco, contemplando el cielo.

– ¿Conoces a alguien que sepa pilotar un avión? –le preguntó Luke.

– Aparte de ti, no. Sin embargo, cualquiera podría contratar un piloto.

– Tienes razón.

– No crees que es una coincidencia que el avión haya pasado tan bajo, ¿verdad?

– Me encantaría creerlo.

April no necesitó que dijera nada más. En aquel momento, Medianoche se acercó a ellos y se les enredó entre las piernas.

– Me dijiste que Roan dedujo que yo estaba contigo porque nos vieron marchándonos juntos del festival –dijo ella–. ¿Qué ocurrirá si quien pilote ese avión decide regresar con un barco para comprobarlo?

– La posibilidad de que encuentren el camino para llegar hasta aquí es muy pequeña. A menos...

– A menos que sea alguien que conozca el pantano tan bien como tú.

– No hay muchos –respondió él.

– ¿Conoces a alguien que pudiera hacerlo?

– Sí.

– ¿Se trata de alguien que yo conozca?

– Frank.

Frank Randall, que odiaba a Luke y al que no le importaría hacerle mal. El hombre que los culpaba a ambos por la muerte de su hermana.

La posibilidad había estado presente desde el principio, pero a April no le gustó ver que se confirmaban sus sospechas.

– No tiene por qué estar implicado –dijo ella–. Si es otra persona, tal vez no haya querido aceptar el trabajo.

– O tal vez se haya puesto loco de contento.

– Sin embargo, por si acaso...

– Lo mejor es que movamos el barco en cuanto oscurezca –afirmó Luke.

Eso fue precisamente lo que hicieron. Izaron anclas y se dirigieron de nuevo a la parte principal del lago a una velocidad muy baja y sin encender las luces. April se sentó en la proa, a modo de vigía, para advertir a Luke sobre los bancos de arena y los troncos que flotaban sobre el agua. Después de lo que pareció una eternidad, llegaron a un pequeño meandro de agua, que estaba casi asfixiado por la vegetación y los árboles. Muy lentamente, avanzaron por aquel angosto pasillo durante unos quinientos metros. Cuando las ramas les impidieron seguir avanzando, Luke detuvo el motor. April, que se había retirado a la cabina mientras se deslizaban por debajo de la vegetación, dejó escapar el aliento que había estado conteniendo. Por fin, Luke encendió un par de luces.

– Creo que aquí resultará muy difícil encontrarnos. Cuando se haga de día, añadiré algo más de camuflaje.

– Espero que tu barco no haya sufrido muchos daños. Es decir, te agradezco que hagas todo esto por ayudarme, pero siento que se te haya arañado.

—Lo compré para que resultara útil. Si se lleva algún que otro golpe, no pasa nada. No se me ocurre una causa mejor.

Resultaba difícil permanecer enfadada con un hombre que no sólo era capaz de decirle algo así, sino que también estaba corriendo riesgos al protegerla a ella. Luke hacía que se sintiera segura, lo que era milagroso. Además, había liberado su creatividad de tal manera que las palabras le fluían de la pluma como si ésta fuera un pozo artesiano. Siempre había sido el manantial de su arte, una fuente de inspiración para los protagonistas masculinos que creaba, pero la relación física que habían compartido había conseguido transportarlos a otra dimensión, mucho más vibrante. Había vuelto a ser una escritora. Otra cosa más que le debía a Luke.

Por muy turbador que él pudiera resultar, se alegraba de estar allí con él, tal vez porque su ejemplo y su firmeza le habían ayudado a deshacerse de los temores y a vivir el momento. Durante los días anteriores, no había dejado de pensar que, por mucho que le hubiera dolido al principio aquella huida, no había tenido efectos negativos. No sabía si seguiría sintiendo lo mismo cuando todo hubiera terminado. También le resultaba completamente desconocido lo que surgiría del aquel nuevo episodio entre ellos. Por el momento y hasta que todo hubiera terminado, quería estar a su lado. Lo deseaba y lo necesitaba.

Sabía que había mucho más, pero no quería analizarlo por el momento. Tal vez incluso no sería recomendable mientras estuvieran allí a solas. Sólo quería que, tras aquel episodio de distanciamiento que había habido entre ellos, las cosas volvieran a ser igual que antes tan rápidamente como fuera posible.

—¿Vamos a echar las anclas o simplemente a amarrar el barco? —le preguntó.

—Sólo a amarrarlo para evitar que el viento nos lleve a una zona más despejada.

—Si me dices dónde quieres los cabos, te echaré una mano. Ha sido un día muy largo y, a no ser que se te ocurra algo mejor, tengo ganas de acostarme.

—Hazlo —dijo él, tras considerar la idea durante un instante—. Yo amarraré el barco.

—En ese caso, haré la cama. Yo... Bueno, me gustaría que durmieras dentro. Me molesta tener la cabina para mí sola mientras tú tienes que estar aquí fuera con las serpientes y los bichos.

—No creo que te moleste tanto como me molesta a mí —replicó él, con una sonrisa.

—Muy bien entonces

—No, chére. Está mejor que bien. Es fantástico...

Luke entró en la cabina minutos después. Había algo diferente en él. Seguía disfrutando con sus palabras y susurros, pero sus caricias eran más profundas, menos tentativas. Parecía presentir lo que ella deseaba antes de que la propia April lo supiera. Su concentración era absoluta, dirigida exclusivamente a proporcionar gozo a April. Lo consiguió con gran habilidad, provocando que todos los nervios del cuerpo de ella se hubieran sensibilizado hasta resultar casi insoportable, haciéndola desear el peso de Luke encima de ella, dentro de ella. Luke no tardó en complacerla.

Cabalgaron juntos, gozaron juntos. Luke era todo lo que ella podía desear y le correspondía con idéntica fuerza. Representaba todo lo que había imaginado en un amante, un hombre experimentado, imaginativo, incansable, cariñoso...

Durmieron hasta muy tarde. Un enorme árbol les daba cobijo por lo que tardaron más que de costumbre en sentir el calor. Cuando April se despertó por fin, acurrucada contra Luke, no quiso moverse. No quería molestarlo a él, que la tenía

entre sus brazos, pero también, por primera vez desde hacía días, no le apetecía levantarse para trabajar. Sólo quería permanecer allí tumbada, disfrutar del momento.

Por supuesto, nada de todo aquello significaba algo especial. Todo se reducía a la atracción química y a la compatibilidad física. Todo eso tenía muy poco que ver con el amor. Eran pasajeras, mientras que el amor era eterno. Había aprendido aquella lección hacía mucho tiempo.

Efectivamente, la atracción que sentía hacia Luke había sobrevivido a todo lo que se interponía entre ellos. Eso no demostraba nada, ni siquiera significaba que fuera amor. No podía ser. ¿Cómo podía ella amar a alguien en quien no podía confiar?

¿O acaso sí que confiaba en él? ¿No resultaba un poco ilógico depender de una persona para que la mantuviera a salvo y negarse a aceptarlo en su corazón?

Julianne había tenido razón. Luke no se parecía en nada a su padre. Jamás se había parecido, razón por la cual se había vuelto a él hacía tantos años. Su padre había sido un hombre egoísta y cínico. La había querido, sí, pero había querido más a su orgullo. Veía claramente lo que tanto le había costado comprender cuando era una adolescente.

También comprendía a Luke mucho mejor. Sabía que él la protegería. A pesar de que la había llevado con engaños al barco, ya no podía considerar que él tuviera algo que ver con lo que le estaba ocurriendo. Tal vez había tratado de pensar así para protegerse, pero no le cabía la menor duda de que hacía mucho tiempo que sabía que era imposible.

No. Luke no podía ser tan diabólico como para fingir que la estaba rescatando de un peligro que él mismo había creado. Además, se había mostrado demasiado cariñoso, demasiado paciente. No tenía nada que ganar de un plan tan elaborado. No le había hecho promesa alguna ni le había pedido nada. La intimidad que se había producido entre ellos había sido algo accidental, no el resultado de nada que él hubiera hecho. Nadie podría crear un plan elaborado para esa clase de recompensa.

¿O sí?

Se apartó de Luke y se incorporó sobre un codo. Él tenía el rostro relajado, tanto que parecía más joven, menos cínico. No obstante, las primeras líneas de expresión le rodeaban ya ojos y boca. Tenía las pestañas tan espesas que tejían juntas una maraña. Las curvas de su boca eran una pura tentación.

— Bueno — dijo él, en tono seductor —, ¿a qué estás esperando?

— Nada — susurró ella, llena de delicia.

Mucho más tarde, tomó la pluma y el cuaderno y se puso a escribir en el banco de la cubierta delantera. Aunque aquella mañana no tenía muchas ganas de trabajar, había descubierto hacía mucho tiempo que era más probable que encontrara la inspiración si estaba preparada para ella. Trató de escribir cualquier cosa, sólo para empezar. Algunas veces, eso era lo único que necesitaba.

Sin embargo, Luke afectaba su concentración. Estaba cortando las ramas más bajas del árbol, las que arañaban el casco del barco y las paredes y el techo de la cabina. Después, las ataba al barco como camuflaje adicional. De repente, una rama que estaba tratando de cortar se le escapó de entre las manos y golpeó con fuerza el árbol, provocando que algo que había sobre las ramas superiores cayera a la cubierta, justo encima de su regazo.

¡Una serpiente!

April lanzó un grito. Su cuaderno salió volando en una dirección y el bolígrafo en la otra. Se puso de pie inmediatamente y dejó que la serpiente cayera sobre la cubierta. El animal siseó y abrió la boca, lo que hizo que April diera un salto hacia atrás y se tropezara con la barandilla.

Tan rápido como un relámpago, Luke saltó a la cubierta desde el techo de la cabina. En la mano, llevaba aún el hacha que había estado utilizando.

La serpiente se lanzó hacia él. Luke la esquivó. Con un limpio movimiento, le cortó la cabeza y echó rápidamente los restos al agua. Entonces, se dio la vuelta para mirar a April.

Ella se lanzó hacia él. El cuerpo le temblaba convulsivamente. Luke la estrechó con fuerza contra su cuerpo y la acunó como si se tratara de una niña.

— ¿Estás bien? ¿No te ha mordido?

— No...

— ¿Estás segura? No creo que esa serpiente tuviera tiempo, pero...

— No, no. Estoy segura. Simplemente...

— Estás algo asustada. Cualquiera lo estaría. Esa maldita cosa te cayó encima. No la vi. Siento mucho no...

— No pudiste evitarlo.

— Me alegro mucho de que no te haya mordido. Habrías necesitado un antídoto y estamos tan lejos de cualquiera hospital que, cuando hubiéramos conseguido llegar, tú podrías haber estado ya bastante enferma.

— No ha ocurrido nada. Estoy bien. ¿Habrías hecho todo eso por mí?

— Por supuesto.

— Mi héroe...

El rostro de Luke cambió repentinamente. Entonces, se sonrojó tan completamente que hasta las orejas se le pusieron rojas. Se apartó un poco de ella, dado que parecía estar bastante incómodo.

— Veo que te acuerdas...

April lo comprendió todo. Luke había descubierto lo que ella llevaba años haciendo y ocultando. Luke sabía que era el prototipo de sus protagonistas masculinos. Lo sabía y no parecía muy contento.

Se había dado la vuelta para regresar a lo que había estado haciendo antes, pero ella le colocó una mano en el brazo y se lo impidió.

— Espera.

— ¿Qué? — le preguntó de un modo cortés aunque no demasiado solícito.

No podía hacerlo. No podía confesarse ante él y mucho menos cuando estaban allí aislados de todo el mundo. Su ira y su rechazo serían intolerables si no había medio de que pudieran separarse.

Se humedeció los labios, buscando algo que decir.

— Yo... ¿No te gustaría tomar algo fresco? — le preguntó, por decir algo.

Luke la miró durante un largo instante. Sus ojos adquirieron una expresión más cálida.

— No quieres que te tire más serpientes encima, ¿verdad?

— No, claro, pero me apetece tener compañía.

— Eso es una novedad.

– Muchas cosas han cambiado – replicó ella.

Luke permaneció en silencio, mientras una brisa cálida como el aliento de un amante agitaba las ramas por encima de sus cabezas. Entonces, asintió.

– Tú prepara las bebidas mientras yo termino ahí arriba. Entonces, hablaremos.

-¿Hablar? ¿De qué?

La observó atentamente antes de apartarse de ella. Por encima del hombro, le dijo:

– Más tarde.

April sintió que los músculos del estómago se le tensaban. Aquello no auguraba nada bueno.

Capítulo 17

Luke tenía la mejor intención del mundo, pero no sabía por dónde empezar. Había guardado silencio durante tanto tiempo sobre lo ocurrido aquella noche de hacía trece años que no sabía ni siquiera cómo abordar el tema. El hecho de sacarlo a colación tenía mucho más que ver con April que consigo mismo.

—Sobre Frank Randall —dijo por fin, mientras retiraba la condensación del vaso de zumo de piña que se estaba tomando—. Si él está detrás de todo esto, no es porque tenga nada en contra tuya. Lleva años amenazándome con vengarse de mí. Parece que por fin ha encontrado el modo de hacerlo.

—¿A través de mí?

—Frank jamás creyó que yo hubiera sentido lo que le ocurrió a su hermana. Tal vez crea que necesito otra mujer en la conciencia.

—¿Otra...? ¡Dios Santo, Luke! ¿Crees que con esto vas a hacer que me sienta mejor? ¿De qué me sirve saber que no tiene nada en contra mía si me quiere matar de todos modos?

—No sé cómo te deberías sentir, pero creo que lo debes saber. No obstante, hay algo más de lo que tú imaginas.

—¿Qué quieres decir?

Luke guardó silencio durante un instante.

—Jamás me preguntaste por la noche en la que murió Mary Ellen. ¿Por qué?

—No tuve que hacerlo. Frank me lo contó todo.

—Exactamente. Frank te lo contó. ¿Qué te dijo?

—¿Y qué importa eso ahora? Su hermana estaba contigo. Los dos habíais estado bebiendo. Hubo un accidente. Tú sobreviviste y ella no.

—Dios, April... Tú y yo estábamos prácticamente comprometidos. Habíamos hablado de dónde íbamos a vivir juntos, lo que íbamos a hacer con nuestras vidas y cuántos hijos íbamos a tener. Teníamos un futuro juntos.

—Se suponía que teníamos un futuro.

—Tú fuiste la que decidió que no lo teníamos.

—¡Después de que tú demostraras que no iba a funcionar!

—Fue un accidente. Yo podría haber perdido la vida, pero tú ni siquiera quisiste verme ni saber por mí lo que había ocurrido.

—Me dejaste en la puerta de mi casa y te marchaste de juerga con Mary Ellen Randall

—respondió ella, con voz muy afectada—. ¿Qué más había que decir?

—Te podrías haber preguntado si yo de verdad había estado bebiendo o si yo había disfrutado algo con todo aquello.

—No quiero detalles, por favor.

—¡Ya estamos otra vez! Me estás volviendo a juzgar sin escucharme. Me condenas por la palabra de un hombre que tal vez esté haciendo todo lo posible para tratar de matarnos.

—Yo no...

—¿Acaso me estás poniendo en la misma categoría que a tu padre?

—Si no te importa, vamos a dejar a mis padres al margen de todo esto.

– Me encantaría, April, pero ellos son parte de todo esto porque son parte de ti. Tu padre disparó a tu madre cuando estaba borracho por una pelea que tuvieron por otro hombre. Sin embargo, la verdad era que la estaba acusando a ella de lo que él hacía con regularidad. De hecho, todo comenzó porque alguien le dijo a tu madre que había sido visto en el lago con otra mujer.

– ¡Eso no es cierto!

– Lo es. Está todo en su expediente. Un vecino que oyó parte de la pelea se lo contó a la policía. Tú estabas allí. Lo oíste todo. De algún modo, se te metió en la cabeza que yo era como él. Jamás confiaste en mí y, cuando me sorprendieron en circunstancias similares, inmediatamente diste por sentado lo peor. Y sigue siendo así.

– No, te equivocas – susurró ella.

– Es la verdad – insistió Luke.

April lo miró durante unos segundos antes de volver a hablar.

– Mi padre estuvo a punto de dispararme a mí también. Me puso la pistola en la cabeza. Estaba temblando. Mi madre estaba... Había sangre por todas partes, tanta sangre... Yo no dejaba de llorar y no podía decir ni una palabra. No sé por qué cambió de opinión.

– Porque tú eras su hija y te quería.

– Me dijo que yo era como mi madre, dulce e inocente cuando era pequeña, pero que terminaría de crecer y me convertiría en una mujer falsa, de corazón duro y...

-No...

– Sucia.

– Eso no es cierto. El hombre al que se suponía que tu madre había estado viendo era un abogado – afirmó Luke—. Quería divorciarse. Se decía que ese hombre les cobraba menos a las mujeres atractivas. No sé si eso era cierto o no, pero la mejor amiga de tu madre declaró que no había nada entre ellos. Seguramente, tu madre era igual que tú. Completamente inocente.

April empezó a sollozar muy suavemente.

– Tú lo haces parecer todo tan sencillo. Sin embargo, no podemos estar seguros de algo que ocurrió hace tanto tiempo.

– Ya te he dicho que he visto el expediente. Roan me lo mostró. El abogado hizo una declaración, al igual que un par de vecinos. También estaban las palabras de tu padre antes de...

– Antes de que muriera por un disparo que se realizó en la cabeza él mismo.

– Y de pena. Aparentemente, no hacía más que decir lo mucho que sentía lo que había hecho, lo mucho que deseaba poder dar marcha atrás en el tiempo...

– Dios Santo... – murmuró ella, con lágrimas en los ojos.

– Duele mucho, lo sé. Lo siento.

– No. Yo jamás conocí esa parte ni cómo se sintió mi padre después. Sólo lo recuerdo de pie al lado de mí, diciéndome esas cosas, y luego el disparo. Al principio, yo creí que estaba... Sin embargo, él se había puesto la pistola sobre su cabeza.

– Tú sólo tenías cinco años...

– Aunque hace prácticamente una vida, parece que fue ayer... Bueno, estábamos hablando de Frank – dijo ella, secándose los ojos—. ¿Qué razón había podido tener él para mentirme?

– Venganza en parte. Para arrebatarme la felicidad que tenía por lo que yo le había quitado a él. Tal vez para culpar a alguien, a quien fuera, y no culparse a sí mismo.

– Haces que parezca un tema muy personal.

– Lo era. Sigue siéndolo.

– Muy bien – dijo April, mirándolo a los ojos –. Tal vez no te pregunté lo que había ocurrido cuando debía haberlo hecho. Cuéntamelo ahora.

Luke se sintió abrumado al comprobar que por fin había llegado el momento que tanto había ansiado, la oportunidad de hacerla comprender.

– Mary Ellen era de mi edad – dijo, por fin –, lo que suponía que era un par de años mayor que tú. Eso era una diferencia muy grande en el instituto. Tal vez no te acuerdes mucho de ella, pero, hasta que cumplió los quince años, fue un patito feo. Entonces, cambió por completo. Se tiñó el cabello de rubio, se pintaba las uñas de negro y se vestía muy provocativamente. Los chicos se volvían locos por ella. Por supuesto, tanta atención la convirtió en una muchacha alocada y salvaje, que se escapaba por las noches y aparecía en los lugares equivocados, bebiendo y... otras cosas.

– Si con eso te refieres a que se metía en el asiento trasero de cualquier chico que se lo pidiera, e incluso de los que no se lo pedían, lo sé. Me acuerdo de eso. Si estás buscando el modo de decir que te perseguía a ti, también lo recuerdo.

– Estabas celosa...

– ¡Eso no es cierto! En cierto modo, lo sentía por ella. Resultaba tan... evidente y tenía tan poco orgullo... Además, incluso Frank admitió que iba detrás de ti.

– No aceptaba un no por respuesta con facilidad. Lo único que comprendía era un rechazo en toda regla, pero tenía tan pocas defensas... Resulta difícil apartarse de alguien así sin hacerle daño. Parecía tan desesperada... Siempre buscaba intimidación, pero no se saciaba nunca. Jamás esperaba algo de verdad, como si creyera que no lo merecía. Le tenía mucho miedo a Frank. Se escondía de él y siempre le pedía a todo el mundo que jurara que no le iba a decir a su hermano dónde estaba. No servía de nada. Él siempre la encontraba.

– Frank la protegía demasiado. ¿Es eso?

– No creo que nadie se parara a pensarlo por aquel entonces. Sus padres habían muerto, pero tenían una tía que había vivido con ellos durante muchos años y que pertenecía a uno de esos grupos de la iglesia ultra conservadores. Creo que parte de la rebeldía de Mary Ellen se debía a que, durante años, no se le había permitido llevar maquillaje o vaqueros. Sin embargo, ahora, con la perspectiva del tiempo, creo que había algo más. Algo que no era del todo bueno entre su hermano y ella.

– ¿Estás diciendo que había algo... algo poco natural en la actitud de Frank?

– Efectivamente. El modo en el que ella se comportó aquella última noche y algunas de las cosas que me dijo parecieron sugerirlo. Sin embargo, jamás lo sabremos a ciencia cierta.

– No me lo puedo creer. Pobre Mary Ellen...

– A veces ocurren estas cosas.

– Sí, pero, ¿y esa última noche? ¿Cómo terminó contigo después de que tú me llevaras a mi casa?

– De camino a casa, pasé por la ciudad. Cuando llegué cerca de los tribunales, me di cuenta de que estaban allí Roan y Kane con algunos de los de la pandilla, por lo que

me detuve. Dejé el coche en marcha mientras charlaba con ellos, no me acuerdo de qué. Vi que Mary Ellen estaba también por allí, pero no le di mayor importancia. Mientras estábamos allí, oí que se cerraba la puerta de mi coche. Mary Ellen se había montado y se había puesto detrás del volante...

– ¿Quieres decir que...? No importa. No dejes que yo te interrumpa.

– Ella estaba muy disgustada. Había tomado unas cuantas cervezas y no estaba muy sobria. Por lo que decía, yo deduje que se había peleado con Frank. Eligió mi coche porque estaba a mano, pero también porque creyó que yo la podría proteger de él. Al principio, traté de hablar con ella. Kane y Roan se aburrieron y se marcharon a casa. Después de unos minutos, Mary Ellen miró por encima de mi hombro y me dijo que Frank se dirigía en aquellos momentos a por ella. Me gritó que si quería mi coche, tenía que montarme con ella. Apenas si logré entrar por la ventana abierta antes de que ella saliera disparada como un misil.

– ¿La estaba persiguiendo Frank?

– No lo sé. Si era así, yo no lo vi. No había nadie detrás de nosotros. Antes de que hubiéramos recorrido tres kilómetros, yo me di cuenta de que tenía la intención de matarnos a ambos.

– ¿Porqué?

– Me dijo que, si yo era demasiado bueno para acostarme con ella, tal vez no lo era para morir a su lado.

– ¿No te habías acostado con ella? – preguntó ella, con un cierto escepticismo.

– Dios, April. Tú habías sido la primera y la única. ¿Es que no te diste cuenta?

– ¿Y cómo iba a darme cuenta cuando tú eras el único chico con el que había salido? Sin embargo, siempre di por sentado que, aquella noche, los dos habíais hecho algo más que montar en coche.

– Lo mismo que todo el mundo – comentó él, con cierta amargura.

– Entonces, Mary Ellen era la que conducía cuando os marchasteis de la ciudad. ¿Cuándo te pusiste tú al volante?

– Nunca.

– Frank me dijo...

– Frank no estaba allí. ¿Cómo iba a saberlo? Sin embargo, todos lo creyeron a él. Incluso tú.

– Tenía sentido. Tú siempre conducías muy deprima y tu coche era muy potente.

– Sin embargo, eso no me convierte en un conductor imprudente. O suicida.

– ¿Y Mary Ellen sí lo era?

– Ahora me resulta difícil estar seguro. Algunas veces, creo que quería suicidarse y otras creo que simplemente estaba borracha, que se sentía dolida con el mundo y que no le importaba lo que ocurriera. Conducía como una loca. Quería ver hasta qué velocidad podía llegar. Era como si sintiera que tenía que escapar de algo. No sé, tal vez de sus propios demonios... Todos los tenemos...

– ¿Qué ocurrió después?

– Mary Ellen tomó una curva y se encontró con una furgoneta de la iglesia. Creí que ella quería chocarse con ella de frente, pero, en el último momento, dio un volantazo. Nos salimos de la carretera y dimos varias vueltas de campana. Yo salí disparado porque no me había puesto el cinturón y estaba tratando de controlar el volante. Mary Ellen seguía en el interior cuando el coche se chocó contra un árbol y explotó.

Yo llegué a su lado, pero no pude sacarla. Tenía las piernas atrapadas entre los hierros del coche. Aunque lo intenté, no pude sacarla. Sólo Dios sabe cómo lo intenté... Las llamas quemaban tanto y ella gritaba y gritaba... Algunas veces, aún la oigo...

– ¡No! No pienses más en eso.

– No... – susurró él, reprimiendo un temblor, como si se acabara de desprender de una antigua pesadilla.

– Durante todos estos años, yo creí que tú ibas conduciendo – dijo April después de un instante –. Tú jamás me dijiste nada que pudiera haber corregido mi error...

– No te interesaba nada de lo que yo tuviera que decir. Si tú creías lo peor, no me importaba lo que pensara el resto de la gente. ¿Por qué iba nadie a creerme si tú, la que mejor me conocía, estaba segura de que yo había matado a Mary Ellen? Además, no había manera de hablar del tema sin implicar a Frank y todas las cosas feas que yo sospechaba. Yo sólo era un muchacho. No sabía qué hacer...

– Por eso, consentiste que todos te culpáramos.

– ¿Y por qué no? Tenía la idea estúpida y quijotesca de que debería haberla salvado. Además, no quería añadir más a la reputación de alguien que ya no podía defenderse. Ya se le habían hecho bastantes cosas malas a Mary Ellen.

– Siempre honrado y noble... Lo siento, Luke. No debería haber dicho lo que comenté durante esa cena de Nueva Orleans.

– No te preocupes. Después del accidente, yo me sentía algo confuso y no podía pensar muy claramente. Cuando me di cuenta del daño que había causado guardando silencio, era ya demasiado tarde. A todo el mundo le habría parecido que sólo quería excusarme o tratar de escurrir el bulto. Simplemente lo dejé estar.

April respiró profundamente y suspiró.

– ¿De verdad crees que Mary Ellen murió a causa de Frank?

– Como ya te he dicho, ella no me lo explicó todo con muchas palabras. Podría haber sido simplemente el caso de un hermano demasiado protector que tenía ideas algo conservadoras sobre el lugar de una mujer. Sin embargo, algo parecía empujarla...

– Eso podría explicar las extrañas conversaciones telefónicas que yo he recibido. Si Frank tiene algún problema de índole sexual...

– Ya se me había ocurrido a mí.

– No obstante, no entiendo por qué la ha tomado conmigo después de tantos años.

– Mi teoría es que tal vez Frank nos vio juntos cuando viniste a casa con mi primo y se pudo haber enterado de que Regina quería hacer de casamentera nombrándote su dama de honor para la boda...

– ¿Cómo dices?

– ¿Es que no te diste cuenta? Kane y ella son tan felices que quieren que todo el mundo lo sea también.

– Sigo sin ver el vínculo...

– Frank sabía que tú eras muy importante para mí y que siempre lo habías sido. Tal vez le pareció que íbamos a volver dado que tú habías regresado a la ciudad...

– En otras palabras, quería privarte de mí, tal y como él se había visto privado de su hermana. Aunque tuviera que matar por ello.

– Algo así.

–Creo que tienes razón. Me parece una teoría muy plausible. Así tú dejas de ser sospechoso.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó él, completamente incrédulo.

–No has hablado del detalle de que tú no quieres que hable de tu familia.

–Dios Santo, April. No me importa lo que escribas. Es mi abuela a la que no le hace gracia que metas la nariz en nuestra historia.

– ¡Yo no meto la nariz en ninguna parte!

–Supongo que no crearás que mi abuela se dedica a hacer llamadas obscenas, ¿verdad?

–No, pero alguien las podría haber hecho en su nombre.

–Te refieres a mí.

–La que se realizó al programa de radio se hizo desde un teléfono móvil. En aquellos momentos, tú estabas en tu coche.

–Venga ya, April. Habrías reconocido mi voz.

–¿De verdad? ¿En esa situación?

–Genial –dijo él, levantando las manos–. Muchas gracias, pero espero tener más imaginación que ese tarado.

April se sonrojó como un tomate. Tras pensarlo unos minutos, volvió a tomar la palabra.

–Eso ya lo sé. También sé que no eres un perverso.

–Me alegro de oírlo, aunque me ayudaría a sentirme mejor que tú admitieras que tampoco soy capaz de volar por los aires el barco de mi prima Betsy.

–Sí, creo que tienes razón.

Había llegado el momento de cambiar de tema, antes de que él dijera demasiado. Dejó que pasaran unos segundos y luego dijo:

–Hablando de la familia, ¿qué me dices de ese libro tuyo? ¿Y si descubrieras algún jugoso escándalo que implica a los Benedict? ¿Me puedes decir sinceramente que no sentirías la tentación de utilizarlo?

–Sentir la tentación es una cosa, pero escribir una historia que podría hacer mucho daño es otra muy distinta –protestó ella–. Yo jamás utilizaría algún dato que no fuera público y conocido por todo el mundo. Jamás utilizaría un episodio que pudiera resultar ridículo para alguien.

–¿No?

–¡No! A los editores no les gustan las demandas por difamación. Además, yo me sentiría muy incómoda si supiera que había hecho daño a alguien con mis novelas, en especial a una anciana tan agradable como tu abuela. Siempre se ha portado muy bien conmigo.

–Es cierto.

–Tuvimos nuestras diferencias. Creo que a ella le parecía que éramos demasiado jóvenes para ir en serio, pero todo eso pertenece al pasado. ¿Por qué cree ella que yo querría hacerle daño ahora?

–La muchacha que conoció jamás se lo haría –dijo–. La mujer que yo conozco podría hacerlo. Como tú misma has dicho, has cambiado. Todos hemos cambiado...

–Yo no creo que haya cambiado tanto...

Luke se preguntó qué habría querido decir con eso. ¿Que aún sentía lo mismo que entonces? ¿Que lo que había entre ellos podría ser igual que antes? A Luke le habría

gustado pensar eso, pero temía preguntar. Al mismo tiempo, le parecía que el hecho de que siguieran hablando, e incluso que pudieran bromear un poco, debía significar que ella había creído al menos una parte de lo que le había contado.

– Entonces, ¿qué es lo que estás escribiendo sobre los Benedict? ¿A qué viene tanto secreto?

– No hay ningún secreto. Simplemente, no me gusta hablar de la novela en la que estoy trabajando porque siempre le quita un poco de interés. Si cuento demasiado, tal vez no me apetezca ponerlo en un papel.

– Supongo que eso tiene sentido – admitió él –, pero ayudaría mucho que le pudieras dar a mi abuela una pista sobre lo que tienes en mente.

April se tomó el resto de su zumo de pina. En vez de responder, lo miró por debajo de las pestañas.

– Has hablado de un escándalo jugoso. ¿Acaso hay uno por descubrir?

– Todo es posible. Dios sabe. Seguramente se esconden muchos secretos entre los muros de Chemin-a-Haut.

– ¿Y?

– Bueno, no creo que el tipo de cosa que mi abuela tiene en mente sea posible...

– ¿A qué te refieres?

– No sé...

– Venga ya, Luke. Tu árbol genealógico es casi de interés público. Hay copias hasta en la biblioteca de Túnica-Parish. Está todo allí, documentado hasta el mismísimo Doomsday Books en Inglaterra y hasta las brumas celtas de Escocia. La única desviación que hay es la rama indio-norteamericana, que representa tu tatarabuela. Y ésa es mi historia.

– ¿Sólo vas a utilizar a la abuela Adochia?

– Te lo prometo. Y me basta. La mayoría de las personas piensan en Nueva Orleans y en los asentamientos coloniales franceses y españoles cuando piensan en la historia de Luisiana. Pocos parecen darse cuenta de que aquí hubo también indios, sobre todo en el norte...

– ¿Y eso es todo?

– ¿Acaso no te parece suficiente la poderosa atracción entre tu guapo antepasado y una doncella india, mejor dicho, nativa norteamericana?

– Me han dicho que yo me parezco tanto a ese antepasado que casi resulta imposible distinguirnos.

– Como tú digas. Lo que a mí me intriga de verdad es lo que empujó a una mujer de una cultura tan diferente a dejar a su pueblo, aceptar una nueva religión, un nuevo nombre y a seguir a un hombre con la intención de construir un hogar.

– ¿Qué te parece el amor?

– Debíó de ser algo más.

– Confianza. Cariño. La necesidad de estar con él... Ha ocurrido miles de veces a lo largo de los siglos.

– Es cierto, lo que dice mucho sobre el valor de las mujeres.

– En el caso de mi antepasada, prefiero pensar que dice más sobre lo majo que sería mi tatarabuelo.

– Y supongo que, aparte de parecerte a él físicamente, también hay similitudes en la personalidad.

— ¿Cómo lo has adivinado? — bromeó él—. Bueno, cambiemos de tema. Hablando de sospechas familiares, ¿qué me dices de Tinsley?

— ¿De Martin? ¿Qué es lo que le pasa?

— Sé que dijiste que es demasiado elegante y seguro de sí mismo como para recurrir a este tipo de tácticas, pero él tiene también mucho interés en todo esto. De hecho, si compitiera con Frank por el título de villano del año, se quedaría con mi voto.

— Me parece que estás celoso...

— Por supuesto. Él te alejó de Turn-Coupe y te tuvo a su lado más tiempo del que merecía. Si te está aterrizando ahora con la esperanza de que vuelvas a su lado, será un placer para mí darle una buena patada en el...

— Yo siento lo mismo, te lo aseguro, pero no creo que Martin cuente con la dedicación suficiente como para sacar un plan así adelante.

— ¿No?

— No. Ni siquiera por mi dinero.

— Yo no estaría tan seguro, April. En Nueva Orleans parecía sentirse muy interesado.

— Sí, bueno...

— Es como esa parábola del perro. No quería comerse el heno, pero tampoco quería renunciar al pesebre donde dormía.

— ¡Luke!

— ¿Pero que he dicho?

April empezó a tirarle cubitos de hielo. Luke tomó un par de ellos y los miró con intención, tras observar atentamente el escote de la camiseta de hombreras de April. Entonces, dejó el vaso en la cubierta y le quitó a ella también el suyo.

— Luke, espera...

— No, me has dado una buena idea...

Luke la agarró con rapidez por la cintura y se la sentó sobre el regazo. Al mismo tiempo, deslizó la mano en la que tenía los cubitos por debajo de la camiseta.

Ella contuvo el aliento cuando sintió el contacto del hielo. Entonces, se le puso la piel de gallina, aunque este hecho tuvo poco que ver con el hielo.

— Eres malvado — susurró ella.

— Lo sé — afirmó él, mientras deslizaba el hielo entre los senos para luego acariciar con él los suaves montículos que había a cada lado.

— Un monstruo...

April ya no se oponía. De hecho, lo agarró con fuerza por la nuca y tiró de él hasta que pudo apresarle los labios con los suyos.

— Sí...

Luke la besó dulcemente, delineándole los labios con la lengua. Al mismo tiempo, estimulaba los rosados pezones con el hielo. Después, empezó a bajar poco a poco hasta la cinturilla de los pantalones cortos. Rápidamente, metió la mano.

Ella contuvo el aliento durante un instante. Entonces, volvió a besarlo antes de prometer:

— Pagarás por esto...

— Eso espero — susurró él, prosiguiendo un poco más abajo.

Un suave sonido, medio exclamación, medio gemido, se le escapó del pecho a April. Luke la estrechó entre sus brazos y le besó la boca apasionadamente, sintiendo que él mismo se echaba a temblar. Con gran facilidad, la tumbó en el banco. Con mucho

cuidado y dedicación, la fue refrescando hasta que ella se echó a temblar bajo su mano. La sangre le latía con fuerza por todo el cuerpo y parecía hacerlo con más fuerza aún en la entrepierna.

El silencio los acogió en su seno, un silencio sólo roto por el suave aplauso de las hojas de los árboles y los cánticos de los pájaros. El hielo desapareció muy pronto, perdido entre el creciente calor de los cuerpos de ambos.

Se quitaron la ropa húmeda con más rapidez que elegancia. Las suaves sombras de los árboles les acariciaban la piel y bailando sobre ellos cuando se movían. No había nadie que fuera testigo de su apasionada unión. Nadie que pudiera observar la rítmica danza de la vida.

El clímax se apoderó de ellos con la potencia de una tormenta de verano. Abrazados el uno al otro, Luke la miró y vio que April tenía el rostro arrebolado por el placer. Los ojos entreabiertos quedaban enmarcados por los húmedos mechones de cabello.

—No cierres los ojos —le ordenó él—. Mírame.

April levantó los párpados y lo observó con tierna mirada. Lo vio a él. A Luke. No a un héroe de ficción, completamente perfecto e igual de falso. Vio a Luke Benedict, el hombre.

Cuando Luke estuvo completamente seguro de que ella sabía quién le estaba haciendo el amor, se dejó llevar. La arrastró hacia el centro mismo de un huracán y, entonces, se rindió y dejó que éste los hiciera volar a ambos.

Capítulo 18

April yacía tumbada sobre las revueltas sábanas, observando cómo el día se iba despertando al otro lado de la puerta de la cabina. Por mucho que se esforzara, no lograba escuchar sonido alguno. Todo estaba demasiado silencioso.

Luke se había ido. Volvía a estar sola.

Sabía, o creía saber, por qué se había marchado durante la noche. Dentro de lo posible, quería evitar que ella lo viera yendo y viniendo. A pesar de todo, le habría gustado que él le dijera que se iba a marchar. No le gustaba estar a solas en el barco. Se sentía desprotegida, vulnerable.

Sabía que él se había ido a buscar comida y agua dulce, pero sospechada que no era todo. Sin duda quería descubrir si algo había cambiado, si podían por fin abandonar su escondite. De algún modo, April deseó que él no tuviera tantos deseos de volver a la civilización. Ella ya no lo estaba.

Cuando abrió los ojos, se le había ocurrido que podría acostumbrarse a aquel idilio. Sentirse lejos de las distracciones de los teléfonos, del correo electrónico y de las infinitas obligaciones le daba una cierta sensación de libertad. Se sentía relajada y notaba cómo se expandía el centro de su creatividad. Al menos, podía hacerlo mientras Luke estuviera cerca, de guardia. No le gustaba estar sin él.

¿Cómo había podido cambiar tanto en tan corto espacio de tiempo? No debía ser así. No se podía permitir depender de Luke. ¿Qué haría ella cuando todo hubiera terminado y tuviera que volver a la normalidad de Mulberry Point? No se habían dicho nada durante aquellos días que pudiera indicar que aquella intimidad de la que disfrutaban pudiera continuar en tierra firme. Tal vez Luke consideraba aquellos días como un pequeño alivio a la tensión o, más bien, como una limitada asociación para resolver un asunto del pasado. Luke de la Nuit no estaba acostumbrado a estar atado a una mujer.

¿Qué suponía para ella todo aquello? En primer lugar, le resultaba difícil aceptar la idea de que se había equivocado sobre lo de Mary Ellen y él. Decidir qué quería después le resultaba prácticamente imposible.

Tal vez unos diez minutos más tarde, escuchó el helicóptero. Levantó la cabeza y llegó a la conclusión de que volaba muy bajo. Se puso de rodillas para asomarse por la ventana y tratar de verlo por la ventana, pero el denso follaje del árbol se lo impidió. Medianoche se asustó tanto que se metió de un rápido salto en el cuarto de baño. A medida que el ruido del rotor se fue perdiendo en la distancia, April se levantó de la cama y se vistió.

El helicóptero volvió en tres ocasiones, aunque en ninguna de ellas pareció ver nada raro. La última vez fue sobre mediodía y después no volvió más. La tranquilidad y el silencio que se produjeron después resultaban incómodos, casi peligrosos.

No duró mucho. Dos horas más tarde, cuando los nervios de April se habían calmado lo suficiente como para que se pusiera a trabajar, oyó un bote. Pasó a una cierta distancia, en la parte principal del lago. Unos minutos más tarde, regresó en la otra dirección. Como un insistente mosquito, recorría el lago, acercándose cada vez más al estrecho canal en el que estaba oculto el barco.

Aquel ruido ponía muy nerviosa a April. Trató de convencerse de que, probablemente, aquel bote pertenecería a un pescador o tal vez a un tipo que lo acababa de comprar y lo estaba probando en el lago. Se aseguraba que era una coincidencia que hubiera aparecido tan poco tiempo después del helicóptero. Trató de convencerse de que el barco estaba tan bien escondido que nadie podría encontrarlo. Mientras pensaba todas estas cosas, también se preguntaba qué ocurriría cuando Luke regresara.

¿Sería posible que aquel hombre estuviera esperando a que regresara Luke para poder llegar hasta ella? La idea la horrorizaba por completo. Deseó tener algún modo de advertir a Luke o, al menos, de impedir que regresara.

Decidió que Luke no consentiría que lo atraparan de aquel modo. Después del incidente del avión, tomaría sus precauciones antes de dirigirse al barco. Si veía algo sospechoso, se mantendría al margen.

Eso sería, por supuesto, si regresaba. ¿Y si Luke había sabido que los tiburones iban a estrechar el cerco aquel mismo día? ¿Y si aquella había sido precisamente la razón por la que se había marchado? Podría ser que ya hubiera conseguido todo lo que quería de ella y que no le importara dejarla a su suerte.

No. No podía pensar así. No había razón para ello.

Sin embargo, seguía sin saber lo que él sentía hacia ella o lo que quería de ella. Sólo tenía su palabra de que lo que estaba haciendo allí con ella o sobre lo que había ocurrido años antes. Resultaba difícil imaginarse un futuro basado en tan escasos comienzos.

Sin embargo, quería hacerlo. Lo quería con toda su alma. Ese hecho resultaba tan importante para ella que podía conformarse con casi nada.

Mientras mantenía estos pensamientos, no dejaba de escuchar. Por fin, su vigilancia se vio recompensada casi cuando el sol desaparecía en el horizonte. No se veía nada por la entrada del canal, pero estaba segura de escuchar el golpeteo rítmico de un remo contra la superficie del agua.

El corazón se le llenó de una profunda alegría. Allí estaba. Estaba segura de que se trataba de Luke. Estaba ya muy cerca. Cuando por fin lo vio, él levantó una mano y la saludó. Entonces, siguió remando. Casi había llegado. Había vuelto a casa, a ella.

El disparo sonó desde la orilla opuesta. Resonó con fuerza sobre el agua y a través de los árboles. El golpe seco del impacto resultó perfectamente audible, al igual que el gemido ahogado que Luke exhaló cuando le dio en el costado. Se arqueó como si le hubieran clavado un cuchillo entre las costillas. Entonces, cayó por un lado del bote y se hundió en el agua.

Ella lanzó un grito. Un segundo más tarde, se sumergió en el agua. Cuando emergió, miró desesperadamente a su alrededor. Al ver el bote, se dirigió desesperadamente hacia él, nadando con todas sus fuerzas.

Luke no estaba. No se le veía por ninguna parte. Debía de haber resultado tan mal herido que se había hundido en el canal. April aspiró profundamente y se sumergió de nuevo en las turbias aguas.

Algo la agarró por el brazo. Instintivamente, trató de apartarse, de liberarse, dado que amenazaba su flotabilidad. Entonces, se vio arrastrada hacia un lateral, hacia la orilla opuesta.

—¿Qué diablos estás tratando de hacer? —le preguntó Luke, con un furioso susurro.

—Estaba tratando de salvar tu estúpida vida — respondió ella, muy enfadada y confusa—. ¿Dónde estabas?

—¿Dónde estaría cualquier persona inteligente! ¡Fuera de la línea de fuego! Ahora, mete el trasero en el bote y márchate de aquí. ¡Ahora mismo!

—¿Estás loco? Te dieron. Lo vi perfectamente. No me voy a ir a ninguna parte.

—Estoy bien. Además, no me quieren a mí. Vamos, te daré un empujón.

Luke no estaba bien. April vio una mancha de sangre sobre el agua, cerca del costado de él.

—Estás herido. Déjame...

—Maldita seas, April —le espetó él, con la desesperación pintada en los ojos.

—¡Maldito seas tú, Luke Benedict! Tú... tú has escapado de la línea de fuego. ¿Por qué me quieres a mí dentro?

—Sea quien sea quien está ahí, te vio tirarte al agua. Me apuesto algo a que no te quieren muerta, al menos durante un tiempo. Si te llevas el bote, tendrás una oportunidad. Si te quedas aquí, estarás atrapada. Ya no podemos llegar al barco sin que nos den caza. Si te atrapan, entonces yo no podré...

Lo que Luke quería decir era que si tenía que cuidar de ella, no podría luchar. April sabía que tenía razón, pero dudó de todos modos. ¿Dónde estaba aquel pistolero? ¿Se estaría preparando para volver a disparar?

—Estarás solo...

—Pero podré defenderme. ¡Ahora, métete en el maldito bote antes de que nos maten a los dos!

Antes de que April pudiera decir nada, Luke la levantó y la subió al bote. Decidió que no le serviría de nada pelearse con él. Además, la lucha podría quitarle unas fuerzas que no podía permitirse perder. Sabía que él tenía razón. Aquel hombre iba detrás de ella. Luke estaba en peligro por su causa. Si se llevaba el bote, podría hacer que su enemigo la siguiera y facilitarle a Luke que pudiera llegar al barco. Así él, tendría una oportunidad.

—Muy bien —dijo, de mala gana—. Me marcharé, pero ¿y si no puedo encontrar el camino de vuelta?

—No tienes que regresar. Vete a Turn-Goupe. Busca a Roan.

—¿Y si me pierdo?

—Yo te encontraré. Éste es mi pantano. Te puedes esconder del resto de la gente, pero no de mí. Estés donde estés, te encontraré.

April lo creyó.

De repente, el motor de un bote arrancó no lejos de allí.

—Ya vienen —susurró Luke—. Tienes que irte. Ahora mismo.

—Está bien.

Luke la observó durante un instante, como si deseara con ello grabarse los rasgos de April en el pensamiento. Entonces, tras imprimir un gesto de dolor en el rostro, le agarró la cabeza y la besó con pasión.

April le devolvió el beso, poniendo en él todo su miedo, su esperanza y su amor. Entonces, él la soltó y empujó el bote. Antes de que ella se marchara, le colocó la mano sobre la pierna, como si se tratara de una última caricia.

—El motor debería arrancar al primer intento — musitó—. Tira con fuerza y sigue todo recto hasta que alcances el canal. Entonces gira hacia el oeste; y no mires atrás.

Aquellas últimas palabras quedaron ahogadas cuando el motor arrancó. Sin embargo, siguieron repitiéndose en su cerebro como si fueran una letanía.

“No mires atrás... No mires atrás...”

Le resultó imposible seguir las instrucciones. Tuvo que mirar para acelerar el motor, lo que hizo que el bote girara sobre sí mismo. Entre las olas que levantó el movimiento de la embarcación, buscó al hombre al que tanto debía, al hombre que la había enseñado a amar. El hombre al que había amado cuando era una adolescente y al que nunca había dejado de amar desde entonces.

Ya no estaba allí. Su pantano se lo había tragado, lo había escondido.

Un segundo más tarde, rodeó la pequeña curva del canal y perdió el barco por completo de vista. Los ojos se le llenaron de lágrimas y, poco a poco, empezaron a caérsele por las mejillas.

El bote surcaba las aguas a toda velocidad. Por mucho que se esforzaba en escuchar, no pudo oír el sonido del motor de ningún otro barco. Creía estar sola, aunque le resultaba imposible estar completamente segura.

El dolor y el remordimiento se apoderaron de ella, aunque debajo de ambos sentimientos estaba también el de la ira. Jamás habría creído que las cosas saldrían así, que Luke volvería a estar herido. No podía creer lo que había ocurrido y todo por qué. ¿Por las alocadas maquinaciones de un individuo enfermo? No podía soportarlo. De algún modo, iba a descubrirlo todo, pero antes tenía que encontrar a Roan.

Al rodear una curva, vio la amplia boca de un canal lateral. Allí, contra el cielo del atardecer, se adivinaba la silueta de un barco, en el que se distinguían las formas de dos hombres. A medida que ella se acercaba, su motor empezó a rugir y se lanzó hacia ella.

El barco iba a embestirla, pero April no varió el rumbo. Sujetó con firmeza el timón y se lanzó hacia delante. Uno de los dos hombres echó mano a algo y sacó un rifle. Se lo acomodó contra el hombro mientras el otro hombre le gritaba y se inclinaba sobre él para apartar el cañón y apuntar al cielo. Los dos intercambiaron unas palabras y el primero volvió a dejar el rifle donde estaba al principio.

April aceleró, acercándose más y más a ellos. Entornó los ojos para tratar de reconocer alguna cara.

Los dos iban vestidos de un modo casi idéntico, con camisas y pantalones de camuflaje que les daba un aspecto obeso. Además, llevaban dos gorras iguales que les tapaban prácticamente los ojos. Por su similitud, resultaban sin rasgos, impersonales.

April iba a embestirlos. El barco de ellos no era sólo más pesado, sino también más ancho y más estable en el agua. Si colisionaban, el bote de April se hundiría y podría arrastrarla a ella consigo, también podía matarse contra el otro barco.

No le importaba.

Los labios de uno de los dos hombres esbozaron una maldición. Movié el timón para que girara rápidamente hacia la derecha. Entonces, el barco pesquero se movió bruscamente, dejándole el paso libre al de April.

El bote saltó muy alto sobre la estela del otro barco. Ella se agarró con fuerza, pero los golpes eran tan violentos que terminó cayendo de rodillas. Sintió un corte. Al

mismo tiempo, saboreó el gusto de la sangre y supo que se había mordido el interior de la boca.

Cuando consiguió mirar de nuevo hacia delante, vio que había un grupo de cipreses con las ramas muy bajas. Agachó la cabeza y dirigió el bote hacia la mejor abertura para poder pasar.

A sus espaldas, el otro barco había dado la vuelta y había empezado a seguirla. Los hombres la habían visto y sabían perfectamente quién era. Se estaban preparando para perseguirla.

De repente, la fuerza se apoderó de April. Sabía que podía escapar para alejar a los dos hombres de Luke. Conseguiría escaparse, llegar hasta Roan y volver con él. Nada iba a detenerla. Nada.

A sus espaldas, el barco seguía avanzando. A pesar de tener el motor más potente y de ser más rápido, esas ventajas no podían utilizarse entre los árboles y los canales más pequeños. El bote era más pequeño y manejable y podía moverse en espacios en los que el barco no podría ni entrar.

Trató de recordar el camino por el que Luke la había llevado hasta allí. Estaba segura de haber visto el gran ciprés muerto que se erguía ante ella. Estaba segura de que si seguía hacia delante, encontraría el camino hacia Turn-Coupe. Desgraciadamente, estaba empezando a oscurecer. Todo estaba empezando a parecer igual y la velocidad a la que avanzaba podría ser muy peligrosa a oscuras.

Diez minutos más tarde, se dio cuenta de que se había perdido. No tenía ni idea de si el canal por el que avanzaba llevaba hacia el lago en sí mismo o hacia el laberinto de canales de la zona pantanosa. Según sus cálculos, ya debería haber salido del canal. No recordaba que Luke hubiera pasado por allí. De repente, llegó a una bifurcación. ¿Hacia dónde debía ir, hacia la derecha o la izquierda? tenía que tomar una decisión. Se dirigió hacia la izquierda porque le resultaba más familiar. Esperaba que no fuera porque estuviera moviéndose en círculos y ya hubiera pasado por allí antes.

“Te encontraré”.

Recordó aquella promesa y, de algún modo, aquellas palabras calmaron sus nervios. Desgraciadamente, el camino elegido la llevó hacia una laguna más pequeña que carecía de salida. Lanzó un gruñido y dio la vuelta. Sin embargo, ya era demasiado tarde y lo sabía. Sus perseguidores estaban acercándose a ella y bloqueaban el cuello de botella por el que había llegado hasta allí. Aminoró la velocidad del bote y trató de pensar.

Uno de los hombres tenía el rifle en el regazo. Entonces, se inclinó y encendió un potente foco que iluminó el agua y el rostro de April, cegándola. A continuación, se escuchó un disparo. La bala pasó muy cerca de ella y rebotó en el agua para ir a estrellarse en algún lugar entre los árboles.

—¡Quédate donde estás! Vamos a acercarnos. Si no nos causas problemas no te pasará nada.

La orden llegó hasta sus oídos amplificada por un megáfono. La amenaza que transmitía era real. Desgraciadamente, a pesar de sonar algo distorsionada por el agua, resultaba muy familiar. Era la voz del teléfono.

Capítulo 19

El chamizo apareció en la oscuridad después de lo que parecieron horas. Estaba a la orilla del lago y era tan sólo un rectángulo muy bajo que se había construido con restos de madera de diferentes procedencias y colores. El pequeño porche estaba tan cerca del lago que la pequeña puerta se abría directamente sobre la corta e inestable pasarela que llevaba hacia el muelle. No había luz en ninguna de las ventanas ni señal alguna de línea eléctrica o carretera. Seguramente, aquella casucha era un antiguo refugio que utilizaban sólo cazadores y pescadores y al que sólo se podía acceder por el agua. La desesperación se apoderó de April. Las únicas personas que sabían dónde estaba aquella cabaña eran los que la utilizaban. Fuera lo que fuera lo que sus captores tenían pensado para ella, podrían ponerlo en práctica sin que nadie los interrumpiera.

Aún no había visto sus rostros. Le habían mantenido el foco en los ojos mientras ataban el bote al barco y luego la habían remolcado por el lago como una derrotada Cleopatra, aunque con menos espectacularidad. Además, no se habían encontrado con nadie. Se habían mantenido alejados del canal principal, avanzando por lugares menos transitados sin errar ni una sola vez. Precisamente por aquella habilidad, April pudo deducir la identidad de uno de sus captores. Sólo había una persona que encajara con aquella descripción: cazador, pescador, excelente tirador, maníaco...

Frank Randall.

Tenía que ser él. Seguramente había sido él quien había elegido aquella cabaña como base.

¿Qué podía querer de ella? Se lo imaginaba, pero no se moría de ganas por averiguar si tenía razón.

Cuando los dos barcos fueron acercándose al muelle, uno de los hombres, el que ella creía que era Frank, saltó a la pasarela y amarró el barco. El otro, apuntó a April con el rifle y, cuando el bote también estuvo amarrado, le indicó que subiera al muelle con una indicación de la cabeza. Cuando él también descendió, la obligó a que anduviera hacia la casa sin dejar de apuntarla. El que había saltado primero a tierra los seguía a los dos a prudente distancia.

Tras atravesar el minúsculo porche, los tres entraron en la casa. En el interior, olía a tapicería mohosa, a grasa rancia y a sudor. También había otro olor que April no pudo identificar. Uno de los hombres, se dirigió hacia una pequeña mesa y encendió una cerilla. En aquel momento, April identificó el olor. Aceite para lámparas. El hombre acercó la cerilla a una pequeña lámpara y la encendió. La luz iluminó un cuartucho sucio y pequeño. Entonces, April se armó de valor y miró al hombre. Efectivamente, se trataba del hermano de Mary Ellen Randall.

Si sentía algún remordimiento por lo que estaba haciendo, no lo demostraba. Colocó la tulipa sobre la llama y apagó la cerilla, que dejó sobre la mesa.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó April—. ¿Qué es lo que te he hecho yo?

—Nada —respondió él—. Nada más que ignorar a mi hermana y despreciarla como si ella no fuera nadie.

—¡Casi no la conocía!

—Ni querías conocerla.

Aquello era cierto, pero la razón no era porque se creyera mejor que Mary Ellen, sino porque las dos muchachas no habían tenido mucho en común. Además, había habido otro problema.

—Tu hermana deseaba a Luke —dijo April—. Eso jamás nos habría puesto de acuerdo.

—Mi hermana era una necia —replicó Frank, con desprecio.

—Pero, si crees eso...

—No estás aquí por él, April Halstead —la interrumpió una voz a sus espaldas—. Estás aquí por lo que me hiciste a mí.

April se tensó. Lentamente, se dio la vuelta para observar un rostro angular, un rostro que tenía rasgos muy masculinos.

—Muriel —susurró, completamente atónita.

La otra mujer soltó una carcajada.

—Para ser una persona que se cree tan lista, has tardado bastante en darte cuenta.

Muriel aún tenía el rifle entre las manos. April se fijó en que tenía los pantalones cubiertos de barro hasta las rodillas, como si hubiera estado vadeando por el pantano.

—Tú fuiste la que disparó a Luke —le espetó.

—Se interponía en mi camino.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres de mí? Por el amor de Dios, Muriel. Hiciste pedazos mi libro. ¿No te basta con eso?

—No me sirvió de nada, dado que, de todos modos, llegó a la lista de bestsellers. Además, a otras personas les pareció bueno, las muy imbéciles y no hacían más que repetirlo una y otra vez. Eso resultaba insoportable cuando mi trabajo estaba igual de bien escrito. Sin embargo, ¿me ayudaste tú a que se fijara la gente en mí? ¡Oh, no! No querías competencia. No podías soportar que otra persona acaparara la atención del público. Lo querías todo para ti.

—Tu libro era...

April se detuvo secamente al darse cuenta de que decirle a Muriel la verdad sobre su libro mientras ella la apuntaba con un rifle no era una decisión acertada.

—¡Mi libro era maravilloso! ¡Una obra de arte!

Tan grandioso era que rozaba el plagio. De hecho, April había reconocido al menos tres frases que venían directamente de su trabajo y varias otras con el estilo familiar de otras autoras que ella conocía muy bien.

—Tu libro tenía algunos problemas...

—¡Era perfecto!

—Lo siento, pero tenemos una sincera diferencia de opinión. De todos modos, yo no te hice daño intencionadamente. Me habría encantado ayudarte si hubiera creído que...

—¡Mentirosa! ¡Eres una zorra mentirosa! —le gritó Muriel—. Tú jamás has hecho nada por nadie.

—Eso no es cierto.

—Eres una mujer egoísta y egocéntrica, pero ahora estás en mi poder. Vas a escribirme una novela para compensar la que tú me destruiste. Vas a terminar la novela que estás escribiendo ahora y me la vas a dar a mí.

—No lo creo...

—Si no lo haces, te morirás de hambre o puede que encuentre otro modo de hacerte cambiar de opinión. Tal vez le permita a Frank que me eche una mano... Tú no eres su hermana, pero puede que le guste fingir un rato...

—¡Cállate, Potts! —gruñó Frank, que estaba a espaldas de April. Había odio en su voz, pero también un desprecio por sí mismo que no auguraba nada bueno.

April levantó la barbilla.

—No me puedes tener aquí tanto tiempo y, aunque pudieras, no sé cómo esperas que escriba algo bueno.

—No será tanto. En cuanto al resto, ¿cuál es el problema? Tú puedes escribir en cualquier parte.

April se echó a reír.

—Hace falta mucho más que escribir palabras en un papel. Se necesita concentración, implicación sentimental en la novela y, para eso, cuanto menos estrés, mejor. Además, no tengo el manuscrito y no veo ningún ordenador por ninguna parte.

—No hay problema —replicó Muriel, con satisfacción—. Entré en tu despacho e imprimí una copia de tu disco duro. El resto lo puedes escribir a mano. Ya lo transcribiré yo más tarde.

—¿Me estás diciendo que has estado en mi casa, husmeando en mi ordenador?

—Pan comido —respondió Muriel. Se quitó la gorra y la tiró al suelo. Entonces, se mesó el cabello rubio con las huesudas manos—. Esa casa tuya es como un colador. Además, utilizamos el mismo procesador de textos.

—He añadido muchas cosas a la historia en los últimos días. Eso no lo tienes.

—Entonces, eso es lo que has estado haciendo en ese maldito barco. Pensaba que te lo estabas pasando en grande con tu Luke. No importa. Frank puede ir a por esas páginas.

April comprendió que tenía una respuesta para todo, pero aún le quedaba un as en la manga.

—Jamás te saldrás con la tuya. Mi estilo es muy distintivo. Cualquiera que conozca mis libros lo reconocerá enseguida. Creo que hasta un juez podría hacerlo si le enseño mi propuesta de historia original y mis notas.

—Bueno, redactaré a mi modo algunas de las frases. Problema resuelto. Sin embargo, no creo que tú tengas oportunidad de ir a los tribunales —añadió, con un duro brillo en los ojos.

El único modo en el que se podía salir con la suya era que April no estuviera presente para demostrar su autoría. Eso significaba que Muriel no tenía intención de mantenerla con vida cuando hubiera terminado el manuscrito. Muriel Potts se beneficiaría de su trabajo. Reclamaría como suya la historia de la familia de Luke, del hombre al que ella había disparado. Era un robo, una estafa de proporciones monumentales.

De repente, comprendió muy bien las objeciones de la abuela May. La sensación de robo debía de ser mayor para alguien que había formado parte de la familia durante tantos años. Ella, April Halstead, jamás sería una Benedict, lo que deseaba con tanto anhelo que sentía náuseas. Resultaba extraño que hubiera comprendido a la anciana y sus propios deseos sólo cuando ya no podía hacer nada al respecto. Era demasiado tarde.

Demasiado tarde para decirle a Luke lo mucho que había significado siempre para ella, para que él supiera que había ocupado sus pensamientos durante todos aquellos años, que había vivido en sus fantasías, precisamente las que lo habían convertido en el amante de ensueño de millones de mujeres. Demasiado tarde para decirle que creía en él y para decirle que lo amaba, que siempre lo había amado. Para confesarle que sus sospechas eran ciertas y que él siempre había sido su héroe.

También era demasiado tarde para saber si él había sentido algo por ella en los días que habían pasado juntos a excepción de un fuerte sentimiento de protección basado en el pasado y en el apetito sexual.

No podía soportarlo.

—¿Es que no tienes nada que decir? —le preguntó Muriel—. Eso es muy inteligente, pero tú siempre has sido muy lista, ¿verdad? Muy bien. Entonces, creo que haré que la famosa escritora me prepare la cena mientras que Frank va a recoger ese manuscrito.

—¿Lo quieres ahora? —le preguntó Frank, con las manos en las caderas.

—¡Sí! —le espetó ella—. Quiero que se ponga a trabajar en esa silla a primeras horas de mañana. Irá más rápido si no pierde el ritmo.

—No creo que sea una buena idea regresar —replicó él.

—¡No te pago para pensar, imbécil! Te pago para que hagas lo que yo te mando. Márchate de aquí y no regreses sin todos y cada uno de los papeles que ella tenía en ese barco. ¿Entendido?

Frank respondió con un gruñido. Se dirigió a la segunda habitación que había en el chamizo y volvió a salir con un segundo rifle. Inmediatamente, salió de la casucha con un portazo.

—Sabes cocinar, ¿verdad?

April miró la rudimentaria cocina que había en un rincón de la sala. El fogón parecía ser de leña.

—¿Quieres que cocine en eso? —le preguntó señalando la antigualla.

—¿Y por qué no?

—Tardaré una eternidad en conseguir que se caliente lo suficiente como para poder cocinar. Cuando lo consiga, este lugar será como un horno.

—¿Y?

Evidentemente, obligar a April a que cumpliera sus órdenes era mucho más importante para Muriel que la lógica o la comodidad. No importaba. Así podría aprovechar el tiempo para pensar mientras le hacía creer que aceptaba la situación.

—¿Qué es lo que quieres comer? —le preguntó, tras encogerse de hombros.

El menú que acordaron no era una comida de gourmet. Lo más difícil fue prender el fuego en la vieja cocina. Después, tardó poco en poner a calentar la improvisada comida de carne enlatada, judías enlatadas y patatas con cebolla.

Mientras permanecía al lado del fogón, cuidando de que nada se quemara, pensó en todo lo que le había ocurrido en aquella última semana.

—¿Fuiste tú la que me llamó a la emisora de radio o fue Frank? —le preguntó.

—¿Frank? —replicó Muriel, reclinándose sobre la silla en la que se había sentado—. Ese paleta se sonroja con sólo pensar que tiene que hablar con una mujer, con lo que mucho menos podría decirle obscenidades en público. Lo hice yo, estúpida, con la ayuda de la electrónica moderna. El teléfono que cambia la voz de una mujer por la

de un hombre me lo regaló mi madre por Navidad, que Dios la bendiga. Como si yo no hubiera aprendido lo suficiente sobre defensa personal en el ejército como para poder mandar a cualquier ladrón o violador de cabeza al hospital... o al depósito de cadáveres.

— ¿Fue así como conociste a Frank, en el ejército?

— Te crees muy lista, ¿verdad? Sí, nos conocimos en un bar en Alemania, nada menos. Agucé el oído cuando oí que era del lugar que aparece en tus libros como tu lugar de nacimiento. Entonces, yo era una gran fan tuya, ya ves. Quería saberlo todo sobre ti. ¡Qué risa!

— Entonces, él te contó...

— Estaba borracho. Me contó muchas cosas que me vinieron muy bien cuando decidí pasar a la acción. Podríamos decir que no lo podría haber conseguido sin su resentimiento hacia Benedict.

— ¿Fuiste tú la que le arrojó el ácido a Luke?

— Y la que secuestró a tu gato, la que te disparó en tu casa y todo lo demás. Frank no entró en esto hasta más tarde. Sin embargo, se suponía que eras tú la que tenía que terminar con la cara abrasada. Benedict se puso por el medio.

— Tendría que habérmelo imaginado, dado que ocurrió en tu territorio.

— Fui demasiado lista como para dejar pistas. De todos modos, tal vez no estarías aquí ahora si tu Luke no hubiera estado allí aquel fin de semana. Cuando fallé, cambié de planes... Bueno, después de eso y de que oyera cómo alguien comentaba cómo me ibas a pagar por esa crítica.

— Entiendo. Venganza.

— Sí. Tú me arruinaste mi carrera como escritora y ahora yo te devuelvo el favor.

— Lo único que hice fue no escribirte esa cita. Nada más. Era la opinión de una sola persona, no un intento despiadado por destruirte.

— Corta el rollo, ¿quieres? Cuando tú te negaste a apoyar mi libro, mi editor rechazó el siguiente que escribí. Mi novio de entonces se enteró y se imaginó que mis novelas no iban a ser la fuente de ingresos que había esperado, por lo que se largó una semana antes de la boda. Yo tenía sueños, planes para tener hijos, una familia... En vez de eso, pasé de ser una futura esposa a ser basura de la noche a la mañana. Ahora, me tengo que conformar con escribir críticas de mierda y con dar clases sobre cómo escribir. ¿Te sorprende que esté furiosa?

Por primera vez, April comprendió la desilusión que Muriel llevaba grabada en el rostro. Siempre había sabido que ser escritora de novelas románticas no era todo glamour y encanto. Había penas y una tasa de fracaso que ponía en ridículo las délos deportistas profesionales.

— Lo siento... No me había dado cuenta.

— Por supuesto que no. Estás demasiado ocupada siendo una superestrella, demasiado inmersa en tus historias — dijo Muriel con amargura. Entonces, dio otro trago a la cerveza que tenía en la mano.

— Lo digo en serio. Lo siento mucho. De verdad. Sé que es muy duro...

— Tú no sabes nada.

— ¿Qué te hace pensar eso? — le espetó ella, llena de ira—. Yo no nací siendo una escritora de éxito. Todos tenemos que empezar en alguna parte y yo también tuve mi buena parte de rechazos, de promesas rotas.

—Sí, claro, pero al final todo te ha salido bien, ¿no?

—Hasta ahora, pero no hay garantía de que seguirá siendo así siempre —comentó, removiendo la carne distraídamente con un tenedor.

—Eso no significa que tú te fueras a comportar de un modo diferente conmigo si tuvieras que volver a hacerlo.

Eso era cierto. No podía mentir y decir que el libro de Muriel había sido bueno cuando no era así. No había podido utilizar el nombre por el que se había esforzado tanto para apoyar una novela que sabía que no valía ni el dinero que costaba comprarla.

Al ver que April no respondía, Muriel soltó una carcajada.

—Lo que pensaba —dijo.

—¿Por qué no te puedes dedicar a otra cosa? — le preguntó April—. ¿Por qué tienes que dedicarte a escribir novelas románticas?

—¿Y tú me preguntas eso? ¿Por qué no te dedicas tú a otra cosa? ¿Por qué te ganas la vida escribiendo?

—Escribo por las historias que me nacen en la cabeza. Por las palabras que me recorren el cerebro como una canción, con ritmo y significado. Escribo por el gozo de hacerlo.

—Eso es —afirmó Muriel, asintiendo muy lentamente—. Sí. Desgraciadamente, yo no puedo disfrutar de todo eso por tu culpa. Lo que nos devuelve de nuevo al principio.

Así era. April dio la vuelta a la carne y a las patatas y no dijo nada más.

Muriel era una profesional. Tenía el rifle siempre cerca de la mano derecha y nunca perdía de vista a April. La observó mientras comía, mientras lavaba los platos y la siguió hasta el retrete cuando las dos tuvieron que salir de la casa. Después, la esposó a la cama y se tumbó al otro lado del colchón. Tenía un sueño muy ligero y se despertaba cada vez que April se movía.

Ella no podía dormir. El colchón era incómodo y olía a sucio. Además, necesitaba bañarse, peinarse y cambiarse de ropa para dormir. Como la esposa le cortaba la circulación de la muñeca, los dedos se le durmieron. Además, comparado con el barco, en la pequeña casucha hacía mucho calor.

Después de un rato, salió la luna e iluminó la estancia a través de una pequeña y sucia ventana. April miró a su alrededor y vio camisas y chaquetas muy deslucidas colgadas de clavos en la pared. Con gran interés, estudió la puerta trasera que quedaba cerca del retrete. Entonces, se fijó en el rifle que Muriel había dejado apoyado contra la cama. Notó que había algo más. Al principio, creyó que era una escoba, pero se dio cuenta de que era otro arma, un rifle de ciervos. Tenía sentido que hubiera un arma así en un refugio de cazadores.

Cuando agotó las posibilidades de la habitación, se puso a pensar en Luke. Se preguntó si se encontraría bien, en dónde se hallaría y lo que estaría haciendo. Recordó los momentos que habían pasado juntos, con lo que ella debería haberle dicho o abrevado. Consideró su trabajo y lo que significaba para ella, lo que Muriel le exigía y en miles de otras cosas.

En algún momento de la noche, tomó una decisión. Prefería morir que consentir que Muriel le robara sus ideas o que se beneficiara de su trabajo.

No obstante, ansiaba vivir, pero para que eso pudiera ser, tenía que escaparse de Muriel. Tenía que conseguir un medio de transporte y combustible para poder ir a buscar a Roan y convencerlo de que la llevara a buscar a Luke. Tenía que ver si él se encontraba bien, hablar con él y descubrir si tenían un futuro.

Para realizar todo aquello, era esencial que construyera un plan.

Se le ocurrió la idea al alba, justo cuando Frank regresaba con su manuscrito. Aquellas páginas, y su novela, eran la clave de todo. Requeriría un sacrificio, que le producía un profundo dolor con sólo pensarlo, pero no había otro remedio.

¿Conseguiría engañar a Muriel? No lo sabía. Tendría que esperar.

El día siguiente pasó muy lentamente mientras April esperaba su oportunidad. Se lo pasó tan tranquilamente como su temperamento y su orgullo se lo permitían, mientras esperaba que el ego de Muriel le hiciera cometer un descuido. No fue fácil. Muriel no sólo la hizo levantarse al alba, sino que se rió cuando April le pidió una muda de ropa, la obligó a preparar el desayuno y luego la obligó a sentarse con un bolígrafo en la mano, negándose a permitirle comer o beber a menos que escribiera una página cada hora.

April trató de tragarse su ira. Trabajó, escribiendo algo, lo que fuera, hora tras hora. No importaba lo que escribía porque Muriel no se tomaba el esfuerzo de leerlo.

Al principio, se distraía cuando escuchaba el ruido de un motor en el lago, esperando que fuera Luke. Entonces, notó que Muriel la observaba con una sonrisa en la boca. Después de eso, April se guardó mucho de demostrar su interés.

En la casa hacía tanto calor que el papel se le mojaba constantemente del sudor. Las moscas la atormentaban constantemente, acompañadas de toda clase de insectos que entraban a través de las desvencijadas puertas y ventanas, que estaban abiertas de par en par para atrapar la más mínima brisa que pudiera venir del lago.

Cuando el sol se puso, April cerró el cuaderno y lo colocó encima de la copia del manuscrito que Muriel le había robado de su casa. Entonces, se levantó de la silla y se estiró.

— ¿Qué te crees que estás haciendo? — le preguntó Muriel desde la puerta, donde se estaba abanicando con la gorra.

— Está demasiado oscuro para poder ver. Creía que...

— Tú aquí no crees nada, ¿entendido? Yo te digo lo que tienes que hacer y tú lo haces.

— Hace mucho calor — dijo, conteniendo la ira —. Espero que no me vayas a pedir que cocine esta noche, porque no lo haré. Prefiero morir que encender esa estúpida cocina.

— Eso no será muy difícil — susurró Muriel, acariciando la culata del rifle.

— ¡Venga ya, Muriel! — protestó April —. Ten piedad.

— Quiero filete con patatas fritas. Eso es lo que me apetece. ¡Eh, Frank! ¿Te apetece a ti también un filete con patatas fritas?

Frank, que estaba tumbado en el suelo del porche, respondió con un gruñido.

Resignada, April se acercó a la lámpara y la encendió. Entonces, se dirigió a la cocina y no tardó en encender el fuego. No tenía prisa por poner los filetes, dado que la cocina tenía primero que calentarse. Encontró una pesada sartén de hierro y la fregó un poco. Sacó los filetes de la pequeña nevera. Entonces, hizo una vinagreta con el aliño de la ensalada y puso la carne a marinar. Mientras esperaba, podía haber ido pelando las patatas, pero eso habría acelerado el proceso, que era lo último que

quería. En vez de eso, perdió todo el tiempo que pudo, fregando platos y limpiando armarios como una hacendosa ama de casa. Cuando le pareció que podía resultar evidente que estaba perdiendo tiempo, echó los filetes a la sartén.

Tenía tanto calor que se sentía a punto de marearse. No le importó. Siguió azuzando el fuego y añadiendo leña.

– Huele muy bien – dijo Frank, levantando la cabeza para mirarla a través de la puerta –. Sin embargo, a la velocidad que vas, un hombre podría morir de hambre esperando que tú le pusieras la cena en la mesa.

– Así es como me gustan las cosas – comentó April, dedicándole lo que esperaba que fuera una sonrisa algo nerviosa. Entonces, miró al exterior. Faltaba al menos un cuarto de hora para que oscureciera por completo. Necesitaba una pequeña distracción.

Sacó las patatas y las enjuagó. Mientras sacaba el cuchillo para pelarlas, le dijo a Frank:

– He estado pensando en Mary Ellen. Luke me estuvo hablando sobre ella el otro día.

– No quiero hablar de ello – replicó Frank, desapareciendo de nuevo bajo su gorra.

– ¿No? ¿No quieres conocer su versión de la historia o al menos lo que me contó sobre la última noche de tu hermana?

– Eso no cambiará nada.

– Eso no es cierto, y lo sabes. Tal vez no cambie los hechos, pero podría cambiar tus sentimientos sobre lo ocurrido. Eso es algo. Te aseguro que Luke lo siente. Siente que tu hermana muriera, no haber podido darle lo que ella buscaba en él. Principalmente, siente mucho no haber podido salvarla.

– Sí, yo también. ¿Y qué?

– Me dijo que ella no se suicidó. Estaba hablando sobre ello, pero lo hacen muchos adolescentes. Para algunos significa algo, para otros nada. Tu hermana trató de evitar el accidente que la mató. Dio un volantazo para evitar el choque. Fue un accidente. Nada más.

– ¿Fue eso lo que te dijo Luke?

– Sí – respondió, consciente de que lo había adornado todo un poco.

– Ella aún estaría viva si no se hubiera marchado con él.

– Tal vez, pero él no la obligó a entrar en su coche. Se metió ella sola porque estaba disgustada. Podría ser que la culpa de todo la tuviera quien provocó que se sintiera así aquella noche.

– Te refieres a mí.

– Si tú eres quien la hizo llorar...

Frank la miró durante un largo instante. Entonces, dijo:

– Ya es demasiado tarde. Las cosas han ido demasiado lejos.

¿Se refería a que era demasiado tarde para Mary Ellen o para Luke? ¿O acaso le estaba diciendo que era demasiado tarde para cambiar lo que le iba a ocurrir a ella? April no lo sabía.

De soslayo, vio que Muriel lo estaba observando con una expresión inescrutable en el rostro.

– ¿De verdad lo es? – preguntó, levantando la barbilla a modo de desafío.

Frank no respondió. La sartén empezó a humear. Cuando April miró la comida, se dio cuenta de que los filetes se estaban haciendo demasiado deprisa.

Sacó los filetes y los colocó en un plato. Entonces, añadió más aceite y dejó que se calentara mientras terminaba las patatas. Mientras las echaba al aceite caliente, no dejaba de observar la ventana. Podría prolongar un poco los preparativos de la cena friendo también unos trozos de pan, pero le pareció que Muriel podría empezar a sospechar.

Cuando las patatas estuvieron fritas, las sacó y las puso en un plato. Entonces, empezó a poner la mesa. Con el pretexto de hacer sitio para que los tres pudieran comer, recogió su manuscrito y el cuaderno y los sostuvo en el brazo mientras colocaba la lámpara en el centro de la mesa. Entonces, sirvió los tres platos y los colocó sobre la mesa.

Mientras realizaba todos los preparativos, no dejaba de mirar la ventana. Sí. Había perdido suficiente tiempo. Se dirigió de nuevo hacia la cocina y tomó un trapo. Lo utilizó para abrir el compartimiento donde estaba el fuego como si tuviera intención de apagarlo. Ante la repentina corriente de aire, el calor y las chispas subieron rápidamente hacia el techo.

—He decidido algo, Muriel —dijo, mientras dejaba el trapo a un lado.

—¿Sí? —preguntó Muriel, poniéndose de pie sin dejar de mirar los platos de comida. A su espalda, Frank empezó a incorporarse del suelo.

—Creo que no voy a consentir que te quedes con mi manuscrito —añadió, doblando las páginas del manuscrito y del cuaderno casi por la mitad.

—Tú no tienes nada que decir al respecto —comentó Muriel, casi sin mirarla—. ¿Qué...?

April se habría reído al ver la expresión horrorizada de la otra mujer si hubiera tenido tiempo. Sin embargo, no lo tenía.

Estaba demasiado ocupada metiendo su novela inacabada entre las llamas del fuego de la cocina.

Capítulo 20

Muriel lanzó un grito y se abalanzó hacia la cocina. Tiró el rifle al suelo y agarró un atizador, que metió rápidamente en el horno de la cocina. Las páginas ardían y humeaban, lanzando trocitos ardiendo y cenizas por el aire cuando Muriel las tiró contra el suelo y empezó a patearlas con la bota.

April no esperó a ver más. Se dirigió a toda velocidad hacia la ventana que había detrás de la mesa y se lanzó a través del oxidado marco. Cayó sobre el alféizar y luego al suelo.

Un fuerte dolor le atenazó el hombro al golpear el suelo, pero decidió no prestarle atención alguna. A sus espaldas, escuchó las maldiciones de Frank y Muriel. Entonces, una sombra ocupó la ventana por la que ella había saltado. April agachó la cabeza y echó a correr.

Las ramas de los árboles le arañaban el rostro. Las zarzas le rasgaban las piernas y los pies descalzos.

El corazón le latía a toda velocidad en el pecho y el aliento le abrasaba la garganta. A sus espaldas, escuchó un disparo. Ahogó un grito y se agachó automáticamente. Resonaron dos disparos más. Oyó cómo las balas cortaban las hojas de los árboles por encima de su cabeza.

Frank disparaba hacia el ruido que ella hacía. O eso o no tenía intención de darla. Se paró en seco y se irguió para ver de cuál de las dos posibilidades se trataba. Miró por encima del hombro y vio que él miraba en todas direcciones, registrando la oscuridad.

No parecía estar muy seguro de dónde estaba ella. April prefirió esa idea, dado que la alternativa podría matarla. Con mucho cuidado, siguió avanzando. Por suerte, Frank no pareció notar por dónde se marchaba.

Había conseguido huir. ¿Qué debía hacer? estaba bastante segura de que la cabaña estaba en la parte principal del lago, lo que significaba que las tierras directamente detrás de ella no serían tan pantanosas. La dirección del sol durante el día que le había indicado que Turn-Coupe debería estar hacia el oeste. En teoría, debía de haber al menos unos dieciocho o veinte kilómetros hasta la carretera principal a través de una zona boscosa en la que resultaría muy fácil perderse.

Decidió que la mejor ruta de huida sería por el agua, utilizando el bote que había en el embarcadero. Sin embargo, eso sería exactamente lo que Frank y Muriel esperarían que intentara.

¿Qué podía hacer? ¿Correr, esconderse o nadar? Lo de correr estaba descartado y no tenía fe alguna en lo de esconderse, dado que estaba segura de que terminarían encontrándola. Sabía nadar bastante bien, pero tenía pocas posibilidades de alcanzar un lugar seguro sin que la atraparan antes. ¿Qué le quedaba?

Si aquélla fuera una de sus novelas, en aquel momento llegaría el protagonista masculino para rescatar a su chica de los malvados. Aquello no parecía muy probable. No se oía ningún ruido por ninguna parte que anunciara la llegada de otro barco. April tan sólo dependía de sí misma.

Necesitaba un arma...

En aquel momento, recordó que había un rifle de más en el mugroso dormitorio de la casucha. ¿Seguiría allí? Si lograba apoderarse de él, ¿sería capaz de utilizarlo? Jamás había disparado un arma. Conocía la teoría, porque hacía muchos años Luke había tratado de enseñarla y por sus libros, pero nada más. Odiaba las armas de fuego, porque las asociaba con sangre y pérdida, con el horror de ver a su padre tumbado y cubierto de sangre sobre el cadáver de su madre. No estaba segura de poder tocar el rifle, y mucho menos de dispararlo.

¿Era aquella aversión tan fuerte como su necesidad de vivir? Parecía que tendría que descubrirlo. El tiempo se le estaba acabando.

Cerró los ojos y un instante después, se puso en movimiento una vez más para regresar a la casa.

Al llegar a la pared trasera, se apretó contra ella. Poco a poco, se fue acercando a la puerta trasera del dormitorio. Había comprobado que Muriel estaba en el muelle y creía que Frank estaba en el bosque. Sólo esperaba que así fuera.

La puerta trasera seguía abierta. Con mucho sigilo, April entró en el dormitorio. La lámpara aún seguía encendida en la cocina. Ella escuchó atentamente, pero no le pareció que hubiera nadie en la otra habitación. El olor a papel quemado aún flotaba en el aire. Sintió un profundo remordimiento por la pérdida de su trabajo y de su tiempo, pero lo apartó de su mente al mirar hacia el rincón y ver que el rifle aún seguía allí. Tal y como había creído, se trataba de un rifle de cazar ciervos. Lo agarró con cuidado, como si fuera a asir una serpiente.

Entonces, desde la parte delantera de la casa, Muriel gritó:

— ¡April! ¿Dónde estás?

April se colocó el rifle bajo el brazo y notó que había varias cajas de munición en el suelo. Tomó la que le correspondía a aquel arma y, tras vaciar la caja sobre la cama, cargó el arma. A continuación, se metió el resto de la munición en el bolsillo de los pantalones cortos.

— ¡April! ¡Sal de ahí! ¡No te puedes esconder de nosotros!

El grito fue acompañado de una andanada de tiros.

April se quedó completamente inmóvil. Entonces, se dio cuenta de que Muriel seguía sin saber dónde estaba. Sin duda, creía que se había escondido en el bosque y esperaba asustarla lo suficiente como para que saliera.

April recordó que aquella mujer había disparado a Luke, la había humillado a ella y la había obligado a destruir algo muy importante. En aquellos momentos, se interponía entre ella y la libertad de descubrir lo que le había ocurrido al hombre que amaba.

De repente, el arma no le resultó tan amenazadora. En vez de eso, se había convertido en una fuente de poder, el medio para ayudarla a conseguir lo que quería. Con decisión, se dirigió hacia la puerta.

Segundos más tarde, volvía a estar en el exterior. Sin hacer ruido, trató de encontrar un punto desde el que pudiera dominar el embarcadero. A pesar de todo, se sentía nerviosa. No quería tener que disparar a un ser humano a menos que fuera absolutamente necesario. Frunció el ceño e intentó localizar a Muriel y Frank.

De algún lugar en la lejanía, se escuchó un zumbido. El eco fue haciéndose más fuerte y le recordó a April el ruido que hacen los adolescentes con las motos de agua

cuando organizan carreras nocturnas en el canal principal. Aparte de aquel ronroneo, no se escuchaba nada más.

Entonces, desde el otro lado de la casa, escuchó una maldición, como si alguien se hubiera tropezado en la oscuridad. Eso debía significar que Muriel y Frank habían cambiado de opinión sobre el embarcadero y habían empezado a registrar el bosque.

April permaneció completamente inmóvil por miedo a que la vieran. Entonces, se asomó por la esquina de la casa y vio que Muriel estaba a menos de un metro y medio de ella. Con rapidez, levantó el arma. Sin pararse a pensar, la golpeó con fuerza en el vientre.

Muriel contuvo la respiración y se agarró el vientre. Entonces, trató de golpear a April con el rifle, pero ella se agachó y le dio un puñetazo en la cara.

Golpeó con fuerza. April sintió que carne y hueso cedían bajo el golpe. El dolor le atenazó la mano. Muriel lanzó un aullido de dolor y cayó de espaldas sobre el suelo. April no perdió el tiempo. Echó a correr hacia el embarcadero.

El sonido del arma al amartillarse le sirvió de advertencia. Antes de que hubiera comprendido por completo de qué se trataba, se tiró al suelo y cayó rodando hasta el embarcadero. El primer disparo dio en el suelo donde ella había estado. El segundo astilló un madero y el tercero dio sobre el agua.

La rabia que se despertó dentro de ella borró todo pensamiento racional. Le arrebató el miedo, las dudas y los nervios. Su instinto la empujó a una total tranquilidad. No veía nada, ni oía nada más que los destellos del rifle de Muriel, que marcaban su posición. April levantó su rifle sin abandonar el parapeto que le proporcionaba el muelle.

Fue como si hubiera dado marcha atrás en el tiempo y volviera a estar con Luke. Casi podía escuchar las instrucciones que él le daba:

“Apóyate el rifle contra el hombro. Apunta y, entonces, no aprietes repentinamente el gatillo sino suavemente...”

Funcionó. El rifle se disparó y Muriel lanzó otro grito antes de dirigirse desesperadamente a la casa para buscar protección. April disparó una segunda vez para animarla a permanecer oculta.

Entonces, Frank empezó a gritar. Muriel le respondió a gritos. En cuestión de segundos, April se vio atacada desde un nuevo ángulo. Ella mantuvo la cabeza baja, dejando que los tiros rebotaran por todas partes. Cuando se detuvieron, esperó hasta ver si podía conseguir un blanco. Entonces, se levantó, lanzó dos rápidos tiros hacia la pared norte de la casa, donde Frank estaba escondido, y volvió a agacharse.

No había dado a nadie. Había tenido miedo de que Frank apuntara mejor de lo que lo había hecho Muriel. Se buscó más balas en el bolsillo y cargó el arma. A pesar de estar armada, sus posibilidades eran muy reducidas. Lo único que Frank y Muriel tenían que hacer era coordinar sus disparos y terminar con ella. Además, April no contaba con buena protección y su munición era limitada. Simplemente, era cuestión de tiempo. A menos, por supuesto, que pudiera matar a uno de ellos o a los dos.

No estaba segura de poder hacerlo. Hasta entonces, sólo había pensado en hacer daño, no en quitarles la vida.

Injustamente, maldijo a Luke por no estar a su lado cuando más lo necesitaba. Sin embargo, no iba a perder el tiempo lamentándose. Lo que iba a hacer era procurar que Frank y Muriel se arrepintieran de haber confundido su tranquilo estilo de vida

y sus modales corteses con debilidad. No pensaba morir antes de tener la oportunidad de decirle a Luke Benedict que lo amaba
“Te encontraré”.

Luke le había dicho aquellas palabras muy en serio. Si no lo había hecho ya, era porque no le había sido posible. No importaba. Por mucho que le hubiera gustado tenerlo a su lado en aquellos momentos, no tenía por qué ser así. Si él no podía encontrarla, lo encontraría ella a él. Lo haría aunque fuera lo último que hiciera sobre la tierra y lo haría porque sabía que él la amaba, aunque nunca se lo hubiera dicho.

Había llegado el momento.

Se puso de pie y lanzó un par de tiros rápidos primero hacia una esquina de la casa y luego hacia la otra. Entonces, se lanzó al agua y empezó a nadar. Tenía muy pocos segundos.

Los tiros no tardaron en producirse. Iba nadando con sólo un brazo, dado que llevaba el rifle fuera del agua con el otro. No podía darse la vuelta para mirar, no podía pensar en lo que los otros dos podían estar haciendo. Toda su energía y su concentración se centraban en alcanzar el bote.

Se irguió frente a ella antes de lo que esperaba. Echó el rifle dentro y se aferró un instante al motor para recuperar las fuerzas y reunir valor. Entonces, una bala la hizo moverse de nuevo. Se dirigió hacia el cabo que ataba el bote al barco y lo soltó. Entonces, se aferró con fuerza a la cuerda. No estaba segura de tener las fuerzas necesarias para subirse al bote o incluso intentarlo. Aunque lo consiguiera, tenía miedo de que le pegaran un tiro en el momento en el que sacaba la cabeza del agua, mucho antes de haber podido arrancar el motor.

No iba a poder conseguirlo.

De repente, el mundo cambió con un rugido. Una potente luz blanca emergió de la noche, llevándose el color y la visión. No sintió dolor alguno. En un momento estaba sola, luchando en el agua y, al siguiente, se sintió levantada por unos fuertes brazos. Se sentía flotando, en paz. Sólo había una cosa de la que se arrepentía: de no haber podido hablar con Luke...

Luke, su único héroe para siempre.

—Puedes soltar la cuerda. Ya te tengo.

Aquella voz ronca que escuchaba junto al oído...

Luke.

Se sobresaltó tanto que se apartó de él y se sumergió en el agua. Tragó una gran parte del lago y emergió tosiendo y tratando desesperadamente de encontrar un hombro en el que apoyarse.

Luke sonreía, sujetándola, mientras que, a sus espaldas se erguía un barco policía, que iluminaba el agua y la casa con sus poderosos focos.

Roan estaba apuntando a Frank y a Muriel, que tenían las manos por encima de las cabezas. Varios hombres se habían desperdigado por la zona para controlar la situación. Era el clan Benedict, qué acudían siempre que uno de los suyos necesitaba ayuda.

La alegría se apoderó de April hasta el punto de estrangularle por completo la voz.

— ¡Me has encontrado!

— Claro, cariño — susurró Luke — . ¿Acaso no te dije que lo haría?

Más tarde, cuando la llevaron al barco y la envolvieron con una tolla, encontró fuerzas para pedir más detalles.

—¿Cómo? ¿Cómo lo conseguiste?

—Por medio de un proceso de eliminación — respondió Luke—. Frank tenía que estar metido en el asunto. Hacía falta alguien que conociera bien el lago para localizarnos. Roan registró su caravana, pero no lo encontró. Habló con Clay, el conductor de la limusina de la boda de Kane y Regina, que, además, se dedica a hacer fotos de la naturaleza. Clay recordó que Frank se había apuntado al club de caza que utiliza esta cabaña. Aunque había otras posibilidades, no tardé en registrarlas todas con la ayuda del clan. Cuando llegamos aquí, vino que salía humo de la chimenea. En realidad, señalamos este lugar esta mañana, pero no actuamos antes por temor a lo que pudiera ocurrirte a ti. A mí se me ocurrió aprovechar la noche para encontrar el modo de sacarte. Nuestro plan quedó en un segundo plano en cuanto escuchamos los tiros.

—Yo... Bueno, no sabía...

—Lo has hecho muy bien —comentó él, con una sonrisa—. Supongo que, en realidad, no nos necesitabas.

—¡No digas eso! No habría podido ir más allá, ni mucho menos escapar —admitió, colocándose las manos en el pecho. Entonces, notó algo por debajo de la camiseta que la llenó de preocupación—. Estabas herido de verdad. Tenía tanto miedo... ¿Cómo conseguiste llegar a la ciudad?

—Mi barco está equipado con una radio que emite señales de emergencia. Roan localizó el barco y vino a buscarme.

—Porque, por supuesto, se habría tardado demasiado en sacar el barco del canal y conducirlo tú mismo. Y supongo que la herida es sólo un arañazo, ¿verdad?

—Más o menos —dijo él, encogiéndose de hombros—, pero necesitaba una reparación antes de volver a ponerme en marcha.

—Y ahora te la has remojado en el lago. Tendrás mucha suerte si no se te infecta.

—Dado que tú tienes más cortes y arañazos que yo —comentó él, señalándole las piernas—, podría decir lo mismo sobre ti.

—Sí, bueno... Tenía que escapar de Muriel. No estaba... No está...

—¿En sus cabales?

—Supongo. ¿Qué crees que le ocurrirá?

—Nada bueno. Roan y Kane se encargarán de eso. En cuanto a Frank, ésa es otra historia.

—No creo que él quisiera hacer esto. Él es un buen tirador. Podría haberme matado varias veces, pero no lo hizo.

—Puedes interceder por él si es lo que quieres.

—No sé, Luke... Me da pena, a pesar de todo. Ha tenido que vivir mucho tiempo con lo que le hizo a Mary Ellen. Jamás podrá escapar de eso. En cuanto a Muriel, quería mi libro. Quería publicarlo como si fuera suyo. Lo quemé.

—¿Estás hablando sobre la historia de la familia Benedict? Aún la tienes en el disco duro de tu ordenador en Mulberry Point. Puedes volver a imprimirla cuando quieras.

—No sé si quiero, Luke...

—Pero has trabajado tanto...

– Lo sé, pero ya no me parece bien... Tengo otra idea. ¿Qué te parece una serie de libros que presenten caballeros del sur que viven en maravillosas casas que dan a un lado con un pantano, hombres que lo saben hacer todo y que lo harán... por la razón adecuada?

– April...

– Creo que incluso podría ser una película. Lo veo perfectamente. ¿No te parece genial?

– Sí, genial.

– ¿Es que no te gusta? – preguntó ella, inocentemente.

– Depende.

– ¿De qué?

– De dónde te documentes. Y con quién. Tampoco me gustaría que pusieras demasiadas cosas sobre nosotros en esos libros.

– ¿Acaso crees que sería capaz de hacerlo? – preguntó ella, pestañeando.

– Sin dudarlo. No puedo confiar en ti.

Ella subió las manos y le rodeó el cuello con ellas.

– No sé por qué, pero yo sí que confío en ti.

– ¿De verdad?

– Sí, pero te amo más. Tal vez te parezca un poco extraño, pero te amo desde hace mucho tiempo.

– April, tú... Tú no dirías eso sólo porque...

– ¿Por qué? ¿Porque me siento en la obligación de recompensarte sólo porque has venido a salvarme tan heroicamente?

– Algo así.

– Podría ser – dijo ella, sonriendo dulcemente –, porque tú eres mi héroe. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

– Tengo muchas faltas. No quiero que cometas el error de creer que soy una especie de hombre ideal.

– No creo que eso sea posible. La idealización es algo maravilloso, pero hay tantas posibilidades de que yo te confunda con esa clase de héroe como de que las mujeres que leen mis libros confundan mis relatos con la vida real. Te deseo a ti, porque me fríes el pescado, porque me traes agua para que me pueda dar un baño. Porque me haces reír y te esfuerzas en guardar silencio para que yo pueda escribir. Quiero al hombre que consiente que lo devoren los mosquitos para que yo pueda tener la mejor cama y...

– Ya me hago a la idea – comentó él, con voz ronca.

– Sí, pero, ¿te gusta?

– Me encanta... tal y como me encantas tú. Te quiero, April. Llevo queriéndote todos estos años, cuando creía que jamás podría tenerte a mi lado ni escuchar mi nombre en tus labios ni ver tu sonrisa. Lo único que deseo es amarte y mantenerte a salvo y hacer todas las cosas que consigas que te sientas contenta de estar a mi lado...

April le enmarcó el rostro entre las manos y lo besó. En parte lo hizo para evitar que siguiera hablando, pero también porque no podía contenerse más.

Momentos más tarde, notó que algo suave se le frotaba contra el tobillo. Al mismo tiempo, escuchó un suave maullido. Rápidamente se miró los pies.

– ¡Medianoche! – exclamó, sorprendida –. Oh, Luke te lo has traído también. No me lo puedo creer...

– Yo no lo he traído. Ese maldito gato se ha apuntado.

April sonrió y se inclinó para acariciar al animal. Medianoche disfrutó de los mimos de su dueña durante un instante y después se le subió al regazo. Sin embargo, no se detuvo allí. Siguió escalando hasta subirse al hombro de Luke. Entonces, le enroscó la cola alrededor del cuello y le lamió una gota de agua que le colgaba de una oreja. April dejó escapar un sonido que era una mezcla entre una carcajada y una exclamación de sorpresa.

– ¡Vaya! ¡Pero si me has robado el gato!

– Ni hablar –replicó Luke, pero no hizo intento alguno por desalojar al gato de donde se encontraba.

– Supongo que sabrás que eso significa que tendrás que quedarte con los dos.

– ¿De verdad?

– Sí...

– Muy bien. Supongo que podré hacerlo. Tú probablemente no comerás mucho más que el gato.

– ¡Quería decir que el gato viene conmigo, no al revés! – protestó April.

– Lo sé –susurró él, con una dulce sonrisa que era una gloria de ver–. Y creo que podría funcionar si me lames la otra oreja.

– ¿Si yo qué?

– Ya me has oído...

– Ten cuidado, Luke, o podrías empezar algo que no puedas terminar...

– Oh –dijo Luke, sonriendo al estrechar a la mujer y al gato contra su pecho–, dudo que haya mucho peligro de eso.

Fin